

INSPIRADO EN EL CLÁSICO DE  
LA SIRENITA



COLECCIÓN CON  
**+50.000**  
LECTORES

Rachel Bels

*Cantos de una*  
Ariel II  
*Sirena*

*Colección Érase una vez... Princesas Valientes*



 Colección Érase una vez... Princesas Valientes

Rachel Bels

*Cantos de una*  
Ariel II *Sirena*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Todos los libros de la autora](#)

El 10% de los beneficios irán destinados al proyecto Princesas Valientes

Título: *Cantos de una sirena*

© 2018, [Rachel Bels](#)

De la edición y maquetación: 2018, [Romeo Ediciones](#)

De la composición de la cubierta: 2018, [Romeo Ediciones](#)

De la ilustración de la portada: 2018, Zsófia Mészáros (zsomeszi)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Sígueme en mis redes y entérate primero que nadie de los sorteos,  
promociones, fechas de firmas y mucho más



*A Ioanna, por enseñarme que existen las almas gemelas.  
Gracias por cruzarte en el camino y convertirte en la mía.*

# Capítulo 1



—¡Ariel!

Me giro y me encuentro de frente con Aday y Luca, que por la sonrisa que tienen ambos dibujada en la cara..., ya puedo imaginar cuáles son sus intenciones.

—¡Hola!

—Vamos a tomarnos algo, ¿te vienes? Los demás ya están allí.

Solemos ir al hotel de al lado que tiene *happy hour* todos los días a partir de las cuatro. Se ha convertido en una rutina, como si formara parte de la jornada laboral.

—Gracias, chicos, pero hoy me voy a coger unas olas.

—No hay quien te saque del agua, *mi niña* —arguye Aday cruzando sus torneados brazos sobre el pecho.

—¡Pero si llevo dos días sin pisar la playa!

—¡Cuidado! ¡Dos días! —se burla Luca.

—Vaya par de imbéciles que sois.

—Bueno, si te animas ya sabes dónde estamos —sentencia Aday.

—Sí, acabando con las existencias de alcohol de la isla.

—En efecto, aunque espero que las hayan repuesto desde el viernes pasado.

La mención de Luca a ese día me arranca una amplia sonrisa de la cara, porque la verdad que se nos fue un poco de las manos. Terminamos adueñándonos del karaoke del hotel durante algo más de una hora y al final terminaron por echarnos: semejante espectáculo estaríamos dando. Yo es que el recuerdo lo tengo bastante difuso, siendo sincera.

—¡Hasta mañana, pareja! —me despido guiñándoles un ojo, burlona.

Y no, no son pareja sentimental ni nada por el estilo, pero se pican mucho con eso de que la gente se crea que lo son, especialmente Luca, y es por eso mismo que lo hago, su reacción es de lo más divertida. Siempre van juntos a todos lados, parece que no puedan hacer una cosa el uno sin el otro, como venir a decirme que si me apunto con ellos, por ejemplo. Ambos son animadores del hotel en el que trabajamos y, mientras que Luca es el típico italiano que se pirra por cualquier fémica que le preste un mínimo de atención, Aday, por el contrario, disfruta jugando y vacilando a los niños, y ellos le adoran a él. Creo que nunca había visto a nadie que se le dieran tan bien los chiquillos, para mí son una especie de otro planeta, me infunden una mezcla entre miedo y respeto a partes iguales.

Atravieso la recepción del hotel con la mochila al hombro sorteando al centenar de huéspedes que pululan por los pasillos con sus pulseritas de «todo incluido» decorando sus muñecas, y es que estamos en temporada alta y esto está hasta la bandera de turistas de todas partes del mundo. Entre la marabunta, y justo antes de llegar al coche, me han parado de nuevo dos compañeras animándome a unirme también a la *happy hour*; pero de nuevo he declinado la oferta. Las ganas de subirme a la tabla son más fuertes que unos cuantos combinados y unas risas con los compis, al menos hoy lo siento así. Y es que, entre una cosa y otra llevo días sin coger olas. Mi horario en el hotel es de media jornada, una semana de mañana y otra de tarde que voy rotando con Rafa, que es el otro socorrista. Pero, debido a un tema personal, ha faltado varios días al curro y me he tenido que mamar yo su jornada y la mía. Así que, sí, necesito ir a la playa y desconectar.

Me subo al fin al coche abriendo las ventanillas nada más entrar para obtener algo de oxígeno, lleva todo el día aparcado al sol y son las cinco de la tarde: parece un jodido horno. Arranco... y ahí está de nuevo ese ruido que empezó a hacer un par de semanas atrás. Parece como cuando se te sale la cadena de la bici: no tiene pinta de ser nada bueno, pero si sigue caminado...

Mañana lo llevaré al taller.

Suena *Caraluna* de Bacilos en la radio del coche y subo el volumen: uno, para no escuchar el inquietante ruido del motor y dos, porque esta fue la canción que cantamos varias veces seguidas el viernes pasado en el *happy hour*, y no puedo evitar animarme al escucharla. Luca y Aday se inventaron una coreografía genial que todos nos aprendimos y quisimos repetir pues eso, hasta tres o cuatro veces (si mal no recuerdo) antes de que nos echaran a patadas. Imaginaos, ocho borrachos pidiendo a voz en grito que nos dejaran cantar una última vez: un espectáculo inolvidable, que los testigos (turistas la mayoría de ellos) se habrán llevado de recuerdo de sus vacaciones. En serio, nos van a vetar la entrada en ese hotel; si no lo han hecho ya, claro. Lo bueno es que estamos en Fuerteventura y hoteles con *happy hour* los hay a patadas; aunque no estoy segura de que todos tengan karaoke.

En apenas diez minutos me pongo en casa de mi madre que está en Corralejo, donde las famosas dunas y muy cerca del complejo en el que estoy trabajando como socorrista. Antes de que suene por tercera vez *Caraluna*, que la tengo en modo repetición, ya estoy aparcada frente a la puerta. Pero, espera un momento. ¿Esa no es...? ¡No, no puede ser! ¿Sebas?

Tiene que ser él, reconocería esa moto en una concentración de los Ángeles del Infierno si fuera necesario. Además, ¿una Harley idéntica a la de mi mejor amigo en la puerta de casa de mi madre...?

¡Menuda mierda! ¡Tenía que haberme apuntado a la borrachera asegurada con los del curro!

Vale, supongo que estaréis esperando que os de alguna explicación, ¿verdad? Ha pasado tiempo desde que hablamos la última vez y... ¿Recordáis ese mensaje que le mandé a Sebas antes de venirme aquellas dos semanas al que él contestó con un escueto: «Espero hayas tomado una decisión a la vuelta»? Bien, pues volví a Tenerife, como bien sabéis, que fue cuando me encontré aquella explosiva sorpresa en el buzón, pero no había tomado ninguna decisión, así que tres días después estaba regresando a Fuerteventura y bueno..., de eso hace ya casi tres meses.

¡Joder, creo que me está sudando hasta el culo! ¡Mierda, mierda, mierda!

Cuadro los hombros, suelto aire despacio y me preparo mientras abro la puerta, consciente de que me he convertido repentinamente en un manojo de

nervios.

Y ahí está, sentado en el sofá junto a mi madre, los dos tan cómodos y relajados, y yo aquí, que del estrés repentino me debe haber salido al menos un mechón de canas.

—¡Mira quién ha venido a verte, cielo!

—También he venido a verte a ti, Rosa —contesta este muy resuelto, esbozando su afamada sonrisa de rompecorazones.

Le gusta más pelotear a una mujer... Da igual la edad que tenga, le sale así, como por instinto o algo.

—Bueno, os dejo que os pongáis al día —añade mi madre muy resuelta poniéndose en pie para darle un afectuoso abrazo y un beso a mi amigo.

—Gracias por el café y los rosquetes.

—De nada, hijo, ya sabes que aquí tienes tu casa cuando quieras.

—Gracias, Rosa.

Antes de desaparecer por la derecha, hacia la cocina, me lanza una mirada de advertencia de esas de madre que es como mínimo para tener en consideración.

Y aquí estoy yo, aún paralizada en la entrada del salón sin saber muy bien qué hacer, qué decir y cómo actuar. Todo es muy raro.

—¿Puedo darte un abrazo?

Se acerca despacio con la intención de hacerlo, pero mis palabras lo detienen.

—Puedes, aunque creí que no querrías después...

—¿Después de que me hayas ignorado durante casi tres meses? Sí, no es que haya estado muy contento con eso, la verdad.

—¿Qué haces aquí exactamente? —espeto algo borde, con una actitud ciertamente arisca que ni yo misma comprendo.

—¿Qué tal si damos una vuelta?

—¿En tu moto?

Que la haya traído solo puede significar que ha venido para quedarse unos días. Hablamos de un viaje en barco con transbordo que suma unas cuatro horas más o menos.

—He venido a pasar el fin de semana con una amiga —responde esquivando mi mirada, como si se avergonzara.

—Ah. ¿Y dónde está tu amiga?

No puedo negar que esa información me ha sorprendido, Sebas no es de los que se va de fin de semana con ninguna chica precisamente.

—En el hotel donde nos hospedamos.

Asiento en modo *mute*.

—¿Entonces?

—Es que no sé qué decir la verdad, Sebas. No entiendo...

—No, el que no entiende soy yo, créeme —espeta algo brusco, claramente más de lo que pretendía. Suelta el aire con derrotismo e impaciencia justo antes de esquivar mi mirada escondiendo las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Está tratando de recuperar algo de calma y esa paciencia que tanto escasea en él—. Mira, ¿por qué no damos una vuelta y hablamos con tranquilidad?

—No creo que sea buena idea.

—Bueno, pues entonces ¿cómo es la cosa? ¿Es que te vas a quedar a vivir aquí para siempre?

—¿Y tú? ¿Vas a seguir acostándote con la primera que se te ponga a tiro?

No sé por qué narices he dicho eso, aunque él se ríe, pero sin gracia ninguna.

—Lo que yo hago es tratar de seguir adelante con mi vida, Ariel, más después de que mi mejor amiga me haya apartado de la suya como si fuera basura.

—¿Ahora soy tu mejor amiga?

—Siempre lo has sido.

—Pensaba que estabas enamorado de mí y no podíamos ser amigos —

ironizo.

Vale, quizá me he pasado un poco, eso ha sido de mal gusto.

—Estás más delgada. Bastante más delgada —se percata repentinamente, como si no hubiera reparado en ello hasta este instante.

—Hago mucho surf. También estoy más morena —arguyo a la defensiva dándole a entender que no es lo único diferente en mí.

—Sí, ya veo que estás muy cambiada.

—¿Por qué lo dices así?

—Porque está claro que ha sido una estupidez venir hasta aquí —responde cogiendo el casco con intención de marcharse, pero le detengo agarrándole del brazo.

—Sebas, espera. ¿Por qué has venido?

—Porque te echaba de menos, Ari —responde con dulzura seguido de un visible gesto de derrota—. Aunque obviamente no es algo recíproco.

Esto último ya no ha sido tan suave, y yo necesito tragar saliva para digerirlo.

—Sebas, yo estoy tratando de seguir con mi vida, después de todo lo que pasó contigo..., con Eric... No ha sido fácil, ¿sabes?

—Ni una llamada, Ariel —sisea apretando la mandíbula—. No me has llamado ni una jodida vez en todo este tiempo. ¿Tan difícil era levantar el teléfono? Yo también lo he pasado mal. No solo he perdido al amor de mi vida, también a mi mejor amiga.

—Sebas, yo no...

—Sigues siendo egoísta, infantil e incapaz de enfrentarte a aquello que no te gusta.

—¡Pero es que no puedes obligarme a elegir!

Ya está, ya lo he dicho.

—Lo hice, y por lo visto tú también —arguye con cierta severidad pasando por mi lado, golpeándome intencionadamente con su hombro para apartarme de su camino; pero justo antes de salir, se detiene para añadir una

última cosa—: Espero que todo te vaya bien.

Me da un beso en la sien y, simplemente, desaparece.

¿Eso ha sido una despedida?

Como un fantasma me arrastro hasta el sofá y me dejo caer en él igual que un peso muerto, y aunque no puedo verme, sé que estoy pálida: siento la cara fría y el cuerpo pesado.

Sebas se ha ido. Y esta vez para siempre.

—Cariño... ven aquí.

Siento el sofá hundirse en el lado derecho y los brazos de mi madre acercándose a su cuerpo hasta rodearme con ellos. No sabía que estaba llorando hasta que he empezado a sentir bajo mi mejilla la tela húmeda de su camiseta. Y quiero decir muchas cosas, pero no me sale ninguna palabra. O quizá es que, a pesar de todo, no tengo nada que decir.

No voy a tratar de engañar a nadie diciendo que no estaba huyendo de él, no soy tan estúpida y vosotros tampoco para creeros semejante mentira. Yo solo necesitaba algo de tiempo, lo suficiente para poner en orden mi vida. Porque no solo es por él y por Eric, también está el tema del grupo, que en este momento pende de un hilo. Roland anunció que iba a dejarlo, aunque no de manera inminente, y a Mateo su empresa le va a trasladar a Las Palmas a finales de septiembre por tiempo indefinido. Así que, después de mucho discutir en el grupo «Mejor chupito de vodka a que...» de WhatsApp, decidimos que daríamos un último concierto con los miembros actuales en el Laguna Negra. Y ya todos juntos, bueno, los que quedamos, es decir; Darío, Sebas y yo decidiríamos qué hacer, si buscar nuevos integrantes o... disolver Cantos de sirena definitivamente. Y viendo cómo está el patio, me aventuro a decir que ya es historia. Como parece, también, lo va a ser mi amistad con Sebas.

Necesito salir de aquí.

Me separo del cuerpo de mi madre limpiándome la humedad de la cara con el dorso de las manos, y de un salto me pongo de pie.

—¿Adónde vas?

—A la playa.

Que es lo que iba a hacer antes de la inesperada aparición de Sebas.

—¿Seguro que no quieres hablar?

Niego con un movimiento de cabeza sin pronunciar una palabra. Mamá respeta mi decisión y opta por no añadir nada más, pero la conozco lo suficiente para saber que esa actitud suya condescendiente no durará por mucho tiempo.

Pues no ha sido lo que esperaba ni mucho menos, pero es que claro, no tenía la cabeza donde la tenía que tener, que era en el surf, en el momento. He permanecido más rato bajo el agua que sobre la tabla, lo que me ha traído a la memoria a Eric y su inconciencia el fatídico día en que nos conocimos. Sí, he dicho fatídico, no se me ocurre mejor palabra para definirlo en este momento que esa. Y aquí estoy de nuevo, con la cabeza en otra parte, sentada a la mesa sin poder dejar de pensar en Sebas y en sus últimas palabras antes de marcharse.

—No has comido nada.

Más que reprenderme es un apunte suave por parte de mi madre.

—No tengo hambre, mamá —digo recogiendo los platos sucios de la mesa tratando de esquivar el tema.

Hemos cenado en un inquietante silencio. Mamá ha mostrado cierto aire ausente durante toda la cena, mientras que yo, bueno, también tengo cosas a las que darle vueltas. Siempre se dice que las madres tienen un sexto sentido con sus hijos y los conocen como nadie, pero yo también conozco lo suficiente a mi madre como para saber que algo le ronda la cabeza y no se quedará tranquila hasta que lo suelte.

Dejo los cacharros dentro del fregadero y vuelvo a la mesa a por los vasos, viendo cómo mi madre trocea con un cuchillo la piel de una naranja hasta convertirla en pequeños cuadraditos.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunto, sabiendo que me voy a arrepentir de hacerlo, pero esto es como quitar una tirita, mejor hacerlo rápido y sin pensar.

—Siéntate un momento.

Os voy a contar una cosa sobre mí. Una más, sí, una que no sabéis. Y es que no soporto las conversaciones «serias» entre madre e hija. En plan: «Hablemos sobre lo que sentimos». Me incomodan. Soberanamente. Bueno, en realidad cualquier conversación de ese tipo me desagrada, sea con quien sea. Así que, resignada, porque no me queda otra, me siento en la silla de al lado de brazos cruzados con un tedioso nudo clavándoseme en la garganta.

—¿Qué vas a hacer cuando se te acabe el contrato en el hotel, hija?

Porque sí, se termina el día uno de septiembre.

—Buscar otra cosa, supongo —contesto encogiéndome de hombros.

—¿En Fuerteventura?

—Es mi primera opción.

—Tu vida no está aquí, cariño —dice con dulzura abandonando la maltrecha piel de la naranja por un momento.

—¿A qué viene eso ahora? —pregunto levantándome de golpe con los vasos en la mano para dejarlos junto con el resto de vajilla sucia de la cena.

—A mí me encanta tenerte en casa y lo sabes, pero... ¿puedes sentarte un momento, por favor?

Lo hago, a regañadientes, resoplando y con los ojos en blanco.

—No entiendo cuál es el problema, mamá.

—Que estás huyendo, hija. Ese es el problema.

—Eso no es cierto. Lo que hago es seguir adelante con mi vida.

—No, cariño —afirma atrapando una de mis manos entre las suyas sobre el mantel de hule floreado—. Estás escapando de la realidad.

—¿De verdad piensas eso?

—Viniste para alejarte de todo y tomar perspectiva, y eso está bien, para un tiempo. Pero tu vida no está aquí, cariño. Necesitas volver y decidir qué quieres hacer con todo lo que dejaste antes de venir.

—¿Y qué se supone que he estado haciendo hasta ahora? —pregunto con cierto tono sarcástico.

—Lo único que haces es dar palos de ciego.

Vale, eso me ha dejado KO. Dejo escapar un profundo suspiro de rendición.

—Pero si vuelvo..., no sabría ni por dónde empezar —reconozco.

—Comienza por hacerte preguntas, eso siempre ayuda.

—El problema no son las preguntas, mamá, son las respuestas.

—Cuando des con la pregunta adecuada, encontrarás la respuesta correcta. Todo lleva su tiempo. ¿Si no te preguntas qué es lo que quieres, cómo vas a saberlo?

Literalmente mi semblante ahora mismo debe ser de cara de culo, porque decirme a mí que me haga preguntas, es como pedirle a un republicano que aplauda la monarquía. Además, por norma general todas las preguntas que me hago las responde Úrsula, que es la voz cantante en mi vida. Menuda ironía, ¿verdad?

—¿Tú te haces preguntas, mamá?

—Constantemente.

—Y... ¿no te pasa a veces que hay una voz que habla más alto que la tuya propia y no te deja escuchar ni tus propios pensamientos? Los de verdad.

—Claro, se llama miedo, cariño. Y en cuanto dejes de hacer caso a esa voz, todo empezará a ponerse en su sitio. Ni siquiera has cogido la guitarra en todo este tiempo. Ahí está, en el mismo lugar que la dejaste el día que llegaste, cogiendo polvo —arguye señalando a la susodicha; por un momento y al volver la mirada hacia sus bonitas curvas, algo dentro de mí se ha agitado—. Has intentado alejarte tanto de los últimos meses de tu vida, que te has olvidado de quién eres. No puedes permitir que la vida te controle, cariño, tienes que aprender a capear el temporal y a enfrentarte a lo que venga. La solución no está en esconderse en casa de mamá.

—A veces no sé ni quién soy, ni lo que quiero.

—Ay, cariño... Esa es la parte más difícil, pero todo terminará encajando, ya verás que sí. Es normal, después de mucho tiempo abriste tu corazón a un hombre que te engañó, y la traición es un sentimiento difícil de digerir. —Bien lo sabe mi madre, que no supo que mi padre tenía otra familia hasta poco antes de nacer yo—. Sé que necesitas respuestas, así que ve a por ellas. Decide qué

quieres hacer con Sebas, pero sé clara, porque se merece que lo seas. Y piensa lo que quieres hacer con tu vida: ¿quieres ser socorrista? Bien. ¿Quieres cantar? Pues lucha por ello. Yo te voy a apoyar en todo lo que hagas, pero, por favor, coge las riendas de tu vida. Ahora, Ariel.

—Supongo que tienes razón.

—Toma —dice tendiéndome un folio doblado que se saca del bolsillo de la bata.

—¿Qué es esto?

—Un pasaje de vuelta a Tenerife. El día uno termina tu contrato, el dos sale tu barco de vuelta a casa.

—¿Pero...? Yo no...

—No quieres irte, lo sé —me corta haciendo con sus manos una especie de cueva en las que refugiar las mías con ternura—. Pero la vida no es solo lo que queremos, y ya es hora de que te enfrentes a todo lo que dejaste aparcado.

Se levanta recogiendo los trozos de piel de naranja y después de tirarlos a la basura se acerca de nuevo para añadir:

—Tu vida no está aquí, hace mucho tiempo que dejó de estarlo.

Depositando un beso en mi coronilla abandona la cocina.

Varios largos segundos después termino desdoblado el folio contemplando mi itinerario de vuelta a Tenerife: según parece ha llegado el momento. Vuelvo a casa, como el turrón, aunque no es navidad, ni tampoco me espera nadie con los brazos abiertos y una emoción asomando en la mirada.

Con el billete en la mano me levanto y me voy a mi habitación. Flounder está en mi cama hecho un ovillito sobre las niveas sábanas blancas y ¡jo!, es tan bonito y desprende tanta ternura... Me siento a su lado con cuidado de no perturbarlo, apoyando la espalda contra la pared, pero enseguida salta sobre mi regazo mirándome con sus ojazos azules, emitiendo un suave maullido con el que me pide que le acaricie mientras vuelve a enroscarse; pero esta vez sobre mis piernas. Y en ese estado de serenidad me encuentro pensando tanto en las palabras de mi madre, como en las de Sebas: ambas son debidas a tener en cuenta.

Es cierto que me estoy refugiando, pero a mi manera de verlo... Primero,

pasaba de estar sola en casa todo el verano lamentándome, y segundo, se trataba de un tiempo para meditar y tomar una decisión con respecto a Sebas, y también con respecto a Eric. Del que, por cierto, no he sabido nada después de encontrar el sobre en mi casa, porque, ¿qué se supone que debía hacer yo con esa bomba? Teniendo en cuenta que no he vuelto a tener noticias tuyas, claramente espera que sea yo la que propicie el acercamiento, ¿no? Y ya que estamos con las preguntas y siendo sinceros, en ningún momento ha llegado a darme alguna explicación sobre Nadia, quizá es que no haya justificación. Aunque no lo creáis, en este tiempo no le he dado muchas vueltas al asunto, me he dedicado en cuerpo y alma a construir una nueva vida en esta otra isla: nuevo hogar, nuevo trabajo, nuevos amigos. Convirtiéndose esta en una paralela en la que parece que todo lo ocurrido antes de venir le sucedió a otra Ariel. Una que vive movida por la voz de una bruja, y es que Úrsula, en este plano, parece no tener cabida, y es toda una tranquilidad, no puedo negarlo. Sin embargo, y tras la conversación con mi madre, acabo de darme cuenta de que, si efectivamente ella es la voz del miedo, no se va a manifestar mientras esté aquí, porque estoy sumida en la mayor zona de confort que existe. Aquí no hay nada que temer. Soy una Ariel que vive arropada en casa de su madre, sumergida en el surf y envuelta en un entorno laboral que no requiere de mí más que lo mínimo. Eso exactamente es lo que llevo haciendo estos meses, lo menos posible, como si viviera en el modo «Eco»: soy como un jodido electrodoméstico. Lo que está claro es que volver a casa supone enfrentarme a Úrsula (al miedo), a Sebas, a Eric, a tomar decisiones sobre el grupo y a decidir qué narices quiero hacer con mi existencia. Llevo demasiados años actuando de la misma manera y al final, ¿de qué me ha servido?

Ahí va la primera pregunta: «¿Qué demonios estás haciendo con tu vida, Ariel?».

¿Sabéis aquella conversación que tuve con mi madre cuando me marché a Fuerteventura después de que Sebas me besara y Eric se colara en mi casa? Nunca os conté lo que me dijo. Pues bien, básicamente y resumiendo, me aseguró que yo no albergaba ningún sentimiento romántico hacia Sebas, tan solo disfruto de su atención. ¡Que me gusta su atención! He necesitado tiempo para asimilar esa afirmación, porque no puede ser más certera, aunque nada fácil de asumir. En su momento le acusé de sobreprotegerme, bien es cierto que siempre me ha gustado, puede porque fuese el primer hombre con el que me sentía cómoda después de Hugo; hasta que apareció Eric. Y entonces él

dejó de ser tan necesario. Esta es la primera conclusión a la que llegué, pero no es del todo cierta, porque Sebas siempre será un pilar importante en mi vida, esté Eric o Shrek en ella. Lo que queda claro es que le quiero como amigo, pero no como pareja sentimental.

Y bueno, en cuanto a Eric, mamá me sugirió que le diera la oportunidad de explicarse; pero no por él, sino por mí. Nunca podré tener una relación sana con nadie si no resuelvo ese asunto.

Así que, concluyendo, mi vuelta a casa ya es inminente, lo que quiere decir que para conseguir que las cosas cambien debo empezar a hacerme preguntas, y no hay mejor lugar que este, antes de coger el avión de vuelta; una vez en Tenerife Úrsula tomará las riendas de nuevo. No voy a obtener respuestas más sinceras que en este momento.

«¿Quiero a Sebas?»

Como amigo.

«¿Y cómo se lo digo?»

Vale, creo que en realidad ya lo he hecho, y bastante mal; como amiga deo bastante que desear. Ahora lo que le debo es una disculpa, lo que significa que voy a tener que encontrar la forma de hacer que me escuche, porque después de lo sucedido hoy lo tengo jodido, pero algo haré. Ya no vale rendirse a la primera de cambio.

Pasemos a Eric.

Este tema ya es más complicado, porque tengo demasiadas preguntas, pero preguntas que me gustaría hacerle a él, directamente. Porque necesito respuestas, escuchar de su boca una explicación. Si me vale o no ya lo decidiré, pero hace falta que me arranque esta espinita para seguir adelante. Mi madre en eso no se equivocaba. En realidad, no creo que se equivocara en nada.

«¿Crees en las señales?»

Esta fue la última pregunta que Eric me hizo y, aunque reconozco que las primeras semanas le di alguna que otra vuelta a ese asunto, finalmente opté por relegarlo a la cajita esa donde suelo guardar todo a lo que francamente no me apetece una mierda enfrentarme. No obstante, tras la conversación con mamá, quizá me tome ese billete de vuelta a casa como una señal.

Hola Eric. Sé que ha pasado algo de tiempo y no sé siquiera si estás aquí, en Madrid o en Nueva York

Te escribo porque el sábado 9 de septiembre vamos a dar nuestro último concierto en el Laguna Negra y me gustaría saber si después podríamos vernos

Me gustaría hablar contigo

21:42

¿Se notará mucho el sarcasmo al mencionar «Nueva York»? Porque lo he hecho con toda la intención, reconozcámoslo. En cuanto a la despedida como que no me pega mucho mandar un beso, tampoco un abrazo, ni tan siquiera un saludo.

*«Adiós, Úrsula.»*

*«Bienvenida, Ariel.»*

## Capítulo 2



Tienes razón, Sebas, he estado huyendo, pero no solo de ti, de todo en realidad. Y no sé si será demasiado tarde, pero me gustaría que pudiéramos hablar tranquilamente. El día 2 vuelvo a Tenerife, si te parece bien podríamos vernos algún día antes del concierto

Creo que nuestra amistad no se merece que terminemos de esta manera

Déjame compensarte. Por favor

22:03

Aquí estoy como un gilipollas sentado en la playa, después de haber dado vueltas con la moto por esas carreteras desérticas de la isla hasta que me he quedado prácticamente sin combustible, y me he visto obligado a parar a repostar. No muy lejos he encontrado una playa algo apartada, y aquí llevo cerca de dos horas tratando de averiguar en qué momento se me ocurrió que venir hasta aquí sería buena idea. No sé lo que esperaba, pero desde luego no era esto. Miento, sí que sé lo que esperaba; mejor dicho: lo que deseaba. Que Ari admitiera que está enamorada de mí, pero que estaba tan asustada que no sabía cómo actuar. ¿Qué pasa? Los tíos también soñamos, ¿o qué creéis?

La cuestión es que debería haberlo visto venir, joder, es Ariel, y yo la conozco como nadie en este puto mundo. ¿Qué esperaba después de besarla y admitir que estoy loco por ella? Y más después de ponerla en el brete de tener que decidir entre una relación más allá de la amistad o... nada. Hablamos de Ariel y tomar decisiones no es precisamente lo suyo. Es cierto que imaginaba que se distanciaba un poco y durante una temporada, pero joder, han pasado tres meses. ¡Tres putos meses sin saber nada de ella! En este tiempo la llamé una sola vez y no me contestó al teléfono, ni me devolvió la llamada. Me enteré de que estaba en Fuerteventura gracias a las conversaciones que manteníamos en el grupo de WhatsApp «Mejor chupito de vodka a que...», pero nunca se dirigió directamente a mí; yo a ella tampoco. Menos después de ignorarme de esa manera tan descarada.

Salgo de la aplicación de mensajería instantánea; debo llevar como veinte minutos contemplando el

dichoso mensaje de Ari, tocando a cada poco la pantalla para que no se apague y releerlo de nuevo meditando cómo actuar al respecto. Y... no tengo ni puta idea, de verdad que estoy más perdido que una almeja en un botijo. Afortunadamente tengo a quién acudir, solo me hace falta buscar el número entre las «llamadas recientes» y las últimas... quince o veinte son suyas. No tarda ni dos tonos en contestar.

—¿Cómo ha ido? —pregunta con urgencia nada más descolgar.

—Llevo dos horas sentado en una playa mirando el vaivén de las olas, así que puedes hacerte una idea...

A pesar de que viva en una isla no me gusta la playa y rara vez piso una, soy más de montaña. Si es que soy de algo.

—Entiendo..., ha sido un desastre —adivina.

—Ni siquiera eso. Si hubiese sido un desastre hubiese sido algo. Ella simplemente estaba ahí, parada, sin saber qué decir, mirándome como si fuera un perro de dos cabezas.

—No quiero decir que te lo dije..., pero te lo dije, Sebas.

—Lo sé, lo sé... Supongo que tengo que dejar de pensar con la polla.

—Lamento decirte que por primera vez no pensabas con la polla, sino con el corazón.

—Pues menuda mierda —me quejo—, no sé en qué momento le he permitido participar en esta mierda. De verdad, Sonia, que no valgo para esto.

—Es lo que tiene cuando se actúa con el corazón, que suele ser más arriesgado, pero cuando sale bien... ¡es la hostia!

—Y lo dices por experiencia, ¿no? —me burlo.

—No, por desgracia el capullo que me gustaba está enamorado de otra que casualmente es amiga mía.

—Menuda putada y menudo capullo debe ser ese tío.

Ese capullo soy yo, y la amiga Ari.

Hace cosa de mes y medio que Sonia me confesó que estaba empezando a sentir algo por mí antes de irse a vivir a la otra punta del mundo, y bueno, al principio fue algo incómodo, no puedo negar que me pilló por sorpresa; pero luego simplemente lo acepté y punto. Además, ella está haciendo su vida a miles de kilómetros y no me lo dijo esperando nada de mí, solo fue sincera porque lo creyó necesario cuando le conté todo lo sucedido con Ari.

—En el fondo es buen tío, lo que pasa es que está un poco perdido. Si no fuera por mí no sé lo que sería de él.

En eso tiene toda la razón.

—Bueno, ¿y qué hay del tío ese del sóftbol?

Decido cambiar de tema, porque de repente me aburre seguir con el tema de Ari y sí, también porque me interesa saber qué ha sido de la cita que tuvo con el tipo ese.

—¿Donovan? Bah, nada nuevo. Ya sabes, salimos una vez, cenamos, tomamos una copa y luego me

dejó en la puerta de mi casa con un casto y mísero beso en los labios. Después de eso desapareció.

—Un tío que juega al sóftbol no puede ser hetero, te lo digo yo.

—¡Ni siquiera sabes lo que es el sóftbol!

—Un deporte cuya traducción al español es «bola suave» muy masculino como que no es.

—Mira que me gustas, pero a veces no te das cuenta de lo retrógrado que eres, en serio. Y te puedo asegurar que es más hombre que muchos que haya conocido.

—¿Y eso lo sabes por un casto y mísero beso en los labios?

—Eres un idiota.

—Las palabras son tuyas no mías, ¿eh?

—No puedes verme, pero que sepas que te estoy haciendo una peineta a la española.

—La próxima vez hablamos por Facetime, así no me pierdo nada.

—Si quieres sexo telefónico solo tienes que decirlo, no hace falta que busques una excusa.

—¡Serás...! Bueno, dejémoslo que al final vamos a acabar tú y yo mal también y no me quiero perder qué pasa con el tío que prefiere el sóftbol antes que el béisbol, que ya de por sí me parece una mariconada de deporte.

—Entonces sabes lo que es.

—Yo sé muchas cosas, nena.

—¿Nena? Madre mía..., ¿ahora me vas a llamar así?

—¿Acaso no te llama así el tal Donovan ese?

—Ya te he dicho que ese ni me llama. No sé, a lo mejor es que beso raro... ¿Tú crees que beso raro?

—Tú besas de puta madre, Sonia. Pasa de él, en serio, te digo yo que es marica.

—¿Por qué juega al sóftbol?

—Porque si después de besarte no ha intentado acostarse contigo es que la liga femenina no es lo suyo, créeme.

—Me halagan tus palabras, aunque a la vez son algo perturbadoras... Digo yo, también puede que sea un caballero, de esos que esperan a la tercera cita para pasar a la tercera base.

—¿Pero tú no querías echar un polvo y ya está?

—También es verdad —reconoce y debe quedarse pensando sobre ello, ya que se hace un largo silencio al otro lado de la línea.

—Oye, ¿hace cuánto que no hablas con Ariel? —me intereso.

—El viernes pasado la llamé, pero hablamos como dos segundos porque la escuchaba fatal. Al día siguiente me mandó un mensaje preguntándome si habíamos hablado, porque no se acordaba bien; al parecer estuvo con unos compañeros de curro en un karaoke o algo así.

—¿Ariel en un karaoke?

—Sí, a mí también me extrañó. Y nada, eso. Hablamos como diez minutos porque tenía que irse a currar.

—La noté muy cambiada, está más delgada.

—¿Crees que...?

—No sé y pasó de pensar en ello. Estoy harto de preocuparme por cómo estará cuando está claro que a ella le importa una mierda.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer entonces? ¿Te quedas en un hotel o...?

—Buscaré un lugar donde pasar la noche y mañana mismo me largo de esta isla.

—Lo siento, Sebas.

—Me ha mandado un mensaje —confieso.

—¿Cuándo?

—Poco antes de llamarte.

—¿Y qué dice?

—En septiembre vuelve a Tenerife y quiere que nos veamos para hablar.

—¿Y tú qué piensas?

—Que debería empezar yo también a hacer mi vida.

—Yo creo que os vendría bien hablar con calma.

—¿Y por qué tiene que ser cuando ella quiera? He venido hasta aquí para eso mismo, y básicamente me ha dado una patada en el culo.

—Si nos ponemos así... ¿por qué tiene que ser cuando quieras tú, Sebas? —En respuesta emito una especie de gruñido que ella ignora para seguir con su argumentación—. Lo que quiero decir es que necesitaba tiempo y sí, ha estado muy mal por su parte no dar señales de vida en estos meses, pero ¿vas a dejar que el orgullo estropee vuestra amistad?

—Puede que ya no haya nada que salvar.

—De verdad, Sebas, que el amor te vuelve de un melodramático...

—¡Qué te jodan!

Según lo suelto me arrepiento. Vale, sí, estoy un poquito susceptible. Pero nada como Sonia para salvar una situación como esta.

—¡Estoy intentándolo créeme, pero según mi amigo, el tío que me gusta es gay y por eso no mojo ni queriendo!

—¡Qué haría sin ti! —exclamo en una sincera carcajada.

—Probablemente escuchar algo de Celine Dion o no, ¡espera! De Bryan Adams, eso sí que te pega.

—¡Estás colgada! ¡¿Bryan Adams?!

— Look into my eyes, you will see, what you mean to me... —canturrea con su perfecto inglés de Oxford.

—En serio, no sé qué clase de mierdas te pasan esos yanquis, pero habla con tu camello porque no puede ser bueno.

— Don't tell me it's not worth tryin' for, you can't tell me it's not worth dyin' for...

—Voy a colgar —la advierto.

— You know it's true, everything I do, I do it for you...

—Adiós, Sonia.

—¡Sebas, espera! —la escucho llamarme descojonada de la risa mientras cuelgo.

No estoy enfadado, simplemente es que todo este rollo sentimentaloido no va conmigo. Y Bryan Adams menos todavía.

En el fondo no sé qué haría sin ella, sin Sonia. Desde que se marchó a Estados Unidos y después de mi pelea con Rayco en el Laguna Negra hemos hablado casi cada día. En cierta manera y ahora que lo pienso, uno podría creer que he sustituido a Ariel por Sonia, pero lo cierto es que a pesar de que con ambas me siento igual de cómodo, al mismo tiempo son abismalmente diferentes. Supongo que por eso estoy enamorado de una y no de la otra. Nuestra relación empezó a afianzarse después de que Rayco se marchara con la nariz reventada, y no se le ocurriera otra genialidad que llamarla, supongo que llevado por la ira del momento, gritándole, completamente fuera de sí, para contarle que sabía que había estado acostándose conmigo. Al parecer, Rayco tiene un amigo en mi edificio y este vio a Sonia saliendo de mi casa una mañana. Con el frenesí del momento, Rayco también le contó que nos habíamos peleado y la puso de puta para arriba. Sonia terminó llamándome muy nerviosa, contándome todo lo que le había dicho el cretino de su ex, y juro que no volví a «arreglarle» el resto de la cara porque ella me hizo prometérselo. Espero, por su bien, no volver a encontrármelo en la vida. O al menos hasta que se me pase la mala hostia después de conocer las barbaridades que le ha dedicado a la que fuera «el amor de su vida». Digamos que tras «solucionar» esto, Sonia me comentó que había intentado hablar con Ari, pero que le había sido imposible; así que, terminé confesándole todo: mis sentimientos hacia ella y lo ocurrido con Eric y su secreta esposa. Tras esto no hemos dejado de llamarnos el uno al otro. Cada día. Ella, contándome cómo está siendo su nueva vida y yo..., pues aburriéndola con todos esos sentimientos que tengo hacia Ari y que no sé cómo diablos manejar.

Como el machango<sup>[1]</sup> que soy termino buscando la jodida canción que ha mencionado Sonia en Spotify y con los auriculares puestos me quedo absorto mirando a... nada, porque está tan oscuro que apenas puede verse el oleaje; aunque algo se intuye. Lo que más me jode, probablemente, es que la cabrona ha dado en el clavo con la letra de la dichosa canción.

Mírame a los ojos, verás lo que significas para mí,

busca por tu corazón, busca por tu alma,

y cuando me encuentres allí, no buscarás más.

No me digas que es algo que no merece la pena intentar,

no puedes decirme que no vale la pena morir por ello,

sabes que es verdad, todo lo que hago, lo hago por ti.

Jodida Sonia.

El móvil vibra en mi mano y una sonrisa inevitable se me dibuja en la cara al leer el texto.

Apuesto a que ahora está mirando las olas escuchando a Bryan Adams

22:54

En modo repetición

22:54

Si en el fondo eres un romántico

22:55

Pero guárdame el secreto

22:55

Claro, nene, por quién me has tomado?

22:56

Por una buena amiga

22:56

Es una lástima que no haya vacante para el puesto de novia

22:56

¿Qué viene después de Bryan Adams?

22:57

Mucho chocolate, maratón de películas románticas (yo te recomiendo *Dirty Dancing* hasta que te aprendas los diálogos)

22:57

Rodearte de amigos para poner a parir a las tías también ayuda

22:58

Igual llamo a Rayco, seguro que se apunta

22:58

Igual le llamo yo para que te parta la cara, al igual se te quita la tontería

22:59

Me encanta cuando te pones peleona

22:59

Lo tendré en cuenta, a lo mejor a Donovan también le gusta

22:59

Te digo yo lo que le gusta a él?

23:00

Por último, un cambio de look y si se tercia, un viaje nunca es mala idea

(No sé si lo has notado, pero estoy ignorando tus comentarios sobre mi chico del sóftbol)

23:00

Un viaje para visitar a una buena amiga, por ejemplo?

23:00

Por ejemplo

23:01

Así podremos enseñarle a tu chico lo que es un hombre

23:01

...

23:01

Por lo que veo todavía me queda un largo camino para superar esta mierda, no?

23:02

Lo superarás

“No permitiré que nadie te arrincone”

23:02

??

23:02

Cuando veas *Dirty Dancing* entenderás esa frase

23:03

Gracias, nena

23:03

De nada

Por cierto, te acabo de mandar el enlace de descarga de la película con las escenas eliminadas

23:04

Iré a comprar chocolate entonces

23:04

Y llama a los chicos!!

23:05

Buenas noches, nena

23:05

Buenas noches, nene

(Aquí son las 6 de la tarde)

23:05

Aprovecha y vete a practicar sóftbol!!

23:05

Acaso me ves a mí con un bate?

Prefiero las olas, *baby!*

23:06

## Capítulo 3



—¿Os parece bien entonces que cerremos con esa canción?

—Es muy buena idea, además antes siempre la tocábamos —añade Mateo retirándose los mechones rubios que cubren sus ojos castaños.

—Y los demás, ¿qué pensáis?

Hago un rápido barrido con la mirada al resto de integrantes del grupo.

—A mí me parece perfecta —asegura Roland dejando la guitarra a un lado.

Por cierto, ha llegado septiembre y *the Roland poncho is back*.

—A la gente le va a encantar —asegura Darío.

—Sebas, ¿tú qué opinas? —me aventuro a preguntar.

—No es mala idea —contesta a desgana esquivando mi mirada.

A esta altura no hay nadie que no se haya dado cuenta de la tensión que se respira entre nosotros dos.

—Entonces decidido, cerramos con el *cover* de La Fuga —zanja Darío bajándose del escenario.

Todos parecen contentos, excepto Sebas, que podría decirse que está en cualquier otra parte menos aquí, y confieso que resulta inquietante verlo tan taciturno y retraído. Y es que, desde nuestra última conversación (si a eso se le pude llamar de esa manera) en casa de mi madre en Fuerteventura, hace dos

semanas, no hemos vuelto a hablar. Leyó mi mensaje, sí, pero no hubo respuesta. No sé hasta qué punto me está castigando por lo mal que me he portado con él estos últimos meses o sencillamente, y tal como dejó entrever aquel día, nuestra amistad está acabada y no tiene arreglo. Yo tampoco pretendo agobiarle, pero es cierto que cuanto más tiempo pasamos sin dirigirnos la palabra, más real parece este distanciamiento. Y soy consciente de que la mayor parte de ese enfriamiento ha sido cosa mía, pero claro, cuando lo impone él parece hacerse mucho más real. Lo sé, es lo que tiene que te den a probar de tu propia medicina.

—Yo me voy que tengo que recoger a María, vamos a mirar muebles para la habitación del bebé.

—¿Para el pequeño Vladimir? —se interesa Mateo.

—¿En serio vais a llamarlo así?

De verdad no puedo creerme que vayan a ponerle ese nombre a su hijo y sí, me cuesta ocultar mi incredulidad.

—María es la que manda. Es pequeña, pero no hay quien la chiste.

—¡Te tiene bien cogido por los huevos! —exclama Darío.

—Y lo feliz que me hace... Bueno, mamones, nos vemos el sábado.

—¡Adiós *papi*! —se burla Darío.

A todo esto, Sebas no ha dicho ni mu, y yo no puedo evitar mirarle a cada poco para asegurarme que sigue vivo y respirando. Esta actitud suya casi me produce escalofríos.

—¿Mateo?

—Dime, preciosa —contesta pasándome un brazo por los hombros.

—¿Qué tal le fue a Daura en la entrevista?

—Bastante bien, le han dado el trabajo.

—¡Cuánto me alegro! Debe de estar supercontenta.

—Sí, lo único es que va a cobrar menos —explica chasqueando la lengua—. Pero sí, lo cierto es que está entusiasmada. Dice que llevaba muchos años en el mismo sitio y agradece un cambio.

—¡Y menudo cambio! Nuevo trabajo, nueva ciudad y nuevo novio.

—Prometido —me corrige con una radiante sonrisa—, y marido de aquí a un año si la cosa va bien.

—Me alegro mucho por los dos.

—Lo sé —reconoce dándome un abrazo. Porque sí, se me han empañado un poquito los ojos.

Levanto la vista sobre el hombro de Mateo y me encuentro con que Sebas me está mirando muy serio. Yo le sonrío, pero solo consigo que aparte rápidamente la mirada.

—Yo me piro también —se despide, pero antes de marcharse se acerca a Sebas al que escucho que le dice—: Quitá esa cara de culo, cabrón.

Sebas le devuelve un amago de sonrisa al tiempo que se murmuran algo más que ya no alcanzo a escuchar, así que, continúo a lo mío hasta que Mateo se larga dejándonos solos a Darío, a Sebas y a mí; y es que nosotros tres necesitamos hablar sobre lo que vamos a hacer con Cantos de sirena, ya que de un plumazo nos hemos quedado sin guitarra y también sin batería.

Hoy Caleb no está, pero le ha dejado las llaves del local a Darío para que pudiéramos ensayar.

—¿Queréis algo de beber?

—No, gracias —contestamos Sebas y yo al unísono.

—De acuerdo, pues comencemos entonces.

Me siento en el saliente del escenario, Sebas y Darío optan por coger una butaca cada uno y acomodarse en ellas frente a mí.

—Bueno, ¿qué habéis pensado? —nos pregunta tras darle un trago a una pequeña botella de agua intercambiando la mirada de uno a otro, pero antes de que podamos decir nada añade—: Ya tengo a un par de personas que podrían hacer una prueba. Amanda es una de las mejores bateristas de la isla, después de Mateo, claro está —aclara guiñando un ojo—. ¿Qué me decís?

Yo miro a Sebas que además de ignorarme no parece tener mucho que aportar, lo que me anima a pronunciarme al respecto, puesto que yo sí que le he estado dando vueltas al asunto. Me levanto, voy a por mi guitarra y vuelvo

a sentarme con ella sobre los muslos.

—Yo me fío completamente de tu criterio, y seguro que Amanda es perfecta —arguyo mirando a Darío—. Obviamente no me gustaría que esto supusiera el fin del grupo. De hecho, he estado dándole muchas vueltas y me he dado cuenta de que en el último año no he estado tan involucrada como cuando empezamos. En realidad, creo que en los últimos meses había perdido ese entusiasmo inicial. —Darío me mira con curiosidad, mientras que Sebas mantiene los labios tan apretados que se han convertido en una delgada línea en su rostro—. La cuestión es que llevo demasiado tiempo dejándome arrastrar por un ciclo de autodestrucción bastante egoísta y he decidido que tiene que acabar. La música es una de las cosas más importantes para mí y casi lo había olvidado. Me he acordado de las razones que me llevaron a formar este grupo, de lo nerviosa que estaba solo colgando carteles; así fue como nos conocimos, fue gracias a ti que creí que esto sería posible —reconozco mirando a Sebas, que se revuelve en su asiento acomodándose de nuevo con un brillo diferente en la mirada y con un gesto ahora más relajado—. La cuestión es que no he dado todo lo que se merece a esto que para mí era un sueño casi imposible de cumplir. Siempre os estoy diciendo que os mostraré algunos de mis temas y que si os gustan los usaremos para el siguiente disco, pero nunca... Nunca me he atrevido a hacerlo. Así que, espero que esto os sirva como prueba de compromiso. Ah, y sed sinceros, por favor.

Me acomodo con la guitarra en el regazo para centrar la mirada en las cuerdas, arrastrando los dedos con suavidad sobre ellas, extrayendo una melodía que no tardo en acompañar con mi voz. Una canción que habla sobre la amistad, exactamente de la mía con Sebas. Y a pesar de que es la primera vez que toco esta canción delante de alguien, parece que según avanzo, me voy relajando. Cuando llego al estribillo, inevitablemente levanto la mirada para posarla sobre Sebas, al que descubro dejando escapar un suspiro al tiempo que su nuez sube y baja captando mi atención.

No puedo prometerte ser la amante que quieres,  
pero puedo jurar ser la amiga que te mereces,  
si me dices que no es suficiente tendré que aceptarlo,  
aceptar que te pierdo, que lo nuestro es pasado.

Hemos sido grandes juntos, ahora tocará serlo por separado.  
Seguirás siendo el único que a confiar me ha enseñado,  
y solo puedo darte las gracias, por todo este tiempo a mi lado.

Básicamente acabo de abrirme en canal. Y es que, si no quiere hablar conmigo, al menos va a escuchar lo que tengo que decir.

Con calma y tomando aire abro de nuevo los ojos en este cálido silencio que parece haberse creado tras el sonido de mi última nota. El primero en romperlo es Darío.

—Ariel..., eso ha sido..., guau... —balbucea con los ojos muy abiertos tras los cristales de sus gafas que parecen haberse empañado ligeramente.

—¿De verdad? —pregunto mordiéndome el labio inferior.

—Sabes que yo no hago cumplidos porque sí, y menos si hablamos de música. —Es completamente cierto, esto se lo toma muy en serio—. Obviamente era consciente de tu talento como cantante, pero esto que acabas de hacer es... Eres fascinante, Ariel. Una compositora de la leche.

Algo se agita en mi estómago al escucharle usar esa palabra que Eric utilizó cuando me escuchó cantar por primera vez aquella noche en su coche, después de nuestra primera visita al Teide. «Fascinante».

—Gracias.

—Vale, creo que os voy a dejar un momento. Me voy fuera a fumar un cigarro.

Y es que no me había percatado de Sebas que, según parece, mi pequeña demostración musical le ha afectado de manera considerablemente diferente y, teniendo en cuenta que habla sobre nosotros, es lo mínimo que cabía esperar. Hasta Darío se ha dado plena cuenta de a quién iban dirigidas mis palabras; aunque tampoco hace falta ser ningún genio, más teniendo en cuenta que él es una de las escasas personas que sabe lo que ha habido entre nosotros.

Sebas mantiene la mirada en el suelo con las manos enlazadas tras la nuca. Dejo la guitarra a un lado y con precaución me acerco a él, pronunciando su

nombre antes de posar mi mano sobre su hombro con sumo cuidado.

—¿Sebas?

—¿Qué ha sido eso, Ariel? —pregunta levantándose de golpe apartándose de mi contacto.

—La verdad. Tal y como la siento.

—¡Mierda, Ariel! Es como si no tuvieras término medio. Eres todo o nada. Eres... ¡un jodido huracán!

Sí, quizá esa sea otra de las cosas que debería empezar a replantearme solucionar, sé que soy algo extremista, pero como dijo Jack el Destripador: «Vayamos por partes». Y ahora, toca arreglar las cosas con Sebas.

—Siento si ha resultado demasiado... sincero.

—«Brutal» sería la palabra que yo usaría —me corrige lanzándome una mirada del mismo calibre que la palabra que ha usado para definir mi canción.

—Pues lo siento entonces por ser tan *brutal*, pero esta es la verdad. Te quiero como amigo, no hay manera de que mis sentimientos por ti vayan a ser más que eso. Y si de verdad piensas que no es posible una amistad entre nosotros... Adelante, desaparece de mi vida. Me mata solo pensar en ello, pero yo no quiero ser la causa de tu infelicidad, Sebas. Te mereces lo mejor que el mundo pueda darte y claramente no soy yo, porque yo no te quiero como te mereces. Yo no te merezco, Sebas.

—¡No digas eso, por favor! —espeta visiblemente asqueado—. No sé en qué momento hemos llegado a esto —añade agarrándose la cabeza con las dos manos.

—¿De verdad es imposible que seamos solo amigos?

Mi sugerencia le saca de ese refugio que ha creado entre sus dedos y de la distancia que hasta ahora había mantenido entre nosotros. Se acerca cogiéndome con firmeza de la nuca con una mirada contenida pero intensa. Nos quedamos en esa posición varios segundos que se me hacen eternamente incómodos, más cuando el azabache de sus ojos comienza a desviarse hacia mis labios.

—Ahora mismo solo pienso en besarte.

Me aparto de golpe, incómoda por la honestidad de sus palabras, pero más perturbada aún por la vehemencia de su mirada.

—Ves, por esto no podemos ser amigos, Ari —arguye pagado de sí mismo.

—Quizá podríamos darnos un tiempo —sugiero.

—Hay cosas que ni el tiempo puede solucionar.

—Entonces... ¿se acabó? ¿Ya está?

—Gracias por la sinceridad —arguye esforzándose por esbozar una sonrisa honesta—. Gracias por esa canción.

—Siento que llegue tan tarde. —Y esto vale tanto por la tardía confesión de mis sentimientos hacia a él, como por no haber dado más de mí a Cantos de sirena en estos últimos años—. Pero de verdad, Sebas, piensa sobre ello, a lo mejor solo necesitas que te dé algo de espacio.

Asiente antes de darme un beso en la frente y como despedida añade:

—Nos vemos el sábado.

Esta vez soy yo la que asiento forzando una sonrisa, aunque tengo que reconocer que me siento inquietantemente liberada, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima. Y es que acabo de reconocerle a mi mejor amigo, que no albergo los mismos sentimientos que él siente por mí, y no ha sido fácil, no sería capaz de afirmar lo contrario. No cabe duda de que necesitaba soltarlo todo y, hacerlo a través de la música ha resultado ser de lo más catártico. Ahora es Sebas el que tiene la pelota en su tejado, en su momento me puso en el brete de tener que decidir entre todo o nada; yo he tratado de tender un puente para que sopesa si de verdad tiene que ser así. Nuestra amistad depende totalmente de él en este momento, y soy consciente de que no es una decisión fácil de tomar. No son mis sentimientos los que están en juego, al menos no los románticos.

Apenas unos segundos después de la marcha de Sebas, Darío regresa algo circunspecto.

—No he escuchado gritos ni muebles rompiéndose, pero algo me dice que no ha ido muy bien.

Se me escapa un puchero y antes de que las lágrimas comiencen a rodar por mis mejillas, le tengo frente a mí rodeándome con sus largos brazos.

—Tiene solución, créeme.

No sé por qué, pero lo hago, me aferro a sus palabras, a creer que aún hay esperanza para nosotros. No es que piense rendirme todavía.

De camino a casa no he podido dejar de pensar en ello, al final he ido a la playa a ver si veía al Gaviota, pero nada, no estaba. Así que he terminado llamando a Sonia que después de él (y mi madre) es mi mejor consejera.

—¡Arilocaaa! ¿Cómo estás?

—Hola, guapa.

—Vaya voz de funeral —se queja.

—Perdona, ¿cómo va todo?

—Bien, sin novedades.

—¿Y Donovan? —me intereso.

—Pues me invitó a acompañarle a un partido de béisbol, pero ¿sabes qué te digo? Qué paso de tíos una temporada, necesito estar sola.

—Me parece una buena idea.

—Oye, ¿qué pasa? Suenas... mustia.

—Perdona, hoy ha sido el ensayo y...

—¡Ostras, es verdad! ¿Cómo ha ido?

—Pues bien, excepto por Sebas que ha estado muy apagado y bastante seco, además de que estuvo ignorándome desde que llegó.

—Ya.

—Luego nos quedamos Darío, él y yo solos para tomar una decisión con respecto al grupo y...

—¿Y?

—Bueno, quería demostrarles que estoy al cien por cien implicada, así que les toqué una canción que había compuesto que hablaba sobre...

—¿Sobre qué? —me irrumpe adivinando antes de que acabe por dónde

van los tiros.

—Sobre Sebas y sobre mí.

—Intuyo que no le hizo especial ilusión.

—Algo así.

—¿Qué decía la canción?

—En resumen, que por mi parte solo podemos ser amigos y que si es imposible para él, entonces tendríamos que dejar de serlo. Solo quiero que sea feliz, Sonia, y si no puede estar conmigo como amigos...

—Dale tiempo.

—Eso fue lo que le dije, pero él cree que no va a cambiar nada. ¿Tan descabellado es?

Sé que en estos meses se han unido mucho y hablan a menudo. Ahora mismo ella conoce más a mi mejor amigo que yo misma.

—Creo que necesita tiempo y espacio. No sabe cómo manejar lo que siente, que básicamente es un cóctel entre enfado, tristeza y rabia. Y ya sabemos que lidiar con los sentimientos no es lo de Sebas precisamente.

—No, no lo es. Gracias, Sonia, ¡qué haría sin ti!

—No lo sé, pero voy a empezar a cobraros las sesiones. A los dos.

Continuamos hablando un rato más sobre su trabajo, mi reciente intención de dedicarme únicamente a la música, de lo diferente que es su nueva vida; pero a la vez lo semejante que le resulta cuando se sube a la tabla una vez por semana para disfrutar de un buen rato de surf. Entre cada una de estas confesiones entre amigas me doy cuenta de lo valiente que ha sido y lo que la envidia por ello. Una nueva vida con nuevo trabajo, nuevos amigos, nuevo hogar... Se sinceró consigo misma y aceptó ese puesto al otro lado del mundo, porque por primera vez en su vida, decidió pensar en ella misma y anteponerse al resto de factores que a veces nos apartan del camino que nos gustaría llevar, alejándonos de nuestros sueños. Una de las cosas que me confesó al poco de irse es que desde hacía tiempo se sentía perdida aquí en Tenerife con la vida que llevaba, me aseguró que no culpaba a nadie por ello, ni siquiera a Rayco. Las decisiones que tomó siempre fueron con plena libertad, pero hacía tiempo que había dejado de ser honesta consigo misma,

porque sabía que esa no era la vida que quería. Entonces tomó la decisión de irse y sí, puede que no hiciera las cosas todo lo bien que debería, cometió sus propios errores acostándose con Sebas estando aún con Rayco. Sin embargo, reconoce que ese fue el primer paso para reconocerse que no solo le estaba engañando a él, también lo hacía a sí misma. Todos nos equivocamos y cometemos errores, pero sin ellos no seríamos las personas que somos hoy en día, ¿no? A pesar de todo lo que ha podido hacer mal la admiro enormemente por ello. Puede incluso que gracias a esos fallos lo haga más aún, la hacen más humana, y me ayuda a darme cuenta de que todo sueño es posible, pero hay que tener claro el objetivo y no perderlo de vista. Sé que Sonia no lo sabe, pero agradezco tener una amiga como ella en mi vida. Una amiga valiente, una mujer que sabe lo que quiere y va a por ello. Cueste lo que cueste.

## Capítulo 4



Son tantos los recuerdos compartidos que se me hace tremendamente difícil pensar que esta vaya a ser nuestra última vez como Cantos de sirena, al menos como la formación original; aún no sabemos qué pasará con el grupo después de esta noche. Se hace entrañable recordar lo que nos costó encontrar a un buen guitarrista y que además encajara con el grupo, pero al final dimos con Roland; aunque cuando apareció con su ya icónico poncho y su barba espesa y oscura, nadie daba un duro por él, pero que poco necesitó para meternos a todos en el bolsillo. ¿Y lo mal que se llevaban Mateo y Sebas al principio? Mantenían una lucha encarnizada por ver quien se camelaba a más *grupis*: lo suyo fue amor a primera vista. O el día en que Darío nos anunció que había encontrado un estudio en el que podríamos grabar nuestra primera maqueta con los escasos eurillos que habíamos reunido entre todos. Un tipo de la Orotava había convertido una habitación ridículamente pequeña de su casa en un «estudio de grabación», porque sabía que podría sacar algo de pasta con ello. Aún recuerdo el intenso olor a leche con gofio<sup>[2]</sup> que me llegaba de la cocina mientras entonaba nuestro primer tema *Espero que estés bien*. Hasta escribí una canción (una de tantas relegadas a un cajón) que hablaba de aquel día. Y aún hoy, solo con recordar esa canción, el olor a gofio inunda mi pituitaria sin remedio.

Sería impensable hacer un repaso de nuestra andadura sin mencionar el día en el que dimos nuestro primer concierto importante, cuando estrenamos en «primicia» esa primera maqueta con nuestros propios temas; incluso llenamos un espacio como lo era (y es) el Laguna Negra, un lugar que se ha convertido

en una segunda casa para todos en los últimos años. Recuerdo estar tan nerviosa aquel día que tiritaba como una hoja, creo que si alguno de los chicos hubiese respirado con fuerza me hubiese volatilizado como si nada. Fue en aquel instante, con toda aquella gente expectante, cuando descubrí lo que era el miedo escénico. Y es que hasta la fecha no lo había sufrido nunca, ni cuando tocábamos en la calle, ni en casa de algún amigo o conocido, ni siquiera en ninguno de los pequeños locales de mala muerte en que nos dieron cancha hasta aquel momento. Nunca antes lo había vivido, y ahora, con cierta perspectiva, es cuando me doy cuenta de la razón de ese pánico repentino; y es que en aquellas ocasiones no me preocupaba demasiado lo que pensarán los demás, al fin y al cabo, solo éramos un grupo más de los miles que hay versionando temas de otros. Hasta ese día, en el que presentábamos nuestra propia música, y aunque era consciente de que a la gente le gustaba, teniendo en cuenta que nuestra maqueta había rulado por la red lo suficiente para hacerse viral y con buena aceptación de hecho. Sin embargo, me preocupaba enormemente decepcionar al público. Ahí afloraba esa jodida inseguridad, me aterraba la respuesta de toda aquella gente. Y los «¿y si...?» voceados por Úrsula es lo único que escuchaba en aquella época. Y diréis: «Es normal un miedo inicial ¿no?». El problema es que terminó por establecerse tan dentro de mí ese terror de «no estar a la altura», que fue a partir de ahí cuando decidí que jamás le mostraría mi material más personal a nadie, esa es la razón de que no haya nada genuinamente mío en ninguno de nuestros tres discos. Demasiado personal para echarlo a los leones.

Es mi última vez como solista de Cantos de sirena y años después vamos a cerrar nuestro último concierto con una canción que yo he propuesto, porque antes siempre la tocábamos y porque... ¿la verdad? Sentía que me serviría también como despedida. Una extraña manera de decirle adiós a Eric. Como si fuera alguna manera alternativa de cerrar ese capítulo, ya que la posibilidad de hacerlo con una conversación adulta directamente con él ha quedado descartada, teniendo en cuenta que nunca llegó a contestar a mi mensaje. No ha dado señales de vida.

El Laguna Negra está más lleno que nunca y a una parte de mí le gustaría que Eric estuviera acompañándome en esta noche tan especial. A pesar de lo ocurrido, siempre será alguien que dejó huella en mí, al igual que *Por verte sonreír* no es solo una canción más, es la primera que canté para él, desnuda en el sillón de su habitación, y jamás me había sentido tan cómoda estando tan

expuesta: por dentro y por fuera.

Para mí este tema es algo muy nuestro.

Llámame, te quiero escuchar.  
Ya lo ves, no siempre me va bien.  
Al cantar me duele el corazón  
y enloquezco cada noche  
en cada actuación.

—Mejor chupito de vodka...

—¡A que Vladimir herede el poncho de su padre! —exclama Caleb, que no ha podido resistirse a unirse a nuestro peculiar brindis.

En esta ocasión en vez de hacerlo antes del concierto, como es lo habitual, y aun a riesgo de que ocurriera una catástrofe, hemos decidido posponerlo para el final. Al menos, si sucedía algún desastre tendríamos un buen recuerdo para la posteridad. Pero lo cierto es que todo ha ido como la seda, y después de varios bises, hemos acabado con una emotiva despedida, en la que todos han dicho unas palabras tras las que, con un caluroso y larguísimo aplauso por parte del público asistente, hemos dado por cerrado el último concierto de Cantos de sirena. A más de uno se le ha escapado una lagrimilla; lo mío ha sido más un río, especialmente cuando nos hemos abrazado todos en plan piña ya fuera del escenario.

Ha sido una noche repleta de emociones y que he disfrutado como nunca antes. Como dice el dicho «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes», y parece que estas dos últimas horas me han hecho darme plena cuenta de lo que supone para mí el grupo y la música, y esa es la razón de que, por vez primera, haya puesto toda la carne en el asador. Porque la última canción con la que realmente hemos terminado el concierto ha sido la que le canté el domingo pasado a Darío y a Sebas, esa con la que me sinceré de manera «brutal», como bien definió aquí mi amigo. La idea obviamente no ha sido mía, sino de Sebas,

que cuando se ha dirigido al público para decir unas palabras nos ha sorprendido a todos (a mí la primera) afirmando que el grupo actual ya no volvería a tocar de nuevo, pero que Ariel (o séase yo), tenía aún mucho que ofrecer; y con esta introducción me ha animado, acompañado de todo el público y el resto del grupo, a que cantara esa canción. Asombrada conmigo misma y guitarra en mano lo he hecho: he cantado por vez primera delante de un centenar de personas un tema compuesto por mí, y me he sentido... bien. Más que eso... ¡ha sido la leche! No ha habido Úrsula, no ha habido pánico. Todo un descubrimiento, vamos. Y al público le ha encantado. No puedo estar más agradecida. Jamás esperé que Sebas me alentara a cantar esa canción delante de nadie, pero su mirada, mientras me sinceraba con cada nota, revelaba cierto orgullo, y ese ha sido probablemente, el mejor regalo de esta noche, especialmente porque he sentido a mi amigo casi tan cerca como antes. Casi.

Ahora ya, finalizado todo este tsunami de emociones es el *DJ* el que domina la sala mientras nosotros aprovechamos para hacer nuestra peculiar despedida alentados por la música y el alcohol, por supuesto.

—¡Como beba otro chupito más voy a entrar en coma! En serio, chicos, yo ya no soy la que era —reconozco dejando el vaso sobre la barra de un golpe sintiendo el ardor del líquido explayarse en mi estómago.

—¡Vamos, Ariel, que es nuestra última noche! Te he visto beberte una botella de vodka entera tú sola como si fuera un Cola Cao —arguye Mateo.

—Eso fue una vez —refuto de forma algo infantil y a la defensiva—, y una va cambiando ¿sabes?

—Ya..., ya... a otro lobo con ese cuento, caperucita.

—¿En serio vas a casarte con este tío?

Esta vez me dirijo a Daura, que literalmente está colgada del cuello de su prometido. Ella sí que lleva una encima considerable.

—Es que es muy guapo... —añade a escasos centímetros de su cara ladeando la cabeza como si estuviera examinándolo.

—¡Oye! —se queja él falsamente ofendido haciendo un puchero con la boca—. Algo más tendré ¿no?

—Sí, pero soy una señorita y no voy a hablar de esas cosas delante de

todo el mundo.

¡Mírala a ella qué resuelta! Con lo modosita que parecía... Todos acabamos partiéndonos la caja mientras ellos dos se entretienen en darse el lote sin ningún tipo de pudor.

—¡Joder! ¿No tenéis una casa o qué? —espeta Darío antes de largarse a... vete a saber dónde.

Mira tú quién fue a hablar, el que usa el despacho del almacén como picadero. Y en cuanto veo que echa a caminar en esa dirección sé, seguro, que no quiero saber nada y que no voy a ir allí ni muerta.

—¿Oye, Ariel?

Sebas me coge de la mano y tira ligeramente hacia él para que pueda escucharle sobre el elevado volumen de la música.

—Dime.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro.

En estos días he tratado de darle distancia, no hemos hablado ni nos hemos visto, y hoy apenas nos hemos dirigido un par de palabras, amables eso sí, pero escasas e insustanciales.

—Por cierto, eso que has hecho en el escenario... gracias. Jamás pensé que podría hacerlo.

—Eres más valiente de lo que crees, Ari. Además, tienes mucho talento y el público lo sabe.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Puedes, pero no quieres. Y cuando te des cuenta de esa diferencia llegarás muy lejos.

Me pilla algo desprevenida esa reflexión repleta de franqueza, pero...

—Supongo que tienes razón —reconozco—. Bueno, ¿qué querías decirme?

—He estado pensando estos días y creo que quizá, con algo de tiempo pueda... —musita rascándose detrás de la cabeza.

Es más que obvio que lo que sea que vaya a decir le está costando

soltarlo, aunque el camino que están tomando sus palabras suena tan esperanzador que despierta en mi estómago con un cosquilleo que...

—¡Sebas! —trato de llamar su atención, porque ha dejado las palabras suspendidas en el aire repentinamente.

—¿Qué hace él aquí?! —gruñe con la mirada clavada en algún punto tras de mí.

Me giro para descubrir a qué se debe su nada amigable semblante y a que «él» se refiere.

—¿Eric?

No sabría decir a quién de los dos pilla más desprevenido su aparición. Y está tan guapo el *jodío*, con una camiseta negra con cuello de pico ligeramente ajustada bajo una cazadora negra imitando a cuero, supongo (Eric jamás llevaría nada de piel), vaqueros oscuros y esas zapatillas tipo Vans que siempre me han gustado y que completan un look canalla más propio de Sebas, por cierto. Pero es que hasta duele de lo bueno que está con su barbita de dos días y ahora mismo me está obsequiando con una de esas sonrisas con nombre y apellido, me refiero a las que siempre ha reservado solo para mí; aunque en esta ocasión apenas muestra su bonita dentadura, está algo contenida para lo que es habitual en él. Inconscientemente la comisura de mis labios se eleva traicionándome, esbozando otra en respuesta. Es levantar la mirada hasta sus maravillosos ojos verdes y casi puedo escuchar en mi cabeza el clic que hace al activarse de nuevo esa inexplicable conexión que aún existe entre nosotros, como si no hubiese pasado ni un día desde que se marchó de mi casa con un «no hay nada más que hablar». Esas palabras que pronunció mientras yo luchaba por no derrumbarme frente a él. Y ahora, entre toda la gente que llena el local, solo lo veo a él, erguido sobre su metro ochenta y cinco, con los brazos laxos a los lados de su cuerpo, contemplándome con una nada eludible intensidad a escasos diez pasos.

—¿Qué hace él aquí, Ari? —La voz grave de Sebas me empuja fuera de esa burbuja irreal en la que me había sumido.

—Supongo que ha venido a hablar —baluceo dándole ahora la espalda a Eric—. En realidad, yo le pedí que viniera, Sebas. —Aunque ya había perdido la esperanza de verle aparecer—. Necesito cerrar este capítulo.

—¿Hablas en serio?

Por su cara, de verdad parece que cree que estoy de coña.

—¿Acaso crees que bromearía con esto? La última vez que le vi fue unos días después de que apareciera su mujer y no es que pudiésemos hablar... —Sebas desconoce totalmente lo ocurrido ese día. Ni necesidad tiene de saberlo —. Necesito una explicación.

—¿Cambiará algo eso?

—No espero que lo haga, pero necesito esa explicación. No creo que sea tan difícil de entender yo..., yo le quería, Sebas.

—¡De puta madre, Ariel! —exclama furioso antes de largarse echando humos.

—¡Sebas! ¡Sebas! —Le llamo, pero es como tratar de tocar la luna con un palo: inútil y absurdo—. ¡Joder!

Hace un momento estaba a punto de decirme que existía la posibilidad de retomar nuestra amistad. Lo sé. Lo vi en sus ojos, en la forma de hablarme, casi como antes. Seguramente hubiese puesto sus condiciones y yo las habría aceptado sin rechistar. Sin embargo, esa posibilidad ha desaparecido, y es que Eric acaba de arrebatármela.

Me giro airada sabiendo que el causante está justo detrás de mí, a escasos centímetros, lo siento antes de escucharle pronunciar mi nombre.

—No pensé que fueras a venir, la verdad es que tienes el don de la oportunidad —espeto haciendo clara referencia a cuando me encontré vomitando en mi casa o ya que estamos, al primer día que nuestras vidas se cruzaron y le saqué inconsciente del agua.

—Lo siento —reconoce frunciendo ligeramente los labios.

—Ya.

De repente he perdido todas las ganas que tenía de dialogar con él sobre lo ocurrido, se ha esfumado la conexión, la magia y hasta la necesidad de escuchar la explicación que tenga que darme. Si es que hay alguna.

—Siento no haberte avisado, la verdad es que ha sido una decisión que he tomado en el último momento.

—¿Y qué ha hecho que cambies de opinión si puede saberse?

—Tú.

—¿Yo, qué?

—¿Qué tal si salimos y hablamos fuera? No es una conversación que me apetezca tener a gritos —dice acercándose mucho (demasiado) para que pueda oírle. Y el jodido olor de su colonia mezclado con el que emana de su cuerpo, termina de tomar la decisión por mí.

—Espérame fuera —le pido muy seca.

Me doy la vuelta sin darle opción a añadir nada más. Sorteó al gentío con intención de llegar a la sala que hay tras el escenario y que Caleb tiene preparada como una especie de *backstage*; aunque no es más que un cuarto de unos doce metros cuadrados con un espejo, una mesa con dos sillas y un sillón hecho polvo, es ahí donde están mis cosas.

Al salir me encuentro con Mateo.

—¿Te vas?

—Sí, me ha surgido... algo.

—Ya me conozco yo ese algo.

—¿Has visto a Sebas? —le pregunto ignorando su comentario buscándole con la mirada.

—Se ha largado.

—¿Cómo le has visto? —me intereso.

—Muy feliz no estaba.

Perfecto.

—¿Y Daura?

—En el baño.

—Despídete de ella de mi parte, por favor.

—Claro.

—Has estado bestial hoy, pelirroja —confiesa dándome un abrazo.

—Te voy a echar de menos.

Mateo no dice nada, pero sé que para él tomar la decisión de dejar el grupo no ha sido nada fácil. Me atrevería a decir que aún está en proceso de aceptación. Bienvenido al club.

Ya fuera me encuentro con Eric, que está esperándome con las manos metidas en los bolsillos delanteros de sus vaqueros, con su siempre temple paciente y sosegado. En serio, tengo que preguntarle qué mierda se mete para permanecer siempre en ese estado, no sé cómo estará por dentro, pero por fuera es un jodido témpano de hielo.

Echamos a caminar en silencio tomando la calle Herradores, que es peatonal y, a pesar de ser casi la una de la mañana, está más concurrida de lo que cabría esperar. Eric es el primero en hablar, pero antes carraspea llevándose un puño a la boca, lo que logra que dirija mi mirada hacia él sorprendida por esa ligera muestra de nerviosismo.

—Estás preciosa.

—Gracias —contesto con aspereza.

—También estás más delgada —apunta mirándome de reojo.

—Sí, parece que ese tema es *trending topic* últimamente—arguyo esbozando una falsa sonrisa.

—Y esta noche has estado espectacular...

—¿A qué has venido exactamente, Eric? —le corto a la vez que me detengo en seco provocando que él haga lo mismo, aunque unos pasos más adelante. Y es que, conocer en este instante que ha estado presente durante todo el concierto, en vez de satisfacerme como había deseado en un primer momento, me molesta, enormemente—. Apareces de repente, sin avisar. ¿Sabes que siempre haces lo mismo desde que nos conocemos? —le echo en cara—. Vas tan sigiloso creyendo que pasas desapercibido, pero cada una de tus apariciones son como puñeteras bombas de relojería, como ese sobre que dejaste en mi casa.

»Mira, te puedes ahorrar el listado de cumplidos que te hayas preparado, sabes perfectamente que no me siento especialmente cómoda con ellos. Así que, ¿qué tal si vamos al grano? Esto de marear la perdiz no va conmigo.

Puede que antes sí, pero ahora resulta ser que no. Esta nueva Ariel quiere las cosas de frente, a la cara y sin rodeos ni florituras. Supongo que a este tipo

de situaciones es a las que se refería Sebas cuando decía que no tengo término medio.

—¿Por qué me escribiste? —pregunta al fin.

—Porque me enamoré de ti, porque te quería, porque creí que tú me querías y de repente descubro que estás casado y el amor más intenso que he vivido resulta ser una farsa.

—En realidad... nunca te dije que me hubiese divorciado.

—¿Cómo que no? —Su respuesta, además de dejarme helada, logra que rebusque entre todos los recuerdos compartidos, repasando cada conversación archivada y... ¡mierda! Es cierto que esas palabras nunca salieron de su boca. No obstante...—. Igualmente me dejaste creerlo.

¿Esa va a ser su excusa? ¿La omisión de la verdad? Eso no le hace menos culpable, si es lo que cree.

—Sí, eso... no estuvo bien.

—¡Fue rastrero! Y no tiene nada que ver con el Eric que creí haber conocido. Me he llevado una decepción tan grande contigo, que hasta que no cierre este capítulo no voy a poder seguir con mi vida.

—Eso es lo que quieres, ¿cerrarlo?

—¿Es que acaso existe otra opción? —pregunto incrédula.

—Espero que sí.

—Ah, ¿sí? Entonces cuéntame, ¿cómo está la preciosa Nadia?

—Hace meses que no sé nada de ella.

—Desfilando en Nueva York supongo.

—Nos hemos divorciado, Ariel.

No sé si espera que le haga una ola por esa noticia, porque me sienta igual que si me dice que le han cogido para el Circo del sol: me importa una soberana mierda.

—Bueno, supongo que descubrir que tu marido se está tirando a otra no es plato de buen gusto para nadie. Ni siquiera para una modelo de pasarela —digo con inquina. No lo puedo evitar.

—Ella sabía lo nuestro.

¿Espera un premio también por eso?

—Sí, ya me dijo que le hablaste de tu *juguetito*.

—¿Eso fue lo que te dijo? —pregunta con las manos en las caderas frunciendo el ceño.

—Nada que no fuera verdad, Eric.

—Tú no... Nunca has sido un pasatiempo.

—Permíteme que discrepe.

—Escucha...

—¿Te das cuenta de que llevamos un rato hablando y aún no me has dado una jodida explicación?

—Es que no la hay, Ariel.

Chin pum. Di que sí.

En el fondo lo sabía.

—¿De verdad me estás diciendo que me ocultaste que seguías casado y no hay ninguna explicación que te llevara a hacerlo?

—Ninguna que vaya a hacer que dejes de odiarme.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Que ese es el problema, Eric, que no te odio. Sencillamente me duele tu cobardía. Eres igual de cobarde que el resto de hombres que han pasado por mi vida. No sé en qué momento creí que serías diferente.

—Ariel, yo...

—¡No! Ni se te ocurra venir con el cuento de que me quieres o que sigues enamorado de mí. ¿Dónde has estado estos meses, Eric?

—Solucionando...

—¡Solucionando una mierda! —espeto hastiada ya de tanta tontería—. ¿Te lo digo yo? Porque conozco la respuesta. —Eric no dice nada, y ahora que me

he lanzado pienso soltarlo todo. No voy a dejarme nada en el tintero—. Cuando me encontraste en mi casa con la cabeza dentro del váter vi tu cara, Eric. Tus ojos de terror ante lo que acababas de presenciar, y también sentí tu pánico, era incluso mayor que el mío después de que me descubrieras haciendo lo que más me avergüenza en este mundo. Sin embargo, aquello se convirtió en la excusa perfecta para marcharte sin sentirte mal por ello, ni siquiera por haberme engañado, por haberme ocultado la verdad sobre ti. Y de verdad, Eric, que en ningún momento he esperado que te quedaras y me dijeras que todo iba a salir bien y me ayudaras a recuperarme: no necesito a nadie para eso. Tan solo esperaba una explicación. Así que, sé sincero por una vez en tu puñetera vida, sé sincero contigo mismo: te sobrepasó la situación. Y no te culpo por ello, has pasado por cosas muy jodidas con tu hermano, y probablemente no te sentías preparado para enfrentarte a un problema como el mío. Claramente el error ha sido mío, porque pensaba que eras diferente, tenía la certeza de que contigo iba a serlo. Creía que eras honesto. Solo te pedí una cosa, Eric, y no la cumpliste.

Los dos sabemos a qué me refiero. Y sé que, como yo, en este momento, está recordando ese instante.

—*¿Qué es lo que esperas?*

—*Que no me rompas el corazón.*

—Prometiste que cuidarías de él —Mi voz acompaña la decepción que siento en mi corazón.

Invadida por una enorme tristeza y con esas últimas palabras como única despedida me doy la vuelta con intención de marcharme. Pero antes de que pueda dar tres pasos, Eric me detiene con una confesión exclamada en voz alta que consigue que me dé la vuelta para enfrentarle de nuevo.

—¡Es cierto! —reconoce tapándose la cara con las palmas de las manos avergonzado—. Tienes razón, fue demasiado y no he sabido sobrellevarlo.

—Entonces, supongo que ya está todo aclarado.

Sinceramente, no lo está, hay muchas cosas que se quedan en el tintero, pero me temo que esto me va a tener que bastar. Y que yo tenga razón no hace nada de esto más fácil.

—Nunca quise hacerte daño —añade visiblemente afectado.

—Ni yo enamorarme de ti, pero hay cosas que no pueden evitarse.

Esta vez sí, echo a andar sin que nada ni nadie me detenga hasta que llego al coche respirando con cierta dificultad, como si hubiese corrido una jodida maratón. Me meto dentro dejándome caer en el asiento y, agarrando con fuerza el volante me derrumbo, permitiendo que las lágrimas y mis fuertes sollozos quiebren el silencio de este reducido espacio. Un enorme vacío se aposenta en el centro de mi cuerpo, después de todo este tiempo separados es ahora cuando siento su ausencia, como si ahora se hubiese hecho real.

Mamá tenía razón, ciertamente necesitaba una última conversación para cerrar este capítulo de mi vida y seguir adelante. Sin embargo, es ahora cuando llega la parte más difícil: encontrar un lugar en el que guardar a Eric, una nueva caja que voy a bautizar como «Las cosas a las que me enfrenté», ya no habrá más lugar para las relegadas por mi cobardía. De nada me vale apartar el dolor, camuflarlo o tratar de convertirlo en algo que no es. Puede que lo que Eric dijo sentir por mí fuera real, igualmente no es relevante, alguien que no es capaz de ser coherente con sus sentimientos no tiene cabida en mi vida.

Es momento de seguir adelante y sacar esa valentía que al menos yo estoy segura que tengo; a pesar de que no haya hecho mucho uso de ella a lo largo de mi vida. Igual está empaquetada aún, sin estrenar.

*«Existe una manera de paliar ese dolor, niña.»*

*«Se acabó, Úrsula. No pienso volver a esa Ariel que se esconde de las emociones que la desbordan.»*

Aún con la cara colorada, las mejillas húmedas e hipando, arranco el motor y me voy directa a casa sin hacer paradas indeseadas, tan solo pienso meterme en la cama, en donde pueda desahogarme llenando la almohada de rímel como cualquier persona normal que tiene que superar una decepción amorosa. Esa es la única mancha que voy a permitirme dejar a partir de ahora en mi vida.

No pienso consentir que un hombre domine el curso de mi existencia.

## Capítulo 5



«Es el fin de mi vida. Eric me ha arrastrado al fin de mi existencia.» Esto es lo primero que pensé el domingo al recordar el reencuentro con Eric en cuanto abrí un ojo. Bueno, en cuanto intenté abrirlo, porque me acosté sin desmaquillar; a punto estuve de necesitar unos alicates para separarme las pestañas. Que mucho palo *selfie*, coches con asistente de aparcamiento, y ni una jodida almohada desmaquillante; eso sí que sería una revolución y no los tirantes de silicona para el sujetador: nunca los entendí, eran feos a la vista e incómodos a más no poder. La cuestión (que me enrolló) es que toda esa certeza que había instaurado la noche anterior, fue desvaneciéndose con cada lágrima derramada hasta el punto de llegar a pensar que me iba a ser imposible superar lo ocurrido con Eric. Afortunadamente, en cuanto me despejé un poco y tras un par de cafés bien cargados, regresó la bendita cordura y volví a mi férrea decisión de tomar las riendas de mi vida.

En el transcurso de esta semana no le he dado opción a Úrsula de musitar ni una palabra, demasiados años siendo la voz cantante, ahora soy yo la que manda.

Me pasé toda esa mañana componiendo como hacía mucho tiempo atrás, tanto, que ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que me dejé conquistar por ese entusiasmo que te invade al crear, sumergiéndome en un estado casi adrenalínico, en donde no hay espacio y lugar para nada más que no sea la música. No me he percatado ni del tiempo, cuando quise darme cuenta había pasado una semana entera metida en casa con la guitarra como un apéndice más de mi cuerpo, cada vez que me movía para cualquier cosa la guitarra

venía conmigo. De hecho, apenas he comido en estos días. Ayer mismo me di cuenta de que, de esta manera, no estaba tomando el mejor de los caminos, ya sabemos cómo soy de extremista. Así que, me preparé una ensalada enorme de la que escasamente picoteé en silencio, sentada en el sofá, soltando el bol cada dos por tres porque las musas no han querido separarse de mí y no me dejan descansar ni un momento; y yo encantada, por supuesto, nadie me oirá decir lo contrario. Plena felicidad. Es una manera perfecta para canalizar el dolor que ha dejado Eric y su falta de valentía, a la que además hay que sumarle la impotencia que despierta en mí no poder darle, a mi mejor amigo, lo que necesita para ser feliz. Por cierto, tras meditarlo unos... diez minutos, opté por no llamar a Sebas, ni mandarle un mensaje, ni ponerme en contacto con él de ningún modo. No creo que fuese a conseguir nada más que atosigarle, y al final del día le toca tomar una decisión que, de cualquier manera, no depende de mí. Cada uno es responsable de pelear sus propias batallas: si me quiere encontrar, ya sabe dónde buscarme.

Así que este es el resumen de una de las mejores semanas que he tenido en mucho tiempo. Quién lo diría ¿verdad? Teniendo en consideración cómo están las cosas en este momento, sin embargo, tan solo me ha hecho falta un tiempo conmigo misma para encontrarme, aunque sea brevemente.

Me he levantado esta mañana de domingo con unas ganas inmensas de coger olas, más tras descubrir el preciso día que hacía; así que, he aparcado un rato la guitarra para cambiarla por la tabla de surf. Además, aún no he visto al Gaviota y tengo cierta morriña, ha pasado mucho tiempo desde la última vez, y siendo sincera, tengo muchas ganas de verle. Pero mi gozo en un pozo, no ha aparecido en todo el día. A quien sí me he encontrado es a Edu, que se ha acercado a saludarme y hemos estado hablando un rato, como siempre, de absurdesces y tonterías varias pero que, de alguna manera, a una siempre le alegran, ya que le hacen sentir que hay cosas que no cambian. A veces la rutina tiene su encanto. Al que también me he encontrado es a Rayco, ya que Edu y él han venido juntos para no perder las buenas costumbres y, para mi sorpresa, ha venido a disculparse por su comportamiento de aquella fatídica tarde que apareció completamente fuera de sí: la misma en que yo tuve el placer de conocer a Nadia. En fin. Iba a decirle que al igual la disculpa no solo me la tenía que dar a mí, pero mientras le escuchaba contemplando el arrepentimiento de sus bonitos ojos, tomé la decisión de que esa no era mi lucha, y paso de involucrarme. Le di las gracias y antes de irse me preguntó,

como el que no quiere la cosa aunque claramente interesado, si sabía algo de Sonia. Después añadió:

—Me tiene bloqueado y no es que la culpe, tan solo si pudieras decirle que me gustaría hablar con ella... Solo una vez más. No me gusta cómo acabó todo y le dije cosas que no se merecía. Ella ya sabe mi número, así que si se lo puedes decir te lo agradecería.

—Haré lo que pueda —contesté.

En realidad, no veo yo a Sonia muy por la labor, pero que por intentarlo no quede. Yo le hago llegar el mensaje, y ella que haga lo que crea oportuno.

No tengo ni idea de la hora que es, pero por la altura del sol y teniendo en cuenta como quema, deben ser cerca de las dos de la tarde, lo que quiere decir que llevo algo así como cuatro horas metida en el agua; aunque cogiendo olas me habré pasado solo la mitad del tiempo. En mis primeros años de surf un instructor me dijo que, principalmente, lo que iba a aprender en ese tiempo sería a cultivar la paciencia. De hecho, se estima que un surfista solo coge olas un ocho por ciento del tiempo, el resto se lo pasa remando y flotando, simplemente esperando. Eso no quiere decir que no esté reventada, porque lo estoy, y ahora que me dirijo a la orilla remando empiezo a notar cómo los músculos comienzan a resentirse. Podría haber estado una hora u hora y media, pero nooo, yo voy y me tiro medio día metida en el agua después de dos semanas sin haber hecho nada de ejercicio. Extremista, ya lo dijo Sebas. Solo de pensar en subir la pechada<sup>[3]</sup> con la tabla a cuestras para llegar a mi casa me da un bajonazo que te mueres. Tengo por seguro que los quince minutos podrían convertirse en media hora.

Cuando echo a andar, dispuesta a enfrentarme a la subida, escucho a mi espalda una voz grave aunque algo rasposa, que despierta en mí un inmenso sentimiento de ternura, cariño y, sobre todo, emoción.

—¿Te ibas sin despedirte?

—¡Gaviota!

Ahí está, como siempre, sentado frente al mar sobre su silla plegable a rayas multicolor y sus afectuosos ojos azules clavados en mí. Me dejo caer a su lado sobre la arena negra en posición india.

—No te había visto. En realidad, he venido desde temprano con la

esperanza de encontrarme contigo, pero parece que alguien se ha quedado dormido.

Me encantaría abrazarle, pero no es que no me atreva, es que hay algo difícil de explicar que me detiene.

—¿Qué tal por Fuerteventura?

—¿Cómo sabes que estuve allí?

—Eduardo me lo dijo.

Se me hace raro, puesto que jamás les he visto dirigirse una palabra, aunque es cierto que él sabía que estaba allí. De hecho, nos encontramos un día en Corralejo porque había ido a pasar unos días con unos colegas. Así que, supongo que por mucho que me llame la atención, fue él quien se lo dijo.

—¿De qué huías? —pregunta, de esa manera tan suya, con la vista fija en el mar y sin rodeos, siempre directo.

—Yo no huía de nada —contesto con celeridad visiblemente a la defensiva.

—¿Del veterinario? —insiste.

—Necesitaba pensar y distanciarme de todo una temporada. Solo eso —me sincero tras un profundo y largo suspiro—. Reconozco que hay ciertas situaciones que me superan.

—Van a ocurrir cosas malas, eso es inevitable. Lo importante es cómo te lo tomes.

—Esa es la parte más difícil.

—Y la más importante —asegura.

Reflexiono sobre ello, y sobre que, de alguna inexplicable manera, parece que siempre supiera por lo que estoy pasando.

—Me gustaría que me contaras algo sobre ti —confieso, recordando esa promesa que me hice a mí misma de saber más sobre él. De conocerle mejor.

—¿Qué quieres saber?

—Si tienes hijos, por ejemplo.

—Tres.

—¿Y viven aquí, en Tenerife?

—No.

—Una vez me dijiste que habías sido pescador.

—Sí.

—Eres como un libro abierto, ¿eh?

Mis palabras despiertan en él una honesta sonrisa.

—¿Y tu mujer?

—Se fue hace muchos años.

—¿La echas de menos?

—Lo suficiente para no olvidar que era uno de los grandes amores de mi vida.

—¿Cuál era el otro? —me intereso.

—Navegar.

Medito sus palabras varios segundos hasta que una pregunta, de la que me gustaría conocer su opinión, se forma ágil en mi cabeza.

—¿Crees que solo existe una mitad perfecta para cada uno de nosotros?

En ese caso estoy jodida. Mis probabilidades de ser feliz junto a alguien desaparecieron el día que Eric salió por la puerta de mi casa habiendo sido testigo de la peor parte de mí. Ahí le perdí para siempre.

—Diría que creer que el amor es lo único que puede completarte es un completo error. Según esa teoría andamos por el mundo incompletos hasta que encontramos a esa otra persona. ¿No te parece una locura?

—Hombre, dicho así...

—Lo veo más como aquello con lo que disfrutar cuando te has completado a ti mismo. Alguien que te complementa. El mundo está repleto de gente enamorada, completamente perdida, ¿no lo crees?

—Es verdad.

Lo más probable es que forme parte de ese segmento de la población.

—Por lo tanto, esa teoría no se sostiene.

—Cierto. ¿Pero entonces...?

—Entonces lo primero será completarse a uno mismo.

—¿Y eso se hace...? —pregunto ligeramente burlona.

—Buscando aquello que te haga feliz sin necesidad de que dependa de nadie más que de ti, como por ejemplo, la música. ¿Qué sientes cuando compones una de esas canciones que nunca has querido tocarme?

No se me escapa la insinuación al hecho de haberme escabullido siempre a su invitación de cantarle algo, ya que es de lo más habitual que él lo deje caer y que yo o me haga la loca, o ponga alguna estúpida excusa para no hacerlo.

—Pues siento que podría hacer eso toda mi vida, me hace feliz. Me siento...

—Completa —adivina con una sonrisa satisfecha dibujada en el rostro.

—Sí, completa.

—Eso es amor. No solo existe una persona o cosa que nos complete, hay muchos más lugares donde encontrarlo.

—Eso es muy sabio —reconozco.

—Hay algo más. ¿Cómo sería una relación entre la música y tú, si ella no se amara a sí misma, si no creyera ser suficiente?

—Pues..., supongo que no muy buena.

—Lo que quiere decir que no puedes esperar que nadie te ame, si tú no te quieres como realmente te mereces.

—Puede que esa sea la parte más complicada.

—Nadie dijo que fuera fácil. Ámate como la música se ama a sí misma, Ariel —me pide apartando la vista un instante del mar para centrarla en mí, y que, por lo tanto, sus palabras alberguen más peso y contundencia.

—Hablas de perfección.

Al menos a mí me suena a eso.

—Hablo de enamorarte, pero de ti. No puedes esperar que otros amen lo

que tu desprecias.

—Tiene sentido —reconozco—. Supongo que nunca lo había visto de esa manera.

—Para eso estoy yo aquí —arguye guiñándome un ojo.

Eso me hace sonreír. ¡Jamás le había visto guiñar un ojo!

—Gracias.

—Dámelas cuando lo pongas en práctica.

—Lo haré, lo prometo.

Está bien, he podido subir la pechada sin morir en el trayecto, aunque como bien había vaticinado, he tardado más de lo normal en hacerlo. Sentarme con el Gaviota un rato no me ha ayudado a coger fuerzas, en realidad, el efecto ha sido el contrario, ni siquiera recordaba que las agujetas podían aparecer tan rápido. Pero ahí están, como agujonazos incrustándose en partes de mi cuerpo que ni sabía que existían. Apenas me quedan unos pasos para llegar a casa y lo único en lo que puedo pensar es en dejarme caer sobre el colchón y no levantarme hasta mañana por lo menos. Pero hay algo...

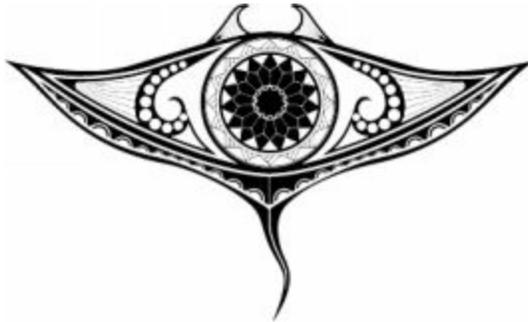
Antes de levantar la vista del suelo sé que está ahí. Siento su presencia, mi cuerpo lo hace: el corazón se acelera y mi estómago da un vuelco en cuanto confirmo su presencia al encontrar esos brillantes ojos verdes clavados en mí.

No entiendo por qué está aquí, menos aún después de lo que consiguió admitir. Por un instante, incluso, y debido al cansancio que arrastro (literalmente), tanteo la posibilidad de que sea una alucinación y que mi mente me esté jugando una mala pasada. Sin embargo, aquí está, junto a la puerta de mi casa, frente a mí y... ¿siempre ha sido tan guapo? Endiabladamente atractivo, vestido con unos chinos de color verde y un polo azul con el cuello desabrochado que muestra, traicioneramente, la tinta del tatuaje que cubre su perfecto torso. Su espesa mata de pelo oscura perfectamente peinada hacia atrás, despejando un rostro anguloso, y la barba más corta que la última vez que nos vimos (y mejor no entro en lo bien que huele...). Creo que este hombre tiene el poder de tener un efecto diferente en mí cada nueva vez que le veo, trayendo nuevas sensaciones como la de erizarse la piel tan solo con su presencia: eso jamás me había ocurrido antes. Y mientras, yo, simplemente

lo contemplo aletada, sin saber qué decir, ni qué hacer (me he quedado paralizada). Él, en cambio, pronuncia unas palabras que, por mucho que me esfuerce, no les encuentro ningún sentido.

—Solo di que sí.

## Capítulo 6



Jamás había estado tan nervioso, nunca en toda mi vida. Lo digo completamente en serio. Ni cuando me casé con Nadia me sentía tan inquieto. Me sudan las manos, creo que el corazón se me va a salir del pecho y no hago más que rascarme la nuca de manera compulsiva.

Una semana ha pasado desde la última vez que nos vimos y sí, reconozco que no fue el mejor de los reencuentros, pero al menos pude verla, lo suficiente para darme cuenta, una vez más, de cuanto la echo de menos, de cómo la necesito de vuelta en mi vida, y de que ella, en mayúsculas, es la RAZÓN de que me haya quedado en esta isla. Ariel le dio sentido a todo y ahora que no está mi vida, esta es un completo asco.

No lo he hecho bien, ni siquiera me he aproximado, tampoco he actuado como me hubiese gustado en lo referente a su problema, me vi sobrepasado y no supe cómo actuar. De verdad que por un momento creí que lo mejor sería dejarla marchar y apartarme lo más posible de su vida. Hasta que, en un impulso por comenzar a hacer las cosas bien y enfrentarme a lo que no me había atrevido en cuatro años, abrí las cajas de Berto; y ahí estaba Ariel, en todas esas fotos hechas hace diez años ¡joder! ¿Acaso no era una señal? ¡Un puñetero cartel luminoso, diría yo! Entonces todo me vino de golpe: el recuerdo de ese viaje junto a Berto. Y lo que empezó con algo de surf y un par de fotos de aquel día inolvidable, terminó conmigo obsesionado con aquella preciosa pelirroja de pelo corto.

—Había olvidado que tenías buen gusto —expone Berto junto a mí con la mirada clavada en la misma dirección que lo ha hecho el objetivo de la cámara los últimos... ¿veinte minutos?—. Habla con ella.

—Te recuerdo que tengo novia.

—¿Acaso está prohibido hablar con otras teniendo novia?

—No, pero tú no estás pensando en que solo hable con ella.

—Obviamente tú tampoco —arguye socarrón dándome una palmada en la espalda antes de lanzarse

de nuevo al agua con su tabla.

Jamás lo hubiese admitido en aquel momento, pero es cierto que había algo que me fascinaba en ella. Sé que suena demencial, pero creo que ese día me enamoré de Ariel, quizá no románticamente, pero lo hice. De alguna manera mística e inexplicable.

Después de encontrar aquellas fotos y tras rememorar esa conversación con mi hermano, no pude evitar darle vueltas a lo que hubiera ocurrido si hubiese sacado el valor para ir a hablar con ella. Luego simplemente me di cuenta de que no lo hice porque no era el momento: ni para ella, ni para mí. Es cierto que en esa fecha Ariel aún no había conocido a Hugo, y si de verdad hubiera ocurrido algo entre nosotros yo hubiese sido su primera vez, y quizá no desconfiaría tanto como lo hace. Sin embargo, hay una cosa cierta, y es que ella no sería la Ariel que he conocido, del mismo modo que yo tampoco sería el mismo Eric. Lo que quiere decir que esta es la manera en la que tenían que ocurrir las cosas. Situación que yo he estropeado, pero que estoy decidido a solucionar. No hay forma de que una historia que empezó hace diez años acabe de esta manera. No estoy dispuesto a permitirlo.

Y aquí la tengo ahora, frente a mí, más madura que entonces y mucho más real. También está visiblemente más cambiada, el pelo acaricia el final de su espalda con facilidad y el color de su piel es más tostado que nunca. Además, se aprecia una pérdida considerable de peso, hasta el punto en el que se intuyen los huesos de sus caderas bajo el neopreno.

—Perdona, ¿qué has dicho? —reacciona al fin con un tono de voz más agudo de lo normal.

—Que digas que sí.

—¿A qué exactamente?

Soy consciente del poco sentido que tienen mis palabras, pero necesitaba llamar su atención, llegar y decirle: «Quería pedirte que me acompañes a blablablá» no me iba a llevar a ningún lado, así que he recurrido a decir... lo primero que me ha venido a la cabeza.

—Que digas que sí a acompañarme.

—De verdad que no sé de qué estás hablando.

—¿Podríamos, solo por hoy, olvidar todo lo que ha pasado?

—No entiendo por qué iba a hacer eso. Tampoco por qué quieres hacer tú algo como eso —reconoce poniendo los ojos en blanco.

—Acompáñame y lo sabrás.

—¿Qué sabré el qué? Pero... ¿de qué demonios hablas, Eric?

Veo como saca la llave que sigue escondiendo bajo el buzón obligando a que me aparte para que pueda acceder a ella con facilidad. Dándome ligeramente la espalda la introduce en la cerradura peleándose con ella para abrir la puerta mientras farfulla en voz alta:

—Después de tu visita me dije que no volvería a dejar la llave ahí, pero es que es mucho más cómodo, sobre todo cuando voy a hacer surf; así no tengo que cargar con nada más que la tabla. Pensé en dejarle una copia a los vecinos, pero la verdad es que no me fio de ellos.

Me llega el olor de su champú mezclado con el agua salada y, sin pretenderlo, he terminado cerrando los párpados aspirando instintivamente, recordando por un instante, a qué huele la felicidad.

Cuando abro los ojos de nuevo, la encuentro parada bajo el umbral de la puerta como si estuviera sopesando algo, con la mirada perdida en algún punto en el interior de su casa. Sé lo que está pensando, o al menos creo intuirlo y no pienso desperdiciar esta oportunidad.

—Espera, por favor —le pido con suavidad.

—¿Que espere a qué, Eric? —pregunta con cansancio dándose la vuelta para enfrentarme.

En un impulso (algo desesperado) cojo su mano; y el recuerdo de sentir su calidez bajo la mía me impacta con contundencia, exigiendo más de ella. Ariel, por el contrario, la aparta rápidamente mirándome como si me hubiese vuelto loco al atreverme a tocarla.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

Trato de obviar lo que acaba de suceder.

—Sí, entrar y olvidar que estabas en la puerta de mi casa diciendo cosas sin sentido.

—El único sinsentido es ignorar lo que sentimos el uno por el otro —aseguro.

—¿De verdad eso es lo único incoherente que encuentras en todo esto? Me parece que no estuviste muy atento el otro día —me recrimina con cierto tono irónico.

—Tengo que hacer algo..., y me gustaría que me acompañaras. Después aceptaré cualquier decisión que tomes.

—¿Y por qué no la aceptas ahora y dejas de hacer el ridículo?

—¿Estoy haciendo el ridículo? —pregunto enarcando una ceja.

—Más bien, sí.

Lejos de molestarme ese comentario me divierte y, de hecho, me alienta a seguir intentándolo. La razón es que esa es una clara señal de que se está acercando al sí. Meterse conmigo es su último cartucho, la conozco suficiente como para saberlo.

—Pues lo siento, pero seguiré haciéndolo hasta que aceptes venir.

Apoya las manos en las caderas con cierto aire pensativo dejando pasar el tiempo hasta que...

—¿Adónde quieres llevarme? —pregunta elevando la mirada hasta centrarse en mis ojos, exigiendo una respuesta.

—Quiero mostrarte algo.

—¡No seas tan directo, por favor! —se burla.

—Ven —digo sin más—, por favor.

—Antes explícame una cosa.

—Dime.

—¿Qué le dijiste a tu mujer sobre mí?

—Exmujer —la corrijo—. ¿Cuándo?

—Cuando estábamos juntos y tú aún seguías casado. ¿Qué le dijiste sobre mí, sobre nuestra

relación?

—Cuando vengas conmigo te aclaro todas las dudas que tengas.

—Adiós, Eric —se despide dándome la espalda con la intención de meterse en su casa.

—¡Vale, vale, está bien! Te lo digo. Pero vienes conmigo.

—Dame la respuesta y me lo pienso —dice cruzándose de brazos.

Vuelvo a rascarme la nuca meditando sobre ello, y tras un profundo suspiro decido que es mi única oportunidad de conseguir que acepte acompañarme. Deduzco que esta vez soy yo el que va a agotar su último cartucho.

—Como ya te dije una vez, nuestra relación no pasaba por su mejor momento. La verdad es que hacía tiempo que había dejado de sentir lo mismo por ella. Hablamos de divorciarnos antes de que se fuera a Nueva York y que yo me viniera a Tenerife. Sin embargo, Nadia me convenció de que este tiempo nos vendría bien para arreglar nuestro matrimonio, y reconozco que una parte de mí quería creerla y por qué no, intentarlo. No soy de los que tira la toalla a la primera de cambio. Pero esa determinación duró poco, cuanto más tiempo pasábamos separados, más me daba cuenta de que era más feliz sin ella. —Hago una pequeña pausa antes de darle la respuesta que está buscando, trayendo a la memoria esa conversación que tuve con Nadia—. Le hablé de ti al día siguiente de nuestra visita al Teide.

Ariel entorna sus preciosos ojos azules escrutándome con detenimiento.

—¿Qué le dijiste?

—Que había conocido a alguien. Ella insistió en que no pasaba nada y que como hombre tenía ciertas necesidades, que lo entendía.

—Eso es machista y asqueroso.

—Lo es, y yo no estaba nada de acuerdo.

—Pues parece que no se lo dejaste muy claro.

—Es difícil hacerle ver a alguien algo cuando no quiere. Especialmente a Nadia.

—A lo mejor el que no querías eras tú, quizá pensaste: «Si no funciona, siempre tengo a una preciosa modelo de repuesto».

—Eso sí que es machista y repulsivo, Ariel.

—Pero real.

—No, no lo es —aseguro muy serio, sin que quede un resquicio de duda en mis palabras. Que Ariel me vea de esa manera me duele y me asquea: claramente es culpa mía—. Y Ariel, nunca salió de mi boca la palabra «juguetito». Jamás me referiría a ti de esa manera.

—Me dijiste que me querías.

—Y era verdad. Es completamente cierto.

—¿Se lo dijiste a ella?

—Lo hice, aunque demasiado tarde —confieso.

Nos mantenemos la mirada y ahora sí que no soy capaz de averiguar en qué está pensando, pero como he dicho antes, no pienso perder esta oportunidad.

—Bueno, ya he contestado a todas tus preguntas. Si hay algo más que quieras saber te lo contaré. Acompáñame, por favor.

Ahí está otra vez, esa mirada que no sé descifrar, haciendo que a mí, el rey de la paciencia, se me haga la espera eterna.

—Dame diez minutos —se pronuncia al fin.

—Gracias.

—Solo espero no arrepentirme.

—No lo harás, lo prometo.

—No te ofendas. O sí, me da igual, pero no es que confíe demasiado en tu palabra en este momento.

—No me ofendo. No me gusta, pero tienes todo el derecho a no confiar.

—Ahora salgo —añade secamente cerrándome la puerta en las narices sin contemplaciones.

Soy consciente de que lo voy a tener muy difícil, aun así, no puedo evitar ilusionarme como un niño. Irónico por otro lado, teniendo en cuenta a donde vamos a ir.

## Capítulo 7



Aún no me puedo creer que haya aceptado. ¿En qué narices estaba pensando?

Vale sí, no he pensado mucho, más bien me he dejado llevar por las ganas que tengo de estar con él, porque le echo mucho de menos y porque sí, lo reconozco, me muero por besarle (entre otras cosas). Además de que me mataba la curiosidad por saber a qué viene tanto misterio. Eso no quita que haya olvidado todo lo sucedido como tan amablemente ha propuesto que hagamos, no es tan sencillo como apagar un interruptor. Como no tenga un dispositivo de esos que borran la memoria como los de *Men in Black* lo veo jodido. Sin embargo, aquí estamos, en su coche, él conduciendo diligentemente mientras yo me devano los sesos tratando de averiguar de qué va todo esto, y adónde necesita que le acompañe.

—¿Adónde vamos, Eric?

—A un cumpleaños.

—¡¿Un cumpleaños?! —exclamo sorprendida y molesta—. ¡¿Qué demonios pinto yo en el cumpleaños de...?!

—Buen intento —arguye con una arrogante sonrisa apartando un segundo la mirada de la carretera para posarla en mí. Y es que tenía que intentarlo—. Ahora lo sabrás. Y pintas porque vienes conmigo y punto.

Zanja la conversación subiendo el volumen de la radio centrándose de nuevo en la conducción.

¿Os he dicho alguna vez que me encanta ver a Eric conducir? Bueno, es más que eso en realidad. Con ese ademán tan serio, sus enormes manos férreas sobre el volante y esa precisión cuando cambia de marcha... Demasiado sexi para ser saludable, en serio. Para mí digo, no es saludable para mí, no puede serlo al menos cuando me deja en este estado catatónico.

Y no puedo dejar de mencionar lo guapo que se ha puesto para el misterioso cumpleaños, lo que ha hecho preguntarme frente al armario qué demonios ponerme tras aceptar su invitación. Después de mover perchas aquí y allá por diez minutos, he optado por ponerme un vestido largo de finos tirantes en color rosa palo con flores estampadas y abotonado en toda la parte frontal; la cazadora vaquera encima y unas sandalias planas de tiras en color camel. Me gustaría haberme pasado la plancha por el pelo, y es cierto que no me he apresurado en arreglarme, me he tomado mi tiempo extendiendo el aceite de coco por el cuerpo después de la ducha; pero tampoco quería hacerle sufrir demasiado, así que, finalmente, he optado por echarme un poco de espuma rizando ligeramente las puntas. Apenas me he maquillado, ya que con el moreno pues una se ve más mona sin necesidad de cargarse con potingues varios. Por lo que he optado tan solo por algo de rímel en las pestañas, un poco de color en las mejillas y un brillo color *nude* para los labios. Nada más verme, Eric ha abierto tanto los ojos que pensé se le saldrían de las cuencas «si querías que sufriera un infarto has jugado muy bien tus cartas» dijo recorriéndome con la mirada. Yo simplemente sonreí, y me metí en el coche fingiendo que sus palabras no me importaban (y afectaban) lo más mínimo. Completamente mentira, y él lo sabía.

La radio lleva puesta desde que hemos salido de mi casa, la música que siempre escucha, nada nuevo excepto por la canción que está sonando ahora mismo.

—Espera, ¿cómo tienes esta canción?

Mi asombro dibuja en su rostro una pícaro sonrisa.

—Subieron vuestro último concierto a Youtube, y cosas de la vida moderna, he podido descargármelo para tener tu versión de *Por verte sonreír*; aunque reconozco que nunca será igual a cuando la cantaste desnuda en el sillón de mi casa solo para mí.

Trago saliva con fuerza sintiendo una oleada de calor abofetearme.

Instintivamente abro la ventanilla en busca de oxígeno, y es que Eric, sabe cómo causar estragos en mí con tan solo una frase. No es solo la intimidad de ese recuerdo, es que con él vienen muchos otros detrás.

—Lo siento, Ariel. Ese comentario ha estado fuera de lugar. —Es plenamente consciente de lo incómoda que me han hecho sentir sus palabras —. Lo único que quiero es que te sientas a gusto.

—¿De verdad? Porque me parece que tienes el concepto bastante distorsionado.

Eric no dice nada más y yo, con la mirada perdida, recibiendo el aire fresco en la cara, repentinamente me siento como la primera vez que subimos al Teide, y de camino, en este mismo coche, una palpable tensión acampó entre nosotros mientras, y como ahora, yo no hacía más que preguntarme qué narices se me había pasado por la cabeza para decir que sí a aquella proposición.

—¿En qué piensas? —me pregunta con cierta cautela.

—En la primera vez que subimos al Teide y en que de camino no hacía más que pensar qué era lo que me había llevado a aceptar esa cita; por si no lo recuerdas, nos pasamos una hora en completo silencio.

—Lo recuerdo. ¿Y qué fue lo que te llevó a aceptarla?

—Quería averiguar más sobre la conexión que existía entre nosotros, pero eso ya lo sabes, me lo preguntaste aquella noche.

—Y ahora, ¿por qué has aceptado?

—Para saber si puedes lograr que vuelva a confiar en ti.

Si quiere sinceridad, ahí se la dejo.

Eric tan solo asiente sin apartar la vista de la carretera. Atisbo a ver en su perfil cierta tensión en su rostro, exactamente en la zona de la mandíbula. No dice nada y con agilidad, sin apenas apartar la mirada de la carretera, y con un par de toques sobre la pantalla de su móvil cambia la música, dando paso a *The Reason* de The Hoobastank, consiguiendo que atrape ese silencio, que tras mis honestas palabras se ha instalado entre nosotros. Eric, en un movimiento lento pero firme, estira el brazo para subir el volumen y por un momento interpreto la letra de esta canción como una disculpa, esa que por alguna inexplicable razón aún no me ha dado.

Siento haberte hecho daño,  
es algo con lo que cada día debo vivir.  
Y todo el dolor que te causé  
desearía poder quitártelo  
y ser el que seque todas tus lágrimas.  
Es por eso por lo que necesito que me escuches.  
He encontrado una razón  
para cambiar lo que solía ser  
una razón para volver a empezar  
y la razón eres tú.

Intuyo estamos llegando a nuestro destino, se ha desviado por la salida del Sauzal conduciendo con conocimiento por una carretera que nos lleva a una zona repleta de chalés, y a pesar de ser en la parte baja de la autopista, es innegable que los afortunados que viven aquí tienen unas vistas envidiables de la isla: no puedo imaginar los de la parte alta.

Aparca con diligencia frente a una enorme casa amarilla independiente.

—Hemos llegado —anuncia apagando el motor.

—Reconozco que esto de no saber adónde me has traído me intriga y me inquieta bastante.

—Nada de lo que tengas que asustarte —dice muy resuelto antes de salir del coche.

—Eso ya lo decidiré yo. —Me dirijo a la parte trasera en donde le veo sacar una enorme bolsa del maletero y la cámara de fotos—. ¡Madre mía! ¿Qué le has comprado?

—Un kit de veterinaria, un perro y un gato —se burla guiñándome un ojo antes de cerrar la puerta del maletero.

—Sigo sin entender por qué me has traído al cumpleaños de alguien a

quien no conozco.

—Precisamente por eso, porque quiero que lo conozcas.

—¿Así que hablamos de un hombre, no? Has dicho «lo».

—Algo así... —dice esbozando una preciosa sonrisa que, aunque no entiendo, me inunda de una ternura que no puedo ignorar.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, cosas mías...

A pesar de que trato de mostrarme irritada no lo consigo, la comisura de mis labios me delata, porque de repente, a mí también me resulta divertido... lo que sea que tenga gracia.

Con la bolsa de la cámara colgando del hombro izquierdo y la bolsa en la mano derecha llama al timbre varias veces seguidas y con insistencia, ya que la música está lo suficientemente alta como para que se escuche desde aquí fuera.

—Creo que la fiesta ya he empezado —apunto.

—Sí, es que en realidad llegamos un poco tarde, porque cierta señorita me ha tenido un buen rato esperando.

—¿No será eso una queja? —inquiero alzando una ceja.

—Ni mucho menos, tan solo una apreciación.

Termina de sonar una canción de Ricky Martin a la que rápidamente le sigue otra de...

—Espera un momento..., ¿eso que suena no son CantaJuego?

Los reconozco no porque sea fan precisamente, más bien porque este verano en el hotel me he tragado todo su repertorio musical con bailes incluidos. Lo que quiere decir que el cumpleaños no es de un adulto, como equivocadamente pensaba, sino de un niño. En el mismo instante que caigo en la cuenta, la puerta se abre dando paso a una mujer bajita, muy sonriente y de mirada amable que se acerca a Eric para darle un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—¡Menos mal que has llegado! Ya no sabía qué decirle a Berto.

—¡¡¡Tío Eric!!!

Como un torbellino aparece el pequeño saltando sobre su tío que de un rápido y certero movimiento lo eleva entre sus brazos.

—¡Felicidades, campeón!

—Has tardado un montón, tío... —se queja haciendo un mohín de lo más adorable—. Te he guardado un plato entero de *sanduis* que ha hecho la abuela.

Quiero morirme en este instante, yo regodeándome por haberle hecho esperar en el coche y resulta que lo que he conseguido es que llegue tarde al cumpleaños de su sobrino. Definitivamente soy lo peor. Una bruja peor que Úrsula.

—Tú debes de ser Ariel.

—Sí, y tú Yaiza, supongo —adivino recibiendo dos cariñosos besos en las mejillas.

—Efectivamente, la madre de ese «monito» —dice señalando al susodicho con un movimiento de cabeza.

—Un monito encantador.

—Sí, en eso y el pelo rubio ha salido a su padre —asegura haciendo referencia a Berto, el hermano de Eric—. Me encanta tu vestido, por cierto.

—Muchas gracias —contesto notando como me ruborizo ligeramente.

Me fijo en que el único parecido que le une a su hermano Jonay es el color castaño del pelo y el de los ojos. Por lo demás son como la noche y el día. Yaiza tiene un peculiar lunar en el entrecejo que le aporta personalidad y algo de sensualidad. No sé, es extraño, pero realmente único. Peinada con una melena con ondas surferas le aporta un look desenfadado pero chic, con un vestido camisero azul marino marcando las formas de su cuerpo, con un pequeño cinturón a juego y unas sandalias romanas en color negras. Me gusta, su estilo y ella. Al menos la primera impresión es buena.

—¿Quién es esa, tío? —Escucho que Berto le pregunta a Eric mientras ambos me miran; Eric, divertido; el pequeño, con una más que evidente curiosidad. Repentinamente este último parece caer en la cuenta de algo—. ¿Es la sirena que te sacó del agua?

El guapo, pero traidor de su tío asiente, a la vez que yo le fulmino con la mirada con ganas de querer asesinarlo. Él, en cambio, no puede dejar de sonreír claramente satisfecho. Y es que..., ¿le ha hablado de mí a su sobrino? No puedo negar que ese descubrimiento me aporta cierta calidez en el corazoncito. Ese que él mismo se encargó de destrozar.

—¿A que es guapa? —le pregunta como si acaso no estuviera delante.

El niño me mira pensativo ladeando la cabeza y entornando sus rasgados ojos castaños idénticos a los de su madre.

—Es la sirena más guapa que he visto. ¡Pero no tiene cola! —exclama decepcionado reparando en el par de piernas que me mantienen sujeta.

Eric suelta una carcajada tan sincera y natural que no puedo evitar unirme; también porque ha tenido gracia.

Una niña algo más mayor de pelo largo y oscuro vestida de Frozen, aparece requiriendo la presencia del cumpleaños. Su tío le deja en el suelo y este, antes de irse se acerca y me da un beso en la mejilla para el que me tengo que poner de rodillas.

—Muchas felicidades.

—Gracias por salvar a mi tío —me dice, antes de desaparecer con una vocecita tan adorable que hasta se me han humedecido los ojos.

—Le caes bien —arguye Eric, todavía con la sonrisa dibujada en la cara.

—Te voy a matar. ¿Le has hablado de mí?

—Con él no tengo secretos, *serea* —arguye como si fuera la cosa más evidente.

—¡Qué afortunado! —refuto sarcástica.

—Anda, vamos, que todavía te tengo que presentar a un par de personas más.

A regañadientes me pongo en pie y le sigo por un camino de piedra que conduce a la puerta principal de la casa, pero en vez de entrar en ella, la rodeamos y vamos directos a la parte trasera, al jardín, en donde entre adultos y niños de varias edades calculo habrá cerca de una veintena de personas. No tardo en distinguir a Jonay entre ellas, que viene directo hacia nosotros.

Exactamente hacia Eric, al que recibe con un abrazo de esos de «hombres» con palmadas en la espalda incluidas.

—Si llegas a tardar más nos obliga a cancelar el cumpleaños.

—Lo siento, ha sido culpa mía —confieso.

—La culpa es de este, que se propone hacer cosas imposibles en el último momento —le reprende echándole una mano en el hombro.

Eso me hace reír, imaginándome la conversación. Eric explicándole su plan, y Jonay tratando de hacerle entrar en razón.

—Sin embargo, se ha salido con la suya —arguyo mirando directamente al de los retos imposibles.

—Ya veo..., me parece que voy a tener que pedirle que me enseñe el truco... —Eric no dice nada, tan solo nos observa—. Y bueno, ¿cómo va todo? Me alegra mucho verte.

—Pues bien, aunque reconozco que me siento algo fuera de lugar, la verdad.

—Tranquila, yo soy el que custodio la cerveza. Un par de *garimbas* y ya verás como te sientes en familia rápido. Lo único es que vas a tener que bebértela en un vaso de la Patrulla Canina —añade chasqueando la lengua.

—Ni siquiera sé lo que es eso.

Jonay y Eric se miran cómplices y empiezan a partirse la caja, lo que hace que me ponga más nerviosa y me suban inevitablemente los colores. ¿De qué narices se ríen ahora?

—Por cierto, dice mi madre que esperes a darle el regalo después de la tarta —se dirige a Eric esta vez—. Te va a matar por haber llegado tan tarde.

—Tu madre me adora.

—¡Eric, *mi niño*, ¿dónde te habías metido?!

—Hola, Dácil. Perdona, pero tenía que recoger a Ariel y me ha llevado más tiempo del que creía.

—¿Ariel? ¡Qué nombre más bonito! —dice ella reparando en mí, al tiempo que se acerca para darme dos calurosos besos enmarcando mi cara entre sus grandes y cálidas manos.

—Muchas gracias, tiene una casa muy bonita.

Solo la he visto por fuera, pero quería decir algo amable.

—Gracias, *mi niña*.

—¡Ya estoy aquí!

Jonay, que había desaparecido en cuanto ha llegado su madre, vuelve tendiéndome un vaso en el que aparece un dálmata vestido de bombero; aunque a mí lo único que me importa es el líquido que hay en su interior.

—¡Gracias! —exclamo antes de beberme el contenido de un tirón y sin respirar.

Que nadie diga nada, que estos vasos infantiles contienen la cantidad de un chupito de tequila.

—Voy un momento dentro a dejar esto —me informa Eric levantando la enorme bolsa de plástico—. ¿Estarás bien? —se interesa colocando la palma de su mano en ese punto de mi espalda... que ya no es espalda; así, como el que no quiere la cosa.

—¿Y ahora me lo preguntas?

—Vuelvo enseguida —anuncia ignorando mis palabras.

Le veo entrar en la casa mientras trato de ignorar que su contacto no me ha afectado de ninguna manera.

—Sabía que uno no iba a ser suficiente.

Jonay me cambia el vaso de cartón por otro bien cargado.

—No pienso separarme de ti en toda la tarde —confieso.

—Apuesto a que otro pagaría por escucharte decirle esas palabras —dice antes de darle un sorbo a su cerveza mirándome por encima del vaso—. Ahora ya puedo ayudarte a mimetizarte con el ambiente. ¿Preparada?

—¿Para qué? —pregunto abriendo mucho los ojos.

—¡Para que te presente a toda la familia!

Le arrebató la cerveza de la mano y me la terminé de un trago.

—Ahora sí.

—Tranquila, que aunque tenemos nuestras cosas, como todas las familias, no somos los Lannister.

—¿Los qué...?

—¿Estás segura que eres de este planeta?

—¡Madre mía! ¿No me digas que los Lannister son los de la patrulla esa canina?

—Eres de lo más divertida —dice muy sonriente echándome el brazo sobre los hombros. Yo le sigo poniendo los ojos en blanco—. Vamos.

Trago saliva y asiento.

Así es como conozco a los tres hermanos de Jonay y a sus correspondientes mujeres incluyendo, además, a sus siete sobrinos, dos abuelas, un abuelo, tres tíos, un par de primos y su padre: un señor muy callado, pero encantador. Me presenta a todos ellos como la amiga de Eric; aunque me examinan como si lo que hubiesen escuchado en realidad fuese «la novia». Eric no tarda en unirse a nosotros, en un principio se queda a un lado compartiendo conversación, pero tras un rato en el que descubre lo desenvuelta y cómoda que me encuentro (hasta yo misma estoy sorprendida) termina por irse a lo suyo con Jonay para jugar con su sobrino y el resto de niños, mientras a mí se me cae la baba mirando de reojo. Y no, los chiquillos no son lo mío y nunca me han gustado especialmente, además de que yo de instinto maternal... más bien poco. No obstante, la ternura que muestra Eric con su sobrino no es algo que pueda ser pasada por alto. ¡Si es que está para comérselo!

Entretanto decido con Ruymán y Airam, dos de los hermanos mayores de Jonay y Yaiza, qué canción es la mejor de Violent Femmes. El primero vota por *Blister in the Sun*, Airam por *Add It Up*, mientras que yo me decanto por *Kiss Off*.

—¿Por qué os reís?

Los dos se miran con complicidad y no entiendo nada hasta que...

—¡Eric! —le llama repentinamente Ruymán—. ¿Si tuvieras que quedarte con una canción de Violent Femmes cuál sería?

—*Kiss Off*, sin duda.

—Ok, ya lo pillo —digo bajito para que solo me oigan ellos, probablemente más sonrojada de lo que me gustaría.

—Estáis hechos el uno para el otro —concluye Airam.

—Tranquilos, que Eric no necesita ningún celestino.

—¿Eso quiere decir que estáis juntos? ¿Oficialmente? —pregunta Ruymán antes de engullir un *sanduis* (como diría Berto) terminando con él de un solo bocado.

Si algo he descubierto en este rato es que esta gente es como una familia para Eric, Dácil le trata como a un hijo más, y estos como a un hermano al que quieren emparejar con la primera chica que trae a casa. Aunque ni yo soy su primera chica, ni creo que sea la primera que trae a esta casa, aun así, me resulta de lo más adorable y reconozco que quizá estén logrando su propósito. Más cuando descubro a Airam con una sonrisa maliciosa junto al equipo de música toqueteándolo hasta que entre las quejas de los niños comienza a sonar *Kiss Off*.

—¡Eric! —exclama antes de subir el volumen—, ¿sabías que esta también es la canción favorita de Ariel?

—Sois unos... —mascullo bajito.

—¡Sí, yo creo que le apetece bailarla! —añade Ruymán visiblemente orgulloso de su maléfico plan para que caiga rendida a Eric y sus pies de Fred Astaire.

—¿Es eso cierto? —pregunta el susodicho alzando una ceja en mi dirección disfrutando a más no poder de la situación que se le presenta.

—No sé...

Antes de que pueda terminar lo que sea que fuera a decir ha tirado de mí cogiéndome de una mano, me ha dado una vuelta sobre mí misma y he terminado con su brazo rodeando mi cintura manteniéndome completamente pegada contra su cuerpo.

—Yo creo que sí —asegura pagado de sí mismo esbozando una de esas sonrisas con nombre y apellido.

El ritmo animado de la canción ha empujado a todos a bailar, incluidos los niños que se lo están pasando bomba. Entre risas infantiles y miradas

indiscretas de los presentes me dejo llevar y bailamos haciendo el bobo, bastante cerca del ridículo, conscientes de que en un momento dado hemos terminado imitando el baile de John Travolta y Uma Thurman en *Pulp Fiction*, pero sin dejar de disfrutar, eso por descontado.

El final de la canción es sustituido por una ronda de aplausos y vítores dirigidos concretamente a nosotros.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!!

Quiero morir. No porque no quiera que me bese, sino de vergüenza, hasta la madre postiza de Eric está jaleando la que más. Y ni que decir de los niños, que les gusta más una tontería de estas..., no tardan en sumarse alentándonos con sus vocecitas chillonas. Miro a Eric que eleva las cejas dos veces antes de añadir muy serio:

—Hay que darle al público lo que quiere.

—No les hagas esperar —me descubro animándole.

Tomándose su tiempo rodea mi cintura con un brazo mientras que con el otro sujeta la parte posterior de mi cabeza, y en un rápido movimiento me deja caer hacia atrás.

—Admítelo, lo estabas deseando.

No me deja admitirlo, sus labios toman los míos con rapidez, manteniéndolos ahí unos segundos, regalándome la calidez de su cercanía. A esto lo llamo yo un beso de película (sin lengua, por supuesto, que hay menores delante).

No tarda en devolverme a la posición vertical de un certero movimiento. Lo primero que veo al abrir los párpados son esos mágicos ojos verdes y, repentinamente, he olvidado por qué estaba enfadada con él. Al final no le ha hecho falta un dispositivo para borrarle la memoria, tan solo una familia que le adora y un beso para que reconozca que quizá existe la posibilidad de un «Eric y Ariel Parte II». Lo sé, dicen que las segundas partes nunca fueron buenas; claro, eso es porque no han conocido a Eric y su manera de aferrarse a lo que quiere sin importarle nada más.

Tras el aluvión de aplausos y lograr deshacerme de mi cara color bermellón, todos regresan a lo suyo, lo que me permite tener unas palabras con, aquí, mi príncipe Eric, don *Consigoloquemepropongo*.

—Todo esto lo tenías preparado. Demasiados compinches tienes aquí me parece. ¿Qué les has prometido?

—No sé de qué me hablas.

—¿Dinero?

—¿Por quién me has tomado? —exclama haciéndose el ofendido llevándose la mano al pecho.

—Mmm..., ¿clases gratuitas de surf?

—¿Acaso ves alguno de esos dos sobre una tabla? —dice arrugando adorablemente la nariz mirando en dirección a la pareja que ha urdido todo este tinglado.

Lo cierto es que Ruymán tiene una enorme barriga con la que no creo ni que pueda verse sus propios pies, así que no, sobre una tabla como que no lo veo, pero al igual Airam...

—¡Ya lo tengo! Revisiones gratuitas a todas sus mascotas.

—No tengo que pagarles para que actúen como buenos amigos.

—¡Es eso! ¡Veterinario gratis! Le he pillado, Doctor Estrada... —digo golpeando su pecho con el dedo índice. Sí, lo admito, jugueteando un poco.

—Por conseguir que me sonrías como ahora, trabajaría gratis toda mi vida, *serea*.

Y así es como mis braguitas volaron al país de Nunca Jamás...

## Capítulo 8



Le cantamos el cumpleaños a Berto que sopla una tarta enorme de La Patrulla Canina y, sí, ya sé que es una serie protagonizada por varios perros y un niño. También me ha quedado claro todo sobre los Lannister y que son dos cosas completamente diferentes.

En cuanto Berto logra apagar las velas, después de varios intentos, sale corriendo hacia su tío Eric para que le dé su regalo.

—¿Qué es, tío?!

Lo primero que saca el pequeño de la enorme bolsa son dos peluches: uno de un perro tipo carlino y otro de un gato que es idéntico a Flounder. Eso me hace sonreír.

—El gato es el regalo de Ariel.

—Dale las gracias —le reprende su abuela.

—¡Gracias, sirena!

Todos se ríen por la ocurrencia del niño mientras yo me muero de vergüenza, ni siquiera le digo nada, tan solo sonrío.

Lo siguiente que saca de la bolsa es una caja envuelta en papel de regalo de La Patrulla Canina, como no, y en vez de romper el papel lo abre con sumo cuidado alargando el proceso una eternidad. Y ahí está su tío, todo orgulloso y tranquilo contemplando a su sobrino. Desde luego ya sé de donde ha sacado toda esa paciencia el niño.

Una vez desenvuelto y doblado con cuidado el papel, ya puede centrarse en el regalo: un kit de veterinaria con toda la parafernalia que un buen profesional veterinario de cuatro años pueda necesitar, como un trasportín de color rosa para llevar a sus animalitos de peluche, por ejemplo.

—¿Te gusta? —le pregunta Eric.

Su respuesta es un asentimiento con los ojos muy abiertos.

—¡Es rosa! —exclama encantado con ese detalle.

—Tu color favorito.

El pequeño «monito» se encarama al cuello de su tío para darle un beso y las gracias antes de salir corriendo a enseñarle a sus primos su nuevo regalo.

—Quiere ser veterinario, como su tío —alardea Eric la mar de orgulloso.

—Va a aprender del mejor, entonces.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Ha sido la cerveza, no te emociones.

—Y yo pensando que me estabas perdonando...

—Ni siquiera te has disculpado aún —arguyo subiendo el tono de la conversación de distendida a tensa en cero coma.

—Es que un «lo siento» no me parece suficiente para el daño que te he causado.

—Y no lo es, pero hay que empezar por algo. Además, sigo sin entender qué hago aquí, Eric. No me malinterpretes, me lo estoy pasando estupendamente y todos ellos son geniales, pero... ¿de qué va esto exactamente?

Porque no me ha pasado desapercibida que la única que no es familia en esta fiesta soy yo, aquí todos son primos, hermanos, sobrinos, nietos... No hay ni un solo amigo, excepto yo.

—Sabes que lo que me trajo a esta isla fue ese niño y sí, también la carta de mi hermano. Pero mi sobrino ya no vive aquí y esa carta ya no tiene ningún sentido. La única razón que me mantiene aún en esta isla eres tú, Ariel. Tú eres mi razón.

Sus palabras confirman que la canción que sonaba en el coche mientras veníamos era su manera de decirme algo. «He encontrado una razón para cambiar lo que solía ser, una razón para volver a empezar, y la razón eres tú».

—Ariel, yo... —Dejando la frase en suspenso agacha la mirada buscando mi mano izquierda (la que no sujeta un vaso con chuchos impresos vestidos de uniforme) y con precaución, entrelaza nuestros dedos hasta conseguir que nuestras manos queden completamente unidas.

Los dos a la vez alzamos la vista apartándola de ese punto tan repentinamente acogedor hasta alcanzar los ojos del otro, conscientes ambos del despertar de esa conexión tan nuestra.

—¡¡Tío!! ¡¡Tío!!

Escuchamos los gritos de Berto acercándose, bueno, nosotros y medio vecindario, pero ninguno mueve un músculo, especialmente porque sé que Eric trataba de decirme algo antes de que su sobrino le interrumpiera, y aún estoy esperando saber de qué se trataba.

—¡¿Tío Eric?!!

Soy la primera en apartar la mirada y dirigirla al pequeño, que mientras con una mano sujeta a Lola, un enorme bulldog francés entre sus brazos, con la otra tira del pantalón de Eric buscando llamar su atención.

—Voy al baño —anuncio, saliendo disparada al interior de la casa, dejando el vaso a mi izquierda sobre una mesa con mantel de papel con más perros estampados. Definitivamente esta noche voy a tener pesadillas con esos dichosos chuchos.

En la cocina me cruzo con Yaiza, que casi me suplica con la mirada que la ayude con una bandeja enorme llena de botellas de la que está a punto de suicidarse una de Fanta naranja. La atrapo en el aire mientras ella suelta, ruidosamente, la pesada bandeja sobre la encimera de granito.

—Acabo de dejar en ridículo a la camarera que fui a los veinte años.

Su comentario me saca una sonrisa. Me gusta lo sencilla que es y lo natural que se muestra.

—Necesito algo más fuerte que una cerveza —murmura casi para sí misma, abriendo una puerta esquinera de un mueble bajo de la cocina.

Contemplo cómo alarga el brazo en su interior hasta que casi tiene que meter la cabeza—. Tiene que estar aquí..., estoy segura de que... ¡te tengo!

Lo que tiene es media botella de tequila en su mano izquierda.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—Nochevieja de hace dos años—arguye oliendo el líquido tras destaparla, coge dos vasos de cartón de una pila que hay sobre la encimera sin estrenar, y tras servir lo que equivaldría a la cantidad de un chupito en cada uno, me tiende uno y exclama—: ¡brindemos!

—¿Por qué quieres brindar? —pregunto con el vaso en alto esperando su respuesta.

—Pues... ¿puedo confesarte algo?

—Claro.

—Ser madre es lo mejor que me ha pasado..., pero también es agotador.

—Brindo por eso.

Chocamos nuestros vasos y nos bebemos de un trago el ardiente líquido.

—¡Mierda, espero no envenenarte con esto!

—Necesitas algo más que una botella de tequila en dudoso estado —arguyo y ella sonríe con sinceridad.

—Me gustas —confiesa sin ningún tipo de reparo—. Bueno y tú qué, ¿algo que quieras confesar?

Innegablemente se me ocurren muchas cosas, no obstante, voy a decantarme por lo más confesable.

—Como vea un perro más con casco estampado en algún lado me echo esa botella de tequila a los ojos.

—Entonces mejor no dejes que Berto te enseñe las fotos de su habitación en Madrid. En cuanto llegamos, Ignacio le dio vía libre para hacer con ella lo que quisiera, conclusión: perros por todos lados. ¡Qué solo tiene cuatro años!

—Y las cosas muy claras, al parecer. Le he visto escuchando atentamente mientras Eric le explicaba para qué servía cada objeto del kit que le ha regalado. Se ve que es un niño muy inteligente.

—Lo es, y adora a su tío.

—¿Le echa de menos ahora que os habéis marchado a Madrid? —me intereso.

Viendo la relación que hay entre ellos me siento ligeramente culpable. Es cierto que Eric no es su padre, no obstante, es alguien muy importante para ese niño, y no es hoy la primera vez que Eric reconoce que si sigue aquí en Tenerife es por mí. Lo que también opino que es un error, completo y desastroso. Si toma la decisión de quedarse que sea por él y por nadie más. Ni tan siquiera por mí.

—Al principio sí que lo echaba de menos, pero ahora que empieza el colegio sé que no lo va a notar tanto. Es cierto que están muy unidos, pero tiene que ser así, su vida está aquí, contigo.

La última palabra la deja caer más como una pregunta que como una afirmación.

—En realidad él y yo no... no estamos juntos, Yaiza.

—¿En serio? —pregunta realmente sorprendida, frunciendo el ceño como si se le escapara algo—. Pues nadie diría lo contrario. ¿De verdad no hay nada entre vosotros?

—Lo hubo, pero... supongo que es complicado.

—¿Es por Nadia? —pregunta y según lo hace se retracta consciente de que quizá no debería husmear donde no la llaman—. Perdón, no es asunto mío.

Me da la espalda buscando algo que hacer para eludir su metedura de pata tirando platos y cubiertos de cartón ya usados a la basura.

—No me dijo que estaba casado —confieso atrayendo de nuevo su atención.

No sé por qué lo hago, quizá por buscar su empatía o puede porque yo también quiera husmear para ver qué averiguo.

—¡Esa relación hacía años que estaba acabada! —exclama con contundencia deteniéndose, incluso, a medio camino de lanzar restos de comida de una bandeja a una bolsa que está en su límite.

—Ya, digamos que recién acabo de enterarme de ese detalle.

—¿Puedo serte sincera? —pregunta sin esperar una respuesta—. Probablemente voy a meterme donde no me llaman, y si mi hermano o Eric se enteran de que te cuento esto... me matan, pero... ¡Bah! Me da lo mismo.

—Ahora me tienes intrigada así que... por favor.

—Berto no conoce a Nadia ¿sabes? —confiesa apoyada ahora en la encimera con las manos agarrando el canto a los lados de su cuerpo—, ella nunca ha querido venir. Y mejor así, qué quieres que te diga, nunca me cayó bien, igual que tampoco entendí que vio Eric en ella: no tienen nada que ver.

Lo mismo que pensé yo cuando tuve el inmenso placer de conocerla. (Véase la ironía.)

—No lo sabía —reconozco.

—Si te soy completamente honesta, en el fondo creo que Eric nunca quiso que mi hijo la conociera. Y ahora... ¿te trae a ti? No cabe duda de que le importas, Ariel.

¿Esa es la razón por la que me ha traído? ¿Quería demostrarme lo que le importo? Claramente ha sido un movimiento arriesgado por su parte. Difícil pasar por alto por otro lado.

—Eres muy valiente, ha tenido que ser duro.

Ya no hablamos de Eric y de mí, ella sabe a qué me refiero. He optado por desviar ligeramente el tema.

—Berto era el amor de mi vida —confiesa pasando la mano por una arruga inexistente de su vestido—. No era una persona fácil, solía encerrarse en sí mismo y tenía fuertes cambios de humor. Pero también era la persona más cariñosa, generosa y pasional que haya conocido en mi vida. Siempre será alguien muy especial para mí, Ariel, y no solo porque sea el padre de mi hijo. Cuando se fue..., de verdad pensé que no volvería a enamorarme.

—Pero lo hiciste.

—Sí, de Ignacio. —Se le dibuja una tierna sonrisa al mencionarlo.

—¿Pudiste despedirte de él? —me atrevo a preguntar.

—Pude, me llamó desde el hospital: mi hermano y yo nos plantamos allí al día siguiente. Al principio pensé lo triste que fue no haber sabido en aquel

momento que estaba embarazada, pero luego me di cuenta de que fue mucho mejor así. Berto ya había aceptado que le tocaba abandonar este mundo, con esa valentía tan característica en él, y si hubiese sabido que iba a ser padre..., sé que habría sido mucho más difícil y doloroso.

—No imagino lo duro que tuvo que ser para ti.

—Lo fue, para mí y para Jonay, que era su mejor amigo. Aunque sin duda el que peor lo ha pasado es Eric, que no tuvo siquiera la oportunidad de decirle adiós después de tantos años sin hablarse.

—Para todos tuvo que ser complicado, no lo pongo en duda. Sin embargo, tú estabas embarazada de él... Que me perdonen los demás, pero no creo que haya nada comparable a eso.

—¿Sabes cuándo supe que estaba embarazada? —pregunta con cierta melancolía—. Ya de vuelta en Tenerife, el día después del entierro. Estaba de catorce semanas. Berto nació siete meses después en un parto prematuro debido al estrés. Y Ariel, mi hijo es sin duda lo más bonito de mi vida, y no solo por lo obvio, sino porque es el fruto de mi primer amor, y eso hace que una parte de él siga con nosotros, es como si de alguna manera no se hubiese marchado del todo. Berto es un regalo y el ancla que nos ha mantenido a todos a flote.

Un «todos» que la incluye a ella, a Jonay y a Eric.

—Ese niño es un milagro precioso, al igual que tú, porque sin ti no hubiese sido posible. Eres una supermamá —concluyo con una emoción atascada en la garganta y los ojos levemente empañados.

Mientras, ella, me devuelve en respuesta una agradecida sonrisa, yo no dejo de pensar que estoy segura de que Yaiza nunca ha hablado de esto con nadie o apenas lo ha hecho alguna vez. Esta repentina sinceridad entre nosotras no es fruto de la casualidad, ni siquiera porque nos sintamos cómodas y en conexión, es que hoy hace cuatro años que tuvo que enfrentarse sola a la maternidad de un niño precioso, pero que siempre le recordará que su padre se marchó de este mundo sin saber que iba a serlo.

—Pero entonces llegó Ignacio.

—Eric me habló de él, y con cariño, la verdad.

Mi confesión prende una tierna sonrisa en su cara.

—No ha podido venir por trabajo, pero ya le conocerás, es un sol. Creí que no podía amar más de lo que ya lo había hecho con Berto, pero...

—No te traigo invitadas para que las hagas llorar —se queja Eric entrando por la puerta de la cocina mirándonos entre curioso y asustado a partes iguales.

—Es que me ha contado un chiste muy malo —la defiende limpiándome una lagrimilla de la mejilla que no era consciente había derramado.

—Voy a sacar las chuches antes de que «La Patrulla Canina» se me eche encima —anuncia Yaiza cogiendo una caja hasta arriba de bolsas con gominolas.

—¿Necesitas refuerzos? —pregunta Eric.

—Tranquilo, soy una supermamá —contesta guiñándome un ojo, haciendo clara referencia a mis palabras.

Eric continúa contemplándonos con curiosidad, no le pasa desapercibido la repentina conexión que hay entre nosotras.

—Gracias —susurra Yaiza al pasar por mi lado.

—A ti —sonrío.

—¿Estás bien? —se interesa Eric en cuanto estamos a solas.

—Perfectamente. Me cae muy bien Yaiza.

—Me alegro. ¿Lo estás pasando bien, entonces?

—Mejor de lo que había esperado —confieso—. Por cierto, ¿sabes dónde está mi bolso?

—Sí, espera.

Desaparece unos segundos y vuelve con él en una mano.

—Gracias.

Mientras Eric saca de la nevera una jarra de agua y se sirve un vaso, aprovecho para echarle un vistazo al móvil, me acabo de acordar que había quedado con Sonia en llamarla esta tarde y puede que me haya mandado un mensaje, pero no tengo nada de ella, de quien sí he recibido noticias es de Sebas.

Instantáneamente me da un vuelco al estómago. No lo he leído, pero ya conozco su contenido, la extensión lo dice todo. Sebas no es de escribir mensajes de más de una línea a no ser que tenga algo que decir. Sé que no debería leerlo ahora, pero... tampoco puedo hacer como si nada, como si no me estuviera muriendo por saber de qué manera va a romper definitivamente con nuestra relación. Así que, con el pulso acelerado, me dispongo a leer las que tengo por seguro serán sus últimas palabras para mí.

Siento hacer esto por un triste mensaje, reconozco que es bastante cobarde, pero es la única manera en la que me siento capaz de hacerlo. Sé que si te tuviera delante acabaría echándome atrás y te mereces la verdad, ambos la merecemos

Por un momento de verdad creí que podría funcionar de nuevo nuestra amistad, pero tan solo hizo falta que apareciera él para que me diera cuenta de mi propia estupidez, de que hubiese sido una gigantesca metedura de pata por mi parte, porque jamás me mirarás como lo miras a él. Porque Ari, tú y yo nunca volveremos a estar como antes

Es cierto, necesito espacio y tiempo, no sé decirte hasta cuando, solo que alejarme de ti es lo único que hará que no te termine odiando, porque ahora mismo me odio a mí mismo por hacernos esto

Necesito retomar las riendas de mi vida

Seguiré transfiriéndote todos los meses la cantidad que acordamos del dinero que te debo, haré lo que pueda por conseguir el resto lo más rápido posible. Cuanto antes salde esa deuda mejor para los dos

He hablado con Darío, porque dejó el grupo Ari, en este momento no tiene ningún sentido para mí, pero tú no lo hagas por favor, sé que la música es lo único que realmente te hace feliz. No dejes de hacer lo que te hace feliz porque el insensato de tu mejor amigo se haya enamorado de ti. Puedes hacerlo, confía en ti

No sabes cómo siento que haya tenido que acabar de esta manera mi niña

Te quiero, probablemente más de lo que debería

16:29

Sus palabras se abren paso dentro de mí lentamente, desgarrando todo en su camino. Ya está. Se acabó. Ha tomado su decisión y a mí no me queda otra que aceptarla. Dije que iba a comenzar a enfrentarme de forma más madura a este tipo de situaciones, empezando por no recaer en los malos hábitos. Y a pesar de que ya comienzo a escuchar el murmullo de Úrsula, voy a hacer un enorme esfuerzo por ignorarla.

—Ariel. ¡Ariel!

Levanto la vista del móvil para encontrarme con los preciosos ojos verdes de Eric que me observan con preocupación a un escaso paso frente a mí. Con el estómago encogido hago un esfuerzo hercúleo por aparentar que todo va bien. Asiento tragando con fuerza lanzando el teléfono dentro del bolso, como si de esa manera también estuviera alejando todo lo que ese mensaje ha provocado en mí, esforzándome, además, por mostrar una sonrisa que no engaña a nadie y menos a Eric, que siempre ha sabido leerme como un libro abierto.

—Ariel, ¿estás bien?

—Claro —miento.

—No, claro que no lo estás—asevera—. ¿Qué sucede?

—Algo que no voy a permitir estropee lo bien que lo estoy pasando.

—Ariel... —pronuncia agachándose para que nuestros ojos queden a la misma altura y acariciándome la mejilla añade—: estoy aquí para lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

Rodeo su mano con mis dedos sin dejar de mirar la honestidad que revela el verde de sus ojos. Lo sé, puedo confiar en él y sí, aún nos falta mucho recorrido para que pueda hacerlo de la misma forma que antes. A pesar de lo que creía, la calma que siento junto a él no ha desaparecido, y empiezo a creer que es algo inmutable.

Trago repetidamente, conteniendo un denso y pesado nudo que se me ha atascado en la garganta, apartando todas las emociones que se agitan en mi interior, esperando que yo reaccione a una de dos: huyendo de ellas arrastrada por esos hábitos a los que me he prometido a mí misma no volver a recaer o haciéndoles frente por primera vez en mi vida.

—Me gustaría irme a casa.

—Claro, pero... ¿estás bien?

—Por favor, solo quiero irme a casa.

A pesar de lo que podáis creer, no he escogido la primera opción sino la segunda, pero quiero enfrentarme a ello en la soledad de mi hogar, sin malos hábitos, prometido. Supongo que, como Sebas, yo también necesito mi tiempo,

y mi espacio. Hasta ahora lo he pasado muy bien, mejor de lo que imaginé cuando salí de casa esta tarde aceptando la misteriosa proposición de Eric, sin embargo, no me siento capaz de fingir que me encuentro naturalmente cómoda tras las palabras de Sebas.

—Toma —me tiende la llave del coche que saca con presteza del bolsillo del pantalón—, espérame en el coche, ahora voy yo, no tardo nada.

—Primero voy a despedirme.

—Si no estás bien puedo hacerlo yo por ti, les diré que no te encuentras bien y que...

—No, Eric —le interrumpo—. Quiero despedirme yo.

Lo menos que necesito es otro «Sebas» que me proteja de cualquier situación porque me considera demasiado débil como para ser capaz de enfrentarme a todo por mí misma. Y aunque es cierto que me he refugiado en esa Ariel por mucho tiempo, eso no va a volver a repetirse.

—De acuerdo.

Con la palma de su mano en la parte baja de mi espalda me acompaña sin apartarla ni un momento de ahí. Quiere asegurarse de que entiendo que está conmigo y no se va a ir a ningún lado. Mensaje captado.

—Me ha encantado conocerte. Y si pasas por Madrid algún día, llámame.

Yaiza y yo nos hemos intercambiado los números de teléfono bajo la atenta mirada de Eric, que a pesar de su preocupación por mí, no ha podido ocultar lo encantado que estaba con lo bien que ella y yo hemos congeniado.

Al final la despedida se ha alargado más de lo esperado con el resto de la familia, incluyendo al pequeño Berto, que tras el beso que Eric me ha dado antes, y a petición del público asistente, he pasado a ser la novia sirena de su tío. Y lo ha dicho con tanta dulzura, que he querido comérmelo a besos.

—Venga, vamos —me apremia Eric guiándome a la salida.

—No, tú te quedas.

—¿Cómo dices?

—Yo me cojo un taxi. De ninguna manera voy a permitir que te vayas del cumpleaños de tu sobrino.

—Eso no es decisión tuya.

—Claro que lo es.

—Puedo traerte y volver.

—Innecesario.

—Nada que tenga que ver contigo lo es.

—Por favor, Eric. —le pido sin un resquicio de súplica en el tono de mi voz.

Finalmente acepta, a regañadientes, pero lo hace.

En menos de cinco minutos el taxi está tocando el claxon frente a la puerta de la casa.

—Gracias por este día.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —insiste.

—Seguro —contesto dándole un rápido beso en la mejilla.

—Espera.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar sus labios están sobre los míos y sus manos rodeando mi cuerpo. Y no, esta vez no es un beso para todos los públicos. Su lengua no pide permiso y con urgencia conquista cada rincón de mi boca, con una necesidad que siento filtrarse por cada parte de mi ser. Si antes creía que le echaba de menos, después de esta tarde, sé que va más allá de ese sentimiento de falta, se acerca más a la sensación de sentirse completa. Lo sé, si el Gaviota me escuchara ahora mismo...

Con pereza Eric termina separándose, pero solo sus labios lo hacen, sus manos aún me mantienen cautiva.

—¿Lo he conseguido? —pregunta apartándome despacio un mechón de la cara.

—¿El qué?

—Que vuelvas a confiar en mí —arguye haciendo clara referencia a la confesión sobre la razón que me había llevado a aceptar acompañarle esta tarde.

—Es un principio.

Me sonrío. ¿Sabéis cómo verdad? Sí, con una de esas sonrisas que reserva solo para mí.

La realidad es que, en el taxi de camino a casa, lo que había prometido no hacer ha ido diluyéndose hasta encontrar argumentos a favor de llevar a cabo uno de esos hábitos que Úrsula apoya como si de mi candidatura para presidenta se tratara y perteneciéramos al mismo partido, al de las Causas Perdidas, por supuesto.

—¿Y ahora qué?

Me he preguntado varias veces en pocos minutos, tras dejarme caer como un plomo sobre el sofá de casa. La última lo he hecho en voz alta, a ver si escuchar mi propia voz me ayudaba a encontrar una respuesta. No lo ha hecho, claramente.

Termino sacando el móvil para leer de nuevo el mensaje de Sebas y recrearme en el dolor. Miedo, es rabia e impotencia lo que predomina, exactamente los sentimientos que más me cuesta dominar.

Me levanto de un salto directa a la cocina a por un enorme vaso de agua que me bebo en dos largos tragos.

*«¿De verdad crees que eres capaz de enfrentarte a esto sin recurrir a...?»*

*«¡Soy yo la que decido cómo van a ser las cosas a partir de ahora, Úrsula!»*

*«¡Ya! ¿Por cuánto tiempo?»*

*«¡Qué te jodan!»*

Toc, toc, toc.

Me da un vuelco al estómago, esa manera de tocar... Dejo el vaso sobre la encimera y echo a caminar para recibir a mi inesperado invitado. Aunque sé de quién se trata mucho antes de girar el pomo y abrir la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te dejé una vez en ese estado..., no puedo hacerlo de nuevo — confiesa con ojos turbados.

Me hago a un lado para dejar pasar a un Eric distinto al que dejé en la fiesta de cumpleaños de su sobrino. Los ahora mechones desordenados de su pelo indican que ha estado pasándose las manos por él numerosas veces. Apenas hace una hora que me marché, por lo que debió salir poco después de yo irme.

Echo andar hasta el sofá, donde me siento a un extremo invitándole sin palabras a hacer lo mismo. Lo hace, más cerca de mí que del otro extremo, deteniendo con sus manos la compulsión de las mías que, para variar, no era consciente de la insistente fricción nerviosa que ejercía una contra otra.

Es raro. Tenerle de nuevo en casa, sentado en el sofá. Y a pesar del daño y del tiempo transcurrido sigo sintiendo un vínculo que resulta difícil pasar por alto. Esa manera de mirarme... No hace falta que diga nada, porque sus ojos lo están diciendo todo. Quiere llegar a mí, a esa misma «Ariel» que me pidió que le mostrara cuando nos conocimos, esa que nunca antes nadie había alcanzado, pero que él no solo descubrió y poseyó, luego destruyó de la misma manera que había llegado hasta mí: abruptamente. Entró y salió de mi vida del mismo modo, con brusquedad y sin tiempo para hacerme a la idea. Él me mintió sobre su realidad, yo le oculté la mía y todo terminó diluyéndose en un vaso de agua como lo hacen las acuarelas. Él, representaba el verde, la esperanza. Yo, el azul, el del mar, impredecible. Ahora tan solo nos queda un vaso con agua turbia.

Y este es el vaso que tengo en una mano, en la otra... el vaso que mantenía se ha roto, el líquido se ha derramado y yo, he sido clara testigo de cómo desaparecía entre mis dedos.

—Habla conmigo, Ariel. Cargarlo tú sola no te hace más valiente.

Empezaré por el vidrio roto, cuánto antes me deshaga de él, antes dejaré de hacerme daño; no puedo negar que siento las esquirlas clavándoseme en la piel. Y aunque reconozco que hablar este tema con él me incomoda en cierta manera, también necesito soltarlo.

—Sebas está enamorado de mí. —Hago una pausa observando su reacción que, como ya esperaba, no es precisamente de agrado—. En realidad, tú ya lo sabías.

—¿Sientes algo por él?

Percibo sobre el dorso de mis manos la repentina rigidez de las suyas que

aún permanecen cubriéndolas.

—Yo le quiero muchísimo, pero solo como amigo.

—Entiendo.

—Así que nuestra amistad no es viable de ninguna manera.

—¿Cuándo te lo dijo?

—¿El qué?

—Lo que siente por ti.

—No creo que eso sea relevante.

—Lo es. ¿Cuándo te dijo que estaba enamorado de ti? —insiste.

—¿Qué importa eso ahora?

Hago el amago de retirar mis manos, pero Eric no me lo permite afianzando sus dedos con firmeza.

—Ariel, ¿existe alguna posibilidad de que tú y yo volvamos a estar juntos?

—Si lo negara te estaría mintiendo —reconozco desviando la mirada de nuestras manos hasta sus pacientes ojos verdes.

—Bien, entonces ¿qué tal si esta vez empezamos por ser sinceros el uno con el otro?

No puedo decir que no me resulte coherente. Así que, supongo que es buen momento para sincerarse. Llenando mis pulmones de aire busco insuflarme del coraje necesario para, por una vez, empezar a hacer las cosas de manera correcta.

—El día después de que apareciera Nadia por el Laguna Negra Sebas vino a mi casa y me lo confesó; aunque una parte de mí lo sabía a pesar de que jugaba a negarlo. Como si el hecho de ignorarlo fuera a conseguir que esos sentimientos que Sebas sentía; siente —corrijo— por mí, terminarían por desaparecer. Nos acostamos una vez hace tres años. Estábamos borrachos y yo acababa de perder a mi tía, y... bueno, claramente fue una mala combinación, de otra manera no creo que hubiese ocurrido nada entre nosotros.

Observo la línea que han ido formando sus labios según mis palabras eran reveladas.

—Es decir, que me mentiste. Te pregunté si alguna vez habíais tenido algo y lo negaste.

—Hombre, si vamos a hablar de quien mintió a quién...

—Ariel.

—Sí, vale, te mentí. —Porque es cierto, lo hice—. Pero para mí no significó nada, y sabía que si te lo decía ibas a pensar lo que no es.

Se frota la cara con las manos mascullando algo que no llevo a comprender, pero que no suena muy bonito precisamente.

—¿Pasó algo entre vosotros?

—¿Cómo?

—Después de lo de Nadia, cuando vino a verte. ¿Pasó algo entre vosotros?

—Eric no creo que...

—¿Pasó o no Ariel? La pregunta es bien sencilla.

Dejo transcurrir unos segundos antes de confesar.

—Me besó. Nos besamos. Tres segundos.

—¡Lo sabía, joder! —espeta ciertamente alterado.

—Después de lo ocurrido tampoco es que te debiera ninguna lealtad.

—¿Ah, no? —Me mira con cierta incredulidad.

—Estás de coña ¿verdad? ¡Estabas casado, Eric! Y ni siquiera me lo habías dicho.

—Eso no...

—¡¿Eso no qué, Eric?!

—Yo no la quería, Ariel.

—Tampoco es que yo conociera ese detalle. —Suspiro soltando todo el aire. Ya puestos, decido soltarlo todo—. Después de besarnos me dio a elegir entre tenerle en mi vida como algo más que un amigo o, por el contrario, olvidarme de él para siempre. Tras eso y tu inesperada visita me marché a Fuerteventura todo el verano. Reconozco que me vi superada. Y no, no ha

pasado nada más con él. Ni con nadie más —aclaro este punto porque sé que él necesita escucharlo, a pesar de que yo no le deba ninguna clase de explicación—. Hoy, en la fiesta, he recibido un mensaje de Sebas diciéndome que se acabó, definitivamente. Tras tu estelar aparición en el concierto se dio cuenta de que no tiene nada que hacer contra ti, porque es obvio que mi corazón te pertenece. Conclusión: he perdido a mi mejor amigo, ese que ha estado a mi lado durante los últimos ocho años de mi vida. Y luego estás tú, la persona en quien más he confiado y con la que más cómoda me he sentido nunca, pero que no tuvo el valor de decirme que seguía casado. A todo esto falta añadir que has reconocido que mi situación personal te supera, así que, dejando a un lado el día de hoy, que no cabe duda que para ambos ha sido especial, apartando eso, Eric, ¿qué nos queda? ¿De verdad crees que algo entre nosotros es viable? Porque yo no estoy segura.

—¡Pero yo sí! Yo estoy completamente seguro de que esto puede funcionar —arguye arrodillándose frente a mí llevando una de sus manos a mi cara—. Sé que no he hecho las cosas bien, y que lo que te sucede es un tema totalmente desconocido para mí, pero pondré todo de mi parte para lograr comprenderte y ser el apoyo que necesitas, Ariel. Al igual que sé que tú podrás perdonarme. Porque sí, cometí un terrible error y no sabes hasta qué punto me arrepiento de ello.

—Sigues sin ser capaz de decirlo.

—Te lo estoy diciendo.

—No, no lo haces. Aún no te has disculpado.

—Lo estoy haciendo —repite tensando la mandíbula con fuerza.

—Todavía no entiendo qué problema tienes con decirme que lo sientes. Con pronunciar esas dos palabras.

—¿Tanto necesitas escucharlo?

—¿Tanto te cuesta decirlo? Si de verdad sientes lo que hiciste, dilo. ¿Tan difícil es, Eric? Di: «Lo siento, Ariel».

—No..., no puedo. Yo no...

Se pone en pie con una cara de terror que no alcanzo a comprender negando con la cabeza repetidamente, mientras esquiva mi mirada intencionadamente y con la misma, se dirige a la puerta y se va. Así, sin más.

Dejándome con una cara de idiota digna de inmortalizar en una foto y exponer en un museo. Ni cuando conocí a Nadia me quedé tan petrificada.

¿Qué demonios acaba de suceder? ¿Y por qué me siento mal? Me miraba como si acaso le hubiese pedido que matara a un cervatillo con sus propias manos, cuando en realidad lo único que quería era escucharle decir que lo siento. Que siente haberlo estropeado, porque hasta que descubrí la verdad sobre Nadia, para mí era perfecto. ¡Y qué narices!, sigue siéndolo. Pero necesito una sincera disculpa para darle una oportunidad, para dársela de nuevo.

De verdad, ¿tan terrible es pronunciar un «lo siento»?

## Capítulo 9



No sé qué coño estoy haciendo, ¿tan terrible es lo que me pide? No me puedo creer que vaya a perderla por esto. Sería lo más estúpido que he hecho en la vida, peor que no haberle contado la verdad sobre Nadia. Sin embargo, aquí estoy, sentado en el sofá de mi casa con la carta de Berto en una mano, viendo cómo voy a perder de nuevo a la única mujer que no solo me ha hecho sentir vivo, sino con la que he descubierto lo que es el amor de verdad.

—Son solo dos palabras. ¡Dos putas palabras! Lo siento. Lo siento. Lo siento. Argh... ¡¡Joder!!

Soy patético. Un mierda. ¡Es completamente ridículo!

Ring-ring.

Me sobresalta el timbre del telefonillo y sé que es ella sin necesidad de abrirla. Pero... no puedo dejarla entrar. ¿Para qué? Seguirá esperando que le diga algo que, literalmente, no puedo. No muevo un músculo, aunque el timbre no cesa. No tardo en escuchar también el sonido del móvil avisándome de un nuevo mensaje.

No pienso moverme de aquí hasta que me abras la puerta, así tenga que pasar la noche haciendo guardia

9:47

Sé que estás dentro, veo la luz de la ventana del salón

Abre, por favor

9:47

De nada me va a servir comportarme como un cobarde. Terminó por bajar y abrirle la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta y, sorprendentemente, no parece enfadada.

—Claro —sentencio haciéndome a un lado para dejarla pasar.

Subimos en un soberano silencio tan solo interrumpido por los ladridos de bienvenida de Max, que en cuanto descubre quién es nuestra invitada, no tarda en hacer todo lo perrunamente posible por llamar su atención. Ariel termina tirándose al suelo para abrazarlo y recibir sus lametazos con gusto.

—¡Maaax! ¡Cuánto te he echado de menos!

Esa imagen me rompe en mil pedazos.

«Nosotros también te hemos echado de menos.»

—¿Quieres algo de beber? —interrumpo la escena esperando ganar algo de tiempo. No tengo ni idea de cómo voy a abordar esto.

—Un vaso de agua, por favor.

Ya en la cocina me siento insólitamente inquieto para como soy yo. Por un lado, tenerla de nuevo en casa me gusta tanto que si no me hiciera parecer un psicópata no la volvería a dejar salir de estas cuatro paredes, y por el otro, no sé qué demonios voy a decirle después de marcharme de su casa de la manera en que lo he hecho.

Tras llenar un vaso con agua fría de la nevera (es así como la prefiere) regreso al salón y la encuentro de pie, con la carta de Berto entre sus dedos. Y su expresión... es como si la estuviera viendo por primera vez.

—Es por tu hermano —discurre incapaz de evitar cierto dejo de tristeza—, nunca le pediste perdón. Esa es la razón de que te cueste tanto decírmelo. Es por eso, ¿verdad?

Tragando con fuerza le tiendo el vaso que ella coge sin mirar para terminar dejándolo sobre la mesa.

—Nunca voy a poder hacerlo.

—Eric...

—Dejé que se marchara sin pedirle perdón, Ariel —suelto con cierta brusquedad, logrando que mis palabras detengan los pasos que había comenzado a dar hacia mí—. Pensaba decírselo cuando llegara al hospital, pero claramente fue demasiado tarde. Se fue sin saber cuánto lo sentía.

La voz ha estado a punto de quebrárseme, es la primera vez que le cuento esto a alguien.

—Él lo sabía, Eric —asegura frente a mí acariciándome el brazo con cariño—, por eso escribió esto: «Perdonar ha sido siempre de valientes. Y tú, querido hermano, eres el héroe más grande que jamás haya conocido». Lo que quería decirte aquí es que ibas a necesitar perdonar. Perdonarte a ti mismo.

Le arrebató el ajado papel para releer esa frase que habré leído en estos cuatro años como un millar de veces, pero solo ahora parece cobrar sentido, uno en el que nunca antes había reparado.

—Berto no necesitaba tu disculpa, ya sabía cuánto lo sentías. Estoy segura de que él también lamentaba lo ocurrido entre vosotros; pero Eric, eres tú el que necesitas perdonarte, estar en paz contigo mismo.

—Yo... no puedo. Lo que hice no tiene perdón, Ariel —refuto con dureza lanzando el dichoso papel sobre la mesa.

—Claro que puedes —asegura, acompañando las palabras con un firme apretón sobre mi bíceps—. Puedes perdonarte por haber tomado la decisión de dejar de hablarle, porque en su momento creíste que era lo que debías hacer. Puedes perdonarte por no llegar a tiempo, porque hay cosas que no podemos controlar. Necesitas asumir la responsabilidad de esos actos para poder perdonarte. Creo que sacar un aprendizaje de esta experiencia es lo mejor que puedes hacer en este momento, Eric.

—No...

—Necesitas perdonar, Eric —me corta—; pero empieza por ti mismo. Soy de las que cree que cometeremos una y otra vez el mismo error hasta que no aprendamos la lección.

—No estoy seguro de eso.

—Sí lo estás, pero el problema es que te niegas a verlo.

¿Perdonarme por haber dejado morir a mi hermano sin decirle cuánto lo sentía, cuánto lo quería? ¿Cómo se supone que tengo que hacer eso? Porque duele. ¡Joder, es más que eso! Es como un jodido hierro candente bajo las costillas.

—Necesitas tiempo, y... lo entiendo, Eric.

De puntillas con la palma de la mano sobre mi pecho, exactamente en ese punto donde la herida de mi hermano es más abrasadora, tiende sus dedos para acercarse y pegar así los labios contra mi mejilla y, mágicamente, siento un consuelo casi instantáneo bajo ese inocente contacto: creo incluso haberme escuchado suspirar.

Paralizado, así me siento, así estoy, contemplando cómo me da la espalda para marcharse, incapaz de hacer ni decir nada por evitarlo.

Me llevo la mano al punto exacto en el que hace un momento ella disponía la palma de su mano, consciente de que al mismo ritmo que se aleja, un frío se instala en ese lugar. La herida de mi hermano es abrasadora, pero el vacío de perder a Ariel es un lugar árido y desolador al que no estoy dispuesto a regresar. Permitir que se marche en este instante, sería un terrible error. El mismo que cometí con mi hermano, el mismo que llevo cometiendo con ella una y otra vez; y es que dejarla ir ya no es una opción.

—No te vayas—le pido, logrando que su muñeca detenga el movimiento que comenzaba a hacer sobre el pomo de la puerta—, por favor. Quédate conmigo. Quédate esta noche.

No, no estoy hablando de nada sexual, es una necesidad de otro calibre. No quiero estar solo. Y ella lo sabe. Ella me entiende.

Todavía de espaldas a mí y por la manera en que deja caer los hombros, parece como si acabara de expulsar todo el aire que retenía en su interior. Un segundo después está entrelazando nuestros dedos y tirando de mí en dirección al dormitorio, descalzándose en el camino. Yo me dejo llevar. De su mano me dejaría arrastrar al fin del mundo con los ojos cerrados.

Contemplo cómo se detiene al pie de la cama arrodillándose frente a mí con intención de deshacerse de mis zapatillas. El pie izquierdo primero, con calma. El derecho después, con ternura. Contemplo absorto y en silencio detalles, cómo los mechones cobrizos de su pelo se deslizan por sus hombros hasta casi acariciar el suelo; su suave respiración o la mirada que me dedica antes de erguirse nuevamente, esa que dice: «Eric, estoy aquí y no me voy a ir a ningún lado».

Tras desnudarme los pies se dirige a la cómoda para sacar un pijama del tercer cajón, pero antes de volverse hacia mí, una espontánea y tímida sonrisa la delata: ha visto las dos fotos enmarcadas que sumé a las que ya había tras firmar los papeles del divorcio. Ambas tomadas sin que ella fuera consciente de que estaba siendo objetivo de una cámara indiscreta y de un fotógrafo fascinado. Una es de cuando me insufló la ilusión de fotografiar de nuevo en aquella cita en el Puerto de la Cruz, un rato antes de verla unir su voz a la de un cantante callejero. La otra, pertenece a aquel viaje que hice con mi hermano diez años atrás, cuando aún desconocía que ella era el amor de mi vida, aunque algo dentro de mí quiso inmortalizarla sobre la tabla, embelesado. Creo, incluso, que sonó en mí cabeza un « miña serea » al que no le encontré ningún sentido; pero que más tarde cobró un significado que sobrepasa incluso lo racional, y es que Ariel es algo fuera de este mundo, es excepcional, única y el ser más maravilloso que haya tenido el placer de conocer.

Tratando de ocultar la sonrisa de su preciosa boca me tiende el pantalón de cuadros verde oscuro para ella quedarse con la camisa que, tras quitarse el vestido frente a mí y sin dejar de mirarme, se abotona con calma elevando la comisura de los labios con dulzura. Y a pesar de las ganas que pueda tener de estar con ella, de adentrarme en su calidez, solo puedo contemplarla fascinado, porque nunca deja de sorprenderme.

Nos metemos bajo el edredón, yo abrazado a su cuerpo, mientras que sus dedos se sumergen entre los mechones de mi pelo en una caricia decadente que poco a poco hace que me vaya relajando.

—Gracias —susurro con la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué?

—Por cuidar de mí.

—Tú lo has hecho conmigo, muchas veces.

—Es evidente que no lo suficientemente bien.

Por supuesto que no lo he hecho como debería, ni mucho menos como se merece. Aun así, aquí está, a mi lado, mostrando una vez más esa valentía que se niega por costumbre y, probablemente, Ariel sea la persona más valiente que haya conocido en mi vida. Cuánto nos queda por aprender todavía a ambos.

—Yo ya te he perdonado, Eric —susurra sin dejar de acariciarme.

Esas palabras consiguen que vibre mi corazón recordándome por qué la quiero tanto: porque no la mueve el orgullo, porque Ariel es toda humildad.

Me dejo arrastrar por el cansancio, estrechándola con fuerza, soñando con ella, con mi sobrino y con Berto, al que le pido perdón por haberle fallado, por no haber sido el hermano que se merecía, por no llegar a tiempo... Él, entre risas, me dice que no está enfadado, todo lo contrario, está orgulloso de mí, agradecido de que esté cuidando de su hijo como si fuera mío, y feliz, porque cumplí todo lo que me pidió en su carta.

«Ella es todo lo que mereces, no la dejes escapar. Te quiero, Eric.»

Sumido en una completa oscuridad me despierto inundado por una inmensa serenidad a la que le acompaña el cuerpo de una sirena entre mis brazos, y no es hasta que me separo ligeramente para reacomodarme, que descubro que tengo las mejillas húmedas y un enorme sentimiento de gratitud hacia ella.

«Te quiero, hermano.»

Podría decir tranquilamente que hoy es oficialmente el mejor día de mi vida, al menos no recuerdo haberme sentido tan bien nunca antes. La causante de esa dicha duerme en este momento plácidamente abrazada a mí y sobre mi pecho desnudo, me atrevería a decir que está babeando; tampoco es que me importe demasiado. Calculo que debo de llevar cerca de una hora despierto, recostado con un brazo tras la cabeza contemplándola: la elegancia de sus largas piernas enredadas en el nórdico; la curva de su trasero ahora menos voluminoso que antes, pero igual de apetecible que siempre; su brillante cabello rojo llenando de color esta cama gris; las delicadas pecas que salpican su rostro, aportando una dulzura especial a esta incansable guerrera; sus densas pestañas; sus labios hechos para volverme loco... Mi cama rebosa vida cuando Ariel está en ella. Mi vida tiene otro color cuando ella está cerca.

—Lo siento, Ariel —murmuro apartando un mechón de su mejilla con cuidado.

—¿Eric? —pronuncia aún con los ojos cerrados, pero con una preciosa sonrisa dibujada en su rostro.

Me muevo hasta quedar sobre ella, atrapándola con mi cuerpo sosteniéndome para ello sobre los puños que mantengo a los lados de su cabeza. Al fin abre sus ojazos azules recibíendome con un brillo especial y una sincera curiosidad que descubro al contemplar cómo se le dilatan las pupilas.

—He dicho que siento muchísimo todo el daño que te he causado. Lo mal que lo he hecho, porque de verdad eres la última persona que quería herir.

—Oh... Eric.

Sus manos suben por mis brazos, despacio, pasando por mis hombros hasta llegar a mi cuello, en donde se detiene tirando de él hacia abajo.

— Miña serea .

—Bésame —me pide mordiéndose el labio inferior.

Mi boca se estrella contra la suya, y lo que pretendía fuera algo calmado, termina convirtiéndose en intensidad y exigencia por parte de ambos. Nuestras lenguas se buscan atropelladamente entre su boca y la mía, cambiando de escenario por segundos. Ella invade y conquista cada rincón, después soy yo el que demanda su parte saboreando en un beso, cada vez más húmedo, lo que para mi manera de verlo, me corresponde por derecho.

Sin embargo, no son solo nuestras bocas las únicas protagonistas, las palmas de sus manos recorren con impaciencia mi piel, que va prendiendo a su contacto aumentando la temperatura hasta volverse abrasadora. Yo no he tardado en deshacerme de la camisa de mi pijama que ella ha llevado durante toda la noche, agradeciendo que haya dejado impregnada su exquisito olor a flores en ella. Detrás va su sujetador y sus braguitas; y con su ayuda, mis pantalones y calzoncillos. Ahora sí, por fin, no hay nada que se interponga entre nosotros: ninguna disculpa no pronunciada, ninguna tela ocultando piel.

Su cuello es mi primer capricho, con besos húmedos que me dejan su sabor sobre la lengua, inyectando más presión bajo mis venas, aumentando así el grosor de mi erección a límites que no creí que existieran. Lamer sus pechos y estrujarlos entre mis manos, besar su estómago o recorrer su cintura con mis dedos, son placeres que un día me pertenecieron, y que en este tiempo sin ella he echado demasiado en falta.

—Echarte de menos no es un concepto que abarque el vacío que he sentido todo este tiempo sin ti — susurro junto a su oído tras repasar el lóbulo de su oreja con la punta de mi lengua.

—Te quiero —jadea en respuesta enterrando los dedos en mi pelo.

Me tumbo sobre mi costado izquierdo a su lado, ella continúa boca arriba en una posición perfecta para que pueda absorber sus gemidos con mi boca mientras logro que se corra entre mis dedos. Deslizo el índice por su vientre despacio, pasando por el dulce y delicado valle hasta alcanzar su clítoris, que masajeo con dos dedos contemplando cómo el rubor de sus mejillas aumenta a la vez que lo hacen mis ganas por ella. Detengo el movimiento para reubicar mis dedos, esta vez más abajo, donde mi intromisión dentro de su cuerpo es recibida con un intenso gemido que se desliza vibrante sobre mis labios.

—Dios..., Ariel, estás empapada.

No esperaba mejor recibimiento que este.

Mis dedos serpentean en su interior hasta encontrar el punto de mayor placer, ese que hace que me clave las uñas en el brazo suplicando sin palabras que continúe, y que yo gruña debido a la excitación.

—¿Te gusta así?

Flexiono dos dedos provocando que se arquee regalándome una imagen tan erótica, que por un momento he creído que iba a correrme solo con esa visión. Pero ha sido Ariel, mi Ariel, la que se ha corrido con un largo gemido ahogado, tan exquisito que a mí me ha sabido como a caramelo fundido entre mis labios.

—Eric... —suplica.

—Ya voy, cariño.

Porque yo también estoy deseándolo, así que, no nos hago esperar más. Ariel abre las piernas facilitándome el acceso al tiempo que me coloco sobre ella, apoyando mi peso sobre el brazo izquierdo, mientras que, con la mano derecha, dirijo mi polla hasta su cálida intimidad, que se desliza suave hasta lo más hondo. Jadeamos al unísono.

—Mírame —le pido apartando con cuidado un mechón que se ha adherido a su frente debido a una fina capa de sudor.

Nuestras miradas conectan al instante aferrándose con más fuerza con cada nueva penetración.

—Eric...

—Ariel...

Trato de no acelerar el ritmo, porque Ariel es demasiado para mí y...

—Más fuerte, Eric.

La lucha de siempre: yo, tratando de tomármelo con calma y ella, exigiendo más de mí. Está claro que hay cosas que nunca cambiarán, y no es que vayáis a escucharme quejarme por ello.

Esboza una pícaro sonrisa mientras agarra mis nalgas para acercarme más a ella. Yo bajo la mirada al punto de unión de nuestros sexos disfrutando de esa visión de unión tan cruda. A lo que Ariel aprovecha el espacio que he creado entre nuestros cuerpos para alargar el brazo y alcanzar así su clítoris.

—Vamos, preciosa.

—No pares, Eric.

En cuanto empiezo a notar las contracciones de su vagina comprimiendo mi erección reconozco que estoy perdido. No hay vuelta atrás.

—Me voy, Ariel... Me voy...

Explotamos a la vez y la sensación, al alcanzar el orgasmo, es demoledora con Ariel arañándome la espalda al tiempo que grita mi nombre sin ningún tipo de pudor.

Me dejo caer sobre ella, tratando de no aplastarla, hundiendo la cara en su cuello.

Mientras normalizamos nuestras respiraciones percibo una conexión con el momento presente que nunca antes me había permitido. Coexistían demasiadas contradicciones como para darme el lujo de disfrutar con plena honestidad de esta intimidad compartida, las veces anteriores en que estuvimos juntos. Cosas como el desconocimiento de Ariel sobre el estado real de mi matrimonio, o el mío sobre lo que le llevaba a ella a comportarse de manera tan kamikaze y degradante, sin olvidar que ha tenido que pasar todo esto entre nosotros para que yo haya sido capaz, después de varios largos años, de pronunciar mi primera disculpa sincera. Sin embargo, toda esa carga que arrastraba, la relacionada con Ariel directamente y la que no, parece haber desaparecido de alguna manera, o al menos ya no pesa tanto como antes. Una conclusión que me incita a dejar pequeños besos a lo largo de la línea de la garganta de Ariel como forma de agradecimiento, porque no cabe duda de que ella es la causante de este cambio en mí.

—¡Me haces cosquillas! —exclama revolviéndose y encogiendo el hombro para que me aparte.

—¿Desde cuando tienes cosquillas en el cuello?

—No sé, supongo que después de hacerlo estoy más sensible —arguye con una radiante sonrisa.

—Preciosa y perfecta, así estás después de hacer el amor —afirmo antes de darle un pequeño beso en la punta de la nariz—. ¿Sabes que te quiero?

—Lo sé. Y yo a ti, hado madrino.

—Yo creo que la «varita» se ha portado, ¿no? —pregunto enarcando una ceja.

—Se ha portado, sí.

Nuestras risas preceden un remanso de paz no premeditado y tan honesto como esa calidez que sentí bajo el pecho la primera vez que nuestras vidas se cruzaron hace una década. La misma que he sentido desde que el destino nos uniera de nuevo en aquella playa y que se repite cada vez que me mira o sencillamente me sonrío.

Me bajo de su cuerpo para reacomodamos ambos sobre nuestro costado izquierdo, yo tras ella permitiendo que su espalda repose sobre mi pecho, disfrutando al mismo tiempo de sus dedos que se deslizan por mi brazo en una decadente caricia mientras que yo voy dejando pequeños besos por su espalda, su nuca, su hombro...

—Se me hace raro no ver las cajas de Berto en esa esquina.

—A mí lo único que se me hace raro es no tenerte en mi cama cada noche.

—¡Qué bobo eres!

—¡Oye, que lo digo en serio!

—¿Cómo que te dio por abrirlas? —insiste, girándose entre mis brazos para que quedemos frente a frente.

—Después de lo sucedido no podía dejar de pensar en que tenías razón respecto a esas cajas, por primera vez había algo que me decía que las abriera. Creo que tuvo que pasar todo eso para que yo empezara a hacer algo de verdad con mi vida, como ponerle un punto y final definitivo a mi matrimonio o, abrir esas cajas tras tanto tiempo cogiendo polvo en ese rincón.

—¿Qué pensaste cuando encontraste las fotos, cuando me viste a mí en ellas?

—Que era una locura, pero también que tenía que ser una señal.

Sea lo que sea que eso signifique.

Cómo han cambiado las cosas en estos últimos meses... Yo, Eric, el hombre pragmático y racional admitiendo que quizá exista algo mucho más grande que maneja nuestras vidas como si fueran piezas de algún juego de estrategia.

—Yo flipé bastante, la verdad. Es mucho más que casualidad, es...

—¿El destino? —pregunto.

—Si no lo es se le acerca bastante. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Asiento peinando con mis dedos los largos mechones que cubren sus pechos desnudos—. ¿Qué te llevó a hacerme esas fotos aquel día?

—Había algo en ti que me resultaba... fascinante —pronuncio buscando su mirada.

—Fascinante —repito frunciendo el ceño.

—Berto me animó a que fuera a hablar contigo, pero yo estaba saliendo con Nadia en aquella época.

—Ambos éramos personas muy distintas.

—Pero diez años después me salvaste la vida en esa misma playa. —Me acerco a unos escasos centímetros de su cara—. Eres lo más bonito que me ha ocurrido nunca, volvería a ahogarme una y mil veces si de nuevo eso te llevara hasta mí. Ya no imagino la vida sin ti a mi lado, serea .

—Entonces seguiré salvándote todas las veces que haga falta.

—Eres la única capaz de hacerlo.

Sello mi confesión con un beso, el más leal que haya dado nunca.

# Octubre

La capacidad de reír juntos es el amor.

FRANÇOISE SAGAN

# Capítulo 10



—¡Dime que te queda tarta de queso! —implora aguantando la respiración expectante.

—El último trozo.

Si fuera un emoticono sería el de los corazones en los ojos, o quizá ese al que se le cae la baba; sí, creo que este último es el que mejor la representa.

Se ha pasado todo el almuerzo pendiente cada vez que veía salir un trozo de tarta para alguna mesa murmurando: «Nos vamos a quedar sin tarta, Eric». A mí me resulta de lo más divertido, no puedo negarlo. En realidad a ella no le gusta mucho el dulce, pero el día que descubrió esta tarta se pasó al bando de los golosos. La última vez que vinimos nos quedamos sin ella y casi se puso a llorar del disgusto, estuvo los cincuenta minutos de camino a casa enfurruñada. Lo que ella no sabe es que cuando reservé mesa hace una semana para venir hoy a comer, le pedí a Valentina, la dueña del restaurante (junto con su marido Diego), que nos guardaran un par de trozos de tarta de queso: uno para tomar aquí y otro para llevar, así compensábamos el de la última vez. Y puede que el Samelo esté en Abades, una pequeña zona costera perteneciente al municipio de Arico con apenas setecientos habitantes, pero sin duda es el restaurante vegano más concurrido de la isla en el que yo haya estado, y con toda la razón, de hecho, es nuestro favorito, el de Ariel y el mío.

—Aquí tenéis —anuncia Valentina con su bonito acento italiano y una amable sonrisa dejándonos un trozo considerable cubierto de mermelada casera y dos fresas frescas y turgentes coronándola.

—¡Gracias! —exclama mi pelirroja dando palmadas de alegría unos segundos antes de abalanzarse sobre el dulce—. Es la mejor tarta de queso que he comido en mi vida, en serio. No la mejor tarta de queso vegana, sino la...

—La tarta de queso del mundo entero más buena —termino de decir por ella—. Siempre que la comes dices lo mismo.

—¿No comes?

—Disfruto más viéndote comer a ti. —Cualquiera metería una mano ahí, igual pierdo una falange. Además, aprovechando que la tengo entretenida disfrutando del postre...—. Escucha, Ariel.

—Qué mal suena ese comienzo... —refuta deteniendo la cuchara en el aire con un enorme pedazo de pastel a punto de ser devorado.

—Hace casi un mes que volvimos y no hemos hablado sobre... lo tuyo.

—¿Sobre mi bulimia? Puedes decirlo en alto, no pasa nada.

—Sobre tu bulimia.

—¿Y qué quieres saber? —pregunta sin dejar de comer y con una normalidad que no entiendo, porque yo no siento esa naturalidad sobre este tema: es completamente nuevo para mí.

—¿Si estás bien, cada cuánto te pasa, si hay algo que lo empeore, qué puedo hacer yo para ayudarte, si no necesitas ir a terapia...?

—Vaya, sí que tenías dudas acumuladas.

—Es mi primera vez —afirmo tirando de la comisura de los labios buscando esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Bueno, no hay nada de lo que tengas que preocuparte: estoy bien.

—Ya. Creo que necesito más información.

—Pregunta.

—¿Tu ex lo sabía?

—¿Hugo?

—¿Acaso tienes otro?

—¡Ja, qué gracioso eres! Sí, lo sabía.

—¿Y qué hacía él para ayudarte?

—¿En serio estás pensando en tomar como ejemplo a Hugo?

—Pues dime qué hizo él para no repetir el mismo error, entonces —arguyo apoyando los codos sobre la mesa y los labios sobre el puño que forman mis manos.

—Cabrearte, eso no ayuda. Obsesionarte, tampoco. Lo que necesito es que confíes en mí, y si te digo que estoy bien, es que lo estoy.

—¿Y ya está?

—Ya está. Mira, en aquella época era diferente, estaba más metida en la mierda, pero actualmente soy plenamente consciente de que sufro un trastorno, lo asumo y trabajo cada día para no dejarme sobrepasar por las emociones, que básicamente es lo que me lleva directa a una recaída.

—¿Cuánto tardaste en recuperarte la última vez?

Hablamos de aquella en la que yo descubrí lo que le sucedía porque me colé en su casa y la pillé arrodillada frente a la taza del váter con los de...

—Menos de lo habitual —confiesa rompiendo momentáneamente el contacto visual centrándose en dar un largo trago a su vaso de agua.

—¿Cuánto es lo habitual?

—A ver, esto no es una ciencia exacta, Eric.

—¿Y qué te ayudó a recuperarte tan rápido esta vez?

Como diga Sebas juro que no soy responsable de lo que pueda salir por mi boca. Y no soy consciente de la rigidez de mi cuerpo solo de pensar en él hasta que casi escucho el rechinar de mis dientes, debido a la tensión de mi mandíbula, porque es escuchar su nombre e instintivamente mi cuerpo reacciona en un estado de alerta.

—Construir un mundo paralelo en lo que todo lo que me arrastró a vomitar de nuevo, sencillamente no existía, porque yo fingía que así era.

Incógnita despejada, Sebas no tuvo nada que ver.

—¿Y cómo sé que mañana no vas a volver a ese punto de nuevo?

—No lo sabes, ni yo tampoco. Pero puedo decirte que contigo me siento en calma como nunca antes; ya te lo dije una vez y no mentía, Eric. Consigues que me sienta especial, única e insólitamente tranquila.

¿Se supone que eso debe servirme de consuelo? Porque no es que me haga sentir mejor precisamente. Hablamos de que todo el peso recae sobre mí, aunque por otra parte... es como si dominara la situación y visto desde esa perspectiva... Si depende de mí, entonces haré todo lo posible para que se sienta perfecta y estable de aquí al final de sus días.

—Dilo —me pide irrumpiendo mis pensamientos—. Lo que estés pensado, dilo.

—La verdad es que me cuesta entender cómo puedes vivir así, quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir. Pero es que somos personas muy diferentes en ciertos aspectos, como en este, por ejemplo. Tú te caracterizas por ser una persona tranquila, estable y en cierta manera necesitas controlar todo a tu alrededor. Claramente somos polos opuestos, lo que no quiere decir que para mí sea fácil lidiar casi a diario con esta incertidumbre, porque honestamente es como nadar a contracorriente constantemente: es agotador. Y no es solo una cuestión del aspecto físico, de no sentirme a gusto con la imagen que me devuelve el espejo, digamos que eso solo es la punta del iceberg.

—¿Y qué se esconde bajo el agua?

Puedo imaginarlo: una inseguridad bestial, pero quiero escucharlo de su boca, con sus propias palabras. Ver hasta qué punto es consciente de la parte sumergida de ese gigante bloque de hielo que no le permite ser libre.

—Al principio de verdad creía que si cambiaba mi aspecto físico lo demás también cambiaría. Ahora soy consciente de que nada más lejos de la realidad. Y, aun así, sigo teniendo esos impulsos de vez en cuando. Todavía me cuesta mucho lidiar con ciertas emociones, especialmente con la impotencia cuando algo no me sale bien, o la rabia, cuando me siento atacada de forma personal y directa, no tengo esa seguridad como para que me importe una mierda; y de ahí termino dejándome arrastrar por la frustración. Luego viene la peor parte de todo: el asco y el odio hacia mí misma. Y, ocasionalmente, he llegado a sufrir algún episodio de ira. Son muchos años usando la comida como regulador emocional, Eric. Entiendo que para ti pueda ser difícil de comprender.

—¿Has pensado probar otro tipo de terapia? —Porque es obvio que todavía queda mucho que solucionar ahí—. He estado leyendo sobre un...

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Es como si tuvieras la obligación de arreglarlo todo.

—Es que la tengo —ratifico, porque es cierto, y sigo sin entender cuál es el problema y por qué pone los ojos en blanco—. Lo único que quiero es ayudarte, hacerlo de la mejor manera posible.

—Está controlado, Eric.

Ahora soy yo el de los ojos en blanco.

—¿Eres consciente de cómo suena esa frase? Manida es poco.

—Me da igual cómo suene, lo único que tienes que hacer es confiar en mí y no tratar de controlarlo todo. Más que nada porque no lo vas a conseguir.

No voy a negar que me cuesta y sí, es cierto que tengo una necesidad casi innata y obligada de tratar de solucionar todo a mi alrededor. Deduzco que todo empezó el día que mi padre se marchó de casa cuando yo tenía doce años y mi madre se sumergió en una profunda depresión, fue entonces cuando me vi forzado a tomar las riendas de casa y a hacerme cargo de todo.

—Estoy bien, Eric. Igual el que no puede con esto eres tú.

—Puedo. —Pude con la marcha de mi padre, con los cambios emocionales de mi hermano y con su muerte, así que podré con esto, aunque no voy a tratar de engañar a nadie, ya que es completamente nuevo para mí y necesitaré trabajar en ello—. Tan solo quiero que me prometas una cosa.

—Dime.

—Si en algún momento estás mal, has recaído o si sientes que algo no va bien quiero que me lo digas. Esto funcionará si eres sincera conmigo.

—De acuerdo.

—¿Seguro?

—¿Quieres que me lo tatúe?

—Hablo en serio, Ariel —asevero cogiendo su mano por encima de la mesa.

—Te lo diré. Si no estoy bien serás el primero en saberlo.

Asiento satisfecho, aunque con una tenue y anormal presión en la boca del estómago.

—Resuelto esto, ya puedo decirte que tengo una sorpresa.

—¿Hay una sorpresa?

Sus ojos azules me escrutan desvelando una innegable curiosidad.

—Espera aquí un momento.

Me levanto para ir a pagar la cuenta desgranando cada una de sus palabras, necesito tiempo para

asimilar todo lo que acaba de confesarme. Cuando vuelvo, un par de minutos después, está esperándome de pie en la terraza del restaurante con la vista perdida en el mar que se extiende frente a nosotros.

—Para compensar el de la última vez —susurro en su oído desde atrás colocando la bolsa frente a sus ojos.

En cuanto descubre de qué se trata se lanza sobre mí enroscando las piernas en mi cintura.

—¿Más tarta de queso?! —Esa sonrisa acaba conmigo. Me mata y me revive al mismo tiempo—. ¡Gracias! Te quiero, hado madriño.

Echo andar hacia el coche con ella abrazada a mí como si fuera un koala.

—Si lo llego a saber antes, en vez de aparecer en tu casa aquel día para llevarte al cumpleaños de Berto, te habría llevado un trozo de tarta.

—No, ese día no lo cambio por nada.

—¿Ni por tarta de queso?

—Ni por tarta de queso.

—¿Puedes apagar eso por favor?

Solo hace cinco minutos que he entrado por la puerta y el ruido de la música ya me está martillando la cabeza. Me masajeo las sienas con las yemas de los dedos descansando los codos sobre las rodillas, agradeciendo que haya detenido el infernal ruido.

—Cómo estamos hoy, ¿eh? —arguye soltando el móvil ruidosamente sobre la mesa que hay frente al sofá en el que estamos sentados, ella en un extremo, yo en el otro.

Al fin ha apagado ese ruido.

—Perdona, cariño —me disculpo tirando de ella hasta sentarla sobre mis piernas, de manera que queda a horcajadas sobre mí con una pierna a cada lado de mi cadera—, es que he tenido un día de mierda, lo siento.

—Cuéntame, ¿cuál es el problema? —dice peinándose despreocupadamente con sus dedos.

—Estoy pensando seriamente lo de contratar a un auxiliar, está claro que yo solo no puedo con todo.

—Bueno, pues se busca a uno y punto. ¿Dónde está el problema?

—Que no me gusta trabajar con gente.

—¿Desde cuándo? —dice arrugando adorablemente la nariz.

—Desde siempre.

—Creo que eso merece una explicación.

—No es que no me guste —rectifico—, es que soy muy exigente y encontrar a alguien que esté a la altura va a ser un proceso de lo más tedioso. Bueno, y ¿cómo ha ido tu día? —Decido cambiar de tema—. ¿Algo nuevo que pueda escuchar?

Y es que Ariel ha decidido aparcar el trabajo de socorrista, ya que ni lo necesita ni le gusta, y ha tomado la decisión de centrarse únicamente en la música. A mí me parece perfecto si es lo que a ella le hace feliz; y me consta que es así. He sido testigo de cómo pierde la noción del tiempo cuando se aísla para componer: es una Ariel más serena, y ciertamente mucho más sonriente. No cabe duda de que la música forma parte de ella. Además, Darío se ha comprometido a echarle una mano ahora que ha montado un estudio en su casa para que pueda grabar el que será su primer disco en solitario.

—Nada que merezca la pena ser escuchado.

—No seas tan dura contigo misma —la reprendo—. Por cierto, ¿cuándo vas a llevar el coche al taller, Ariel?

He venido a su casa con su coche, porque ella ha usado el mío para traerse a Max esta mañana, y el ruido que sale de su escarabajo cada vez suena peor, y ella no hace más que aplazar el momento de llevarlo a que lo miren.

—Mateo era mi mecánico y ahora no sé adónde llevarlo, seguro que me timan —refuta haciendo un puchero con la boca.

—Puedes ir al mío, ya te lo he dicho. Pero llévalo ya, porque te va a dejar tirada y luego vendrán las lamentaciones.

—De lo único que yo me lamento es de no haber disfrutado de este cuerpo en todo el día —dice melosa besándome el cuello.

—Ariel, lo digo en serio —asevero sujetándola de los hombros para apartarla esperando que, por una vez, se tome algo en serio—. Ese coche tiene muchos años y no es seguro que lo conduzcas en ese estado.

—Vaaaale, mañana lo llevo. Te lo prometo.

—Genial, ahora ya puedes seguir disfrutando de este cuerpo —arguyo cruzando las manos detrás de la nuca retrepándome en el sofá. En respuesta ella pone los ojos en blanco, pero es totalmente fingido y ambos lo sabemos—. Venga, no me hagas suplicar.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —pregunta juguetona levantándose la camiseta para colar sus hábiles manos bajo la tela.

—Porque en esta relación ese rol te toca a ti.

—¡Bah! Sería una estupidez negarlo —reconoce encogiéndose de hombros—. Es cierto que yo suplico, igual de cierto que tú obedeces sin rechistar.

—Por supuesto, ya sabemos lo exigente que eres, serea .

—Pues ahora exijo que me beses.

Obedeciendo llevo mi mano izquierda a su coronilla tirando de ella para atrapar sus exigentes labios con los míos. Pero justo cuando voy a besarla me detengo.

—¿Qué haces?

—Esperar a que me supliques.

Trata de echarse atrás, pero la retengo impidiendo que se aleje.

—¡Cómo te gusta mandar!

—Y a ti obedecer.

—Bésame, Eric. Por favor.

—Eso está mejor.

Esta vez sí, cubro su boca con la mía abriéndome paso entre sus labios, hasta alcanzar el interior y acariciar con mi lengua cada rincón, poniendo verdaderamente firme una erección que tenía ya a media asta.

Pero lo que había comenzado conmigo llevando las riendas, cambia en cuanto Ariel comienza a descender por mi cuerpo hasta terminar de rodillas frente a mí, tentándome con besos húmedos en la parte baja de mi estómago.

—Por una vez vas a ser tú el que suplique —asegura desabrochándome los botones del pantalón.

—Por una vez y sin que sirva de precedente creo que no me va a importar hacerlo.

Todo lo que sea ella arrodillada frente a mí es suficiente para rogar si es necesario.

Levanto la cadera para que pueda bajarme los pantalones junto con los calzoncillos.

—Yo que tú tendrías cuidado, no te la acerques mucho a la cara que al igual te sacas un ojo.

—¡Qué idiota eres!

Y así estamos últimamente, vacilándonos el uno al otro, lo que admito lo hace todo más divertido.

—Tú sigue así que al igual te la muerdo y se te olvida hasta el estrés del trabajo.

—¡Ni se te ocurra! —exclamo retrocediendo aterrado solo de pensarlo—. ¡Eres mala! —Ella se ríe abiertamente, pero a mí no me hace ni pizca de gracia—. No le encuentro la gracia.

—Creo que te va a gustar esta canción —arguye girándose para coger el móvil que descansa sobre la mesa a su espalda, haciendo que suene en los altavoces una canción que en un principio me suena como a un bolero, aunque más bachatero.

Sonríó en cuanto la letra desvela el significado de las anteriores palabras de Ariel.

Mala mujer, mala mujer,  
me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel.

Mala mujer, mala mujer,  
me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel.

¡Vámono'!

Despistado con la canción no la veo venir cuando, agarrando con firmeza la base de mi erección, se la mete en la boca sin previo aviso y sin contemplaciones. Echo la cabeza hacia atrás apretando los dientes, tratando de contener una hilera de improperios, mientras Ariel arrastra su lengua por toda la

envergadura y de un ágil movimiento la hunde hasta el fondo de su garganta. Su mano sigue el mismo recorrido en un doble juego por el que mataría si fuera necesario.

—Más fuerte, apriétala más fuerte —mascullo enterrando mis dedos entre los mechones de su larga melena.

Y sí, estoy suplicando, para qué negarlo.

Contemplo a Ariel dejando escapar un suspiro en cuanto nuestras miradas se encuentran haciendo que, repentinamente, la imagen me resulte aún más excitante al tiempo que acelero el movimiento con la mano que tengo sobre su cabeza.

—Dios... —siseo sintiendo sus dedos perderse bajo la tela de mi camiseta acariciando la tensión de mi estómago—. Así, muy bien cariño, no pares.

Siento su sonrisa de satisfacción vibrando alrededor de mi polla y mierda, ya me tiene, y es que hay veces que de verdad siento que le pertenezco.

—Me corro.

Un gruñido, un temblor y las oleadas de mi orgasmo van deshaciéndose en la boca de Ariel que traga varias veces hasta no dejar ni gota.

—Cariño, eso ha sido... ¡Joder!

—¿Más relajado? —pregunta sentándose a mi lado sobre sus rodillas.

Me subo de nuevo los calzoncillos y la siento encima de mí para poder darle el beso que se merece, uno que diga algo como: «Gracias por este regalo».

—Has superado la última mejor mamada que me han hecho.

—¿Quién te la hizo?

—Tú.

—Así que me he superado a mí misma, ¿eh?

—Eso parece.

—Yo creo que la canción también te ha puesto a tono.

—Lo que puedes tener claro es que me va a traer recuerdos inolvidables. Bueno, ahora vamos a hacer algo contigo —digo metiendo la mano bajo la cinturilla elástica de su pantalón de pijama, pero ella me detiene.

—Tranquilo, has tardado tanto que ya me he ocupado yo de mí misma —dice bien resuelta.

—¿Hablas en serio?

—No veo por qué iba a mentir. Reconozco que me gusta más cuando estás tú, cuando me lo haces tú, pero una tiene necesidades y tú... tienes demasiado trabajo últimamente.

—Vale, mañana mismo empiezo a hacer entrevistas. ¿De qué te ríes? Hablo completamente en serio, eres... mala mujer.

# Noviembre

Quizá solo se trate de encontrar a quien te sigue mirando cuando tú  
cierras los ojos.

ELVIRA SASTRE

# Capítulo 11



—¡Pelirroja! ¿Cómo estás?

—¿Qué tal, Álvaro? —respondo con desgana. He venido precisamente más tarde esperando que se hubiese ido y así no tener que cruzármelo. Joder, parece que me estaba esperando—. Y es Ariel, no pelirroja.

No me gusta que alguien a quien apenas conozco se tome esas confianzas y me llame «pelirroja». Empiezo a estar segura de que va a durar menos que los tres auxiliares anteriores, a pesar de que sea el más competente de todos los que Eric ha contratado hasta ahora. Pero es que Álvaro, veintisiete años, metro ochenta, rubio, con cara de no haber roto nunca un plato pero de haber partido muchos corazones, es guapo y lo sabe, igual que sabe que soy la novia de su jefe, pero a él eso como que se la suda pero bien. Y ha pasado de ser amable conmigo a incomodarme. Una mañana de la semana pasada que me pasé por la clínica para traerle a Eric unos libros que se había dejado en mi casa, y que necesitaba con urgencia, entraba yo por la puerta de la sala de espera cuando me tropecé con Álvaro, que salía con tanta fuerza que me empotró contra la pared, pero no de la manera a la que tiene pinta de estar acostumbrado un *tiarrón* como él; y puedo asegurar que no fue nada placentero, aún tengo un moratón en el brazo izquierdo que lo confirma. Me ayudó a sentarme en una de las sillas de la sala de espera para, arrodillado delante de mí, subirme la manga de la camisa y ver la herida mientras me invitaba a cenar para compensar su torpeza. Así como lo cuento. Cuando apareció Eric pensé que lo mataba allí mismo, sin embargo, se limitó a fulminarlo con la mirada y a rugir un «que yo sepa no te pago para ligar con mi novia». A Álvaro le entró por un

oído y le salió por el otro. Y si Eric no le despidió en ese mismo instante fue porque está sobrepasado de trabajo y, precisamente ese día, no daba abasto.

—¿Queda alguien dentro? —pregunto tratando de olvidar aquella incómoda situación.

—Sí.

—¿Un paciente?

—No lo creo.

—¿Cómo que no lo crees?

—Cuando salía, un señor me ha preguntado por Eric, y no iba acompañado de ningún animal, así que supongo que era un familiar o algo.

¿Un familiar?

—Ok, gracias.

—¿Te apetece tomar algo?

—Eh..., creo que no.

—Una lástima —añade chasqueando la lengua obsequiándome con una encantadora sonrisa.

Repentinamente siento las palabras salir de mi boca sin poder controlarlo.

—¿Cuál es tu rollo exactamente?

—¿Cómo? —pregunta sin borrar ese gesto de diversión de su rostro. Lo que me enciende aún más.

—Que tengo novio y, por cierto, resulta que es tu jefe.

—Es que mi jefe tiene muy buen gusto... Y no pierdo nada por intentarlo.

—Sí, claro que pierdes: tu trabajo, por ejemplo. De hecho, ¿sabes qué? Estás despedido.

He llegado a mí límite con este tío.

—¿Cómo dices? —pregunta, y no preocupado precisamente. ¡Pero si sigue sonriendo! Que alguien me lo explique porque no lo entiendo. De verdad que yo a este tío no lo entiendo.

—Que aquí se viene a trabajar, no a ligar.

—De acuerdo —acepta encogiéndose de hombros—. Y ahora que ya no eres la novia de mi jefe puesto que no tengo trabajo, ¿te tomas algo conmigo?

—Pero, tú... ¿en qué puto mundo vives?! Te da exactamente lo mismo que te haya echado ¿verdad?

—Bah, es un curro. Sin embargo, tú y yo...

—No acabes esa frase porque te juro que te llevas mi mano de recuerdo marcada en esa bonita cara que tienes.

Me doy la vuelta echando a andar hasta la clínica alucinando aún con el descaro del tipejo este. Estoy segura de que sigue sin borrar esa insolente sonrisa de su cara, y lo más probable es que nada de lo sucedido le afecte lo más mínimo. Ojalá yo tuviera esa capacidad, mis problemas se habrían extinguido hace tiempo de ser así.

Con la mano en alto para empujar la puerta esta se abre para dejar salir a un hombre de unos cincuenta años, bien parecido, alto, con el pelo gris y con una mirada turbada que no me pasa desapercibida. Tras sujetarme la puerta para que pueda entrar, desaparece calle arriba dejando una estela inquietante con su marcha.

¿Pero qué...?

Un estruendo dentro de la consulta me sobresalta dándome un vuelco al corazón.

Eric.

Entro atravesando la desértica sala de espera directa a la consulta, en donde me detengo en seco bajo el umbral al encontrarme a Eric con el rostro desfigurado, los dedos crispados sobre su cabeza y bajo sus pies todo el arsenal médico que solía estar en el estante del fondo desperdigado caóticamente por el suelo de baldosa. Automáticamente me llevo la mano a la boca.

—¿Eric? ¿Qué...? ¿Quién era ese hombre?

Antes de que me conteste me doy cuenta de que ya sé la respuesta, esos ojos verdes que tanto conozco y que hasta hace un momento eran completamente únicos para mí, acaban de dejar de serlo.

—Mi padre —dice rompiendo a llorar en medio de todo ese caos partiéndome el alma.

Corro hasta él rodeando su cintura con mis brazos estrechándole con fuerza. Con tanta, que temo vaya a partirle en dos. Reconozco que pocas veces (o ninguna) he visto a un hombre llorar y esto... es completamente nuevo para mí.

Hemos subido a casa (a la suya) en un silencio extraño. Él ha ido directo a darse una ducha sin pronunciar una palabra, y yo he aprovechado para dar una vuelta con Max, ofreciéndole de paso algo de espacio e intimidad. Hablamos de su padre, un hombre que no ve desde los doce años. No puedo ni imaginar el impacto que tiene que haber sido. Bueno, el destrozo en la consulta creo que vale como referencia para hacerse una idea.

Y mientras Max corre por el descampado que hay tras la casa de Eric dejándome a cada momento la pelota en los pies para que se la lance de nuevo, una pregunta tras otra va formándose en mi cabeza: «¿Qué hace aquí? ¿Cómo le ha encontrado? ¿Qué quiere?». Y lo que más me intriga de todo: «¿De qué han hablado?».

Veinte minutos más tarde estoy entrando por la puerta con Max adelantándose por un costado para ir a devorar la comida: es su rutina después de salir a última hora del día.

Eric está sentado en el centro del sofá con la mirada perdida. Me acerco y me siento a su lado con cautela, y es que no sé muy bien cómo actuar después de haberle tenido cerca de diez minutos abrazado a mí llorando desconsoladamente.

—¿Quieres hablar sobre ello?

Me mira como si no se hubiese dado cuenta de mi presencia hasta este momento.

—¿Para qué ha...?, ¿cómo...? Quiero decir, ¿qué quería? Perdona, es que tengo muchas incógnitas.

—Está de vacaciones con su mujer.

—¿Su...? ¿Está casado?

—Eso parece.

—Estás de coña —afirmo incrédula.

—Espera, que todavía no sabes lo mejor. Tiene dos hijas, gemelas, de quince años.

Me quedo boqueando como un pez.

—¿Pero te lo soltó así, sin paños calientes ni nada?

—Iba a cerrar cuando Álvaro, que ya se marchaba, entró de nuevo para decirme que un señor preguntaba por mí. En un principio pensé que podía tratarse de Félix, así que le dije que lo dejara pasar. Cuando le vi aparecer me quedé totalmente en blanco. Bueno, de hecho, me quedé mudo los... ¿cuánto estuvo: cinco, diez minutos? No sé... No supe qué decir.

—Él por lo visto sí que habló. ¿Qué te dijo además de lo de su mujer y sus hijas?

—Que ha venido a pasar el puente con su mujer y sus dos hijas, y que no estaba seguro de si venir a verme o no, pero que Katia, su mujer —me aclara con cierto tonito sarcástico— fue la que le animó a tomar la decisión. Me ha dejado una tarjeta con su número de teléfono para que le llame, porque al parecer le gustaría hablar conmigo. ¡¿Después de veintidós putos años quiere hablar?! ¡¿No fue ni a ver a su hijo al hospital cuando se estaba muriendo y ahora quiere hablar!! ¡¿Qué coño se cree?!!

Ha ido incrementado tanto el volumen como el cabreo según iba hablando. Nunca había visto a Eric tan alterado, y asusta, no porque me dé miedo, sino porque este tema, obvia y verdaderamente, le afecta, y a mí me preocupa la manera en que lo hace.

—Eric, cariño.

Permanece inclinado hacia delante con las manos enlazadas tras la nuca y los ojos cerrados. Muy quieto. Yo simplemente lo contemplo, pensando al mismo tiempo que no sé hasta qué punto algo de lo que diga le va a servir de ayuda. Es cierto que tengo una opinión al respecto, pero también tengo claro que no es el momento de dársela a conocer.

—¿Qué piensas? —pregunto pasados varios minutos.

—Que para casarse de nuevo, mi padre tuvo que pedirle el divorcio a mi

madre.

—Pues sí, es lo más probable. ¿En todos estos años tu madre nunca te habló de él?

—No.

—Pues entonces creo que tienes una conversación pendiente con ella.

—¿Por qué crees que no me dijo nada?

—Probablemente quería protegerte.

—¿De qué?

—De esto: la rabia, el dolor...

—La decepción.

—De todo eso, sí —pronuncio acariciándole la espalda con la palma de la mano—. ¿Cómo crees que te ha encontrado?

—Internet, mi madre... Quién sabe.

Quizá eso precisamente sea lo menos relevante de todo.

—He despedido a Álvaro, por cierto.

Asiente sin pedirme ninguna explicación, tampoco creo que la necesite, y lo más probable es que hasta le haya hecho un favor.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

Eric levanta la almohada dejando mi cara expuesta ante los rayos que entran por la ventana que queda justo pegada a la cama. Sé que estoy emitiendo algún sonido, probablemente algo cercano a un gruñido, pero es que anoche nos acostamos a las tantas viendo la última temporada de *Juego de Tronos* y después decidimos llenar el vacío que nos había dejado el final de la temporada con algo de sexo sucio y pervertido, es decir, el más divertido de todos.

—Entonces, ¿no quieres abrir tu regalo?

Hoy es veintidós de noviembre y es mi cumpleaños.

—Dime por favor que no te has atado un lacito rojo en la varita mágica — arguyo con la voz amortiguada por la almohada.

—No, rojo no es —se burla.

—Serás tonto.

—Este tonto quiere felicitar a su novia el día de su cumpleaños como Dios manda.

—¿Y eso cómo...? ¡Aaahhh...! ¡Eric!

De un movimiento y con una destreza apabullante consigue darme la vuelta hasta tenerme bajo su duro cuerpo sujetando mis muñecas por encima de la cabeza con tan solo una de sus manos. Empieza por un beso en los labios que me deja sin aliento, para continuar un camino descendente que va intercalando palabra y beso, palabra y beso.

—Así-es-como-me-gusta-felicitar-a-mi-preciosa-novia-el-día-de-su-cumpleaños. —Se detiene justo en el vértice de mis piernas mirando hacia arriba buscando mi mirada—. ¿Te gusta o no cómo comienza este cumpleaños?

—A partir de ahora quiero que sean así todos.

Eric me regala una sonrisa lobuna henchida de orgullo, que hace que me derrita por dentro justo antes de humedecerse los labios para concentrarlos en mi...

—¡Joder! —espeta Eric tan cerca de mi cuerpo que siento el calor de su exabrupto exhalado sobre el centro de mi sexo.

Su teléfono, que tiene el don de la oportunidad, decide sonar justo ahora.

—¡Joder digo yo! ¿Adónde vas? ¿No irás a contestar? —exclamo contemplando como se levanta de un salto abandonando la habitación en cueros. Lo último que veo es su precioso trasero antes de que desaparezca tras la puerta.

—¡Estoy esperando una llamada!

—¡Ya no me gusta cómo está empezando este día! —grito esperando que me escuche, aunque no tiene mucha pinta de que haya logrado mi objetivo.

Aprovecho y cojo el móvil para cotillear a ver si alguien se ha acordado y me ha felicitado. De hecho, sí, tengo tres mensajes exactamente: uno de mi

madre, otro de Sonia y uno de Isaac, el uruguayo con el que trabajé en aquella empresa de transporte hace un siglo y que no sé cómo, pero siempre recuerda la fecha de mi cumpleaños. Y eso que yo no tengo Facebook ni nada de eso, que ahora todo el mundo sabe cuándo felicitar a alguien porque se lo chivan las redes sociales. Sonia adjunta a su mensaje un vídeo de un tío «tocando» el cumpleaños feliz con un piano hecho de tela y en vez de usar las manos, que las mantiene entrelazadas tras la nuca, lo hace con lo que es... todo el asunto. Me saca una sonrisa, por la bobería más que nada y porque este tipo de chorradas es muy de ella, y me hace darme cuenta de lo mucho que la echo de menos. En cuanto a los chicos no tengo noticias de ninguno de ellos, igualmente es temprano y seguro que me felicitarán a lo largo del día. Aunque he de reconocer que de quien guardaba esperanzas de recibir un mensaje era de Sebas, como si cumplir años sirviera de paréntesis de esa decisión que lo separó de mí hace ya demasiados meses. Le echo de menos.

—¡¡Felicidades!!

Eric entra con una caja de tamaño considerable envuelta en papel de regalo de... ¿*La Sirenita*? ¡No me lo creo! La sujeta delante de su cadera cubriéndose las vergüenzas y creo que nunca me ha parecido tan atractivo como en este instante, llevando únicamente una radiante sonrisa y un enorme paquete de regalo entre sus manos para mí.

—¿Qué es eso?

—Tu regalo de cumpleaños —arguye sentándose a mi lado en la cama tendiéndome la pesada caja.

—Ábrelo, venga. ¡Pero rompe el papel! —me apremia impaciente; algo raro en él.

—Es que es tan bonito que no quiero estropearlo.

—Si lo sé te pongo uno de esos papeles feos que se rompen con solo mirarlo.

Pero sé que no lo dice en serio, le encanta que me haya enamorado del papel que tan adecuadamente ha elegido.

—¿Lo has envuelto tú?

—Pues claro, para estas cosas no suelo utilizar la varita mágica, ¿sabes?

—Me alegra saberlo —contesto despegando el celo de la última esquina en la que aparece Flounder con su permanente cara de absoluta felicidad—. ¡Eric...! Esto es... Te has pasado.

Una cámara de fotos, exactamente el último modelo de Canon, y sé perfectamente cuál es la razón de este regalo. Hace un par de semanas estábamos viendo un reportaje en la tele sobre cantantes que se habían dado a conocer gracias a sus canales de Youtube, logrando incluso importantes contratos discográficos. Eric enseguida me propuso la idea de abrirme mi propio canal, ya no por el hecho de hacerme famosa, más bien porque sugirió que quizá sería un buen medio para que diera a conocer mis propios temas, descubrir la reacción del público y también, y no menos importante, ir ganando más confianza en mí misma.

—¿Qué te parece?

—Que te has gastado mucha pasta. Yo con el papel ya me daba por satisfecha.

—¡No digas tonterías! ¿Te gusta o no?

—A ver, es un regalazo, ¡claro que me gusta! Pero creo que te has pasado.

—El dinero está para gastarlo, y no veo nada mejor que en ti. Al final es una inversión.

—¿Cómo que una inversión?

—En tus sueños.

Vale, eso me satisface tanto como me aterra. Como si acabara de colgarme un enorme peso sobre los hombros.

—Muchas gracias, cariño —respondo dándole un merecido beso aferrándome a su cuello con mis brazos.

Finalmente me dejo embargar por la emoción del regalo, apartando por un momento todo lo demás, lo que se traduce en toda una mañana toqueteando la cámara y Eric dándome nociones básicas sobre fotografía. No tardamos mucho en probarla haciendo vídeos y fotos de lo más chorras.

Así alcanzamos las tres de la tarde, muertos de hambre, especialmente Eric, al que las tripas le rugen como el león de la Metro, por lo que insisto en dejar el nuevo juguetito un rato para ir a comer. Yo estoy encantada con mi

regalo, pero lo de Eric es pasión, se nota que le entusiasma la fotografía y verle disfrutar tanto es el mejor regalo de cumpleaños.

Cinco veces he abierto la nevera y la despensa alternativamente tratando de ser imaginativa, pero la cocina no es lo mío, por norma general me da una pereza terrible. Cuando ya me he decidido por unas fajitas vegetales, el teléfono de Eric comienza a vibrar con insistencia sobre la mesa de la cocina y casi me sale el corazón del pecho cuando veo el nombre de Nadia en la pantalla. Bueno, literalmente me llevo la mano al lado izquierdo del pecho, como si acaso pudiera contener los incesantes latidos que retumban bajo mis costillas. Eric aún está en el baño, e instintivamente miro en esa dirección. Casi sin pensarlo me descubro con el móvil en la mano mirando sus últimas llamadas (ni Eric ni yo tenemos el teléfono con código de seguridad y en este instante, no sabéis cuánto lo agradezco). Y... sí, efectivamente la que llamó esta mañana y sacó a mi novio de la cama a primera hora cuando estaba a punto de hacerme gemir de placer de buena mañana era Miss *Carabonitaycuerpoaúnmásespectacular*, o lo que es lo mismo: el sueño heterosexual de cualquier hombre que se precie, también conocida como la exmujer de mi novio, para más señas.

Comienza a subirme un calor tan fulgurante que temo me haya dado hasta fiebre. ¿De qué narices va todo esto? Confío en Eric cien por cien, y por eso mismo no me entra en la cabeza cuál es la razón por la que contesta a sus llamadas y, además, me lo oculta.

—¿Ya has decidido qué vamos a comer? ¿No me digas que son fajitas otra vez, por favor?

Aparece vestido tan solo con un bañador verde y una camiseta blanca ignorante de lo que acabo de descubrir.

—Quedamos en ser sinceros el uno con el otro si no recuerdo mal —les espeto así, sin rodeos.

—¿Qué haces con mi teléfono?

—Tranquilo, no soy ninguna controladora. Acaba de llamarte Nadia. Lo siento, no me ha dado tiempo a coger el recado, ha colgado antes —arguyo sarcástica dejando el teléfono sobre la mesa de la cocina de malas maneras antes de echar a andar para largarme; pero Eric me retiene por el brazo antes de que lo haga.

—¡Joder! Ariel, espera. No quería que esa estúpida llamada estropeará este día.

—¿Para qué te ha llamado exactamente? —pregunto soltándome para cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿En serio tenemos que hablar de esto precisamente hoy?

—Sí. ¿Qué quería, Eric? Y quiero la verdad —le advierto apuntándole con un dedo.

Se frota la nuca con la palma de la mano abierta, lo que es una clara señal de nerviosismo en él. Puede que la única.

—Diría que ya lo sabes.

«Respira, Ariel, respira.»

—¿Es la primera vez que te llama?

—Se lo he dejado claro varias veces.

—¡¿Varias veces?! ¡Genial! ¡El mejor puto regalo de cumpleaños!

—Ves, por eso no quería decírtelo.

—Que no me lo digas no quita sus intenciones. ¿Por qué no la sacas de tu vida de una puñetera vez?

—Ya la he sacado, me he divorciado de ella. ¿Te parece poco?

—¿Por qué lo dices como si me estuvieses haciendo un favor a mí? Mira, no sé si es que te estas arrepintiendo de esto...

—¡¿Qué coño dices?!

—Si quieres que esto funcione vas a tener que sacarla de tu vida, pero de verdad. No parece que entienda lo que significa ese papel que firmasteis hace cinco meses, así que más te vale dejárselo claro, porque yo no voy a estar compitiendo con nadie.

—Esto no es ninguna competición —espeta apretando la mandíbula.

—No es a mí a la que tienes que aclararle ese punto.

—Ariel, escucha. Las intenciones que tenga dan absolutamente lo mismo, porque no va a ir a ningún lugar.

—Pero está consiguiendo lo que quiere, nos está enfrentando.

—Pues no se lo permitas. ¿Adónde vas?

Me pregunta porque estoy ya junto a la puerta cogiendo mi tabla. Llevo el bañador puesto, porque pensábamos pasar un rato juntos hoy en la playa, pero lo que tienen los planes es que a veces cambian.

—A coger unas olas, es la única manera que encuentro de no permitirselo, porque ahora solo tengo ganas de estamparte en la cara la cámara que me has regalado.

—Ariel, cariño... —me suplica acercándose, aunque sin tocarme.

—Te recojo a las ocho —me despido cerrando la puerta a mi espalda de un portazo.

Caminamos en silencio hacia el Laguna Negra uno junto al otro sin apenas rozarnos, acabamos de aparcar tras un tenso recorrido de diez minutos en coche bajo un silencio sepulcral.

Hemos quedado con Darío y Caleb para cenar y tomarnos algo con la excusa de celebrar así mi cumpleaños. En realidad, esto ha sido cosa de Eric, porque a mí me hubiese bastado con quedarme en casa y pasar la noche juntos viendo una película o metidos bajo las sábanas. Claro, esto era antes de descubrir las llamadas de Nadia. No obstante, ya habíamos quedado y no quiero dejarlos tirados por algo que a ellos ni les va ni les viene. Además, hace tiempo que no los veo, no como Eric, que resulta que en estos últimos meses ha hecho muy buenas migas con Darío, e incluso han quedado alguna que otra vez para tomarse algo ellos dos solos. A mí me parece estupendo, raro, pero admito que me agrada que tengan tan buena relación.

—¿Te ha dicho Darío si quieren ir a algún lugar en concreto a cenar? —pregunto rompiendo el silencio, en algún momento había que hacerlo.

—Estás muy guapa —dice esbozando una pequeña sonrisa ignorando por completo mi pregunta—; aunque pensaba que ibas a ponerte el vestido verde.

Es cierto que dije que me pondría ese vestido esta noche, pero después de casi estallar la cremallera en un intento bastante humillante (afortunadamente

en soledad), me he visto obligada a decantarme por unos pitillos elásticos color negro, al que después de darle muchas vueltas, he decidido conjuntar con una camisa a rayas azules y blancas con flores bordadas en la zona del pecho, los botines de punta y tres hebillas también negros, además de un cárdigan gris bien abrigado, que recuerdo estamos en noviembre y en La Laguna el frío parece siberiano.

—Ya, bueno... Para tu información no me cierra la cremallera de ese vestido —refuto haciendo una mueca de disgusto con la boca—, porque desde que estamos juntos he debido engordar como seis kilos.

—Pues yo te veo igual.

Lo conozco lo suficiente para saber que sus palabras son completamente honestas, lo que me irrita más todavía. ¿Acaso no ha visto el culo que he echado...?

—Cuando salga rodando y te vayas con una modelo de pasarela veremos si se nota o no.

Lo siento, pero no he podido evitarlo, el tema todavía está candente y no es que piense ignorarlo.

—Eso que dices me ofende —arguye muy serio deteniéndose en seco en medio de la acera.

Yo también me detengo, como él, para darle más énfasis a mis palabras. Y más dramatismo.

—Bueno, a mí también me ofende que hables con tu exmujer a mis espaldas consciente de que está tratando de que haya un Eric-Nadia segundo acto.

—No me hablo con ella a tus espaldas, Ariel —refuta visiblemente irritado—. Apenas hemos hablado tres veces, y una de ellas era referente a la casa de Madrid. Te recuerdo que hasta que no solucionemos ese tema me veo obligado a dialogar con ella al respecto.

—Para eso están los abogados, Eric, no me tomes por estúpida. Si hablas con ella es simple y llanamente, porque te da la real gana. Si quieres engañarte a ti mismo con ese cuento, adelante, pero a mí no me la cuelas.

Echo a andar de nuevo furiosa, haciendo resonar los botines contras los

adoquines de la acera con fuerza.

—¡Ariel, espera! —exclama tras de mí agarrándome por el antebrazo y logrando así que me dé la vuelta y me vea obligada a mirarle, mientras contemplo cómo con la otra mano se mesa el pelo nervioso—. Tienes razón, no lo estoy haciendo bien con Nadia —admite al fin, aunque en realidad...

—Creo que te equivocas —discrepo soltándome con calma, pero con firmeza—, con quien no lo estás haciendo bien es conmigo, Eric.

Estamos ya frente al Laguna Negra, así que dándole la espalda empujo la pesada puerta para entrar en el local de Caleb, que en un primer momento se presenta sumido en una completa oscuridad, pero que en segundos se inunda de luz y de la suma de muchas voces que gritan al unísono un «¡¡FELICIDADES!!» que me deja en un completo estado de estupefacción.

¿Una fiesta sorpresa?

Están todos nuestros amigos: Caleb, Roland, María, Jonay y sus dos hermanos: Ruymán y Airam, además de... ¿Yaiza?, y un atractivo moreno junto a ella que reconozco enseguida como Ignacio, su novio. Daura y Mateo sujetan un cartel hecho a mano que prende instantáneamente una sonrisa en mi cara y en el que se puede leer: «¡¡FELICIDADES, MIÑA SEREA!!». Han unido varias mesas sobre las que han dispuesto un pequeño catering con algo para picar, además de algunos globos de *La Sirenita* que enmarcan una mesa más cercana al cumpleaños de un niño, que al de una mujer que celebra sus veintinueve años. Igualmente, me encanta, para qué nos vamos a engañar.

Tras superar la fase de asombro mi primer instinto es buscar a Eric, que está junto a mí sujetando mi mano. Ni siquiera me había percatado de que lo hacía.

—¿Esto es... cosa tuya?

—Sé que a veces me equivoco —contesta haciendo clara referencia a las duras palabras (probablemente inmerecidas) que le he dedicado hace apenas un momento—, pero de verdad que estoy tratando de hacerlo lo mejor que puedo.

Una cosa que tenéis que saber de Eric es que el hecho de haber tenido una única relación en toda su vida le hace sentirse vulnerable e incluso algo inseguro. Es tierno, pero desconcertante, va pisando con pies de plomo por

miedo a cagarla. Como si en los últimos años en los que él ha permanecido casado, las relaciones entre hombres y mujeres hubiesen mutado hasta convertirse en un concurso de pruebas tipo el Grand Prix. Lo que me ha llevado a pensar en más de una ocasión, que quizá nuestra relación ha sido algo precipitada para alguien que ha pasado los últimos diez años de su vida con alguien al que amaba, y con la que ha compartido indudablemente muchas cosas; al igual le hacía falta pasar un proceso de luto antes de sumergirse de nuevo en una relación. También reconozco que no me gusta pensar mucho en ello, sin embargo, cada vez estoy más convencida (y los hechos así me lo hacen saber) de que Eric aún necesita tanto encontrarse a sí mismo, como recuperarse de ella.

—Gracias, nadie nunca había hecho algo así por mí —reconozco sonriéndole a él directamente y por primera vez en esta tarde de la que reconozco tenía escasa esperanza de que fuera a mejorar—. No sé cómo puedo olvidar lo afortunada que soy.

Se lleva mi mano a sus labios besándome el dorso sin dejar de mirarme con sus vibrantes ojos mágicos, destellando una disculpa en ellos.

—Créeme, *serea*, soy yo el afortunado.

Claro, me dice esas palabras absorbiéndome con esa mirada y yo... termino suspirando, como una colegiala enamorada.

Creo que a esta altura ha quedado claro que si hay algo con lo que no puedo son las mentiras, y que me haya ocultado lo de Nadia no me gusta un pelo. Sin embargo, en ningún momento he desconfiado de él, lo que ya de por sí me resulta llamativo incluso a mí misma: siempre he sido bastante desconfiada; pero como siempre, con Eric las cosas nunca siguen la norma que hasta entonces daba por sentada en mi vida. Lo que de verdad me molesta de todo esto es que me lo haya ocultado, pero en ningún momento he puesto en duda su amor por mí.

Bajamos cogidos de la mano los tres escalones que nos separan de nuestros amigos, que recuerdo están ahí frente a nosotros contemplando como básicamente los estamos ignorando.

—¡Qué bien me la habéis jugado, cabrones!

Mi exabrupto va dirigido principalmente a mis chicos de Cantos de sirena, ya que no he recibido ningún mensaje de ellos en todo el día, y para qué

negarlo, me estaba mosqueando porque, que uno se olvide cuele, ¿pero todos?

—¿Acaso pensabas que nos habíamos olvidado de ti? —añade Mateo que le ha dejado el cartel a Caleb para acercarse a mí y darme un estrecho abrazo que recibo entusiasmada. Y es que desde nuestro último concierto (aquel de despedida en el que me reencontré con Eric) no nos hemos visto, y la verdad que le he echado mucho en falta—. Muchas felicidades, pelirroja.

Junto a él, que por cierto, ha cogido unos kilitos, se encuentra Daura, tan «delicada» como siempre, y más cariñosa que nunca. Su bienvenida casi deja en ridículo a la de su prometido con un efusivo y eterno abrazo.

Y así, uno a uno voy saludando a todos, como a Roland, que ha hecho acto de presencia por cortesía, porque María sale de cuentas en breve y sé que prefiere estar con ella; pero ha venido, y me ha mandado saludos y felicitaciones de su parte. Quien no está es Sebas y bueno, deduzco que es momento de reconocer que nuestra amistad ha terminado, definitivamente, aunque no voy a permitir que esa decepción y la consecuente desazón me estropeen la primera fiesta de cumpleaños de mi vida.

—¡Felicidades, guapa!

En esta ocasión es el turno de Yaiza y su novio Ignacio, al que voy a conocer en persona hoy por primera vez. De cabello oscuro y espeso con algunas canas salpicando sus sienes, calculo que debe rondar el metro setenta y cinco. Llama la atención por su ancha espalda y bajo la camisa oscura de flores (sí, muy peculiar) tiene pinta de esconder un trabajado cuerpo de gimnasio. No es que sea especialmente guapo, pero es cierto que lo compensa con una mirada y una sonrisa que enamoran. Se le ve muy transparente y también muy enamorado de Yaiza, y eso ya hace que me guste. Eric ya me ha hablado de él, y siempre con mucho cariño. Supongo que eso habrá ayudado.

—¿Qué haces tú aquí? —No puedo ocultar mi asombro al verla en la fiesta teniendo en cuenta que ya no vive en la isla.

—No quería perderme tu cumpleaños, y cuando Eric me contó que te estaba preparando una fiesta sorpresa, enseguida me puse manos a la obra para hacer lo posible y poder estar aquí hoy. Gracias a que ha caído en fin de semana nos ha facilitado bastante las cosas, así también hemos aprovechado porque Berto se moría de ganas de ver a su tío favorito —arguye mirando a Eric, que deposita un beso sobre mi coronilla con una radiante sonrisa

dibujada su cara.

En cuanto Eric y yo nos quedamos un momento «solos» aprovecho para darle un profundo beso de agradecimiento y susurrarle al oído unas palabras que acompañen mi gesto.

—Gracias por juntar en un lugar y en un día tan especial todo lo que me hace feliz, y además ayudarme a recordarlo.

Porque sí, a veces una olvida cómo cosas tan sencillas como estar con los amigos son las que hacen la vida mucho más especial. Un rato con ellos, y pequeñas cosas que parecían comenzaban a asomar su cabecita o su voz (sí, hablo de Úrsula) parecen haberse desdibujado e incluso, repentinamente, me cuesta encontrarle el motivo que me produce esa aprensión. Esto ha sido una inyección energética que le debo a la persona más excepcional de mi vida. Es cierto que yo le salvé la vida una vez, pero él me insufla vida a mí cuando (y aunque quizá no lo sepa) más lo necesito, porque las fuerzas comienzan a flaquearme, pero no me gusta admitirlo en voz alta, a pesar de que hice una promesa.

—No hay nada que yo no haría por ti, *serea*.

—Lo has demostrado.

—Si aún dudas de mi amor por ti, claramente no lo he demostrado lo suficiente.

—Lo has hecho, de verdad que sí —insisto esperando que confíe en mis palabras y de paso que lo haga yo también.

«El problema lo tengo yo y mi inseguridad por tu exmujer modelo.» Obviamente esa parte me la reservo para mí, y para Úrsula, que es la que acaba de decirlo en voz alta dentro de mi cabeza.

Se me pasa el tiempo volando escuchando anécdotas de Jonay y Yaiza, de cuando eran pequeños en boca de sus hermanos mayores; y es que aquí los mellizos se dedicaban a liarla parda siempre que tenían oportunidad, y si no la tenían, la buscaban. He tenido que salir corriendo al baño con una de esas historias porque creía que me meaba encima de la risa. Mateo, Roland, Darío y yo también hemos echado la vista atrás recordando anécdotas que me han hecho lanzar alguna que otra carcajada y/o morirme de vergüenza. Qué bonito es rescatar recuerdos tan memorables.

Hemos bailado canciones del verano con las que Darío, subido a la cabina del *DJ* ha decidido deleitarnos; hemos degustado las delicias veganas que Eric ha encargado a un amigo que tiene una empresa de catering; y hemos terminado enseñándoles Darío, Roland y yo al resto, nuestra costumbre antes de los conciertos con «mejor chupito de vodka que...» logrando acabar entre todos, y con la tontería, con seis botellas de vodka. He de confesar que el momento en que me han cantado el cumpleaños feliz ha convertido este cumpleaños probablemente en el mejor de mi vida.

—¿Sabes qué haría esta noche redonda? —me susurra Eric en el oído provocándome un delicioso escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Algún truco con tu varita mágica? —digo melosa (y algo ebria) asida a su cintura alzando ambas cejas con poca gracia y bastante torpeza.

Pero la carcajada gutural de Eric ante mi poca pericia despierta un cosquilleo en la parte baja de mi estómago que, hábilmente, me recuerda lo que puede conseguir este hombre de mí con tan solo una sonrisa. Y es que es tan sexi...

—¿Por qué no tocas algo?

—¿Cómo?

No sé si hablamos de lo mismo o me he perdido en algún punto de la conversación.

—Que estaría genial que tocaras alguna de esas canciones en las que has estado trabajando todo este tiempo —arguye despacio colocándome tras la oreja un mechón rebelde de los tantos que se me han escapado de la coleta alta después de bailar *Suavemente* de Elvis Crespo tres veces (no seguidas, afortunadamente) repartidas entre los hermanos Barreto: Jonay, Ruymán y Airam por ese orden.

—No tengo la guitarra.

En serio que no es una excusa para no hacerlo, me siento tan cómoda (y ebria) que no tendría ningún inconveniente en cantar algo. De hecho, Eric es el culpable de que lleve una semana sin guitarra, porque en su torpeza le dio un golpe en la tapa trasera y le hizo un pequeño agujero. Esto según sus palabras, ya que se llevó la guitarra a arreglar antes de que (afortunadamente) yo llegase a ver el destrozo, puede que me hubiese dado un infarto de miocardio de

haberla visto: esa guitarra lleva conmigo toda una vida.

—¿Te recuerdo lo que le pasó?

—Mira al escenario, anda —me anima con un movimiento de cabeza.

Giro la cabeza y... vale, eso no estaba antes ahí, estoy segura. Creo.

En el centro de la tarima hay una guitarra sobre una silla negra. Bueno, no es cualquier guitarra, es... la mía, solo que ha sufrido algunos cambios. Espera, ¡no puede ser!

Hará cosa de un mes llevé a Eric a un concierto de un grupo *indie* que me encanta y del cual él quedó fascinado tras verlos tocar en directo. El caso es que el cantante tenía el frontal de su guitarra repleta de intrínsecos dibujos en color negro dibujados a mano. Me quedé completamente prendada y, desde entonces, me he dedicado a buscar a alguien que los haga aquí en la isla o en su defecto en el archipiélago, pero no he dado con nadie. Si yo supiera dibujar los hubiese hecho yo misma, pero lo único que yo sé pintar es la cara de tu retrato con un tres y un cuatro.

—Eric...

Me cubro la boca con las manos conteniendo la vibración de la emoción que ha despertado en mí tras el descubrimiento.

—Mira a ver si te gusta.

Subo al escenario incapaz de creer que esa sea *mi niña*. Para mí siempre ha sido única, preciosa e inigualable, pero ahora los dibujos de flores de estilo mandala que decoran su frontal, le aportan una personalidad que, ciertamente, antes no tenía.

—¡Toca algo, Ariel! —exclama Ruymán.

—Nosotros te hemos cantado el cumpleaños feliz, así que nos debes algo de vuelta —argumenta Airam levantando su copa.

Darío ha quitado la música y todos me miran expectantes desde abajo. No me lo pienso demasiado. Me acomodo en la silla con mi preciosa *niña* sobre las piernas y tras afinarla en un silencio sepulcral, selecciono mentalmente una canción que nadie antes ha escuchado, pero que no se me ocurre mejor momento para que lo hagan, especialmente Eric, que es al que va dirigida y el que mejor puede entenderla. Una canción que habla sobre nosotros.

—Gracias por compartir este día conmigo, no sabéis cuanto valoro el esfuerzo que habéis hecho viniendo de diferentes puntos. —Con esto me refiero tanto a Yaiza e Ignacio, como a Mateo y Nadia. Antes de seguir busco a Eric con la mirada, a él tengo mucho que agradecerle—. Y bueno, gracias, Eric, por ser el instigador del mejor cumpleaños de mi vida. Y para agradecértelo he pensado tocar una canción a la que he llamado *Señales*, y que escribí poco antes de que me engañaras para asistir al cumpleaños de una personita maravillosa, que me recuerda por qué eres la persona más generosa que haya conocido, además de ser una más de esas señales que han terminado por unirnos. Espero que la disfrutéis.

Un reencuentro inesperado,  
una conexión inexplicable.  
Una foto hace diez años,  
a eso lo llamo yo señales.

Eric tiene sus ojos clavados en mí, mirándome con una intensidad tan potente que consigue que solo lo vea a él, incluso después de cerrar los ojos siento la calidez y la potente calma de su mirada sobre mí. Nunca antes había sentido con tanta nitidez el amor que siento por él. Alguien que consigue que cuando cierre los ojos sepa con certeza que estará esperándome hasta que vuelva a abrirlos, es más que digno de todo mi amor.

Tanta gente me ha mirado,  
y solo tú has sabido verme.  
No es algo que yo entienda,  
pero sí algo que creerme.

Un reencuentro inesperado,  
una conexión inexplicable.

Una foto hace diez años,  
a eso lo llamo yo señales.

# Diciembre

[...] ser pareja  
es aprender a hablarle a la cara al miedo,  
encontrar el valor para mirarse por dentro  
para ser más grande por fuera  
y encararse a la vida  
sin chaleco antibalas.

*Mi chica revolucionaria*

DIEGO OJEDA

## Capítulo 12



—Te echo de menos.

—¡Pero si te fuiste ayer!

—Lo sé, y ya te echo en falta.

No le veo, pero estoy convencida de que está haciendo un puchero de lo más adorable.

—Esta mañana estuve con Roland y María, fui a ver al pequeño Vladimir y me dieron saludos para ti.

Decido cambiar de tema porque yo también siento la misma morriña que Eric, pero no pienso reconocerlo. ¡Apenas han pasado veinticuatro horas, por el amor de Dios!

—Me gustaría haberte acompañado.

Finalmente, Vladimir nació hace un par de semanas, exactamente en el puente de diciembre, y dio la casualidad que nosotros no estábamos en la isla cuando el renacuajo quiso venir al mundo, ya que, aprovechando que Eric pudo cerrar la clínica unos días, nos fuimos a Fuerteventura a pasar unos días. Y sí, Eric y mi madre se conocieron y se enamoraron el uno del otro casi al instante, la verdad es que no esperaba otra cosa. Fueron unos días geniales e inolvidables.

—Es una monada y tiene un montón de pelo negro. Ahora te mando una foto para que lo veas.

—Cuando vuelva nos pasamos un día a hacerles una visita.

—Claro. Bueno y ¿tú qué tal con Berto?

—Está como loco de contento. Esta mañana me lo he llevado al parque, pero hacía mucho frío y hemos estado menos tiempo del que me hubiese gustado, así que para compensarlo me he pasado toda la tarde jugando con él.

—Y tú encantado.

—Por supuesto —afirma con el orgullo de alguien que corona el puesto de tío favorito—. Que sepas que no ha hecho más que preguntarme por ti. Ah, y Yaiza no te perdona que no hayas venido, pero dice que como es por una buena causa no lo toma en cuenta, siempre que no tardes mucho en venir a verla.

No he acompañado a Eric a Madrid porque mañana tengo una audición con un productor, más o menos importante, que me ha conseguido Darío gracias a un contacto, y según palabras textuales de mi amigo: «Es una oportunidad única». Además, quiero pasar la Nochebuena con mi madre, que viene precisamente mañana de Fuerteventura, este día siempre lo pasamos juntas. Y Eric tomó la decisión de irse ahora, y no en otra fecha, porque tanto Yaiza como Ignacio no podían venir a la isla por cuestiones de trabajo, así que Eric y su madre, que viaja desde Ferrol, se han ido a la capital a pasar la Nochebuena en familia. Por supuesto, Eric quería que le acompañara, además hubiese sido una buena oportunidad para conocer a su madre. Conclusión: vamos a pasar nuestras primeras navidades como pareja separados. Pero solo la Nochebuena y la Navidad, porque Eric vuelve el veintiséis por la noche para que pasemos el fin de año pegados como lapas; así lo definió él.

—¿Qué tal tu madre, por cierto? —me intereso, porque hace cerca de un año que Eric no la ve.

—Su vuelo llega en un par de horas.

—¡Es verdad! No me acordaba que lo habían retrasado por la huelga de controladores.

—Sí, ya sabes, lo de todas las navidades.

—¿Vas a hablar con ella?

No puedo evitar mencionar el tema. Y es que desde que el señor Estrada hizo aquella aparición estelar por la clínica el mes pasado, Eric no ha querido

tocar el tema, yo tampoco le he presionado, aunque obviamente sé que ha estado dándole vueltas al asunto. Y sé que no soy yo sola la que ve una buena oportunidad para que le pregunte a su madre sobre lo que evidentemente ha estado ocultándole todo este tiempo sobre su padre, él también lo piensa, a pesar de que le cueste dar el paso.

Escucho como suelta el aire en un largo suspiro antes de hablar. Me lo imagino pasándose la palma de la mano abierta por la nuca con cierto nerviosismo. Ese resquicio que muestra en ocasiones como estas, porque ya sabemos que Eric es todo calma y serenidad.

—No estoy seguro de que sea el momento.

—Pero necesitas saberlo. Te mereces la verdad, cariño.

—Supongo que sí —añade, aunque no especialmente convencido. Se crea un repentino silencio al otro lado de la línea antes de que decida hablar de nuevo—. ¿Encontraste el pienso de Max?

Ok, cambio de tema. Pillado.

—Sí, en el almacén, donde me dijiste, acabo de cogerlo y ya me voy para casa.

El viernes antes de irse me dejó a Max para que me quedara con él durante estos días, y yo pensaba que tenía suficiente pienso para darle de comer, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por lo de mañana? Si te digo que no te estaría mintiendo.

—Bueno, tú tranquila que seguro que lo vas a hacer genial. Y pase lo que pase no dejes de confiar en ti.

—No crees que le vaya a gustar.

—No es eso, pero tampoco quiero que te hagas muchas ilusiones, esta gente son pirañas sin escrúpulos. Créeme, sé de lo que hablo.

—¿Ahora el mundo de la moda y el de la música son el mismo?

Obviamente está haciendo alusión al entorno en el que se desenvuelve su exmujer, y ese solo comentario me ha encendido, a pesar de que sé perfectamente que no ha sido malintencionado.

—¿A qué narices viene eso? —espeta con algo de asombro y mucho de mosqueo.

—A que de un modo u otro Nadia siempre acaba apareciendo en nuestra vida.

—Mira, Ariel, hace casi un mes que no tengo ningún contacto con ella, sabes perfectamente que lo está llevando todo mi abogado, así que no entiendo a qué viene todo esto. Creía que este tema ya estaba más que superado.

Y yo también lo creía, pero es que lo que él no sabe es que hace apenas diez minutos acabo de estar con Nadia, porque a pesar de todos los meses que han pasado, de que Eric haya puesto tierra y un abogado de por medio, ella sigue empeñada en tratar de recuperarlo. Y ahí me la he encontrado yo, dos días antes de Navidad llamando a la puerta de casa de Eric como si fuera la cosa más normal del mundo. Por encima de mi cadáver le cuento ni una palabra de esto a él, se merece descansar y disfrutar de su familia sin tener que pensar en exmujeres acosadoras de metro ochenta y medidas de infarto. Menos aún voy a darle la satisfacción a Nadia de entrometerse en nuestra relación.

Bien, vale, lo reconozco, es cierto que acabo de permitírselo y prueba de ello es mi reciente comentario. Pero es que mi encuentro con ella está demasiado reciente y... me he dejado llevar por la rabia y sí, un poco también por los celos. ¡Qué asco me dan los celos! Porque está muy bien ese eslogan tan manido de «sé tú misma y quíete tal como eres y blablablá», pero es que hablamos de una jodida modelo de pasarela con piel de terciopelo y piernas de infarto; y que, para colmo, siempre que nos encontramos ella parece recién salida de un desfile de Versace, y yo del desfile del carnaval, después de seis horas bebiendo y bailando *La vida es un carnaval* aplastada por un centenar de personas disfrazadas probablemente de piratas, Harley Quinn o el superhéroe de moda del momento. Bueno, ¿sabéis a lo que me refiero, verdad?

—Perdona, Eric. Tienes toda la razón. La audición de mañana me tiene algo susceptible y lo estoy pagando contigo. ¿Me perdonas? —digo poniendo voz de niña buena. Esa que nunca me falla.

—Claro que te perdono, pero ahora mi vida está contigo y para que esto funcione tenemos que confiar el uno en el otro. Sé que he cometido errores en lo que a ella se refiere, pero no podemos estancarnos en el pasado, Ariel.

—Lo sé y confío en ti, de verdad que sí. Ha sido una estupidez, no lo tengas en cuenta, por favor. Te quiero, Eric, y... yo también te echo de menos.

—Odio que tengamos que pasar nuestra primera Nochebuena separados —masculla irritado—; a pesar de que sea por una buena causa.

—A mí tampoco me gusta —reconozco escuchando de fondo la dulce vocecita de Berto llamando a su tío—. Alguien requiere tu presencia.

—Quiere que le ayude a terminar un puzle de *La Patrulla Canina*.

—Buena suerte con eso —me burlo.

—Te llamo mañana, ¿vale?

—Claro.

—Te quiero, *serea*.

—Y yo a ti. —Antes de que cuelgue quiero decirle una cosa—. ¿Eric?

—Dime.

—Habla con tu madre.

—Lo haré —me asegura antes de colgar.

Eso consigue que me quede más tranquila, porque sé que es algo que necesita hacer. De hecho, desde que pasó lo de su padre ha estado ligeramente mohíno, por mucho que trate de disimularlo. Sus silencios antes de hablar ahora son más largos que antes, y ya le conozco lo suficiente como para saber que la razón es que algo le ronda la cabeza. Yo soy de lo más transparente y se me refleja todo en la cara, pero los engranajes de la cabeza de Eric se escuchan desde la otra punta de la isla. Por tanto, lo que menos necesita en este momento es que le vaya con el cuento sobre la repentina aparición de Nadia, con la que me he tenido que topar llamando a su puerta con total naturalidad, como si no hiciera meses ya de su divorcio. No fue capaz siquiera de disimular su desagrado en cuanto se percató de mi presencia; lo reconozco, yo tampoco hice nada por ocultar mi malestar, pero es como un jodido grano en el culo, uno bonito sí, pero un grano al fin y al cabo. ¿No puede ligarse a un modelo o a algún actor que esté de moda y olvidarse de Eric? No creo que le falten pretendientes.

A mi juicio la vi más desmejorada, bueno, lo desmejorada que puede estar

una mulata de metro ochenta, cincuenta kilos de peso y piel de seda; pero sí, parecía... menos radiante.

—¿Qué haces aquí? —espeté a modo de saludo y sin contemplaciones.

—Busco a Eric —contestó usando el mismo desaire que yo con las manos sobre su cintura de avispa girándose para que quedáramos frente a frente.

—Ya, bueno, pues no está.

—Esperaré hasta que vuelva.

—Entonces te recomiendo que busques alojamiento para un par de días, está en Madrid, Nadia. Ha ido a pasar la Nochebuena con Berto.

En cuanto escuchó el nombre de su sobrino se le arrugó la cara con evidente desagrado. Ni siquiera sé porque le di explicaciones de ningún tipo, pero lo hice. No deseo tener mala relación con ella, preferiría no tenerla de ningún tipo, esa es la verdad, pero parece que es técnicamente imposible puesto que siempre me va a ver como la mujer que le «robó» a su «hombre», y no hay forma de que nos deje en paz de una jodida vez y pase página. ¡Ni que viviéramos en los años cincuenta! Siempre he odiado a esos hombres y/o mujeres que creen que su pareja es de su propiedad. Es simplemente enfermizo.

—¿Y te deja aquí a ti?

—A mí no me deja nadie en ningún lado que no soy un mueble y además, sé tomar mis propias decisiones. Pero vamos, tampoco es que te deba ninguna explicación.

—Sigo sin entender que ha visto en ti. —Fue la siguiente perla que soltó repasándome de arriba abajo sin cortarse un pelo y con evidente cara de asco—. No tenemos nada que ver.

—Ahí tienes tu respuesta —contesté con esa bofetada verbal que no le hizo ni pizca de gracia y es que, por un momento, olvidé mi intención de ser lo más cordial posible. Lo siento, me lo puso demasiado fácil—. ¿Necesitas que le diga algo de tu parte?

No tuvo que pensarlo mucho, metió la mano en su bolso y sacó un libro con pinta de pesado que me tendió con una cínica sonrisa y una manicura perfecta que hizo que la odiara más todavía.

—Felices fiestas —dijo antes de darse la vuelta y largarse.

¿Sabéis qué era lo que me dio? No, no era ningún libro (ilusa de mí), sino su álbum de boda. ¡¡Su álbum de boda!!

En el espacio de tiempo desde que me ha dado el dichoso *book* fotográfico, he descubierto lo que era, he subido a por el pienso, he bajado y me he metido en el coche; me he sentido como un completo fantasma, como si ese objeto tuviera el poder de hacerme desaparecer. Y ni siquiera lo he abierto aún. Llevo sentada en el coche con él encima desde que llamé a Eric, prácticamente tras cerrar la puerta y sentir cómo el peso del álbum sobre mis piernas comenzaba a hundirme.

Ahora, tras escuchar su voz y sentirme ligeramente más reconfortada, al menos así me hago creer a mí misma, contemplo la cubierta pasando la palma de la mano por el suave lino gris que cubre la cubierta, repasando con los dedos sus nombres bordados con suma elegancia: «NADIA & ERIC».

Claramente Nadia lo llevaba encima porque pretendía con él recuperar a Eric a través de los recuerdos, ha sacado la artillería pesada la muy asquerosa, de ahí la sonrisa de satisfacción que mostraba antes de darse la vuelta para marcharse. No cabe duda de que la jugada le ha salido redonda, probablemente mejor de lo que hubiese esperado. ¿Qué hay mejor que darle tu álbum de boda a la nueva novia de tu ex, para que vea lo felices que erais en el día más importante de vuestras vidas? Para colmo, la radio, que está encendida, decide obsequiarme con *Strange Birds* de Birdy que, como banda sonora para lo que estoy a punto de hacer es de lo más adecuada, a la par que deprimente. Como si acaso no tuviera ya ganas de llorar. Aún no lo he abierto y ya tengo la garganta seca y el pulso acelerado.

La primera imagen es como una puñalada al corazón, y no solo porque Nadia esté preciosa con un vestido de encaje blanco de manga corta y un generoso escote en uve, un cuidado recogido y un maquillaje perfecto y natural que realza sus ya bonitas facciones. Ni siquiera porque Eric esté tan guapo que rompa el molde y quite el hipo con un esmoquin negro de tres piezas con camisa blanca y corbata. La verdadera causa es que la imagen que proyectan es de un amor puro, real. Aunque sin duda, lo que termina por rematarme, sin lugar a dudas, es la ternura que desprenden. Ambos. En cada mirada que se dedican, en el cuidado que muestra él sujetándola entre sus brazos, en la sonrisa que le regala ella como si no existiera nadie más en el mundo. Eric me

dijo una vez que se casó por causas equivocadas y que no sentía lo que se supone ha de sentir alguien cuando decide dar ese paso, y yo me pregunto tras ver estas imágenes ¿qué demonios cree Eric que es el amor? Si esto que estoy viendo no es amor, que alguien venga y me lo explique, porque para mí son la prueba del amor más puro que yo haya visto nunca. Solo les falta ir a lomos de un unicornio bajo un arcoíris y que a ella le salgan mariposas de entre los mechones de pelo.

Regocijándome en mi desgracia, ya que estoy pienso verlo entero, y con lágrimas rodando por mis mejillas voy pasando páginas sintiendo a su vez como poco a poco cada nueva imagen va resquebrajando mi corazoncito. Soy consciente de que le estoy dando el placer a Nadia de hacerme daño; aunque la única responsable de permitírsele sea yo, a pesar de que ese amor que parece casi tangible en estas fotografías ya no existe y no sea real. Pero... mierda, duele igual. Quizá porque es triste, y si yo fuera Eric y viera estas fotos se me removería todo por dentro, para bien o para mal. Igualmente, no pienso darle este álbum a él, ¡ni de coña, vamos! En primera instancia porque esta boda fue la causa de que dejara de hablarse con su hermano, es el recuerdo hecho imágenes. Y segundo, porque... bueno, no quiero que vea estas fotografías y punto. No tengo por qué dar más explicaciones.

Después de verme el álbum tres veces seguidas memorizando casi cada instantánea, cada mirada y posición de manos, decido que es momento de irme a casa. Dejo a un lado esta maldita pesadilla envuelta en lino y arranco el coche con una creciente ansiedad comiéndome por dentro. No solo eso, Úrsula ha estado comentando conmigo cada puñetera fotografía resaltando cada detalle que a mí se me pasaba desapercibido, logrando que me sienta insegura, inferior, inútil y tremendamente estúpida. Un cóctel peligroso para alguien como yo. Para alguien que lleva meses fingiendo que todo va sobre ruedas y que no ha dejado arrastrarse por los malos hábitos de nuevo.

Ahora sería un buen momento para ir a coger un par de olas, pero hace una semana me hice daño en la rodilla y lo único que he cogido son un par de buenos kilos, que sumados a los que ya había subido no mejoran la situación. Por lo tanto, la posibilidad de canalizar la ansiedad a través del surf queda descartada. La otra es el sexo, y sin Eric en casa tampoco hay opción de acogerse a esa vía de escape, así que... está decidido.

Me tiemblan hasta las pestañas. Según se acercaba el día estaba más y más nerviosa, pero en cuanto han pasado a ser horas lo que había que descontar para que llegara este momento, la cosa ha empeorado. Tengo un nudo alojado en la boca del estómago desde ayer que parece se ha endurecido hasta hacerse una pelota dura y pesada. Me retrepo en el sofá de terciopelo rojo haciendo una respiración profunda, tratando así de diluirlo de algún modo, pero no lo consigo. Opto por centrarme en otra cosa, como por ejemplo en contemplar el estudio de grabación en el que me encuentro y que le ha llevado a Darío muchos meses de trabajo, además de un enorme esfuerzo económico. El resultado es muy profesional y ha quedado realmente chulo, sinceramente no imaginaba este resultado. Es de tamaño medio, pero mi amigo se ha encargado de que los equipos sean los mejores, al menos los mejores que ha podido permitirse. Él ha quedado bastante contento con el resultado, no cabe duda de que ha hecho un buen trabajo con este espacio. Según entras lo primero que te entra por los ojos es la combinación de colores entre gris y rojo que le aporta una gran personalidad, la misma que él desprende. Paredes grises decoradas con vinilos enmarcados, un sofá tres plazas y en la pared contigua un teclado con una butaca de madera oscura. Y lo más importante, una mesa de buen tamaño con todo el equipo imprescindible: ordenador, interfaz de audio, monitores de estudio, amplificadores, etcétera. Frente a la mesa está dispuesta una pared de cristal que da lugar a la pequeña sala aislada color rojo destinada para la grabación.

—¿Quieres algo de beber, Ariel?

Aparto la vista del pequeño cuarto insonorizado hasta dar con Darío, que me pregunta sentado frente a mí en la silla de oficina con ruedas, mientras se sube con un dedo las gafas de pasta oscura que le resbalan por la nariz.

—No, gracias —respondo por inercia, y enseguida me arrepiento puesto que tengo la garganta más seca que la lengua de un loro—. Bueno, sí. Agua, por favor.

Suena el timbre de la puerta y yo me sobresalto ligeramente sobre el sofá.

—Relájate, Ariel —me pide poniéndose en pie para ir a recibir a Menéndez, el productor musical al que estamos esperando—. A tu izquierda tienes una neverita —dice señalándola. No me había percatado hasta ahora de

que en el suelo, junto al sofá, había efectivamente una pequeña nevera. Estiro el brazo hasta alcanzar la manilla y la abro—. Sírvete tú misma.

Mientras saco una botella pequeña Darío abandona el estudio escalera arriba. Y yo, con mis nervios giro la tapa con poca destreza y termino derramando un buen chorro de agua sobre mis vaqueros que encima, como son claros, el líquido termina dejando una mancha oscura en mi entrepierna, que es donde he tenido la puntería de tirármela. Difícil va a ser que se me seque en lo que van a tardar Darío y el productor en bajar. ¡Genial! ¡Si es que soy la leche! Dejo la botella en el suelo medio vacía y me pongo en pie sacudiendo la zona mojada con las manos, como si acaso eso sirviera de algo. Finalmente opto por sentarme de nuevo, pero esta vez me cubro con la guitarra y así cuando entren puedo disimular tocando unas notas. Eso si los dedos me responden, porque estoy de los nervios.

Apenas acabo de sentarme cuando la puerta se abre y Darío le cede el paso al que supongo que será Menéndez, un señor no muy alto, menos aún junto a mi amigo que mide cerca de metro noventa, calvo, orondo y muy serio. Pues sí que empezamos bien.

—Ella es Ariel —me presenta.

Me levanto sin soltar la guitarra tratando de mantenerla de tal modo que cubra mi torpeza y no parezca que me he meado de los nervios que, al igual, y si continúa mirándome de esa manera (casi como si me odiara) termine por ocurrir de verdad. Le tiendo la mano que me estrecha, repasándome con la mirada sin ninguna clase de reparo.

—Encantada. —le saludo y se me escapa un gallo.

Jodeer...

—Ariel. Como *La Sirenita* y pelirroja además.

—¿Perdón?

—Su nombre.

—Ah, sí. Gracias por la oportunidad señor Méndez.

—*Menéndez* —me corrige visiblemente ofendido por mi confusión.

—Perdón, señor Menéndez —me disculpo avergonzada tirando de la comisura de mis labios tratando de esbozar algo parecido a una sonrisa,

fingiendo a su vez que no siento un enorme calor inundando mis mejillas.

«¿Señor Méndez?». ¿Se puede saber en qué narices estoy pensando? Trago saliva y apartando la mirada del productor me dejo caer sobre el sofá. No soy capaz de mirar a Darío a la cara, que sé me está fulminando con la mirada. Que alguien me dé con un bate o algo, porque es que lo mío no tiene nombre. Me suda hasta el culo, y aquí el aire acondicionado está a tope.

Les oigo y les veo hablando, me miran y yo asiento aún con esa mueca tipo Joker en el rostro, aunque en realidad no me entero de nada, porque aún estoy flagelándome por mi metedura de pata. Bueno, yo y Úrsula, que ya sabéis que para esto siempre se sube al carro.

—¿No quiere sentarse?

Niega con la cabeza postrándose frente a mí muy serio, con los brazos cruzados, provocando que los botones de su camisa se aferren al ojal como si eso les fuese a salvar de un final nefasto, mientras espera con sus pequeños ojos verde oscuro clavados en mí, sin mostrar un ápice de simpatía.

Toco tres canciones que Darío me ayudó a seleccionar. Comienzo con *El mundo no se acaba aquí*, que es una con un mensaje positivo que compuse poco después de mi cumpleaños; *Señales*, y por último *Espero que estés bien*, que es una de las más populares de Cantos de sirena. Hace ya tiempo que le mostré a Darío todo el material que he compuesto hasta la fecha, concretamente con el que me siento más cómoda; porque sí, también hay mucha morralla. Él me ha ayudado a darle una vuelta a alguno de los temas, mejorarlos o directamente descartarlos, y para nada me lo tomo a mal, si hay que fiarse del criterio de alguien, sin duda, es del de Darío.

A pesar de mi reciente cagada y de los nervios, en cuanto he cerrado los ojos y he comenzado a cantar, se me ha olvidado todo y me he sentido como si estuviera en la intimidad de mi propia casa. Eso es lo que tiene la música, que es magia. Me siento muy bien conmigo misma por cómo lo he hecho. Casi, casi orgullosa. Con ese cosquilleo energético de emoción positiva busco en ese rostro anodino, alguna emoción que me diga qué le ha parecido, pero solo veo impasibilidad y mi prematuro entusiasmo dura lo que tarda el pez gordo en abrir la boca.

—Eres guapa, pero esa ropa que llevas... Bueno, quizá con algo más de maquillaje y un buen escote... Voy a serte sincero. —¿Acaso no lo estaba

siendo hasta ahora? No sé si sentirme halagada o vomitar directamente—. Tengo miles de chicas con una cara bonita como la tuya, más jóvenes, con mejor voz y mejor cuerpo. Te falta sensualidad. Si aceptas un consejo, dedícate a otra cosa, así te ahorrarás malos ratos como el de ahora.

No sé cómo reaccionar, ni qué decir. La frialdad y el desprecio, tanto en sus palabras como en su actitud, me han dejado literalmente en *shock*. Y probablemente lo peor de todo sea que en ningún momento me ha valorado por mis cualidades como cantante.

Continúo paralizada, contemplando como se marcha sin despedirse siquiera y sale por la puerta junto con Darío, que ha estado bastante cortante con él después de escuchar las lindezas que me ha dedicado.

—¡Menudo subnormal! —espeta Darío enfurecido cuando regresa—. Ni se te ocurra hacerle caso, Ariel. No tiene ni idea de lo que dice. No tiene ni idea de música. ¡Cabrón engreído!

Mi amigo no para de moverse por el estudio como un animal enjaulado, mientras que yo continúo sin saber qué decir. En el fondo creo que este señor tan grosero me ha hecho el favor de mi vida y me ha ayudado a abrir los ojos, de manera bastante brusca, sí, pero a veces es necesario que las cosas sucedan de este modo para que una despierte. En serio, ¿en qué momento he creído que podría llegar a algún lado con la música?

En fin... «Gracias, señor Menéndez».

Da señal, pero Eric no lo coge. Es la cuarta vez que lo intento desde que salí de casa de Darío. He dado vueltas con el coche hasta que se me ha hecho prácticamente de noche. Sin saber qué hacer, buscando contener todo lo que bulle en mi interior y, por no querer volver a casa porque sé lo que eso significa, he acabado en el mirador de Los Campitos; pero antes he hecho una parada para comprar un paquete de tabaco, hace meses que no fumo y si Eric lo supiera probablemente me estaría riñendo, sin embargo, él no está aquí, y yo hago con mi vida lo que me da la real gana.

Me enciendo el tercer piti dándole una primera y profunda calada, una de esas que parecen apaciguarlo todo por un instante debido a la manera absoluta en la que inunda el espacio que se esconde bajo el pecho, ese hueco lúgubre que nadie puede ver, pero en el que nacen y mueren muchas emociones, esas

con las que tengo que enfrentarme cada día. Siempre he pensado que me quedaría con esa primera calada de un cigarro, porque es la única que de verdad parece tener un efecto anestésico, el resto me lo fumo por inercia y, a veces, con la esperanza de que ese humo gris mantenga adormecido por más tiempo la razón que me ha llevado a comprarme una cajetilla. Yo, que en realidad no fumo porque me guste, ni tan siquiera podría considerarme fumadora social. De hecho, cuando fumo lo hago a solas, como muchas otras cosas.

Sentada en el único banco que hay, hecho en piedra y duro como las piernas de un culturista, especialmente cuando llevas más de una hora sobre él (en el banco, no en las piernas de nadie) contemplo la bonita vista de pájaro de la ciudad de Santa Cruz salpicada de brillantes luces. Aunque reconozco que, ni el cierto encanto que pueda tener esta instantánea, es capaz de liberarme del hastío y la tristeza que siento, esa que cuando las cosas no van bien me inunda de forma devastadora y lo veo todo negro, incluso ahora, con ese resplandor iluminando la ciudad, yo no veo más que calles oscuras y un vasto océano alrededor mimetizándose a la perfección con el cielo: no alcanzas a saber dónde termina uno y empieza el otro. Muy metafórico, no cabe duda. Con mis brazos rodeando mis piernas pienso en cuántas veces he pensado yo eso mismo sobre mí y mi trastorno: «¿Dónde termino yo y dónde empieza Úrsula? ¿Alguna vez terminará esta perenne tristeza?». Es como vivir en un otoño constante en el que lo único caduco soy yo, que me caigo constantemente, mientras que la tristeza se mantiene fija e inquebrantable a pesar del paso de los años. Lo peor de todo esto es ser consciente de que me estoy acercando peligrosamente a mi límite, lo noto, con cada nuevo «otoño» mis fuerzas se debilitan y mis ganas de seguir luchando por salir de este bucle van decayendo. Peor aún, las ganas hace tiempo que las he perdido.

Opto por ocupar la mente en otra cosa, por ejemplo, trato de reconocer lugares como forma de dispersar ese tipo de pensamientos que sé que no me benefician en nada. El puerto es uno de los lugares que se distingue con más evidencia, también la plaza de toros, que lleva en desuso desde el ochenta y tres, y ahí sigue, prácticamente abandonada desde entonces; el estadio de fútbol, el auditorio y las torres (sí, esas en las que vive Sebas). Este último pensamiento me empuja a tragar con fuerza y, repentinamente, necesito otro cigarro porque puede que, inconscientemente, haya terminado en este lugar porque si pudiera estar ahora con una persona sería con él, con Sebas, y este

sitio es lo más cercano que puedo sentirme de él. Hace años veníamos mucho aquí, especialmente de noche, nos gustaba escondernos en este rincón de la ciudad para hablar sobre nuestros sueños, nuestros miedos y sobre cómo imaginábamos sería nuestro futuro en unos años. Es un bonito recuerdo. Con el tiempo y cuando empezamos a hacer aquellos sueños realidad, como formar el grupo, por ejemplo, dejamos de venir. Si mal no recuerdo, la última vez que lo hicimos fue cuando Sebas se compró la Harley, otro de esos sueños de los que tanto hablábamos.

—¿Ariel?

Se me para el corazón al escuchar esa voz. «No es posible» me digo a mí misma tratando de convencerme, «el subconsciente me la está jugando». Levanto la vista para verificar que es cierto y no me he vuelto majareta. Es verdad que he escuchado una moto acercarse e incluso detenerse, pero desde que estoy aquí han parado varios coches y alguna que otra moto y jamás se me hubiese ocurrido que pudiese ser Sebas. Pero aquí está, vestido de arriba abajo de negro, con su cazadora de cuero ya desgastada por el uso, sus inconfundibles botas y sus ojos oscuros escrutándome con palpable curiosidad y preocupación. Y como desde que salí de la audición no sé qué decir, sencillamente lo contemplo percibiendo cómo se me van humedeciendo los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta con urgencia sentándose a mi lado, como si no hubieran pasado meses desde la última vez que nos vimos.

Muevo la cabeza de lado a lado de manera negativa y, antes de que me abandone la primera lágrima, lo tengo pegado a mí, con sus fuertes brazos alrededor de mi cuerpo. Su cercanía después de tantos meses echándole de menos, su olor que me transporta a lugares ya conocidos y su voz, logran que, por primera vez, desde que Eric se fue, vuelva a sentirme segura. Y odio admitirlo, pero ambos hacen que me sienta de esa manera.

—No te haces una idea de cuánto te he echado de menos —murmura contra mi pelo antes de darme un beso sobre la coronilla.

Yo lo abrazo más fuerte en respuesta porque, aunque ahora sí sé qué decir, a veces sobran las palabras.

# Enero

Cuidado con escaparse otra vez del dolor y la desolación. Cuidado  
con no querer vivir esto.

JORGE BUCAY

## Capítulo 13



—¿Quién era?

—Nadie, estaba mirando la hora —miento guardando de nuevo el teléfono en el bolso.

—¿Acaso te estás aburriendo? —pregunta enarcando una ceja.

—¡Tú flipas! Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien.

Y es completamente cierto, esta es una de esas veces en la que no sabes cuánto necesitas una escapada de la realidad, hasta que tu mejor amigo te invita a un concierto homenaje a Queen, y descubres las ganas que tenías de salir y hacer algo distinto y que salga, en mi caso, de una rutina que yo definiría como tediosa e insulsa. Y es que últimamente me dedico concretamente a... hacer prácticamente nada, lo confieso. He apartado la música a un lado desde mi audición con el señor Méndez, ¿o se llamaba Menéndez? Bah, ni me acuerdo, ni me importa.

Soy plenamente consciente de que necesito hacer algo con mi vida, pero tampoco es que le haya puesto mucho empeño en, por ejemplo, buscar algo de trabajo; aunque casi puede decirse que estoy empleada en el Antiques Artiles, la tienda de antigüedades de Sebas, puesto que es ahí donde me paso la mayor parte del tiempo. Y es que después de aquel encuentro fortuito en el mirador volvimos a retomar nuestra amistad con una normalidad cuanto menos sorprendente. A esa noche le continuaron llamadas de teléfono y mensajes, y de ahí, a quedar de nuevo para vernos y ponernos al día. De Eric le he contado lo justo y necesario, apartando a un lado todo el tema de Nadia. Es cierto que

no estoy segura de que haya pasado el tiempo suficiente, el que Sebas decía necesitar para superar mi rechazo; aunque nuestra relación ahora sea exactamente igual (al menos en apariencia) a antes de que admitiera estar enamorado de mí, lo que no quiere decir que estemos tomando una buena decisión, ni que esté preparado para que le cuente mis problemas amorosos. Y es así como nos lo ha hecho saber Sonia, que nos ha sermoneado a ambos la mar de bien (con toda la ley) y nosotros no hemos podido más que agachar las orejas, para después, hacer oídos sordos. No hay más que ver que aquí estamos, tres semanas después de aquel día. Tan solo nos hemos dejado llevar por las circunstancias, o las señales, en mi caso. ¿Acaso encontrarme a mi mejor amigo en un momento de bajón como el que estaba viviendo no es un regalo del universo? A mi parecer fue un regalazo de navidad.

—Va a empezar la segunda parte —me informa Sebas tendiéndome uno de los vasos de plástico del que sobresale espuma de cerveza—. Era Eric, ¿verdad?

—Verdad —reconozco antes de darle un buen trago—. Pero no tengo ganas de hablar con él.

—Yo menos, te lo puedo asegurar —confiesa cogiéndome de la mano tirando de mí escalera arriba de camino a nuestras localidades—. ¡Volvamos, anda!

¿Que por qué no le he cogido el teléfono a Eric? Fácil. Nuestra relación no está pasando por un buen momento, y no me apetece pensar en ello precisamente ahora.

¿Tiene que ver con la vuelta de Sebas a mi vida? En parte. Pero solo en parte. Diría que a los dos nos han pasado muchas cosas en estos últimos meses. Y con «cosas» me refiero a «sucesos», esos que hemos vivido ambos por separado. La cuestión de todo esto es que yo soy plenamente consciente de lo que me ocurre a mí. En cambio, Eric, se niega a admitir que hay cosas no resueltas, tanto en su pasado como en su presente, que requieren de él algún tipo de acción inmediata. Sucesos que le mantienen distante, a pesar de que se esfuerce por mostrarse con una normalidad que no tiene ninguna clase de sentido. Y es que yo ya me he cansado de perseguirle para que tenga esa conversación con su madre, para que la tenga con su padre, e incluso, para que zanje de una vez por todas las cosas con Nadia. Necesita reconocer que todo eso le pesa, incluyendo su pasado no resuelto con su hermano, porque Eric aún

se siente culpable por haber apartado a Berto de su vida, por no haber llegado a tiempo. Por cosas que en realidad escapan a su control y que al fin y al cabo ya no importan, porque nada va a cambiar; pero no es algo que esté dispuesto a ver. Ni por asomo. Eric, en este momento, carga un lastre tan pesado que ni conmigo a su lado empujando conseguirá que cambie algo. Él, mientras tanto, prefiere evadirse que enfrentarse a la realidad, y sí, sé que precisamente yo, que soy la reina de la evasión que diga esto tiene guasa, pero es que, a diferencia de él, yo lo reconozco; y dicen que ese es el primer paso para solucionar un problema ¿no?, reconocer que lo tienes. Eric, en cambio, prefiere fingir que todo va bien, cuando la realidad es que todo va de culo, cuesta abajo y sin frenos. Nuestras conversaciones consisten en una llamada telefónica al día, si es que la hay, en la que los monosílabos son los protagonistas y no nosotros, como debería ser. El interés que ponemos el uno en el otro es escaso y forzado; eso es lo que sucede cuando uno está tan mal consigo mismo que tratar de preocuparse por el otro, aunque sea su propia pareja, resulta una completa incoherencia. Y es que, ¿cómo vas a ayudar a nadie si tú mismo no estás bien? Es como tener una empresa que se va a pique y dedicarse a dar consejos a otro empresario sobre cómo gestionar su negocio. Una estafa vamos.

Hace semanas que no tenemos sexo, apenas hemos dormido en la misma cama en el último mes, porque cuando lo hacemos terminamos discutiendo. Principalmente porque no entiende mi amistad con Sebas o porque yo no entiendo que siga fingiendo que todo va sobre ruedas. ¿Su excusa en este último caso? Que está estresado. Y yo he llegado a un punto en el que directamente paso, porque yo tampoco me encuentro en mi mejor momento, independientemente de nuestra relación como pareja. De hecho, creo que es la vez en toda mi vida que peor me he visto. He llegado a un punto en que no distingo la voz de Úrsula de la mía, y eso es algo que nunca me había sucedido. Por lo que no tengo ni ganas ni fuerza para luchar contra él. Contra alguien que se niega a reconocer la evidencia. No tengo ningún reparo en confesar que me he acomodado, aceptando la situación actual, viendo cómo se hunde el barco sin hacer nada por evitarlo. También digo que me niego en rotundo a ser yo la que dé por finalizada nuestra relación. Primero, porque sigo queriéndole más incluso que el primer día, a pesar de que últimamente me saque más de mis casillas que orgasmos alucinantes y, en segundo lugar, por cobardía y por orgullo: si alguien va a dar ese paso va a ser él. Ya sabemos cómo es su historial rompiendo relaciones ¿no? Pues sabéis que os digo, que

algún día tendrá que aprender. Mientras tanto, yo continuaré fingiendo que ver desmoronarse la relación más bonita que he tenido en mi vida no está acabando conmigo. Mirando para otro lado, consciente de que estoy perdiendo al amor de mi vida y no puedo hacer nada por evitarlo.

Ahora mismo necesitamos una señal, una luz que nos indique el camino, porque en este momento somos el Titanic, y yo solo veo un enorme iceberg frente a nosotros.

# Capítulo 14



—¿Estás embarazada?

—Tengo un retraso, Eric, no quiere decir que esté embarazada, aunque obviamente es una posibilidad.

—Pero...

—Dilo —me anima—, sé lo que estás pensando. Apenas lo hemos hecho ¿cuánto? ¿Un par de veces en el último mes y medio?

¿Un par? Escasamente recuerdo una, un encuentro que dejaba bastante que desear, y reconozco que eso es más culpa mía que suya, que desde hace tiempo no me siento muy yo mismo. ¡Joder! ¿En qué momento hemos llegado a esto?

—En realidad, me pregunto cómo es posible, pero no por eso, sino porque tomas la píldora.

—Un método anticonceptivo que puede fallar como cualquier otro.

No sé si es por el tono defensivo o porque ha esquivado mi mirada cuando lo ha dicho, pero repentinamente algo hace clic en mi cabeza dándole sentido a esta locura.

—¿Estás vomitando, Ariel? —pregunto entre dientes debido a la presión que ejerce mi mandíbula.

Una posibilidad que tras ser pronunciada parece cobrar más sentido. Más aún al contemplar la triste sonrisa que Ariel dibuja en su cara cruzándose de brazos sin dejar de mirarme. Como si en el fondo estuviera esperando que llegara este momento. Esperando que yo llegara a esta conclusión. ¡Dios! ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

—¿De verdad importa? —arguye encogiendo los hombros restándole importancia.

—¡Mierda, Ariel! —exclamo hundiendo los dedos entre los mechones de mi pelo perdiendo algo de

mi habitual y comfortable calma—. Quedamos en ser sinceros el uno con el otro. Prometiste que hablarías conmigo si no estabas bien. ¿Por qué no...?

—Es difícil hablar contigo, ¿sabes? —me corta con cierto tono recriminatorio—. He tratado de hablar contigo muchas veces, porque no solo soy yo la que estoy mal, tú también lo estás y te niegas a reconocerlo. Es difícil encontrar el momento para decirte: «Sabes, Eric, estoy vomitando de nuevo». No es fácil, y menos con alguien a quien en realidad no encuentro, porque tú hace tiempo que no estás y créeme, no te culpo por ello; pero cabreándote conmigo no vas a solucionar nada. Para eso ya me tengo a mí misma, porque, aunque no lo creas, a la primera que no le agrada esta situación es a mí.

—Tenías que habérmelo dicho —repito en voz alta más para mí que para ella, cuando en realidad lo que pienso es que yo debía haberme dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo. Eso es lo que haría un buen novio, ¿no? Obviamente no he estado a la altura.

—¿Y cuándo se supone que era mejor decírtelo: tras la aparición de tu padre o mejor tras la de Nadia?

—¿Nadia? —La repentina aparición de ese nombre en la conversación me deja fuera de juego—. Ella no... ¿adónde vas?

Ariel desaparece por el pasillo dejándome con la palabra en la boca y la cabeza dando mil vueltas a sus palabras, para volver poco después con algo entre las manos. Algo no, es mi...

—Aquí tienes, tu maldito álbum de boda —gruñe estampándomelo contra el pecho.

Lo cojo antes de que caiga al suelo con manos torpes y lo hago, además, como si se tratara de una granada y no del recuerdo de uno de los días más importantes y felices de mi vida. Uno al que ni siquiera me atrevo a traer de nuevo a la memoria.

—¿De dónde has sacado esto?

—¿De dónde crees, Eric? —espeta con una mirada que irradia más dolor que enfado.

—¿Hace cuánto que lo tienes?

—¿Recuerdas en navidades el día que fui a buscar el pienso de Max a tu casa cuando tú estabas en Madrid? Pues me encontré con Nadia, que estaba llamando a tu puerta con este precioso álbum entre las manos, deduzco que con intención de recordar viejos tiempos. Muy bonitas las fotos, por cierto, se os veía muy enamorados —añade sarcástica.

—¿Ahora nos mentimos, Ariel? —Tiene gracia que yo haga esa pregunta.

—Dímelo tú. ¿Has vuelto a verla, Eric? —refuta con las palmas de las manos sobre sus caderas.

Como si me hubiera leído la mente, porque sí, la he visto, una vez. Me llamó en Nochebuena diciéndome que estaba en Madrid, y reconozco que en aquel momento me extrañó que supiera que yo también estaba allí, pero tampoco le puse mayor importancia. Ahora ya sé cómo lo supo. Casi me rogó que nos viéramos una última vez, prometiéndome que después no volvería a llamarme ni a molestarme nunca más. Y... bueno, terminé accediendo. Aún no sé ni por qué lo hice. Pero allí estaba yo, en aquella casa que fue mi hogar durante años, sentado sobre aquel enorme sofá modular mirando a Nadia, una preciosa mujer a la que había jurado amor eterno y que en aquel momento tan solo me producía indiferencia. Incluso cuando se lanzó a besarme a la desesperada y no me aparté, descubrí entonces que no existía nada que pudiera rescatarse de aquel matrimonio, salvo los muebles y una casa que podríamos vender a buen precio ahora que el mercado inmobiliario parece estar remontando. Por lo demás,

absolutamente nada que quisiera conservar en mi vida. La aparté y me fui de allí odiándome por haber aceptado, sabiendo de antemano lo que Nadia pretendía, aunque tengo que confesar que una parte de mí quería descubrir cuál es la razón por la que todavía me siento incapaz de sacarla del todo de mi vida.

—La vi en Madrid —admito—. Fue solo una vez y la intención era dejarle las cosas claras. Terminar con todo esto.

Ariel me mira con el ceño fruncido, con cierto recelo, y no puedo decir que no la entienda o incluso que no lo merezca.

—¿Eso quiere decir que ya no va a volver a aparecer en nuestras vidas?

—Eso quiere decir que no es de ella de quien tenemos que preocuparnos, sino de ti.

Mis palabras suenan más severas de lo que pretendía, así que tiro de ella hasta que la tengo entre mis brazos con la palma de mi mano sobre su coronilla y mis labios sobre su pelo, tratando de transmitir la seguridad que con mis actos no he conseguido, porque en este momento, Nadia me importa una mierda. Lo único que me preocupa es saber, por ejemplo, ¿desde cuándo lleva Ariel vomitando? ¿Y cómo es posible que yo no haya sido capaz de darme cuenta?

Bueno, puede que simplemente no me haya interesado verlo, porque las señales estaban ahí. Poco a poco Ariel fue sumiéndonos de vuelta a la oscuridad, preocupándose en apagar las luces en nuestras últimas y escasas relaciones sexuales. Bien es cierto que apenas hemos compartido mucho tiempo juntos últimamente y, cuando lo hemos hecho, no ha querido comer, en eso sí que me había fijado. Espera, ahora que pienso..., recuerdo un día que nada más terminar de cenar y mientras yo recogía la mesa, se fue a la habitación a cambiarse porque tenía frío; por un momento pensé que era una excusa, puesto que tardó en volver más de lo esperable para tal cometido, y parecía algo nerviosa cuando lo hizo. No obstante, terminé desechando ese resquicio de duda, supongo que preferí no creerlo, era mucho mejor convencerme de que tan solo eran paranoias mías.

—No eres consciente del daño que te estás haciendo y en consecuencia el que me haces a mí, Ariel. ¿Por qué te haces esto?

De nuevo, mis palabras suenan duras y con palpable reproche, pero es que no soporto ver cómo se hace daño de esa manera, y que me recuerde tanto a una situación ya vivida con mi hermano no ayuda. Y es que a Berto le quería (y le quiero) como solo puedes hacerlo con alguien de tu misma sangre, pero es que a Ariel la amo con una intensidad que ni sabía que existía. Una que despierta en mí instintos que hasta ahora nunca había experimentado, me refiero a lo más primitivo que hay en Eric Estrada.

—Si me hago esto es porque obviamente no estoy bien, pero es que tú tampoco, Eric —refuta separándose de mí instaurando a su vez un muro que, aunque imaginario, a cada momento parece hacerse más tangible, alto e imposible de traspasar.

La siento fría y distante mientras se aleja de entre mis brazos. Más todavía contemplando cómo se dirige a la puerta con intención de irse.

—¿Adónde vas?

—A la farmacia, a salir ya de dudas y olvidarnos de este día de mierda para después continuar como si esta relación no se estuviera yendo a pique, si es que no lo ha hecho ya.

—Pero ¿de qué narices estás hablando? Tan solo es una mala racha, Ariel. Deja de decir estupideces, por favor.

—La única estupidez que yo veo es seguir con esto. Esta relación hace tiempo que dejó de tener sentido, Eric.

Con esa declaración coge la chaqueta, el bolso y sale por la puerta cerrando a su espalda. Con la misma salgo detrás de ella. No pienso quedarme en su casa esperando a que vuelva. No voy a dejarla sola y menos ahora con esas sandeces rondándole en la cabeza.

Ya fuera me la encuentro entrando en su coche a toda prisa y antes de que le dé tiempo a arrancar me cuelo en el asiento del copiloto. Pero algo no va bien, y esta vez no tiene que ver con nosotros, sino con su coche, el que obviamente no ha llevado a arreglar porque no consigue arrancarlo.

—Lo estás ahogando, Ariel —le advierto con el tono más suave y calmado del que soy capaz, porque a pesar de lo tranquilo que soy por naturaleza, su insistencia girando la llave una y otra vez como una posesa me lo está poniendo difícil.

—¡No me jodas! —exclama golpeando el volante con las manos desistiendo al fin.

—Por lo que veo no lo has llevado al taller.

—¡No, no lo he llevado! —exclama poniendo los ojos en blanco con menos paciencia aún que la mía—. Tenías que mencionarlo ¿verdad?

Sale disparada dando un sonoro portazo. Ni siquiera espera a que yo salga para cerrar el coche puesto que echa a andar mascullando cosas para sí misma.

—Ariel. ¡Ariel, espera!

—Mejor será que te quedes —grazna deteniéndose un momento para hablarme—, puedo ir sola.

Con la última palabra pronunciada se lanza a la carretera sin mirar, y si no es por mi rapidez, que tiro de ella enganchándola del brazo a escasos centímetros de un coche que le pasa rozando, ahora mismo podría estar tirada en el asfalto cuanto menos inconsciente, si no muerta.

—¡¡Ariel!! —exclamo con el corazón latiendo a mil por hora del jodido susto, es casi ensordecedor. Ella simplemente me mira confusa, como si no supiera qué es lo que acaba de suceder, lo que me enciende más todavía—. ¡¿Nunca miras antes de cruzar?! ¡Joder, Ariel! ¡¿Acaso quieres acabar como tu tía?!

Antes de que pueda retractarme por la barbarie que acaba de salir por mi boca, me cruza la cara y con los ojos anegados en lágrimas desaparece calle abajo a toda prisa. Y esta vez sí, mira antes de cruzar.

No estoy embarazada

21:12

Recibo su mensaje ya en mi casa, después de haber salido cerca de una hora a correr con Max, algo que he retomado desde que Ariel se lesionó y ambos dejamos el surf a un lado, y la verdad es que me ha ayudado mucho a desestresarme estas últimas semanas; aunque hoy, precisamente, no ha sido uno de esos días. Vamos, que no me ha servido de una mierda, demasiadas cosas a las que darle vueltas. De ahí que mi respuesta a su mensaje no haya sido más que un patético «Ok» por el que probablemente me merezca una lapidación por ser el peor novio de la historia, pero de verdad no se me ocurre nada más que decir. Además, yo soy de los que medita mucho antes de decir lo primero que se le pasa por la cabeza. Ella se

merece algo más que eso, soy consciente, pero primero necesito pensar qué es lo mejor para ella, cuál es la mejor manera de ayudarla. Para ello, primero necesito apartar a un lado lo cabreado que me siento conmigo ahora mismo por no haberme dado cuenta antes de lo mal que estaba; y con ella, por no querer ser una mierda.

De pie, en la cocina de mi casa no hago más que darle vueltas al asunto tratando de dar con la mejor manera en la que poder ayudarla, esa es mi prioridad. Más tarde ya me encargaré de que sepa que nuestra relación no está acabada, no voy a permitir que acabe con lo más bonito de mi vida. No voy a perderla por nada del mundo.

Sé que hay una manera, una que no me hace especial ilusión, pero si se trata de lo mejor para ella haré todo lo que esté en mi mano. Así que deslizo el dedo por la pantalla del móvil y hago esa llamada, tragándome con el sonido que da cada señal al otro lado del teléfono parte de mi orgullo, mi odio y todo lo negativo que esta persona saca de mí, porque se trata de Ariel y voy a necesitar su ayuda para hacer esto.

—¿Sí?

—Sebas, soy Eric. —No voy a andarme con muchos rodeos—. Te llamo porque Ariel no está bien.

—Lo sé —afirma y la rotundidad con la que lo hace me pone los pelos de punta.

—¿Ya lo sabías?

—Está peor que nunca en realidad.

Una confesión que no me esperaba y que ¡joder!, hace que el odio que ya sentía por mí mismo se multiplique de manera ostensible porque... ¿estando conmigo es la vez que peor ha estado? Es para echarse a temblar cuanto menos.

—Creo que tú eres la única persona capaz de ayudarla en este momento —reconozco sin rodeos—. Al fin y al cabo, eres su mejor amigo y en este aspecto, por mucho que me cueste aceptarlo, está claro que la conoces mejor que yo.

—En realidad..., hay alguien más que puede ayudarnos, no estoy seguro de que nosotros solos vayamos a conseguirlo.

—Perfecto —acepto sin dudar un instante.

—Por cierto, hace ya tiempo que dejé de ocupar el puesto de mejor amigo.

Confieso que esa declaración me pilla desprevenido, no por ello hace que me sienta mejor.

—Gracias.

—Dámelas cuando la traigamos de vuelta. Y ya te advierto que no va a ser un camino fácil.

—Lo sé —afirmo con rotundidad. Quiero que quede claro que no me voy a rendir con facilidad, por muy feo que trate de pintármelo.

—Dame unos días.

—Lo que necesites.

# Capítulo 15



Supé lo mal que estaba en el mismo instante que me la encontré en el mirador y se lanzó a mis brazos con una necesidad y una desesperación tan vívidas, que resultaban escalofriantemente sobrecogedoras. Nunca la había visto en ese estado. Había algo en el azul de sus ojos, en las sombras oscuras bajo ellos, en los hombros ligeramente caídos hacia delante... También había ganado algo de peso, pero no era el cambio físico lo que me alarmó. Por primera vez desde que la conozco, la vi real y completamente perdida.

No sabría decir el tiempo que permanecimos abrazados, ni la cantidad de lágrimas que derramó, ni tampoco quién de los dos agradeció más aquello. Es cierto que yo no me ahogaba sollozando, al menos no físicamente, pero lo que la había echado de menos quedó patente en el mismo instante en el que la acogí entre mis brazos con tanto ímpetu que tuvo que pedirme que aflojara porque le estaba haciendo daño.

Tantos meses alejado para deshacerme de mis sentimientos hacia ella, y terminaron pulverizados en escasos segundos. Aunque he de reconocer que había algo diferente en todo aquello, no sabría explicar el qué, ya dejé claro hace tiempo que interpretar y manejar emociones nunca ha sido lo mío, sin embargo, pude percibir el cambio entre nosotros. Pero perdí la conciencia de esa sensación en el instante en que un coche aparcó en el mirador con las ventanillas abiertas y de él salía una canción que, enseguida, me hizo sonreír. Miento, en realidad fue algo más parecido a una carcajada plagada de ironía.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Ariel separándose levemente de mí, mirándome con completa curiosidad.

—Esta canción.

—¿Bryan Adams? —No pudo evitar fruncir el ceño sorprendida—. ¿Desde cuándo te gusta?

—Solo es que me recuerda a alguien —respondí con honestidad incapaz de borrar la sonrisa que sabía tenía plantada en mi cara—. ¿Te apetece comer algo?

Fue lo siguiente que dije; primero, porque me pareció una buena manera de romper un poco esa intensidad que acabábamos de vivir con el repentino e inesperado encuentro; y segundo, para desviar el

hecho de que he escuchado esa canción casi cada día desde que una loca rubia me la metió en la cabeza. Por no mencionar que compré el vinilo de Bryan Adams *Waking Up The Neighbours* solo por esa canción, y que lo he escuchado más veces de las que me gustaría reconocer. Lo curioso es que fue en ese momento, con Ariel aún entre mis brazos, cuando me di cuenta de que no me ponía en casa *Everything I do* (I do it for you) una y otra vez porque me recordara a ella, al menos no a esa «ella». Una conclusión que me ha dejado jodidamente perturbado desde que la descubrí.

Cambiando de tercio... Al final terminamos tirados sobre el sofá de mi casa con un par de pizzas y unas cervezas poniéndonos al día; ya no como si apenas hiciera dos días que no nos veíamos, sino como si en realidad, nada hubiera ocurrido entre nosotros. Como si nunca le hubiese pedido tiempo porque mis sentimientos hacia ella me pedían un todo o nada. Y para sorpresa de ambos, allí estábamos: Sebas y Ariel, sin más. Cómodos el uno con el otro, aunque jodidos cada uno a su manera y por sus propias movidas.

Ariel me puso brevemente al día, tampoco se explayó mucho, pero lo justo para que supiera que su relación con Eric no está pasando por un buen momento. Al parecer, todo esto viene originado porque Eric tiene un tema con su padre no resuelto al que no se quiere enfrentar, sin embargo, le está pasando factura: a él y a su relación con Ariel. Porque ella sabe que él no está bien, pero es incapaz de hacer nada por ayudarlo, principalmente, porque él no se deja y eso a Ariel le puede. Le genera una ansiedad que, sumado a su ya inestable estado, ese que lleva arrastrando años atrás, ha dado como resultado esta Ariel completamente perdida con la que me encontré aquel día en el mirador. Y es que, ¿cómo va alguien que no está bien, a ayudar a otra persona que tampoco lo está? A mí quien verdaderamente me preocupa es mi amiga, al otro ya le pueden dar mucho por culo. Aunque tengo que reconocer que el hecho de que se tragara su orgullo para pedirme ayuda dice mucho de él, de lo mucho que le importa Ariel y, me guste o no, eso le hace de alguna manera merecedor de ella.

A esto hay que sumarle el suceso con el cabronazo del productor musical que, juro que cuando me enteré, me entraron ganas de matarlo, principalmente porque había conseguido su objetivo: que dejara la música. Y no fue ella la que me contó lo sucedido, fue Darío el que me relató ese humillante episodio. Valiente hijo de puta. Por su bien, más le vale que nuestros caminos no se crucen nunca, porque a pesar de que mi vena de descerebrado la tengo bajo llave desde hace ya un tiempo, con tipos como este soy como un hombre lobo, y él actúa como una luna llena que, según la descripción física que Mantis me dio del tipo, bien podría hacerse pasar por un satélite de tal calibre.

En resumen, me encontré con una Ariel afectada por no haberme tenido como apoyo, perdida en su relación con Eric, devastada por las palabras de un bastardo productor musical y, básicamente desencantada con todo lo que le rodeaba. Lo poco bueno que quedaba de ella había sido arrasado en los pocos meses que nos separamos. No solo es que hubiese retrocedido en su recuperación, es que está peor que nunca. Es por ello por lo que, de manera desesperada, he tratado traerla de vuelta, empezando por animarla a salir de casa y así hacer que pensara en otras cosas buscando que cambiara el foco de atención. ¿Ha servido? Momentáneamente. Es como tratar de curar una herida poniendo una tiritá, cuando lo primero que habría que hacer es ver la gravedad de la lesión antes de actuar: yo tan solo le estaba ofreciendo un remedio temporal. Sin embargo, eso se acabó, ha llegado el momento de arrancar el apósito y exponer el alcance de la herida para hacerla real, para que Ariel sea consciente de la gravedad del asunto. Y para eso es para lo que estamos aquí.

—¿Tu amiga te lo ha confirmado? —pregunto esperando que la respuesta sea afirmativa, ese lugar es nuestra mejor baza.

—Sí, no hay problema. Pero tiene que ser ella la que tome la decisión —arguye aludiendo al hecho

de que ella va a ser la que tenga la última palabra en el asunto.

—Yo me encargo de eso.

No soy yo el que respondo, aunque es una voz tan masculina como la mía la que lo hace.

# Febrero

El mejor momento para plantar un árbol fue hace veinte años. El segundo mejor momento es ahora.

PROVERBIO AFRICANO

## Capítulo 16



No he hablado con Eric desde que saliera despavorida después de que mencionara a mi tía Clara con un comentario de lo más desafortunado. Soy consciente de que no lo dije con maldad, sé con total certeza que fue causado por el calor del momento y por todo lo acumulado los últimos meses: una relación que se va a pique, un padre que no ve desde los doce años y aparece de manera inesperada veinte años después, una exmujer incansable (y pesada), un posible embarazo y una probable embarazada con trastornos alimentarios. Una recopilación de sucesos algo intensos para dos locos enamorados que creen en las señales y en que el amor lo puede todo, especialmente Eric, él es el que más se aferra a esta idea romántica de nosotros dos. Sin embargo, todo esto no hace que sea menos doloroso y perturbador el símil que hizo entre el atropello de mi tía y mi inconsciencia al cruzar la calle. Porque sí, soy consciente de que en ocasiones pierdo la noción de la realidad impulsada por todo lo que se agita en mi interior y que me veo incapaz de controlar, como a Úrsula, por ejemplo.

Todo lo sucedido no hace más que ratificar una percepción que ha estado rondándome la cabeza desde hace ya un tiempo y de la que cada vez estoy más convencida: no solo es que las cosas no estén bien, es que no creo que exista un buen momento para nosotros dos como pareja. No en este espacio dimensional al menos. Y para nada es por falta de amor, eso es algo que ni siquiera voy a poner en duda. Nos queremos como lo hacen dos personas que están enamoradas, que saben que no se han escogido por obligación, miedos, o inseguridades, que lo han hecho porque las reacciones involuntarias del cuerpo susurran lo que uno no puede negarse; porque cuando piensas en el

futuro, esa persona ya forma parte de él; porque sus virtudes te enamoran más cada día, pero sus defectos le hacen más humano y real; porque te hace reír, vibrar; porque consigue que quieras ser mejor persona. La cuestión de esto es que para poder sentir todo esto con honestidad por otra persona, primero, lo tienes que sentir por ti mismo, algo que ya me dijo el Gaviota en su momento: «Primero has de sentirte completa». Y puedo asegurar que yo, en este momento de mi vida, no me siento completa de ninguna manera, y no sé si es muy osado por mi parte asegurar, incluso, que jamás me he sentido plena, quizá ahí radique uno de mis grandes problemas.

¿Sabéis esos enamorados que dicen: «Te quiero tanto que duele»? A mí, querer a Eric no me duele, lo que me hiere de verdad es saber que no nos estamos queriendo bien. No nos estamos dando lo que merecemos, ni el uno al otro, ni a nosotros mismos. De nada sirve que nuestros corazones latan como nunca antes lo han hecho, si no lo hacen al unísono: dos corazones descompasados no pueden marcar el ritmo de una misma melodía; al menos, no una de tal belleza que queramos escuchar para el resto de nuestras vidas. Una que nos provoque el Síndrome de Stendhal como mínimo. Esa es la clase de amor que nos merecemos, no solo Eric y yo, sino todos y cada uno de los seres que habitamos este planeta. Sí, yo también sé cómo sueno, pero es que últimamente me ha dado por pensar más de la cuenta y me he vuelto algo... profunda, pero es que nadie se merece un amor mediocre y ese, precisamente, es el que llevamos dándonos Eric y yo desde hace meses, a causa de asuntos no resueltos con nosotros mismos.

Han pasado diez días desde que me hice esa prueba de embarazo a solas en el baño de mi casa, siguiendo eso que solemos hacer todos cuando estamos desesperados: rezar a quien haga falta, rogando por algo (no estar embarazada en mi caso) a cambio de ayudar a la vecina cuando va cargada con la compra, llamar más a menudo a nuestros padres o decir menos tacos. En mi caso concreto funcionó, la cuestión es que lo que prometí que haría en caso de que la prueba diera negativo era utópico cuanto menos, porque dejar de vomitar es igual de imposible que yo me vea siendo madre. Y para quedarme más tranquila me hice dos pruebas. Una vez con esos dos negativos en mis manos le mandé un mensaje a Eric, al cual contestó con un mísero «ok». Ni siquiera me pidió disculpas por su desafortunada mención a mi tía Clara. Pero bueno, no me lo tomo muy a pecho, ya sabemos que Eric necesita su tiempo para todo (especialmente en lo que a disculpas se refiere), y aunque me gustaría

escuchárselo decir, sé que lo siente, que se le escapó llevado por la intensidad y el susto del momento que, sumado al descubrimiento de mi nueva recaída y a un posible embarazo, se acumulaba a un cóctel demasiado cargado como para que no estallase por algún lado. Afortunadamente no había embarazo, y digo «afortunadamente» porque en realidad ninguno de los dos hemos tenido nunca el deseo de ser padres, hablamos sobre ello una vez con completa naturalidad. Eric me confesó que con su sobrino se siente más que satisfecho y por mi parte es algo que también tengo muy claro desde siempre, nunca he sentido ningún instinto maternal y, sinceramente, no me veo responsabilizándome de la vida de otro ser humano. La mía con Úrsula, como segundo oficial de abordaje, es suficiente. ¿A quién trato de engañar? Úrsula suele ser (para mi desgracia) la máxima autoridad, como para incluir más tripulación a este barco. Y con barco me refiero a mi existencia.

Bueno, dejemos las embarcaciones y sus jerarquías para otro momento y mejor centrémonos en lo que concierne: en Eric y en el hecho de que estoy a punto de encontrarme con él. Me llamó ayer después de todos estos días sin habernos dirigido la palabra, y con esa serenidad que siempre lo acompaña y le caracteriza me dijo que quería hablar conmigo. No dijo esa frase tan manida de «tenemos que hablar», pero reconozco que sonó prácticamente igual. Así que, aquí estoy, frente a la puerta de mi casa rebuscando en mi bolso, esperando dar con la dichosa llave, a pesar de que hace rato ya que he llegado a la conclusión de que me la dejé dentro cuando salí disparada hace casi dos horas, porque había olvidado que tenía cita con el médico justo cuando Eric venía de camino a mi casa. Me dijo que no me preocupara, que me esperaría dentro usando para ello la copia que le di dos días después de mi cumpleaños, y que, gracias a ella, no voy a tener que llamar al cerrajero y dejarme un pastizal. ¡Bendito el día que le di esa llave! Porque sí, no es la primera vez que me salva de una como esta, y como me prometí a mí misma no volver a dejar una copia escondida bajo el buzón... pues en estas estamos.

Colocándome el jersey de punto *oversize* de un azul que va a juego con mis ojos, desisto y golpeo la puerta de mi propia casa con una inquietud atada al estómago debido, supongo, a que no sé muy bien qué me esperará al otro lado, y la incertidumbre no es algo que lleve muy bien precisamente. Me pregunto si Eric tan solo va a disculparse y a seguir fingiendo que todo va bien, o si definitivamente va a sacar el valor para romper con esto tal y como llevo esperando que haga desde hace semanas. Bien es cierto que existe una

tercera opción relacionada con mi recaída y, a pesar de que es un tema que a ambos nos incomoda, tengo claro que hoy de aquí no se marcha sin haberlo abordado antes.

—¿Ariel?

Levanto la vista de mis manos liadas como una madeja de lana porque, sin darme cuenta y para no perder la costumbre, estaba frotando una contra otra de manera inconsciente mientras Eric, erguido en su metro ochenta y cinco, me mira con una intensidad arrolladora, esforzándose por esbozar una sonrisa de esas de medio lado que ni por asomo alcanza sus mágicos ojos, ahora de un color verde turbio nada habitual.

—Hola —musito en busca de mi propia sonrisa de complicidad, la cual, como la suya, parece resistirse.

Finalmente se hace a un lado para dejarme pasar sin decir nada, como si sus propios pensamientos, esos que parecen mantenerle en cierto trance, le tuvieran demasiado ocupado. No obstante, no tardo en averiguar a qué se debe esta actitud tan singular: Sebas y Sonia están sentados a la mesa de la cocina con la vista clavada en mí y con un semblante en términos parecidos.

—¿Sonia?! —exclamo tirando el bolso sobre el sofá al pasar junto a él de camino a encontrarme con ella—. ¿Qué haces aquí?

Ella no espera ni a que termine de pronunciar su nombre para venir a mi encuentro con agilidad, como si acaso estuviera esperando mis palabras para hacerlo.

—Te he echado mucho de menos, Ariloca —arguye estrechándome entre sus brazos.

—Y yo a ti. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué no me has dicho nada? —le reprocho separándome de ella aprovechando para echarle un rápido vistazo—. Eres la única persona que conozco que cada día que pasa está más guapa, cabrona.

—Tú, que me ves con buenos ojos; tengo un *jetlag* de la leche.

—Créeme, no lo estás arreglando —arguyo chasqueando la lengua.

De verdad que no miento, no tiene suficiente con ser una preciosa rubia de ojos azules, esbelta y de personalidad arrolladora, que a pesar del largo viaje

y el desfase horario, de estar sin maquillar y de ir vestida con una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros, luce simplemente perfecta. En realidad, lo que atisbo a ver en ella es tranquilidad, una radiante calma que nunca antes le había visto.

—Bueno, ¿y cuándo has llegado?

Sonia esquivaba mi mirada con una repentina incomodidad que no me pasa desapercibida, y es que, por un momento, yo misma he olvidado el ambiente que se respiraba hace escasos minutos, uno que no tarda en restablecerse en cuanto hago un repaso a los rostros de Sebas, Eric y de nuevo al de Sonia que, en unos segundos, ha mudado a uno más serio y con cierto aire de preocupación.

—¿Qué sucede?

—Ven, siéntate —me pide sin soltar mi mano tirando de ella hasta llevarme a la mesa, en donde termino por sentarme frente a Sebas y junto a Eric, que no sé en qué momento ha llegado hasta aquí y se ha sentado con su habitual calma, pero con un semblante que definiría como ¿duro? Quizá se deba a la tensión que percibo en su mandíbula y que hace que se proyecte en el resto de su rostro.

—¿Podéis decirme ya qué pasa? Me estáis poniendo muy nerviosa. —Un terrible pensamiento cruza mi mente provocándome un vuelco en el estómago, que me lleva a arrastrar la silla hacia atrás con intención de levantarme por inercia. Pero Eric, y esos reflejos de los que hizo gala la última vez que nos vimos, hacen aparición y me detiene antes de que siquiera mi cerebro llegue a dar la orden al resto de mi cuerpo para ponerse en pie—. ¿Le ha pasado algo a mi madre?

—Tu madre está bien —se pronuncia Sebas cogiendo mis manos entre las suyas sobre la mesa.

—¿Entonces qué narices pasa?!

Mi nerviosismo provoca que se miren entre ellos con una complicidad que no entiendo y me inquieta, especialmente la que veo entre Eric y Sebas. ¿Pero qué mierdas sucede aquí?!

Sebas, que tiene la vista concentrada en nuestras manos, decide al fin levantar la mirada antes de volver a hablar, espero que para resolver de una

vez este misterio que se traen.

—No estás bien, Ari.

—¡Qué agudo! —exclamo con una cínica sonrisa. Pero mi amigo, que me conoce bien y sabe capear mis embates, me ignora elegantemente para continuar con su discurso.

—Lo que quiero decir es que estás peor que nunca. Estamos muy preocupados por ti.

Tenía que haberlo visto venir, de ahí esta reunión y algo difícil de obviar: Sebas y Eric compartiendo un mismo espacio. Inaudito cuanto menos. No puedo evitar preguntarme quién de los dos se habrá tragado su orgullo para llamar al otro.

—Es cierto, no estoy bien —reconozco con toda la naturalidad del mundo. No tengo ninguna necesidad de negarlo, aunque tampoco quiere decir que me resulte fácil hacerlo, porque por mucha confianza que tenga con ellos tres, no es algo de lo que sentirse orgullosa precisamente. Me avergüenza reconocer que me provocho el vómito sencillamente porque me odio a mí misma—. Entiendo que estéis preocupados y os lo agradezco. Si os quedáis más tranquilos ya he pedido cita con la doctora Marín y acabo de venir de recoger los resultados de unos análisis que me ha hecho mi médico de cabecera.

—La cuestión, Ari, es que necesitas algo más que a la doctora Marín, eso ya lo has probado y aunque en su momento te ayudó creo, perdón, creemos, que no es suficiente —rectifica Sebas buscando con la mirada el reconocimiento en sus compinches.

—¿Creéis? —pregunto incapaz de ocultar mi incredulidad. Porque una cosa es que quieran ayudarme y otra bien distinta es este rollo en plan intervención con el que ya advierto no me siento nada cómoda. Llevo muchos años luchando con esto y sé perfectamente lo que tengo que hacer; así que, si a partir de aquí empiezo a brotar mi parte más cínica que nadie se eche las manos a la cabeza—. Y según *vosotros*, ¿qué es lo que tengo que hacer?

Sonia me pasa un folleto por encima de la mesa que cojo con cierto recelo. Especialmente cuando abro el tríptico de lo que descubro es un centro en el que tratan diversas adicciones y trastornos de la conducta alimentaria.

—Es uno de los mejores del país —asegura Sebas.

—¿Recuerdas a mi amiga de Londres? Te he hablado de ella varias veces.

Levanto la vista del dichoso panfleto que ha comenzado a revolverme las tripas para mirar a Sonia.

—¿La que está casada con el empotrador de ojos azules?

Sí, lo hago aposta para sacarle los colores. Craso error, hablamos de Sonia. Sin embargo, consigo que Sebas se atragante y se tape la boca con la mano conteniendo una carcajada tratando recuperar la compostura.

—Exacto —confirma con completa normalidad, como si la cosa no fuera con ella—, pues resulta que su cuñada es la fundadora del centro, y a pesar de que hay una lista de espera de más de un año, te he conseguido una plaza. Tienes dos semanas como máximo para incorporarte, en caso contrario la perderás.

—Esto es en Madrid —refuto como si me estuviera hablando de irme a Singapur.

—Sí —afirma elevando los hombros como si tal cosa.

—Y no tiene pinta de ser económico precisamente. No creo que pueda permitírmelo.

—No lo es. —Esta vez es Sebas el que toma la palabra—. Pero ahora sí puedes permitírtelo. Comprueba tu cuenta —arguye retrepándose en la silla cruzando a su vez los brazos sobre el pecho.

—¿De qué estás hablando?

—Te he transferido lo que me faltaba por devolverte.

—Pero... ¿cómo? —La respuesta tarda medio segundo en tomar forma en mi cabeza. Exactamente lo que toma forma es la imagen de su moto—. ¡No! ¡¿Acaso te has vuelto loco?!

—No puedo disfrutar de ella sabiendo que tú no estás bien, Ari.

—¡A ti se te ha ido la olla!

Me levanto de un salto para empezar a dar vueltas por la estrecha cocina como método para manejar mi... ¿miedo? Un terror absoluto a cagarla, a decepcionar a las personas que más quiero.

—Dímelo —me pide Sebas, ahora frente a mí, sujetándose por los

hombros con intención de detenerme.

—¿El qué?

—Cuál es el verdadero problema.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si has perdido lo que más querías a cambio de nada?

—¿De verdad todavía no sabes que tú eres lo que más quiero? ¡Es una puta moto, Ari! Por favor, coge ese dinero, vete a Madrid y recupérate. Y no lo hagas por ninguno de nosotros, hazlo por ti —me pide enmarcando mi cara entre sus manos, agachándose a su vez para que sus profundos ojos negros queden a la misma altura que los míos—. Solo por ti, ¿me oyes? —Asiento apretando los labios, tratando de contener el llanto que siento asomarse con inminencia—. Vete, y cuando regreses hazlo queriéndote más de lo que ninguno de nosotros te hayamos querido jamás.

Cierra la petición con un largo beso sobre mi frente al que yo respondo con un «gracias» articulado con los labios, uno que no alcanzo a pronunciar en voz alta, consciente de que acabaría derrumbándome.

—Lo sé —arguye esforzándose por mostrarme esa sonrisa rompecorazones que tanta rabia me da, pero que tanto aprecio—. Vas a salir de esta.

Se aleja haciéndole un gesto a Sonia con la cabeza. Esta se levanta para llegar a mí y darme de nuevo un abrazo al que acompaña con un «puedes hacerlo» susurrado en mi oído, antes de marcharse acompañada de mi amigo y un largo e interminable silencio, que no se rompe hasta que la puerta de la calle golpea con suavidad al cerrarse.

Trago con firmeza antes de centrar la mirada en Eric que, sentado aún en la silla, mantiene sus escrutadores ojos verdes clavados en mí. Durante todo este rato ha permanecido en un segundo plano, inquietantemente callado, lo que me ha servido como referencia para intuir cuál va a ser su posición en todo esto: parece que al fin va a dar el maldito paso y romper con esta relación. Esto ya debe ser demasiado para él y no lo culpo, podéis creerme, de verdad que no lo hago.

—No sabía qué hacer —exhala pasándose ambas palmas de la mano por el pelo con los codos sobre las rodillas.

—¿Llamaste a Sebas?

—Él, mejor que nadie, sabría qué hacer, ha pasado esto contigo en más de una ocasión. Yo, en cambio, lo he hecho terriblemente mal, Ariel —reconoce mostrando una más que patente culpa y, ciertamente, no sé muy bien qué decir. Sabía que uno de los dos tuvo que dar el paso, debí haber intuido que habría sido Eric—. Ven, por favor.

Me acerco despacio hasta llegar a coger la mano que me tiende, convirtiendo este en el primer contacto que tenemos desde que hace una semana huyera creyendo estar embarazada. Con suavidad y mucha calma tira de mí hasta que consigue tenerme sentada de lado sobre sus rodillas con su aliento junto a mi cuello que, tras deslizar su nariz por el valle de mi garganta aspirando hasta erizarme la piel, no vuelve a hablar.

—No voy a permitir que esto vuelva a suceder—confiesa jugando ahora con un mechón de mi pelo, acorralándome entre una tierna e íntima caricia y el poder hipnótico de su mirada—. Me voy contigo, el tiempo que sea necesario. Haré lo que haga falta para demostrarte que puedes contar conmigo, por ti haría cualquier cosa que me pidieras.

—Pero no te lo he pedido.

Ni siquiera yo he tomado aún una decisión al respecto.

—Eso es cierto, pero esta vez no pienso dejarte sola.

—No puedes hacer eso..., ¿y qué pasa con la clínica?

—Contrato a alguien y vengo un par de días por semana a supervisar.

—Eso no tiene ningún sentido, Eric.

De un certero movimiento me sienta sobre la mesa situándose entre mis piernas abiertas y, con una lentitud claramente deliberada hace eso que se le da tan soberanamente bien: tomarse su tiempo antes de hablar, noqueándose en el proceso con la calidez de su cuerpo junto al mío. Han pasado poco más de dos semanas desde que nos vimos por última vez, pero lo de tocarnos hace mucho más tiempo, y yo no soy inmune a su cercanía. Levanto el brazo hasta posar la palma de mi mano en el centro de su pecho, cerrando al mismo tiempo los párpados para sentir como se expande su caja torácica y se acelera el latido de su corazón, puedo percibirlo incluso a través de la gruesa tela del jersey que lleva puesta.

—Lo que no tiene sentido es que tú no estés bien y yo no haya sido capaz de verlo —argumenta con dos dedos bajo mi barbilla invitándome a mirarle de nuevo a los ojos—. Lo que no tiene ningún sentido, Ariel, es que yo me quede aquí mientras tú estás peor que nunca.

No se me escapa la culpabilidad con la que baña sus palabras, puedo casi saborearla a través de la calidez de su lengua, que no duda en abrirse camino entre mis labios, adentrándose en mi boca para tomar lo que es suyo de forma dominante. La enorme palma de su mano izquierda que hace un instante sujetaba mi barbilla, ahora me mantiene presa contra su boca gracias a la presión que ejerce en mi nuca, lo que le ayuda a profundizar el beso haciéndolo no solo más intenso, también mucho más sexual y caliente. Tanto, que cuando quiero darme cuenta estamos desnudos de cintura para arriba, mi mano derecha está palpando su erección bajo los vaqueros y, mientras él blasfema una maldición clavándome sus ojos verdes completamente encendidos, yo grito su nombre cuando se echa sobre mí para introducirse uno de mis pezones en la boca con escaso cuidado, consiguiendo que me humedezca de tal manera, que por un momento he llegado a creer que me estaba corriendo. Pero no, solamente es el principio de lo que está por venir, y es que Eric es el único hombre capaz de hacerme sentir especial, sexi y amada con solo una mirada; además de hacerme alcanzar los orgasmos más intensos que haya conocido con una facilidad pasmosa. Y todo por la manera que tiene de tocarme, como si me estuviera venerando, incluso cuando nuestros encuentros son más bruscos él no pierde ese ademán que me hace sentir como si tuviera entre sus manos su mayor tesoro. Es difícil no sentirse perfecta cuando te tratan de esa manera. Al menos por un rato llego a creerlo, a creermelo que, por una vez, soy suficiente. Supongo que porque para él lo soy, y de alguna manera, consigue que yo también admita que es así.

Con dedos poco gráciles me peleo por soltar los botones de su bragueta que no hace más que resistírseme. No como él, que me ha quitado los pantalones con un chasquido de dedos, las bragas tampoco han supuesto un gran esfuerzo y han ido detrás con la misma pericia. Con su ayuda logramos romper la última barrera: la de sus vaqueros y sus calzoncillos, y con una mano en mi culo, la otra en mi cabeza, sus labios sobre los míos y una erección como un campanario, se cuele dentro de mí de una sola pero certera embestida.

—¡Eric! —exhalo arqueándome entre sus brazos con las manos sobre la

madera buscando algo de estabilidad.

Por norma general tengo que pedirle que me dé más fuerte o que lo haga más rápido, y no porque desconozca cómo me gusta, sino porque le pone como una moto escucharme suplicar y dominar la situación. En cambio ahora, y por primera vez, está haciéndolo tal y como sabe que me gusta sin que tenga necesidad de decírselo. Fuerte, golpeando mi sexo con sus caderas una y otra vez sin descanso; profundo, hasta el punto en el que la mezcla entre el dolor y el placer se hace difícil de diferenciar; y rápido, marcando un ritmo que no sé por cuánto tiempo va a ser capaz de mantener. Una combinación que, acompañada de su espectacular cuerpo deliciosamente definido y de las perfectas líneas oscuras de ese tatuaje que cubren la amplitud de su pecho, le aportan un aire más bruto, además de peligrosamente masculino que me vuelve loca.

—Eric, no pares.

No lo hace, gracias a los dioses mantiene esa cadencia casi animal, aunque opta por cambiar de posición elevando mi cadera hasta tenerme en paralelo sobre la mesa, clavándome para ello la yema de los dedos sobre la fina piel de esa zona manejándome a su bendito antojo (probablemente esta prueba de fuerza bruta vaya a dejarme unas buenas marcas) mientras que yo, simplemente me pierdo entre sus manos. Aferrándome con las palmas al borde de la madera a mi espalda, empiezo a sentir las primeras contracciones bajo mi vientre a causa de esta nueva postura que, a cada penetración, la siento más intensa y placentera.

—Noto como palpitas a mi alrededor.

—¡Dios... Eric! Voy a correrme.

Mis palabras envueltas en jadeos le alientan a incrementar el ritmo más todavía y por la manera de gruñir y la presión que ejerce con sus dedos, sé que está tan cerca como yo.

—Y yo, *serea*.

Percibo como se derrama en mi interior con cada una de mis contracciones, lo que me enciende más aún, probablemente porque el hecho de saber que estamos jugando con fuego me excita casi de forma inevitable. En este momento es como si no estuviera tomando la píldora, a pesar de que no haya dejado de hacerlo en ningún momento, no obstante, no estoy segura de

que no haya vomitado alguna. Acabo de perder la puta cabeza.

Eric, que se ha dejado caer sobre mí escondiendo la cara en mi cuello para recuperar el resuello, no parece preocupado con el asunto, aunque esta manera tan deliciosamente brutal de hacerlo no es cosa ni siquiera de las ganas que ambos nos teníamos, dice mucho de cómo están las cosas entre nosotros en este momento: son un completo caos.

—Eric, cariño —le llamo peinando con mis dedos su cabello algo húmedo por el esfuerzo que acaba de realizar.

—Lo siento —murmura.

Ahí está la disculpa, porque sí, sigue costándole disculparse. No admitir que se ha equivocado, pero sí pronunciar esas dos palabras.

—Mírame, por favor.

Con las manos a los lados de mi cuerpo sobre la que acabo de descubrir es la mesa más sólida que haya tenido en mi vida, se separa hasta quedar frente a mí, permitiendo que me asome a esos ojos que son mi perdición y que aparentemente no muestran su claridad habitual, ni su seguridad, ni tan siquiera su serenidad.

—Se me fue la olla, lo sé. Lo que dije... Mencionar a tu tía... No estaba pensando en ese momento. Si no llego a tirar de ti, Ariel... ¿Te das cuenta de dónde podrías estar ahora?

—Lo sé —le detengo antes de que siga con esos «y sí» que no nos van a llevar a ningún lado más que a suposiciones dolorosas—. Yo también lo siento. Soy consciente de que a veces, cuando me siento algo desbordada, pierdo la percepción de la realidad.

—Tienes que tener más cuidado —masculla entre dientes en algo que debería sonar a sugerencia, pero que en realidad pronuncia como una orden, y sé que lo hace con más brusquedad de la que realmente pretendía—. La sola idea de perderte... me vuelve loco, Ariel. No-puedo-perderte —repito marcando cada palabra contrayendo todos los músculos de su cuerpo al hacerlo.

—Lo sé, Eric. Lo sé.

Lo abrazo con todo mi cuerpo fingiendo darle esa seguridad que necesita,

esa que para nada tengo. ¿Cómo prometerle a alguien algo imposible? Las cosas no van a cambiar hasta que Eric no supere su miedo irracional a la pérdida: un terror originado por la repentina marcha de su padre, por la de su hermano. Del mismo modo que mi vida no va a funcionar con la normalidad que me gustaría hasta que empiece a quererme a mí misma, haga frente a Ursula y deje de huir de todo aquello que me supera a través de la comida por esa falsa sensación de control que me aporta.

Estoy harta de vivir con ese sentimiento constante de no ser suficiente. Harta de que una palabra que no me guste consiga derrumbarme. Asqueada de vivir a través de la aceptación de los demás. Cansada de no tener una relación normal con la comida. Agotada de fingir que no he tenido ganas de acabar con todo más de una vez.

No quiero volver a sentirme sola y vacía a pesar de estar rodeada de gente que me quiere, pero que siento que no me entiende. Odio mentirles, aunque odio más aún hacerles daño y sentirme culpable después por ello.

Quiero cambiar todo esto, y tengo que hacerlo sola.

# Capítulo 17



Estiro el brazo y en cuanto mis dedos alcanzan su pelo sé que no se trata de un sueño, esta paz que me inunda es algo demasiado intenso para que se trate de una trampa de mi mente.

La primera vez que tuve su cabello entre mis dedos fue cuando ella me trajo de vuelta a la vida, y eso no es algo que se pueda olvidar con facilidad, a pesar de que en aquel momento me costara distinguir lo que era real de lo que no; pero es que siempre hubo una parte de mí que reconocía a Ariel como una realidad. Ariel, el suceso más caótico y bonito de mi existencia. Ese que en este instante está acariciando mi estómago con sus labios, repartiendo besos húmedos y descendentes.

— Serea ...

Sentir sus labios rodeando mi erección me empuja a abrir los parpados y buscarla a oscuras con la mirada. Apenas la veo, pero la siento, ¡joder cómo la siento! Recojo su pelo en un puño despejando así su cara y mis caderas. El ruidito de satisfacción que hace cada vez que se introduce mi polla hasta el fondo de su garganta me lleva a la locura, y el movimiento que hace con la mano cuando la libera de entre sus labios logra que reconozca que me tiene para siempre.

—Qué boca tienes, cariño.

Tras estas palabras se aparta despacio, la siento desplazarse en la cama por la manera en la que se hunde el colchón a su paso. A pesar de que se me hace eterno, no tarda ni cinco segundos en colocarse a horcajadas sobre mí, apoyándose con una mano sobre mi pecho, mientras que con la otra mantiene mi erección recta para deslizarse por ella con una lentitud mortífera: estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por no elevar las caderas y clavársela hasta el fondo de un empujón. Dejo que ella decida, que tome las riendas.

Con un codo sobre el colchón me incorporo levemente con la única intención de buscar sus labios.

—Bésame —le pido con urgencia.

Nuestros labios se encuentran a medio camino en el instante que empieza a balancearse sobre mis

caderas con una suavidad levemente contenida.

—Te quiero —confiesa sobre mi boca.

—Y yo a ti, con locura.

Cierro un instante los ojos para poder absorber mejor el movimiento de su cuerpo bajo la piel de mis manos, desde sus pechos, pasando por su cintura, hasta anclar mis dedos sobre la carne de sus caderas, dejándome seducir por su poder de diosa. Y es simplemente perfecto, como lo es ella para mí.

El cambio de cadencia a uno más profundo y pausado, hace que repentinamente me percate de algo, y es que no solo estamos haciendo el amor de una manera atípica por mera casualidad. Es una despedida. Ariel se está despidiendo.

Una realidad que me llega cuando, de manera casi instintiva, llevo mi mano a su mejilla en donde, arrastrando el pulgar sobre ella, detecto una humedad que sabía estaba ahí, a pesar de que la oscuridad reinante no me permitía verlo con mis propios ojos.

Esa constante desde que la conozco de, cuanto más me acerco en realidad más la estoy perdiendo, acaba de hacerse más real que nunca, porque a pesar de estar ahora mismo dentro de ella, se irá más lejos que nunca en cuanto este encuentro, tan íntimo, termine. Pero yo me niego a aceptarlo. Completamente.

Con una mano en su cintura y de un estudiado movimiento me posiciono sobre ella, y con un beso más desesperado que sexual, penetro en su boca al tiempo que lo hago con duras embestidas que no tardan en conseguir su objetivo: que se corra dos veces casi seguidas antes de que lo haga yo en su interior, sabiendo el riesgo que eso supone; porque ahora mismo es como si Ariel no tomara la píldora, es decir, que no estamos tomando ninguna precaución. Pero no puedo pensar en ser precavido cuando estoy perdiendo a la mujer que amo entre mis brazos. No puedo mantener la cabeza fría cuando me arde todo el cuerpo, pero de pura rabia e impotencia.

Cuando al fin me corro, el peso de una verdad que me niego a aceptar me cae encima como un jarro de agua fría. Como un puto bloque de hielo. Es como si ya hubiésemos tenido esa conversación a través del encuentro que acabamos de compartir.

—¿Eric?

—Dime.

—Abrázame.

Lo hago, desde atrás, hundiendo la nariz en su pelo, aspirando el olor de la paz. Esa que ya he perdido, porque he perdido a Ariel.

## Capítulo 18



Doy una profunda calada al cigarro que he cogido de ese paquete que compré cuando salí ayer del médico, justo antes de venir a casa. Sí, hice una parada aun sabiendo que Eric me estaba esperando. Bueno, Eric, Sebas y Sonia, el «Equipo de Intervención», vamos.

Sentada en la hamaca de la terraza trato de cubrirme los pies con el enorme jersey encogiéndolo más aún las piernas contra el pecho para ello.

Son las tres de la mañana y no he conseguido pegar ojo desde que fui realmente consciente de que había tomado una decisión y de que, de hecho, no había vuelta a atrás. Erróneamente pensé que acostarme con Eric una segunda vez esta noche aliviaría el dolor, pero solo lo ha incrementado. La paciencia que me he tomado mientras hacíamos el amor, se traduce como una intensa necesidad por memorizar cada segundo con él, de esa unión casi perfecta que voy a echar tantísimo en falta. Eric se ha dado plena cuenta de lo que estaba ocurriendo, no solo porque ha sentido mis lágrimas (y no ha dicho nada) sino porque justo después de ese descubrimiento ha buscado con una urgencia arrolladora dominar la situación: podía sentir su desesperación con cada una de sus penetraciones. Después, simplemente nos hemos abrazado en silencio hasta quedarnos dormidos. Bueno, él es el que se ha dormido, yo no he logrado ni mantener los ojos cerrados por un minuto. No he podido dejar de pensar que por mucho que lo ame, lo nuestro no va a funcionar hasta que ambos arreglemos nuestras propias mierdas. ¿Qué nos espera si me acompaña a Madrid? Tengo muy claro que lo mismo, pero en otra ciudad. Seremos Eric y Ariel cagándola una hora después (teniendo en cuenta el horario peninsular),

esa será la única diferencia.

Siento su presencia mucho antes de verle detenerse frente a la barandilla con los brazos cruzados sobre el pecho, la vista perdida en el mismo fondo oscuro que yo, y con un rictus, que aunque a primera instancia parezca inmutable, el elocuente silencio que se instaura entre nosotros no deja lugar a dudas.

Cuanto antes lo afrontemos mejor para los dos.

—Me voy a Madrid. Sola —pongo de manifiesto con la mirada clavada en su nuca.

Tarda tanto en decir algo que me da tiempo a encenderme un nuevo cigarro para disfrutar, con los ojos cerrados, de esa primera calada profunda y narcótica. Cuando los abro me encuentro con lo mismo: la espalda de Eric oculta tras su camiseta y su culo enfundado en un bóxer azul marino.

—¿No vas a decir nada? —pregunto impaciente. Su jodida tranquilidad a veces me saca de mis casillas.

—¿Acaso te importa lo que yo piense? —arguye con dureza sin girarse, el único movimiento que hace es el de descruzar los brazos para aferrarse a la fría barandilla de metal con firmeza.

—¿Puedes al menos darte la vuelta para hablar conmigo? Y sí, me importa lo que pienses.

Se gira, al fin, y el dolor que veo en sus ojos cuando lo hace provoca que me arrepienta al instante, tanto por haberle pedido que se girara, como por la decisión que he tomado.

—Pues no has tenido ningún reparo en tomar la decisión por ti misma, sin tener en cuenta siquiera lo que yo piense o sienta al respecto.

—Que me acompañes no es una posibilidad.

—¿Por qué exactamente? —arguye con chulería cruzándose de brazos.

—Porque yo no soy la única que tiene cosas pendientes a resolver, Eric. Irnos juntos a Madrid solo sería arrastrar los problemas a otra ciudad. ¿O acaso vas a seguir negando lo evidente?

—¿Y qué es lo evidente?

—Que la aparición de tu padre te ha afectado, que te niegas a hablarlo conmigo y que tienes dificultad para despedirte de todo. Y es normal, créeme, la vida no te lo ha puesto fácil, pero es que tú tampoco te quieres enfrentar a ello. Apenas aceptas la realidad. Sin olvidar los graves problemas de nuestra relación, especialmente de comunicación.

—Y sigue con la misma cantinela... ¿Quieres largarte sola? Está bien, hazlo, pero no pongas nuestra relación como pretexto para sentirte mejor — exclama apuntándome con un dedo.

—¿Acaso te crees que me resulta fácil esto? —espeto poniéndome en pie después de soltar el cigarro en un cenicero improvisado que encuentro junto a la hamaca—. Porque no lo es, no lo es para nada. Pero alguno de los dos tiene que dar el paso. Entiendo tu dolor, porque es hermano gemelo del mío, te lo puedo asegurar.

—¡Oh, no! Claro que no. No creo que llegues a comprender ni por asomo lo decepcionado que estoy ahora mismo. La manera en la que me estás apartando de tu lado sin ningún tipo de miramiento es cruel, Ariel. Supongo que debería haberlo visto venir, al fin y al cabo, huir cuando algo te sobrepasa es tu manera habitual de hacer las cosas.

—Esta vez no se trata de eso —pronuncio con tristeza, porque me apena que no lo vea, que no lo entienda—. Estoy haciendo precisamente lo contrario, por una vez en mi vida, estoy enfrentándome y responsabilizándome.

—¿Qué han sido todos estos meses para ti, Ariel? ¿Una prueba?

—¿Qué narices estás diciendo?

—Ahora lo entiendo... —arguye con cierto deje impregnado de desdén con las manos en las caderas y asintiendo con la cabeza repetidamente—. Al final, solo he sido uno más en esa lista de tíos que usas para conseguir sentirte bien contigo misma. Espero que al menos, haya valido la pena para alguno de los dos.

Creo que si me hubiese escupido no me habría sentido tan ofendida. Mi mano impacta de lleno en su cara, ni siquiera he tenido que pensarlo, ha sido instintivo.

—Si de verdad piensas eso de mí, no sé por qué sigues aquí.

Le doy la espalda y con manos temblorosas cojo el paquete de tabaco, me

llevo un nuevo cigarro a los labios, lo enciendo cerrando los ojos esperando que la profunda calada logre tranquilizarme, pero la lágrima que resbala por mi mejilla me deja claramente en evidencia.

—¡¡Quieres dejar esta mierda!! ¡¡Esto te está matando!!

En un movimiento Eric me ha quitado el cigarro, la cajetilla y lo ha tirado al suelo, lo más lejos posible de mí.

—¡¡Para de intentar salvarme, joder!! —Con las manos sobre el pecho le empujo soltando toda la rabia y el dolor—. ¡¡Para de una maldita vez!!

Le golpeo de nuevo, pero él ni se inmuta.

—Solo quiero ayudarte, Ariel.

—¡¡No!! ¡Tratas de salvarme! ¡Eso es lo que haces, constantemente! ¡Y no es tu decisión, Eric! ¡No quiero que me salves! —Me detengo un momento para recuperar el resuello, que entre la fuerza gritando y empujando lo he perdido en algún momento—. No lo necesito.

—Tengo que hacerlo —pronuncia con ternura acariciando mi rostro con las yemas de sus dedos, además de con su mirada.

—Crees que tienes que hacerlo, pero no es cierto.

Le aparto la mano sujetándole de la muñeca hasta que se rinde y deja caer el brazo a un lado de su cuerpo.

—¿Por qué no puedes entenderlo? Te quiero demasiado para ver cómo te autodestruyes.

Inspiro profundamente sacando fuerzas para decir algo que llevo mucho tiempo pensando y que, obviamente sé que Eric no se va a tomar nada bien.

—Yo no soy tu hermano, así que deja de tratar de hacer conmigo lo que con él no pudiste. No tienes el deber de salvar a todo el mundo, Eric. Solo te estás haciendo más daño.

Se aparta, dando un paso hacia atrás con sus ojos verdes ahora amugados clavados en mí, mirándome con completo horror. Puede que sea lo más fuerte que le ha dicho nunca nadie, pero también es lo más honesto. Al menos, tal y como yo lo veo.

Desvió la vista de su rostro desfigurado hacia sus manos, que están

temblando. Quiero acercarme, abrazarle, decirle que lo siento, que no son ciertas mis palabras y que le quiero, pero con eso no le estaría ayudando, todo lo contrario, porque en realidad no lo haría por él, sino por mí. No sería más que un acto egoísta porque no quiero perderle, así que, cruzando los brazos sobre el pecho y convirtiéndome en la mujer más fría que pueda fingir (echando mano de Úrsula) y con la mirada más gélida que mis ojos azules puedan regalarle, le miro conteniendo todas mis emociones; y no vomitándolas, como me gustaría hacer.

Entra en casa, sin añadir una palabra. Minutos después escucho cómo sale de ella, mientras que yo continúo en la misma posición, y con el eco del portazo termino por desplomarme sobre la hamaca salvando un cigarro de la maltrecha cajetilla. Ni siquiera he tratado de detenerle, es mejor así, será más fácil para él si me odia, y por la manera en la que me miraba, probablemente lo haga para el resto de sus días.

Escuchando el motor de su coche alejarse, suelto el humo de la primera bocanada y rompo a llorar desconsoladamente.

«Vas a hacerlo. Vas a irte sola. Y vas a recuperarte.»

«Vas a hacerlo. Vas a irte sola. Y vas a recuperarte.»

«Vas a hacerlo. Vas a irte sola. Y vas a recuperarte.» Me repito una y otra vez, esto es lo único en lo que tengo que pensar. La realidad es que comienzo a ver más viable recuperarme de la bulimia, que de la pérdida de Eric.

*«No sé por qué crees que un viaje va a cambiar algo. Volverás igual que te fuiste, y lo único que habrá cambiado será que Eric ya no estará en tu vida.»*

## Capítulo 19



Tan solo hace tres horas que llegué a Madrid y madre mía, no recordaba lo que era el frío en esta ciudad. En el recorrido desde la parada de metro hasta el hostel pensé que había perdido la piel de la cara, no sentía nada. El frío en las islas es húmedo, aquí es seco y brutalmente agresivo, al menos para una canaria como yo. Afortunadamente me ha dado tiempo a pasar por un par de tiendas antes de la entrevista que tengo con la fundadora del centro en el que me van a tratar, y así, comprarme algo de ropa de invierno, porque con lo que yo he traído como ropa de «abrigo» ni poniéndomela toda a la vez conseguiría entrar en calor con estas bajas temperaturas.

En cuanto al viaje, a pesar de que el vuelo Madrid-Tenerife es de apenas dos horas y cincuenta minutos se me ha hecho eterno, y es que la angustia que me dejó lo sucedido con Eric no ha hecho más que expandirse en mi estómago desde entonces. No he podido dejar de pensar en él y en lo que odio que las cosas hayan terminado como lo hicieron. Ni tan siquiera lo que encontré bajo el buzón, antes de salir de casa esta mañana para ir al aeropuerto, ha logrado que me sienta mínimamente mejor. Una flor de buganvilla de hoja blanca sobre el libro *Comer animales* y una sobria dedicatoria: «Me gusta cumplir mis promesas. Que tengas buen viaje. Eric». Esas palabras y nada son básicamente lo mismo, casi hubiese preferido que se hubiese ahorrado el «detalle». Las ganas que un día tuve de leerme ese libro se esfumaron igual que se esfuman mis ganas de vivir cuando Úrsula grita a pleno pulmón en mi cabeza. Quizá termine sirviéndome para calzar un mueble o como objeto decorativo en cuanto encuentre un lugar en el que establecerme los meses que voy a pasar en esta ciudad.

Después de semana y media sin tener ningún tipo de contacto por parte de Eric, tras marcharse visiblemente ofendido por mis palabras, lo menos que esperaba era recibir algo de su parte, quizá un poco de desprecio y mucho de desdén, pero no esto. Tampoco es que el libro con la flor hayan sido la pipa de la paz, no obstante, es algo. Sigo manteniendo lo que dije ese mismo día, y es que, es mejor que las cosas se queden así, para ambos esta separación va a ser buena, lo que aún no tengo muy claro es si será definitiva; aunque algo me dice que mejor que me vaya haciendo a la idea de que lo que hubo entre nosotros se ha terminado definitivamente. Está bien, sí. Es Úrsula quien lo dice.

Supongo que todos estos pensamientos relacionados con Eric me han venido ahora en avalancha debido a que, desde que el «Equipo de Intervención» hiciera su función como tal, los días han sido un no parar. Lo primero que hice fue llamar a Sonia para decirle que había decidido aceptar la oferta. Diez minutos después tenía en la bandeja de entrada de mi correo electrónico, algunas indicaciones acompañadas de varios nombres y números de teléfono. Me puse manos a la obra enseguida, no quería tentar a la suerte y perder ese ímpetu que me había llevado a aceptar la propuesta: no iba a darle a Úrsula la oportunidad de hacerse con la situación para que terminara echándolo todo por tierra. Busqué un vuelo de ida sin fecha de regreso, me marché a Fuerteventura para dejar a Flounder en casa de mi madre, llamé al centro para confirmar mi ingreso, hice el pago pertinente para el tratamiento e incluso tuve un par de sesiones por Skype con la doctora que me va a tratar. Me confirmó que no era necesario que durmiera en el centro, que de hecho, sería bueno para mi recuperación estar viviendo sola durante todo el proceso, y hasta me recomendó algunas zonas de la capital que no estuvieran muy alejadas en la que podría buscar piso, ya que al menos las primeras semanas voy a necesitar acudir diariamente.

Y bueno, aquí estoy, en esta sala de espera, que se acerca más al salón de una casa que al vestíbulo de una fundación sin ánimo de lucro. De techos altos y grandes ventanas que permiten que la luz invada el espacio con calidez. Decorado con un gusto exquisito con la clara intención de no resultar frío, ostentoso, ni decadente, pero lo justo para que se vea elegante y resulte sumamente acogedor. Combina paredes en un gris tenue con detalles en color rosa palo. Los muebles están compuestos por una mesa de café de madera con varios libros de diferente temática, revistas New World, un par de velas y un jarrón de vidrio en el centro con un ramo de preciosas rosas de lo más

peculiares que nunca antes había visto, cada flor mezcla un rosa claro con rayas atigradas color granate. Son de lo más curiosas. La composición de la estancia la completan dos sofás de tres y dos plazas enfrentados, en tonos rosa apagado, con un par de cojines cada uno en tonos grises para no romper con el estilo; una enorme alfombra de estilo persa, una estantería, un cactus junto a uno de los sofás, citas de mujeres relevantes de la historia enmarcadas aportando personalidad a las paredes y el único cuadro de la estancia, situado sobre uno de los sofás, que al instante me tiene cautivada. Me acerco para verlo más de cerca. Se trata de una pintura al óleo de un enorme ojo de estilo impresionista firmado por Chloe Pinaud.

Espera, ¿de qué me suena ese nombre?

—Ariel Bethencourt, ¿verdad?

Me vuelvo y me encuentro con una enorme sonrisa de lo más afable y a su portadora, una mujer joven que desprende una ternura que entran ganas hasta de abrazarla.

—Ah, sí, soy yo.

—La señorita Johnson le atenderá enseguida. Mientras espera, ¿quiere tomar algo: agua, una infusión, café...?

—Un vaso de agua, si no es mucha molestia, por favor.

—Ahora mismo se lo traigo.

Decido sentarme en el sofá que queda frente al cuadro para poder contemplarlo más detenidamente, porque reconozco que me encanta, tanto el talento de la autora, como la mirada en sí, que termina por sacarme una sonrisa cálida y honesta. Siempre he tenido cierta fijación con los ojos de la gente, los colores, los matices, la forma: es un mundo fascinante para mí. Inusual, pero fascinante. Me pregunto si el hecho de estar aquí ahora, en este lugar que me transmite tanta paz, con ese enorme ojo observándome, será una coincidencia cargada de ironía, o más bien una señal. Después de ese cúmulo de casualidades compartidas con Eric comienzo a ser fiel devota de las señales. O al menos a replantearme que quizá, el universo, de vez en cuando nos manda alguna que otra.

Antes de venir he estado leyendo sobre el centro y su fundadora, Bella Johnson, que es la cuñada de Emma y esta, la amiga de Sonia. Además del

centro de rehabilitación creó una entidad sin ánimo de lucro llamada Princesas Valientes, que es el lugar en el que me encuentro ahora mismo. El centro donde me van a tratar está un par de calles más arriba, no muy lejos de aquí. Según lo que he leído, la fundación tiene como misión construir una sociedad libre de violencia hacia las mujeres, además de prestar apoyo a mujeres víctimas de violencia de género de cualquier tipo. Investigando por Internet he descubierto un montón de cosas más, como que hace dos años que creó la fundación, y uno y medio el centro de rehabilitación; además, este último ya es considerado como uno de los mejores del país. Al parecer buscó a los mejores profesionales en su ámbito (dentro y fuera del país) y que además aplicaran terapias diferentes y novedosas.

Bella tiene apenas cinco años más que yo y ya es toda una empresaria de éxito, deduzco que tener como marido a un magnate de los negocios de renombre, mejor conocido como la Bestia, será algo así como aprender del mejor. Por lo que he leído, todo lo que abarca «Princesas Valientes» está gestionado únicamente por ella. También me vi una conferencia que dio en el TEDx del año pasado, en la que hablaba sobre la violación que sufrió a los diecinueve años. Brutal, escucharla hablar sobre ello. Aunque lo más llamativo, sin duda, fue escucharla decir que de alguna manera se sentía agradecida, porque a pesar de lo terrible de la experiencia, con los años supo sacar la parte positiva: crear esta fundación, ayudando así a otras mujeres que hayan o estén pasando por algo similar. Asegura que todo sucede por algo (que la vida se lo ha mostrado una y otra vez) y, que aunque le llevó años darse cuenta, esa experiencia le ha llevado a encontrar su misión «porque todos tenemos una», decía. «¿Cómo hubiese sido mi vida si me hubiese dejado arrastrar por la vergüenza, el miedo, o el dolor? No podría decir entonces, que actualmente la fundación Princesas Valientes ha ayudado a más de dos mil mujeres a alzar la voz, empoderarse y llevar la vida que realmente se merecen. Y sería una lástima, teniendo en cuenta que una de cada diez mujeres sufrimos violencia de género a lo largo de nuestra vida. Lo que se traduce en dos millones cien mil mujeres». No cabe duda de que Bella Johnson es una mujer realmente inspiradora. Creo que pocas veces he tenido tantas ganas de conocer a alguien. Más aún cuando levanto la vista, al sentir una presencia a mi lado, y descubro a la dueña de ese ojo color miel mirándome con la misma curiosidad con la que yo, hace un momento, contemplaba ese cuadro.

—Eres Ariel, ¿verdad?

—Hola, sí —asiento poniéndome en pie.

En un primer momento iba a estirar la mano para saludarla, pero ella, que ha sido más rápida, se ha acercado para darme dos besos logrando que la vea mucho más cercana de lo que pensaba sería.

—Siento haberte hecho esperar.

—No te preocupes.

—Por aquí, por favor —me indica echando a andar por un pasillo a nuestra izquierda.

De camino a lo que supongo debe ser su despacho, aprovecho para estudiar su atuendo. No sé por qué, pero me había hecho a la idea de que me encontraría a una mujer dominante enfundada en un elegante traje de chaqueta y unos taconazos de vértigo; nada más lejos de la realidad: Converse rosa palo, vaqueros blancos y jersey de punto color beige. La escena que me había montado en la cabeza en la que desentonaba con mis botines con plumas y abalorios colgando, vaqueros rotos y mi enorme jersey de cuello alto, ya no es tan terrible como parecía. Observo que es más alta que yo, delgada aunque con unas bonitas curvas. Su preciosa melena castaña con reflejos rubios le cae por los hombros con elegancia.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta abriendo la puerta de lo que supongo será algo así como su oficina, un espacio que mantiene la línea de todo lo que he visto hasta ahora, aunque con un rasgo más minimalista si cabe. Nada de ornamentos innecesarios decoran las paredes, ni la mesa blanca de líneas simples, tampoco el mueble bajo situado tras esta; tan solo dos marcos de fotos, una lámpara y un par de libros.

—El viaje tranquilo, gracias.

—Tienes cara de cansada —apunta señalando un perchero de estilo galán junto a la puerta, para que pueda colgar mi nueva chaqueta con gorro de pelo sintético verde militar y mi bolso de flecos marrón.

—Sí, bueno, llevo unos días sin dormir muy bien —reconozco.

Sonríe con amabilidad invitándome a tomar asiento en un sillón idéntico sobre el que ella acaba de acomodarse, de estilo clásico, con patas de madera y de nuevo, en color rosa muy claro.

—¿Y ya has encontrado casa?

—Lo cierto es que no, tengo un par de sitios mirados en internet, pero por ahora seguiré en el hostel hasta que encuentre algo decente y que no se escape mucho de mi presupuesto.

—Ahora que pienso... Creo que tengo un sitio perfecto.

—¿Conoces a alguien que alquile algo por aquí cerca?

—Claro, yo misma. Mi antiguo piso. No es muy grande, pero es funcional, está en el centro y seguro que puedes permitirte.

Si está por aquí cerca el precio debe ser desorbitado o en su defecto será una ratonera inhabitable. Me decanto por la primera opción.

—No estoy segura de que pueda pagarlo, aunque te lo agradezco.

—Bueno, tú ve a verlo y más adelante hablamos del precio. Le diré a Emma que te lo enseñe, porque yo ando algo liada esta semana y me es imposible.

—Pues muchas gracias, de verdad.

No pierdo nada por echarle un vistazo, además pensaba quedar con Emma igualmente para darle las gracias por todo, es ella la que me ha conseguido una plaza en el centro.

—Sin problema, tengo el piso cerrado desde hace ni se sabe ya, así que en realidad me haces un favor tú a mí.

—Está bien.

—Bueno, Ariel. Con esta reunión tan solo quería que nos conociéramos un poco y que tuvieras presente que tanto la asociación como yo estamos para lo que necesites. Agradecemos mucho que confíes en nosotros.

—Muchas gracias. La verdad es que me lo esperaba de otra forma, pero es muy acogedora y resulta muy... familiar.

—Esa era la idea cuando la creamos, buscaba construir un hogar para esas mujeres que requieren de nuestra ayuda.

—Hacéis una labor maravillosa. Además, dicen que sois los mejores.

—Gracias, aunque lamentablemente todavía queda mucho por hacer. ¿Has

hablado ya con Aurora?

—Sí, me llamó la atención que fuera tan joven, si te soy sincera.

Aurora es la terapeuta que me va a tratar, apenas creo que tenga un par de años más que yo, y por lo que he leído de ella es una eminencia en su campo. Sí, hice muy buen trabajo de documentación, lo sé.

—Es una de las mejores, estoy segura de que te va a ir genial con ella.

—La verdad es que ya he probado todo tipo de tratamientos y terapias a lo largo de diez años y... no sé, lo veo complicado.

—La mitad del trabajo ya lo tienes hecho, Ariel —asegura inclinándose hacia delante para cogerme de la mano—. Has venido hasta aquí dejando toda tu vida a un lado para centrarte en ti. El sacrificio que has hecho dice mucho de la disposición que tienes para acabar con el problema. Al fin y al cabo, se trata de voluntad, y no cabe duda de que tú la tienes.

—Ojalá tuviese tu coraje —reconozco, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta cuando pretendía que se quedara en una mera reflexión personal.

—He estado donde estás tú, créeme. Me pasé diez años escondiéndome de mí misma, y odiándome por lo que me había sucedido, por lo que otros me habían hecho. Había dejado de quererme, apenas era capaz de mirarme a un espejo más de treinta segundos seguidos, dejé mi vida en pausa sin saber que lo había hecho. Claramente lo que yo viví y lo que tú aún estás viviendo son experiencias muy distintas, pero tienen algo en común, ¿sabes el qué? —Muevo la cabeza negativamente—. Que en algún momento creímos ser menos válidas que el resto. Yo llegué a ese estado por una experiencia traumática, por lo que otros me hicieron. No cabe duda de que tú has llegado a este punto por lo mismo: algún tipo de vivencia o vivencias que te han afectado lo suficiente para que no te importe despreciarte a ti misma de la forma en la que lo haces. Lo más duro es darse cuenta de que todo depende de uno mismo, y que echar culpas fuera no vale de nada. Ahí fue cuando me di cuenta de que de nada me servía culpabilizar a otros de lo que me ocurrió, incluyéndome a mí misma, porque mientras tanto la vida seguía descontando minutos mientras yo vivía estancada en el pasado. La vida tiene cosas maravillosas para ti, Ariel, estoy completamente segura de ello. No tengo ninguna clase de duda. No es algo que haya sido testigo únicamente en mí misma, lo he visto en todas esas

mujeres que pasan por aquí. Pero es que, además, tú tienes algo... especial, y cuando seas capaz de reconocerlo y aceptarlo, todo cambiará para ti.

Apenas acabo de conocer a esta mujer, y me creo a pies juntillas cada palabra que ha pronunciado. Hay algo en ella tan honesto, en su mirada color miel quizá, no sabría decir el qué exactamente, pero lo que sí tengo claro es que no olvidaré lo que me ha dicho, incluyendo ese «tienes algo especial», porque, aunque no es la primera vez que me lo dicen, sí es la primera vez que he estado a punto de creérmelo.

Con paciencia y una bonita sonrisa que dice «puedes hacerlo» suelta mi mano tras un leve apretón.

Vuelve a hablar de nuevo, aunque en esta ocasión opta por cambiar radicalmente de tema.

—Emma me ha comentado que eres cantante.

Información que por supuesto le habrá facilitado a Emma nuestra amiga en común: Sonia.

—Sí, bueno, en realidad... lo he dejado.

—Ah. Pues es una lástima, porque he oído que eres muy buena.

Sonrío por cortesía pensando qué decir como respuesta.

Toc, toc.

—¡Adelante! —dice Bella en dirección a la puerta. Esta se abre dando paso a un... ¡madre de Dios! ¿De dónde ha salido ese hombre?—. Daniel, pasa —dice ella con dulzura.

Y pasa, llenando el espacio con su sola presencia. Metro noventa enfundado en un traje gris tres piezas, camisa blanca, corbata verde e impolutos y brillantes zapatos marrones. Vale, los trajes se crearon para que este hombre los llevara puestos, de eso no tengo ninguna duda.

—Perdona, pensaba que ya habías terminado —se disculpa con una voz grave y dominante; aunque con cierto matiz tierno cuando se dirige hacia ella—. Irene no estaba en la recepción.

—Probablemente estará en el servicio, el embarazo no le da cuartelillo.

—¿Y por qué no está de baja ya?

—Créeme, lo he intentado. Perdona, Ariel, él es Daniel, mi marido —dice esta vez dirigiéndose a mí.

Mientras contemplo cómo ese pedazo de hombre se acerca a mí para darme dos besos (yo pensaba darle un apretón de manos, ciertamente) reparo en su mirada, oscura, dura e implacable.

—Ella es Ariel —añade su mujer.

El apuesto hombre de negocios al escuchar mi nombre carraspea levemente, como si se hubiese atragantado, perdiendo por un segundo ese semblante casi imperturbable; no se me escapa, además, un intercambio de miradas entre ambos. Se han dicho algo, nada ofensivo hacia mi persona, eso lo sé, es algo más como secreto cómplice de pareja. No puedo evitar preguntarme a qué se deberá.

—Bonito nombre —añade con una sonrisa.

—Gracias.

—Te espero fuera. Encantado, Ariel.

Yo le devuelvo una sonrisa asimilando que he conocido al hombre más masculino que haya visto en mi vida.

—No sabía que hacían hombres así —digo sin ningún tipo de filtro en cuanto la bestia desaparece.

—Yo tampoco, hasta que le conocí —arguye Bella divertida guiñándome un ojo—; pero no es tan perfecto como parece..., no te creas.

—Gracias, me dejas más tranquila —bromeo—. La verdad es que hacéis muy buena pareja.

Bella se queda pensando, sé que está sopesando si decirme o no algo, que probablemente nada tiene que ver con el atractivo de su marido.

—¿Sabes por qué creé el centro de rehabilitación?

He leído bastantes cosas sobre ella en Internet, pero es cierto que en cuanto a las razones que le llevaron a construir ese centro no he visto nada.

—Lo cierto es que no.

—Daniel es alcohólico.

Me sorprende su naturalidad al decirlo, no es algo que una diga como carta de presentación de su marido precisamente.

—Ya no bebe —me aclara—, pero sigue siéndolo. Esto no es ningún secreto, afortunada o desgraciadamente toda nuestra vida se puede encontrar en Internet.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Primero creé la fundación, porque era algo no solo que quería, sino que sentía que debía hacer. Y esto lo descubrí tras un período complicado de mi vida repleto de revelaciones. Más tarde, se me ocurrió crear ese centro, porque muchas de las mujeres que pasan por aquí arrastran un problema mayor a consecuencia de los abusos sexuales sufridos, el maltrato, o el acoso. El alcoholismo, la adicción a las drogas y los trastornos alimentarios son los más comunes. La fundación solo me permitía ayudarlas hasta cierto punto; me mataba no poder hacer más por ellas. Fue Daniel quien me sugirió la idea, él tenía mucho más conocimiento que yo en este tema, pasó tiempo en uno y sabe cómo funcionan.

—Entonces, ¿cómo es que he podido acceder a una plaza? Quiero decir, ¿no es solo para las mujeres que acuden a ti aquí, en la fundación?

—Tienen preferencia, pero también ofrecemos servicios a quien lo desee. En ese caso las plazas son más limitadas, pero ahí están.

—Perdona mi ignorancia, pero ¿cómo se mantiene todo esto?

—Tanto la fundación como el centro se financian gracias a ayudas y donaciones derivada de personas físicas, e instituciones y organizaciones de todo tipo.

—Es maravillosa la labor que haces —reconozco.

—Aún queda mucho por hacer, me temo.

—Pero si no fuera por ti...

—Por mí y por todos los voluntarios que desinteresadamente nos ayudan.

—Me encantaría alguna vez echar una mano en lo que sea, si es posible.

—¡Claro! Estaríamos encantadas de contar contigo, aquí siempre hay trabajo que hacer. Espera —me pide levantándose para acercarse a la mesa y

volver con una tarjeta en la mano—, aquí tienes mi número de teléfono personal, cualquier cosa que necesites no dudes en ponerte en contacto conmigo.

—Gracias de nuevo, por todo —contesto poniéndome en pie aceptando su amabilidad.

—Emma te llamará para quedar contigo lo antes posible.

—Perfecto.

—Y ya sabes, cualquier cosa no dudes en hablar conmigo, que para eso estoy.

—Me ha encantado conocerte —reconozco tras recibir y darle un sentido abrazo.

—Y Ariel, date la oportunidad, no cierres la puerta antes de ver lo que hay dentro.

—Lo haré. Lo prometo.

Reconozco que tengo curiosidad por saber lo que se esconde tras esa puerta.

## Capítulo 20



—¿Te gusta vivir, Ariel?

La miro completamente desconcertada por esa primera pregunta; hace apenas tres minutos que he entrado por la puerta y me he sentado en el sofá de esta habitación, que se me hace tan ajena y extraña, como la crudeza de esas palabras que acaba de pronunciar.

Aurora, la especialista que me va a tratar a lo largo de estos meses, se ha acomodado en el extremo opuesto del sofá sentada sobre su pierna derecha para poder mirarme más directamente. Visto desde fuera tenemos más pinta de dos amigas poniéndose al día, que de lo que realmente somos: una pelirroja con trastornos alimentarios y su rubia terapeuta de aspecto radiante. Polos opuestos, vamos.

Irradia perfección por cada poro de su inmaculado rostro. Tan guapa, esbelta y con ese extra de confianza en sí misma. Parece que hubiese nacido con esa elegancia, y nada tiene que ver con la ropa, es... ella. Sin artificio alguno. Aurora es ese tipo de persona que nunca se equivoca o que, al menos, nunca parece hacerlo, esa que en el colegio decía que le había salido fatal el examen y luego sacaba un jodido nueve. Ni siquiera lleva encima nada para tomar notas de la sesión, ni un bloc, una tablet o yo que sé ¿una grabadora?, por ejemplo. Seguro que no le hace falta. Seguro que no lo necesita.

—¿Te gusta vivir, Ariel? —repite la pregunta con su dulce y taimada voz.

Ese rasgo hace que me acuerde de Eric y de su perenne templanza. Rápidamente llevo la mano al estómago, empujando ese extraño pellizco que

despierta el recordarle.

No deja de observarme con sus enormes ojos negros.

Me siento... incómoda.

—No sé..., a veces. Otras veces es una mierda.

Sonríe con tibieza antes de pasar a hacerme una nueva pregunta.

Yo me revuelvo incómoda. De nuevo.

—¿Consideras que tu padre te quería menos que a tus hermanas?

«Empezamos fuerte, querida Aurora ¿eh?»

—No es a mí a quien le toca dar esa respuesta.

Como ya os conté, antes de venir tuvimos varias sesiones vía Skype en las que tocamos temas habituales que, para alguien como yo, que ya ha pasado por este proceso en más de una ocasión (y de dos y de tres) es, simplemente, más de lo mismo: relación con mi madre, con mi padre, el colegio, parejas y obviamente, mi relación con la comida.

—Pero, bajo tu punto de vista ¿crees que sentía menos amor por ti que por el resto de tus hermanas?

—*Hermanastras* —le corrijo—. Creo que no alcanzaba sus expectativas.

—Sus expectativas —repite, y aunque no es una pregunta yo contesto, como si así lo fuera.

—Mi padre quería que las cosas se hicieran a su manera.

—¿Te dijo eso alguna vez? ¿Que no alcanzabas sus expectativas?

—Insistía para que se hicieran las cosas a su manera —reitero.

—¿Pero te dijo que de no hacerlo te querría menos por ello?

—No hacía falta.

¿Acaso cree que está hablando con un niño? ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Por qué no hacía falta?

—Porque era obvio.

—Entonces, ¿si no hacías las cosas a su manera, significaba menos amor

para ti?

—Para él las cosas tenían que ser de una forma, y mientras mis hermanastras cumplían sus expectativas con una facilidad pasmosa e innata, yo no fui más que una decepción tras otra.

—Tu sensación era de estar decepcionándole —afirma.

—Constantemente.

—¿Te dijo eso él en alguna ocasión?

—No, pero los hechos están ahí.

—¿A qué hechos te refieres?

Expelo todo el aire de puro agotamiento. Por un momento había olvidado lo que me incomoda remover todas esas cosas, a pesar de que soy plenamente consciente de que estoy aquí precisamente para eso.

—A su escasa presencia en mi vida, a la falta de afecto, a las discusiones continuas por no cumplir sus expectativas, a no reconocermelo como hija y darme su apellido...—enumero incapaz de ocultar el hastío que me provoca cada uno de estos recuerdos; aunque trato de fingir que en realidad no me importa y lo tengo más que superado.

—Claro, ahora entiendo que hicieras todo lo que Hugo te pedía, esforzándote por obtener su cariño a toda costa, aguantando todas esas mentiras, desplantes y desprecios: te aterraba que dejara de quererte.

—¿Ese no es el tipo de reflexión que el terapeuta piensa pero no dice en alto, y luego deja caer de manera sutil para que sea el propio paciente el que llegue a la conclusión? —pregunto sorprendida por esta sesión que a cada nueva pregunta o comentario se hace más inquietante.

—Así es como creías que se obtiene el amor de un hombre —deduce obviando mi reflexión anterior—. Seguramente no era algo que hicieras de forma consciente, pero es algo que ya habías asimilado desde niña.

—No suelo darle muchas vueltas a las cosas. Y Hugo es pasado.

—¿Y Eric?

—¿Qué pasa con él?

No me apetece una mierda hablar sobre Eric.

—Me has asegurado que crees completamente en la honestidad de su amor por ti.

—Sí, lo creo. A pesar de que en ciertos momentos no haya hecho las cosas bien. Yo tampoco las hice.

—¿Por qué no le has dejado acompañarte en este viaje?

—¿Estás juzgando mis decisiones?

—Ese no es mi trabajo, únicamente trato de entender las razones que te han llevado a tomar esa decisión.

—Tú misma me dijiste que era bueno que estuviera sola durante el proceso.

—Abandonar estímulos externos para enfrentarte a todo eso de lo que rehúyes constantemente. Eso fue lo que te dije.

—Perfecto, gracias —respondo sarcástica.

—Entonces no solo te acuestas con cualquier tío que se te ponga por delante...

—*Acostaba*; ya no lo hago —le corrijo.

No es que esté orgullosa de esa parte de mi vida precisamente.

—No solo te *acostabas* con cualquiera tío que se te pusiera por delante con intención de huir de esos pensamientos a los que es urgente que acudas; también lo hacías porque buscabas su aprobación. ¿Eres consciente de eso?

¿Su aprobación? ¡Y una mierda!

—Esa no era la razón —espeto a la defensiva.

—¿Entonces cuál era?

—Que soy adulta y me acuesto con quien me da la real gana.

He tenido que morderme la lengua para no soltar un taco.

—Por supuesto, nadie está juzgando eso, Ariel. Hablamos de las razones que te llevaban a ello y de las condiciones en la que lo hacías.

—¿Condiciones?

—Si no recuerdo mal me comentaste que bebías tanto que la mitad de las

veces eras incapaz de recordar lo que había sucedido.

—Pues si ya lo sabes, no sé por qué seguimos hablando sobre esto.

—¿Cuáles eran las razones que te llevaban a hacerlo? —insiste.

—Las mismas que las de todo el mundo: pasar un buen rato.

—Aquí no estamos para hablar de todo el mundo, sino de ti. Ambas sabemos qué te llevaba a actuar de esa manera.

—Pues si *ambas* lo sabemos sigo sin comprender la necesidad de mencionarlo.

—¿Disfrutabas de esos encuentros?

—¿Ahora vamos a hablar de mi vida sexual?

—Hablamos de tu vida, y la sexual también forma parte de ella.

—Ya sabes la respuesta. *Ambas* la sabemos —remarco con cierto tono sarcástico.

—¿Qué sucede, Ariel?

—Nada —miento esquivando su mirada.

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es lo que estás apartando a un lado porque no quieres enfrentarte a ello? ¿Qué te da tanto miedo? —pregunta con la vista clavada en el entresijo de manos que retuerzo sobre mi regazo.

—No... yo no...

—¿Te lo digo yo? —No me da tiempo a responder (tampoco iba a hacerlo) expone su tesis con calma, aunque sin pausa—. Eres incapaz de gestionar la realidad, Ariel. Esa idea que tienes de que existe una manera de estar a salvo es irreal, cobarde y completamente infantil. Evitas constantemente enfrentarte a las cosas que no te gustan a través del sexo con desconocidos o un atracón de comida. La vida no es fácil, y cuanto antes lo asumas, antes cambiarán las cosas para ti. ¿Por qué has apartado a Eric de tu lado, Ariel?

—Eric tiene sus propios problemas, estar juntos en este momento no es bueno para ninguno de los dos —mascullo conteniendo una ola de rabia e impotencia que apenas reconozco de donde ha venido.

—¿Y él opina lo mismo?

—Él no piensa con claridad.

Aurora no dice nada, tan solo descende la mirada hasta su falda lápiz color café, y antes de que lo haga contemplo cómo la comisura de su labio izquierdo se eleva ligera y elocuentemente.

¿De qué narices va esta tía?

—¿Qué pasa? —le demando incomoda por su jodida actitud condescendiente.

—Dímelo tú.

—Ha sido lo más correcto, nos haríamos más daño —escupo con rabia.

—Bueno, deduzco que él también tendrá algo que decir sobre eso...

—¿Me... me estás juzgando?

Jamás nadie me había llevado tan al límite en una sesión.

—Estoy dándote otros puntos de vista, exactamente esos que no quieres ver y que con tanto ahínco tratas de ignorar, Ariel.

Ese último «Ariel» pronunciado con una confianza que por supuesto no tenemos, entiendo, ni con la que me siento cómoda, aviva un fuego incontrolable en mi interior, y cuando quiero darme cuenta, estoy gritando inundada por una ira que reconozco llevo guardando demasiado tiempo. Y de repente, me veo respondiendo a una de las primeras preguntas que me ha hecho sin saber cómo ni por qué he llegado a este punto.

—¡Mi padre se largó de este mundo sin decirle a nadie que tenía otra hija, ¿vale?! ¡Me enteré que había muerto por una puta esquela en el periódico una semana después y de casualidad! ¡Jamás le dije a nadie que yo existía! Por *eso* sé que no me quería igual, es obvio que le importaba una mierda. No necesito más prueba que esa.

Le mantengo la mirada respirando con dificultad percibiendo un fulgurante calor inundar mis mejillas.

—¿Crees que el amor que te ofrece Eric es demasiado bueno para ti? —pregunta tras guardar un escueto silencio ignorando por completo mi estallido, lo que consigue incrementar mi inestable nerviosismo.

—¿Cómo?

—¿No lo has pensado nunca, Ariel? Aguantando que tíos te traten como una mierda y cuando aparece uno con amor honesto, tal y como tú has dicho, lo apartas de tu lado. ¿Crees que Eric es demasiado bueno para ti?

—No...

—Según me dijiste se ha portado tan bien contigo que te costaba creer que fuera real.

¿Acaso tiene un puto chip en el cerebro para acordarse de todo lo que le he contado? Es surrealista, me siento como en un capítulo de *Black Mirror*.

—Esto... esto no tiene ningún sentido—pronuncio más para mí que para ella sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Eric no tiene nada que ver con todo esto.

—Tiene que ver más de lo que crees. Todas las personas que pasan por tu vida son relevantes, especialmente las que tú eliges.

—Eric ya no está en mi vida —le recuerdo dando el tema por zanjado.

—Tenemos el amor que creemos merecer.

—Pensaba que esto servía para curar mi problema con la comida, no mis relaciones amorosas —exclamo poniéndome en pie cogiendo mi bolso de un manotazo y mi chaqueta visiblemente nerviosa. Me tiemblan hasta las manos.

—Todo está conectado.

Mi mirada ahora mismo no puede cargar más incredulidad, y mientras ella ahí, impertérrita.

Justo antes de que ponga un pie fuera de la consulta con la clara decisión de desaparecer y no volver a pisar este lugar en toda mi vida, escucho que dice a mi espalda:

—Todo empezará a cambiar cuando te des cuenta de que el amor puede ser de otra manera, Ariel: el que recibes de los demás y por supuesto, el que te das a ti misma.

Cierro la puerta tras de mí tratando de deshacer, a su vez, el pesado y doloroso nudo que me presiona con fuerza bajo la garganta.

Desde luego, no era así como pensaba que iba a ser esto.

Había quedado con Emma desde ayer para que me enseñara hoy, a las siete de esta tarde, el piso de Bella; y la verdad es que tenía puesta mucha esperanza en ese lugar, pero tras la sesión de esta mañana... sencillamente me importa una mierda, porque no voy a quedarme en esta ciudad ni un minuto más del necesario.

Después de haberme pasado cinco días descartando morralla inmobiliaria estaba segura de que esta iba a ser mi opción definitiva, estaba incluso dispuesta a coger el piso sin tan siquiera verlo; más tras las entrevistas de los caseros que he pasado, ¡ni que estuviera optando por un puesto en la Moncloa! Me han llegado a preguntar dónde me veía de aquí a cinco años. «Viviendo en este sitio te aseguro que no» contesté al último, levantándome del roñoso sofá, rezando por no haber pillado alguna enfermedad venérea tras permanecer allí sentada algo más de veinte minutos; era una puñetera caja de cerillas queapestaba a curry por el restaurante que tenía justo debajo y a mohó, no quise quedarme a averiguar la razón de este último aroma.

Dándole una última calada al cigarro veo acercarse a una chica rubia, y a pesar de que tiene parte del rostro oculto bajo una densa bufanda, tras las fotos que en su momento me enseñó Sonia de ella, sé enseguida que se trata de Emma, la cuñada de Bella.

Tiro el piti al suelo justo antes de que llegue a mi lado, porque me asquea este vicio y no me gusta fumar delante de nadie. Porque sí, he vuelto a fumar, y la intensidad con la que lo he hecho es directamente proporcional a la fuerza con la que Úrsula domina mi cabeza últimamente, lo que se traduce en un jodido cigarro en mi boca cada cinco putos minutos.

—¿Ariel, verdad? —Asiento esbozando una sonrisa justo antes de que se acerque para darme dos besos—. Siento haber tardado, ha habido algún problema con la línea de metro y he tenido que venir caminando desde Plaza de España. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, no te preocupes.

—Al menos la caminata me ha servido para entrar en calor. ¡Eres igual de guapa que en las fotos! —afirma con amabilidad.

—Muchas gracias —contesto sonriente sin saber qué más decir.

Lo cierto es que yo también he visto fotos de ella antes, y es más bonita aún en persona. Rubia, de sinceros ojos verdes y piel clara: parece una muñeca.

Deduzco que Sonia le habrá enseñado alguna foto mía. Ella y Emma se conocieron en Londres donde compartieron piso juntas varios años y forjaron una fuerte amistad. Es alguien muy especial para Sonia, siempre dice que es algo así como una hermana y que a pesar de los años que han pasado, y de la distancia que las separa, mantienen el contacto y hablan casi todas las semanas.

—Debes estar muriéndote de frío —dice metiendo ya la llave en la cerradura de la enorme (y deduzco que pesada) puerta de hierro del portal de la casa—. El piso no es muy grande, pero está muy bien, ya verás, te va a encantar. Y la ubicación es...

—La verdad es que ya no voy a necesitar el piso —confieso justo cuando empieza a empujar la puerta con el hombro—. He tratado de localizarte para que no te desplazaras hasta aquí, pero no contestabas. Y no quería dejarte un mensaje, temía que no llegaras a verlo hasta llegar aquí.

—Sí, bueno, es que soy un despiste y me lo he dejado en el trabajo. Entonces, ¿ya has encontrado algo? —pregunta sonriente, como si de verdad se alegrara por mí en caso de que ese fuera el caso.

—En realidad..., voy a volver a casa. A Tenerife.

—¿Cómo? ¿Ha pasado algo? —pregunta sujetando la puerta con la espalda esta vez, de frente a mí.

—Solo que... no va a funcionar —arguyo con una sinceridad que hasta a mí me sorprende: es la mejor amiga de Sonia, no la mía—. De verdad, gracias por todo lo que has hecho por mí sin conocerme, por conseguirme esa plaza, y bueno, también por esto —arguyo señalando el edificio con una mano.

No puedo evitar sentirme como una niña egoísta y desagradecida, que básicamente es la imagen que estoy dando. A quién trato de engañar, es lo que soy.

—Mira, vamos a hacer una cosa, ¿qué te parece si subimos arriba y nos tomamos algo caliente, que a las dos nos va a venir bien? Ya que estamos aquí, no perdemos nada. Además, Sonia me ha hablado mucho de ti y tenía ganas de

conocerte si te soy sincera.

No es que me apetezca demasiado, pero lo cierto es que ha sido muy amable conmigo, es lo menos que podría hacer por ella.

—De acuerdo.

Subimos hasta la sexta planta y la calidez que me inunda al entrar en la casa hace que, por primera vez, desde que llegué a esta ciudad de locos, me sienta un poco más como en casa; quizá porque llevo cinco días durmiendo en un hostel de mala muerte y esto es lo más parecido a un hogar desde que salí del mío. Sé que no es tanto tiempo, pero en mi estado actual una hora parece una jodida semana; más con Úrsula como única compañía.

—Puedes quitarte la chaqueta —me invita haciendo ella lo mismo de camino a la cocina—, la calefacción está puesta. El piso lleva desocupado tiempo, pero una vez por semana vienen a limpiarlo. Sé que no piensas quedarte, pero no hay problema si quieres echarle un vistazo; aunque lo que ves es lo que hay, la puerta del fondo da al único dormitorio y dentro dispone de un pequeño baño.

—Gracias —respondo negando ligeramente con la cabeza. He tomado una decisión y no voy a cambiar de idea—. ¿Te ayudo con eso?

—¿Qué te apetece: café, té, manzanilla...?

—Lo que tomes tú estará bien.

—Un café entonces.

Me siento en uno de los dos únicos taburetes frente a la encimera de madera contemplando la cocina que, por la pinta, debe ser lo último que reformaron en la casa. Es un piso antiguo y pequeño, no creo que llegue a los cincuenta metros cuadrados. La cocina y el salón comparten un mismo espacio, y este último está compuesto por una mesa de café, con una pequeña pila de revistas *New World*, como las que había en la fundación y un par de velas decorativas; un mueble de televisión con una de unas veintidós pulgadas sobre la blanca madera; una estantería repleta de DVDs y un sofá tres plazas con pinta de ser la mar de cómodo. El lugar permanece iluminado por un baloncito que queda tras el sofá. Sencillo y sin grandes lujos, no obstante, bonito y acogedor. En una de las paredes llama mi atención una fotografía en blanco y negro, en donde la única nota de color lo pone el vestido rojo que lleva la

protagonista de la misma.

—¿Es Bella?

—Sí, aunque esa no es la original —resuelve Emma mirando en la misma dirección que yo lo hago—. Tiene algo especial, ¿verdad?

Asiento descubriendo que, de nuevo, quien firma la obra es la misma que la del ojo al óleo de la fundación.

—Chloe Pinaud —pronuncio en voz alta tratando de recordar por qué me suena tanto ese nombre.

—Chloe Pinaud es la mejor amiga de Bella.

En cuanto escucho a Emma pronunciar el nombre (de manera correcta) caigo en la cuenta: es la artista a la que le regalé la foto que Eric había hecho de ella y su pareja. Esa que tanto admiraba su hermano y que él también parecía hacerlo.

—¿Es muy conocida?

—Una eminencia, a decir verdad.

—La conozco, quiero decir que la conocí el año pasado, en Tenerife.

—Ah, sí, estuvo de viaje con Víctor.

—Eric le hizo una foto con mi cámara, una de esas instantáneas, el caso es que se la regalamos, yo no tenía ni idea de quién era ella, la verdad. Eric en cambio sí la conocía y le encanta su trabajo, alucinaría si le cuento que...

Repentinamente caigo en la cuenta de que Eric y yo no nos hablamos, por lo que esta coincidencia con Chloe carece completamente de relevancia, no es que vaya a llamarle para contársela. Además de que le he estado hablando a Emma de él, como si acaso fuéramos amigas y ella le conociera de siempre. Situación que despierta las ganas de juerga no solo de Úrsula, también una intensa tristeza que trato de esconder empolvando con algo de desdén hace aparición de forma casi instantánea.

—¿Eric es tu novio? —se interesa Emma tendiéndome una taza de café caliente invitándome a sentarme en el sofá con ella.

Mi primer impulso, tras aceptar la taza y su invitación para tomar asiento es negar con la cabeza, pero tras levantar la vista y descubrir esos claros ojos

verdes emanando tanta empatía, opto por añadir una escueta explicación.

—La verdad es que ahora mismo no sé qué se supone que somos.

—Si quieres contarme..., tengo experiencia en cabrones y cerdos despiadados, puedes creerme.

—Él no... no se trata de eso —confieso endulzando el café con un bote de sacarina líquida que Emma ha dejado sobre la mesa frente a nosotras—. Simplemente no ha funcionado. Creo que no era el momento para nosotros.

—¿Tío especial en el momento equivocado? También he pasado por ahí.

—Parece que tenemos vidas paralelas —bromeo—. Igual si me cuentas la historia de alguno de esos logro olvidarme por un momento de la mía.

Cualquier cosa que me haga olvidar por un rato mi desastrosa vida es más que bienvenida.

—El cerdo despiadado fue Thomas, el primer tío del que me enamoré perdidamente y el primero en destrozarme el corazón. Le conocí en Londres, Sonia puede hablarte bien de él, no lo podía ni ver, siempre me dijo que me traería problemas, y bueno, no se equivocó. Thomas era seis años mayor que yo, músico y aunque no era el tío más guapo del mundo, sí el que tenía más talento no solo tocando, también seduciendo al personal femenino.

—¿Qué pasó?

—Que me quedé embarazada y desapareció sin dejar ni rastro. Después de eso volví a España. Estuve una temporada en Barcelona estudiando cocina, y más tarde me vine a Madrid, en donde conocí a Santi, un capullo con poca paciencia y la mano muy larga.

—¡Dios! ¿En serio? Vale, me retracto: los cerdos que han pasado por mi vida son tiernos animales de compañía a su lado. Creo que necesito ya al tío especial en el momento equivocado.

—Es decir, el que actualmente es mi marido. —En esta ocasión, la sola mención de este, prende una bonita sonrisa en su rostro. Lo que me alivia, más después de conocer la clase de desgraciados anteriores que pasaron por su vida—. Trabajaba de camarera en un restaurante del centro cuando le conocí: era el tío más guapo que había visto en mi vida.

—Sonia lo define como el empotrador de ojos azules.

—Ella siempre tan gráfica —dice poniendo los ojos en blanco.

—Tu marido... es el hermano de Daniel, ¿verdad?

—Sí, por parte de padre.

—Vale, entonces secundo las palabras de Sonia. Hoy vi a Daniel y ¡madre de Dios! Reconozco que no es mi tipo de hombre, pero es difícil no fijarse en él.

—Sí, es impresionante, pero yo me quedo con mi empotrador de ojos azules —añade guiñándome un ojo.

—Bueno, ¿y qué sucedió para que pasara de ser el tío en el momento inadecuado a convertirse en el hombre que te saca esas sonrisas?

—Que estuvo ahí, en la distancia, esperando pacientemente por mí.

Esas palabras traen a mi mente a Eric rápidamente, porque él podría ser ese tío, lo sé y aún no conozco la historia.

—Creo que necesito más información.

—La primera vez que vino al restaurante se sentó en una de mis mesas, el destino quiso que le atendiera aquel día y que, a partir de ese momento, y como pude saber más tarde, ninguno de los dos dejara de pensar en el otro. A partir de ahí comenzó a venir todas las semanas y, por supuesto, se las apañaba para que siempre fuera yo su camarera. En aquel momento yo estaba aún de idas y venidas con Santi, pero un día me escuchó diciéndole a una compañera que había roto con él y no se lo pensó dos veces para pedirme una cita a la que yo acepté encantada. Y todo iba bien hasta que... la cagó.

—¿Qué pasó?

—Santi vino al restaurante, se puso algo... agresivo, Kurt lo vio, intervino y terminé perdiendo mi trabajo. Una semana después Kurt se plantó en mi casa con un sobre lleno de dinero.

—¿Qué dices?

—Se sentía culpable y quería echarme una mano hasta que encontrara otra cosa.

—No fue buena idea.

—No. Era buen tío, pero...

—No era el momento correcto —termino de decir por ella.

—Exactamente.

—¿Qué pasó después?

—Que continuó dejándome sobres con dinero bajo la puerta, hasta que un día cambió los billetes por otra cosa.

—¿El qué?

—La tarjeta de la fundación Princesas Valientes. Reconozco que al principio me molestó, muchísimo. Desde que le conocí tenía la sensación de que no hacía más que intentar salvarme, como si quisiera ser el maldito héroe de la película. Siempre he sido muy independiente y no he necesitado a nadie, para nada.

¿De qué me sonará eso...?

—Hasta ese momento.

—Ahí era yo la equivocada, mi orgullo no me permitía reconocer que tenía un problema con Santi, el cual no hacía más que aparecer en mi vida una y otra vez, descargando toda su ira sobre mí.

—Tuvo que ser muy duro.

—Más con un niño de seis años que se enteraba de todo. De hecho, fue él el que me hizo abrir los ojos. La fundación supuso un antes y un después.

—¿Y Kurt?

—Unos seis meses más tarde le llamé para darle las gracias: esta vez sí era el momento. Siempre le estaré enormemente agradecida por no rendirse conmigo, porque nunca dejó de creer en nosotros, incluso cuando yo había dejado de hacerlo.

—¡Jo, qué historia más bonita!

—Bueno, es mi historia y a cada uno le toca escribir la suya ¿no? ¿No has sacado alguna conclusión de ella que te sirva?

—Sí, que a las buenas personas le suceden cosas buenas.

—¿Yo me refería a algo como que el momento y el tío adecuado son completamente viables?

No puedo evitar acordarme de Eric y de aquella primera vez que nos acostamos, más aún de lo irónico que resulta en este momento aquella conversación.

—*¿Crees que eres la persona indicada?* —pregunto curiosa.

—*Creo que es el momento adecuado. Si soy o no esa persona tendrás que decidirlo tú. Y que estoy dispuesto a ayudarte en lo que sea necesario deduzco que ya lo sabes.*

—¿Ariel?

—Perdona —me disculpo. No era consciente de que me había quedado callada, quizá más tiempo del sociablemente establecido—. Estaba pensando en lo que has dicho.

—Sé que quizá esto te suene muy manido, pero dale tiempo al tiempo, las cosas terminarán cayendo por su propio peso. Al menos, eso es lo que yo he aprendido de mi historia con Kurt.

—Gracias, supongo que sí —contesto por cortesía, porque la verdad es que yo no estoy nada segura de eso.

—¿Quieres más café?

—No, gracias. De hecho, me voy ya —respondo poniéndome en pie—. Muchas gracias de nuevo por todo, Emma. Has sido muy amable.

—Entonces, ¿la decisión está ya tomada? ¿vas a volver a Tenerife?

—Sí, es lo mejor.

Asiente, aunque con cierta pena mientras se acerca para darme dos cariñosos besos de despedida.

—Me ha encantado conocerte, ahora entiendo el cariño que Sonia te tiene.

—Y yo, porque te considera como a una hermana.

—Si vuelves a Madrid o si al final cambias de idea llámame, me encantaría que nos volviéramos a ver.

—Claro —miento con una sonrisa algo forzada.

Pero no porque no quiera volver a verla, ya que me ha caído genial. Sencillamente es que ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en

abandonar esta ciudad y regresar a casa lo antes posible.

# Capítulo 21



La Cueva del Águila, probablemente el peor antro de toda la ciudad de Madrid, aunque bien situado, en pleno centro de hecho.

Ni siquiera sé cómo he terminado aquí, quiero decir, en este sitio concretamente; las razones que me han traído las tengo bastante claras: las palabras de Aurora llevan desde ayer reverberando en mi jodida cabeza. Lo único que escucho en el agujero negro que veo cuando cierro los ojos es eso, y a la bruja de Úrsula animándome a volver al tétrico hostel para darme un atracón y olvidar, por un momento, toda esa mierda que ha traído mi nueva y osada terapeuta con todas esas reflexiones e interrogantes de mierda: «Eres incapaz de gestionar la realidad», «la vida no es fácil, y cuanto antes lo asumas, antes cambiarán las cosas para ti», «te acuestas con esos tíos solo porque necesitas su aprobación», «tenemos el amor que creemos merecer», «¿te das cuenta de ello, Ariel?».

¡Que si me doy cuenta, dice!

—Yo diría que ya has bebido suficiente.

Levanto la vista de mi tercera copa de ron-cola para encontrarme con unos curiosos ojos castaños clavados en mí.

—¿Perdona? ¿Dónde está el otro camarero, el peludo que gruñe? — inquiero buscando con la mirada tras la barra al susodicho.

—Me llamo Raúl, pero todos me llaman Águila —se presenta tendiéndome la mano por encima de la gruesa barra de madera.

Mientras se la estrecho, aprovecho para echarle un rápido vistazo: moreno, alto, delgado, atractivo... y demasiado entrometido.

—Así que esta cueva es tuya —arguyo apurando mi copa que está en sus últimas.

—¿Qué hace una chica sola en un sitio como este?

Incrédula, enarco una ceja sin dejar de mirarle.

—¿Este sitio es algo así como una máquina del tiempo?

—A veces creo que sí —afirma obsequiándome con una amplia sonrisa divertida.

—Será eso entonces, porque de repente parece que me encuentro en el puto siglo dieciocho. ¿Una chica sola? Madre mía... Puedes ir y meterte esa mierda machista por tu culo de águila, y ya de paso y de camino, si me traes otra copa te lo agradezco. ¡No! Mejor aún, deja la botella aquí encima —concluyo sacando el único billete que encuentro en la cartera: uno de cincuenta.

Demasiado alcohol en sangre y una voz demasiado alta opinando en mi cabeza como para controlar las palabras que salen por mi boca, aunque este tío no tiene pinta de sorprenderse muy a menudo, más teniendo en cuenta el local que regenta y la clase de gente que se mueve en él, pero algo me dice que mi inesperada honestidad no le ha dejado indiferente.

—¿No necesitaras trabajo por casualidad? —pregunta arqueando un ceja —. Me vendría bien alguien con tu carácter por aquí.

—Lo único que necesito es esa botella.

—Arehucas, ¿verdad?

Asiento arrastrando el vaso vacío lo más cerca de él sin que caiga al suelo.

—¿Canaria?

—¡Qué perspicaz! ¿Qué me ha delatado: mi acento o la elección del ron? —me burlo.

Con una sonrisa con la que probablemente debe encandilar a muchas y sin dejar de mirarme, coge la botella de ron y la lanza a su espalda para cogerla

un segundo después frente a él. Finaliza el numerito haciéndola girar sobre la palma de su mano para (por fin) rellenar mi solitaria copa vacía.

—Viví en Las Palmas una temporada —comenta, como si acaso me importara algo.

—¿Y allí aprendiste a hacer ese numerito a lo Tom Cruise en *Cocktail*?

—Eres muy joven para conocer esa película —me acusa entornando los ojos.

—Es cine de culto —puntualizo.

Cierto es que debe sacarme algo así como diez años, pero ¿quién no conoce esa película?

—¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Ya lo estás haciendo.

—¿Y bien?

—Aurora —miento homenajando a una de las causantes de que haya terminado en este tugurio de mala muerte ahogando mis desgracias en alcohol.

—Muy bonito.

Le miro y sonrío con la mayor falsedad del mundo.

—¿Y qué te ha traído hasta este bar de moteros de la capital, Aurora?

—El ambiente, hace que me sienta como en casa —ironizo—, además que tienes ron de mi tierra.

Esboza una tenue sonrisa pero no dice nada, tan solo me observa, y por la manera de hacerlo intuyo que está sopesando si hacerme o no la siguiente pregunta que le debe estar rondando en su cabeza de camarero entrometido.

—No te ofendas, o sí, la verdad es que me da igual, pero no busco conversación.

—¿Quién es el culpable de que estés bebiéndote todas mis reservas de una semana?

Está visto que le importa bien poco mi honestidad.

Claudico, mientras mantenga la copa llena el resto me importa lo mismo

que todos esos sentimientos que evito a diario, es decir, nada.

Le doy un trago al ron encogiéndome de hombros y tras casi clavar el vaso de vuelta a la barra, lo arrastro en dirección al Águila con una sonrisa de lo más cínica, pero también de lo más elocuente. No tarda en reponer la bebida.

Oye, machista, pero eficiente.

De verdad que mi vida es surrealista, ¿cuánta gente conocéis que se haga llamar por el nombre de un pájaro? Porque está claro que yo los atraigo: primero el Gaviota y ahora el Águila. Estoy por montar mi propio Loro Parque.

—¿Por qué tiene que haber un «quién»? —inquiero consciente de que sigue escudriñándome con cierta curiosidad.

—Siempre lo hay.

—Ya, el clásico cliché ¿no? Pues te aseguro que esta es la excepción que confirma la regla.

—Permíteme que discrepe.

—Puedes discrepar lo que te dé la gana, pero no hay ninguno. Tan solo he tenido un mal día en el trabajo y he venido a desconectar un poco.

—No es la mejor combinación una chica borracha en un local como este, créeme.

—Puedo cuidarme solita, *créeme*.

—De eso no tengo ninguna duda.

El otro camarero, el peludo y menos curioso emite un gruñido, deduzco que llamando la atención de mi «acompañante», lo que al fin le anima a dejarme sola, y no sabe cuánto lo agradezco. Lo que menos me apetece es entablar una conversación con nadie, no he venido aquí para eso. Hablar no entraba en la lista de cosas que he venido a hacer a este lugar precisamente.

—No sé cuál es la razón que te ha traído aquí, pero...

—¿Otra vez tú? —le interrumpo exasperada—. ¿Qué tal si alzas el vuelo y me dejas tranquila?

—No deberías estar haciéndote esto, en serio, pareces buena persona.

—¿Pero de qué vas?

—Estoy acostumbrado a ver a mucha gente haciendo esto mismo, y...

—¿Qué eres, mi maldito psicólogo?

—No te creas, a veces creo que en realidad ese es mi trabajo.

—Te pago para que me des de beber, no para que me psicoanalices, gracias —mi última palabra ha sonado igual que un «que te jodan».

—Creo que ya has bebido suficiente —espeta con vehemencia arrebatándome la copa de la mano obsequiándome además con una severa mirada que no admite réplica.

—¿Pero... qué coño haces?!

—Te estoy haciendo un favor. Y será mejor que te largues.

—¿Estás de coña? —Hace un movimiento con la cabeza que no deja lugar a dudas: no es ninguna broma—. ¿En serio me estás echando?

—Si quieres puedo llamarte a un taxi para que te lleve a casa.

Este viaje mejora por momentos, ¡de puta madre!

—Gilipollas —murmuro para mí, levantándome con tanta rapidez que he tenido que agarrarme al borde de la barra para no caerme. Diría que hay más alcohol fluyendo por mis venas que sangre en ellas—. ¿Puedo ir al servicio o tampoco se me está permitido?

—Al fondo a la izquierda —responde el jodido «pájaro» con los brazos cruzados sobre el pecho otorgándome con una mirada bañada de lástima que ni entiendo ni quiero.

Parece que el rato que he estado vaciando esa botella el sitio se ha llenado de gente. Bueno, y quien dice gente dice moteros con cuero hasta los dientes y cara de pocos amigos a los que tengo que sortear para alcanzar el final del pasillo y, por tanto, el servicio.

—No deberías estar haciéndote eso —repito imitando su estúpido tono de voz y su jodida condescendencia—. ¿Quién cojones se cree que es?

—Hola, preciosa.

Me giro y me encuentro con un tipo que... ¡Bah! A quién pretendo engañar.

Llevo tal pedo, que tratar de enfocar la vista es algo así como una jodida quimera, podría ser un unicornio lo que tengo enfrente, que continuaría sin verle ni el cuerno, ni el brillante crin multicolor.

—Me encantan las pelirrojas... —susurra en mi oído apartándome, a su vez, el pelo del hombro y logrando que su aliento alcance la curva de mi cuello provocándome un escalofrío. Un inquietante escalofrío.

Sí, no cabe duda, he conseguido alcanzar ese punto en el que un tío que no sea Eric acariciándome el pelo no me influye de ninguna manera; aunque lo de evitar pensar en él ya es más complicado, Eric continúa siendo un tema relevante en mis conversaciones con mi querida Úrsula. Y hablando de la bruja del mar...

*«Vamos, ¿a qué estás esperando, niña? Hazlo. ¿Acaso no has venido aquí para eso mismo?»*

Apartando esa tediosa voz opto por centrar mi atención en el fetichista de pelirrojas, arrebatándole el tercio de cerveza que tiene en la otra mano (la que no continúa jugueteando con mis mechones sueltos) para beberme el líquido templado de un trago, antes de que llegue a darse el caso de que me arrepienta, consciente de que he venido hasta aquí para esto mismo (como bien afirma Úrsula). Esa es la razón de que, a pesar de que haga un frío polar de pelotas, haya optado por ponerme un vestido y así facilitar... las cosas.

—Bueno, parece que hoy es tu día de suerte, campeón.

Soltando el botellín en un saliente de la pared, tiro de la solapa de su chupa de cuero atrayéndolo hacia mí y, en lo que dura un pestañeo, tengo su lengua ansiosa en el interior de mi boca examinando cada recoveco y sus manos asiéndome a su cuerpo con urgencia. Mientras que yo, simplemente... me dejo hacer. Ni siquiera soy capaz de concretar qué hacen mis manos en este momento.

En un abrir y cerrar de ojos nos ha arrastrado tras una puerta dentro del servicio, que opto por cerrar pasando el pestillo: una cosa es que vaya a hacer esto en este mugriento lugar, otra bien distinta que quiera testigos.

Su erección impaciente se descubre contra mi cadera desnuda clamando atención; y es que, en algún momento, mi vestido ha alcanzado mi cintura convirtiéndose en una especie de cinturón grueso sobre esta.

La voz de Úrsula parece que empieza a alejarse, las palabras de Aurora están cerca de desdibujarse y el dolor por haber perdido a Eric comienza a convertirse en la rabia perfecta para que este instante tenga sentido, para que me haga a la idea de una condenada vez de que Eric y yo somos historia. Eric no es para mí, nunca lo ha sido, y esta es mi forma de demostrarlo.

Me doy la vuelta plantando las palmas de las manos en los maltrechos azulejos dándole la espalda a todo eso que duele demasiado como para hacerle frente, y a este tipo con el que estoy a punto de...

—Ya puedes ponerte un preservativo si quieres hacer esto —le advierto mirando por encima del hombro en cuanto escucho el ruido de la cremallera de su bragueta.

—Claro, tía.

No tarda en sacar uno del bolsillo trasero del pantalón, abrirlo y enfundárselo con algo menos de destreza de la que una esperaría. Unos segundos después está colándose en mi interior, y aunque primero lo hace con cierta tranquilidad, segundos después la cosa no tarda en comenzar a acelerarse.

Colando su mano por dentro de mi vestido alcanza uno de mis pezones que pellizca entre sus dedos tirando a su vez de mi cuerpo, hasta conseguir que mi espalda choque contra su pecho. Noto su pesado y entrecortado aliento sobre mi nuca mientras entra y sale de mí, marcando alguna clase de ritmo al que, por alguna razón, me cuesta sentirme invitada.

Cierro los ojos con fuerza tratando de centrarme, buscando algún tipo de placer, ese que se supone que esto me tiene que estar proporcionando. Me concentro, lo intento con todas mis fuerzas, pero... no hay nada. Lo único de lo que soy consciente es de la música que suena amortiguada contra la puerta metálica del baño, que reconozco con cierta presteza. Se trata de Rammstein, y no es que yo sea fan del grupo, pero Sebas sí, y me ha puesto alguna que otra vez parte de su repertorio.

Aparto la vista de la puerta cerrando los ojos en un nuevo intento por concentrarme. En esta ocasión algo sucede, algo que jamás me había pasado: desconecto de mi cuerpo. Siento como si saliera de él y me viera ahí, en el baño de ese tugurio contemplando cómo ese desconocido me usa mientras, irónicamente, me hago creer a mí misma que soy yo la que le uso a él para mi

propio beneficio, para olvidarme de todo. Creyendo que hay algo en mi vida que controlo, cuando no hay nada de este instante que esté disfrutando. De hecho, mis ojos continúan fuertemente cerrados y mis músculos se mantienen en tensión, mientras rezo para que esto termine lo antes posible, esforzándome por reprimir el llanto que pugna por salir de manera inminente; pero es el gruñido que resbala hasta mi oído izquierdo el que termina por devolverme a mi cuerpo en el acto. Y con ello, de vuelta a una realidad a la que, de nuevo, no me quiero enfrentar.

Podría haber detenido esto en cualquier momento, pero no lo he hecho. Sé la maldita razón por la que no he sido capaz de parar esta mierda.

Todas las palabras que me dijo Aurora, todas esas odiosas afirmaciones sobre el porqué hago las cosas que hago acaban de caer sobre mí como un maldito bidón de agua congelada.

Con repentina urgencia me aparto del tipo subiéndome las bragas, las medias y me coloco el vestido con un enorme peso oprimiendo bajo mi pecho, incapaz de levantar la mirada para encontrarme con una realidad que no me siento capacitada para enfrentar en este instante. Porque... me siento usada. Como un envase vacío e inanimado que alguien ha utilizado para su propio beneficio. Nunca antes me había sentido de esta manera. Tampoco nunca antes me había visto desde fuera. Y menos aún había dado con la clave de porqué permito que esto suceda.

—¿Estás bien, tía? ¿Te he hecho daño? —escucho al desconocido hablarme, aunque en una extraña lejanía.

La única que se está haciendo daño soy yo.

Una y otra vez.

Ni siquiera sé si le he contestado, le aparto a un lado de un empujón para salir de aquí, y ya con la mano asiendo el pomo y alzando la cabeza, me topo con una mirada azul completamente vacía de la que brotan numerosas lágrimas.

Soy yo, aunque apenas me reconozco, pero el reflejo que me devuelve el espejo no engaña. Como tampoco mentía Aurora con sus conclusiones sobre mis actos.

«¿Hasta cuándo, Ariel? ¿Hasta cuándo vas a seguir haciéndote esto?»

Abandono el lugar con la cabeza gacha, ni siquiera me atrevo a levantar la mirada cuando paso junto a la barra, pero que no esté dispuesta no quiere decir que no me vaya a ver obligada a hacerlo.

—¡Aurora!

Levanto la vista sin poder evitar que más lágrimas resbalen por mis mejillas. Raúl, mejor conocido como el Águila, me entrega mi abrigo y mi bolso que yo cojo sin añadir una palabra bajo su atenta mirada.

—No quiero verte de nuevo por aquí —me advierte, y a pesar de la dureza con la que ha pronunciado cada palabra, la compasión que veo asomada a sus ojos me dice que en el fondo cree que me está haciendo un favor.

Probablemente me lo esté haciendo, pero no necesito su lástima, con la mía tengo más que suficiente. Acabo de darme cuenta de lo penosa que resulto y de lo humillante que es que alguien más sea testigo de ello: de nada me ha servido cerrar la puerta en ese servicio. Ilusa de mí, creyendo que escondiéndome bajo llave nadie se daría cuenta de la realidad, esa que acaba de estallarme en la puta cara.

Esta vez no me queda otra que aceptarla e intentar digerirla, aunque se me haga bola y me cueste tragar.

En cuanto pongo un pie en la calle y el aire frío me corta las mejillas como cuchillas afiladas, un pensamiento inunda mi mente sin que pueda hacer nada por evitarlo. Bueno un pensamiento no, la imagen de una persona.

«Eric.»

Empapada y como en una especie de nebulosa llego a la habitación del hostel con el estómago tan revuelto, que he tenido que hacer un gran esfuerzo para no vomitar durante los veinte minutos que me ha llevado llegar hasta aquí, bajo una repentina e incesante lluvia que me ha pillado nada más abandonar La cueva del Águila, dándole más dramatismo al asunto, como si acaso fuera necesario.

Lo echo todo agarrándome a la taza con fuerza, hasta que lo único que sale de mi boca son arcadas vacías. Pero aún siento el estómago revuelto, como nunca antes. Como si me hubiese atiborrado de toda la comida basura de un puñetero pasillo de supermercado. Pero la realidad es que no es comida lo

que revuelve mi estómago manteniéndome en este desagradable estado, es mi errático comportamiento impulsivo y camicace.

Me doy asco a mí misma.

Veis, en ese aspecto en concreto los postatracones bulímicos y el ser usada por un desconocido no se diferencian demasiado, el resultado es básicamente el mismo: una muestra clara de mi debilidad y lo que me desprecio a mí misma por ello.

Opto por darme una ducha esperando sentirme reparada y poder quitarme el olor a alcohol, vómito y la fuerte fragancia a colonia masculina de la que aún está impregnado mi cuerpo.

Bien, otra arcada.

Falsamente reconfortada por el agua de la ducha, que he dejado resbalar sobre mi piel enrojecida por la alta temperatura, me he acercado a la cama para dejarme caer sobre el colchón, pero antes de que pueda hacerlo, mis ojos se topan con el libro que Eric me dejó en el buzón de mi casa y que descansa en la maltrecha mesilla de noche. La jodida culpabilidad y la vergüenza que siento de mí misma se unen para convertirse en una densa y desgarradora rabia que pago contra el pobre ejemplar. Con un grito ahogado y acumulando nuevas lágrimas lo lanzo con todas mis fuerzas (las que me quedan) estrellándolo contra la pared que queda frente a mí, apenas a tres pasos de distancia. Esta habitación no es más que una maldita caja de cerillas y yo un fósforo a punto de consumirse.

Algo capta mi atención. Exactamente ese algo que ha salido disparado de entre las hojas en mi arranque de ira.

Una foto.

Me agacho a recogerla con dedos temblorosos, y antes de sentirla bajo la yema de mis dedos, unos acelerados latidos de mi corazón traen al presente el recuerdo de esa instantánea. Pertenece a una de las tantas fotos que nos hicimos el día de mi cumpleaños, cuando justo después de abrir su regalo y tirados en la cama de mi casa, nos dedicamos a tomar fotos y grabarnos mientras Eric me enseñaba toda y cada una de las funciones de la cámara. Es decir, un rato antes de que descubriera que Nadia seguía llamando a Eric en otro de sus patéticos intentos por recuperarlo. Lo cierto es que no había visto esta foto, probablemente en algún momento Eric descargó las imágenes en su

ordenador. Y en esta en concreto, mientras yo mantengo los brazos en alto elevando la cámara sobre nosotros, Eric me mira embelesado regalándome además esa sonrisa que guarda solo para mí.

Me derrumbo. No me siento capaz siquiera de soportar mi propio peso, y no es por los kilos que he ganado estos últimos meses, es la culpabilidad la que me lleva a clavar las rodillas desnudas contra el suelo.

Temo darle la vuelta, algo me dice que viene acompañada de más; Eric y sus fotos con mensaje; Eric y sus bombas de relojería.

No pienso rendirme, aunque tú lo hayas hecho.

Creo en nosotros y más que nada creo en ti, *miña serea*.

¿Por qué siempre tiene que ser tan jodidamente oportuno? Incluso sin estar presente lo es. Siempre tan perfecto ¿Por qué cojones no se rinde?

Y ese odioso pensamiento vuelve a mi cabeza, más en este momento, Úrsula se encarga de recordármelo.

*«Eric es demasiado bueno para ti y lo sabes.»*

Y qué puedo decir después de lo que acaba de ocurrir. ¿Acaso Úrsula no tiene razón?, ¿acaso Eric no se merece algo mejor que yo? Con todo lo que ha pasado en su vida... yo no soy su mejor opción. Nunca lo he sido.

Un llanto de lo más profundo de mi ser me abandona hasta un punto cercano a la asfixia. Doloroso y sin consuelo.

Porque madre mía, qué fácil me resulta joderme la vida.

—¿Ariel?

—Hola, mamá. ¿Estás... estabas durmiendo?

—Estaba viendo la tele. —Efectivamente el sonido de algún programa desaparece al instante, como si lo hubiera silenciado—. ¿Qué sucede cariño?

—Yo...

Necesitaba hablar con alguien. Mi primer impulso era llamar a Sebas,

pero supongo que tengo miedo a decepcionarle. La siguiente en la lista es Sonia, pero teniendo en cuenta la estrecha relación que tienen últimamente..., Sebas se acabaría enterando antes o después. Aunque una parte de mí sabe que todo esto son solo excusas, porque es con mi madre con la que en realidad me apetecía hablar. Quizá porque necesitaba escuchar ese «todo va a salir bien», a pesar de que yo misma sea consciente de lo poco cierto que son esas palabras.

—¿Va todo bien?

—Te he mentado, mamá. No vine a Madrid por la música. —Le dije que me venía una temporada a probar suerte en la capital, no tuve el valor de contarle la verdad. Una vez más no quería preocuparla—. Estoy en un centro de rehabilitación.

Me quedo callada esperando algún tipo de reacción por su parte, pero apenas escucho su calmada respiración.

—¿No vas a decir nada?

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías? —pregunto, y según lo hago la respuesta viene clara a mi mente—. Sebas.

—El día después de que te fueras me llamó y me lo contó.

Ni siquiera estoy enfadada con él por eso, debía haberlo visto venir, nunca le ha gustado que le mienta a mi madre con respecto a este tema. Él nunca ha tenido una relación muy estrecha con sus padres y alguna que otra vez me ha dicho que le molesta ver cómo estropeo yo la mía con el único familiar que me queda. No podría estar más acertado.

—¿Estás enfadada?

—No, cariño. Te he parido y te conozco lo suficiente como para saber que siempre te ha costado hablar sobre lo que te sucede, por muy mal que estés insistes en guardártelo para ti, y forzarte a hablar sobre ello solo te apartaría más de mí. Además, sabía que terminarías contándomelo, solo necesitabas tiempo.

No sé si me molesta o me agrada que me conozca tan bien.

—Yo... no sé qué decir, mamá. Gracias, supongo.

—¿Qué ha pasado, cariño?

Todavía sentada en el suelo, media hora desde que me agachara a recoger la foto que escapó del libro, no he sido capaz de moverme del sitio, me he quedado completamente paralizada.

—No sé si esto está funcionando —confieso sin apartar la mirada de Eric y de la distancia que me separa de ese instante inmortalizado. De todo lo ocurrido desde que se tomó esa fotografía. Pensando si seguiría mirándome de la misma manera si supiera lo que ha ocurrido hace apenas un rato.

*«No puedes ser más ridícula ni aunque lo intentaras con todas tus fuerzas.»*

—Llegaste el lunes, cariño. No puedes saberlo tan temprano, todo tiene su proceso.

—¿Y si no tengo solución, mamá? ¿Y si no existe una mejor versión de mí misma?

—Existe, claro que existe. Pero nada que merezca la pena en esta vida es fácil, cariño.

—Yo no estoy tan segura. He hecho algo horrible... Creo que voy a volver, mamá.

—¡No! No lo vas a hacer —asegura con una vehemencia que jamás había escuchado salir de su boca—. Tienes miedo y quieres volver a casa porque crees que así estarás a salvo. Buscas refugiarte. Es la misma conducta que repites una y otra vez.

—Pero es que esto no va a funcionar.

No puedo decir que no tenga razón en eso de querer escapar de los problemas, aunque dicho en voz alta y por mi madre resulta más incómodo y humillante si cabe. A nadie le gusta que le digan que es una cobarde.

—Mira, Ariel, probablemente parte del problema que tienes sea culpa mía.

¿De qué demonios está hablando?

—No mamá, tú no...

—Déjame terminar, por favor. Tú me has escondido lo que te sucedía

durante mucho tiempo, porque no querías que yo sufriera, y la verdad, hija, es que yo he mirado para otro lado sabiendo lo que te sucedía durante todo ese tiempo. No lo he hecho bien y no eres la única que ha cometido errores. Así que voy a actuar como debí haberlo hecho hace ya demasiado tiempo. Vas a quedarte y vas a recuperarte. Y cariño, no te lo estoy pidiendo.

Estoy tan asombrada por esa confesión que no sé ni qué decir.

—¿Me has oído?

—Sí, te he oído. Pero de verdad, mamá, no estoy nada segura de que vaya a funcionar.

—Bienvenida a la vida, cariño, donde nada es seguro ni permanente ni mucho menos sencillo. Y donde lo único que podemos controlar son nuestras acciones.

—Solo espero no decepcionarte —reconozco, y esta vez aparto la vista de esa dichosa fotografía, me siento una arpía pronunciando esas palabras tan cerca de él, de su mirada de completa devoción y de su honesta sonrisa.

—No es a mí a quien debes temer decepcionar, tampoco podrías aunque quisieras. Preocúpate más por no decepcionarte a ti misma, Ariel.

Creo que llego demasiado tarde para eso. Hoy he terminado por coronar la cima de lo más degradante que puede hacer una persona que obviamente no se quiere una mierda. Bien es cierto que hace muchos años ya que comencé el ascenso a esa colina, y pensándolo fríamente, me parece que mucho he tardado en coronarla.

—Te quiero, cariño —se despide tras permitirme unos segundos de reflexión silenciosa.

—Y yo a ti, mamá.

—Date una oportunidad. Y no te rindas todavía.

Es ahora cuando soy consciente de que efectivamente Eric estaba en lo cierto, porque hace mucho que tiré la toalla. Antes, incluso, de no darle opción a acompañarme a este viaje, la decisión estaba tomada. Mucho antes de que empezara nuestra relación, porque de hecho, yo ya me había rendido. Hacía años que lo había hecho.

## Capítulo 22



—¿Sabes lo que es el hambre emocional, Ariel?

—Puedo intuirlo: lo que me pasa a mí.

—Devoras la vida, pero no la digieres. En cuanto algo escapa a tu control te escondes detrás del sexo o la comida para no enfrentarte a ello. Lo que haces es rechazar cómo te sientes de verdad. Una manera de no enfrentarte a todo eso que sientes.

—Sé que lo hago, pero no me siento capaz de evitarlo, no sé cómo lidiar con ello, me sobrepasa.

—No sé si alguna vez has pensado en lo irónico de ese comportamiento.

—¿A qué te refieres?

—Te conviertes en alguien violentamente destructiva. Más agresiva incluso que toda esa gente que ha pasado por tu vida y que te ha hecho tanto daño. ¿Eres consciente de eso?

—Supongo que sí.

—¿Y cómo te hace sentir?

—No sé. Mal, supongo.

—¿Supones o lo sabes?

—O quizá me da igual. No lo sé.

—¿Te da igual tratarte mal?

—No pienso en ello, simplemente.

—No te enfrentas a ello, quieres decir —matiza haciendo clara referencia a sus palabras anteriores.

—No, no lo hago —reconozco al fin—. El problema es Úrsula.

—¿Úrsula?

—Vas a pensar que estoy loca...

No sabría especificar la razón, pero curiosamente Aurora, con su extrema honestidad y esa manera tan cruda de hacérmela saber es la primera terapeuta que ha conseguido que me abra como nunca antes. De hecho, es la primera vez que hablo de Úrsula en una sesión.

—Háblame de ella —me anima contemplándome con esa cálida mirada que me insta a confiar en ella.

—Úrsula es..., cómo explicarlo... Es la voz que más poder tiene en mi cabeza.

—¿Qué es lo que te dice?

—Que soy ridícula, débil, insuficiente, cobarde...

—Sé más específica —me irrumpe.

Expelo todo el aire y me revuelvo sobre el sofá tratando de encontrar una postura más cómoda. O la fuerza para expresarlo en voz alta.

—Creo que ya lo sabes —aseguro teniendo en cuenta que lo que Úrsula dice son palabras que ella misma mencionó en la primera sesión.

—Enfréntate a ello. Recuerda que no estamos aquí por mí, sino por ti, Ariel.

Una afirmación curiosa teniendo en cuenta que si he vuelto a la consulta no ha sido por mí. Si he dado el paso ha sido por mi madre, y por Sebas, que vendió su moto para que yo pudiese curarme. Esa es la conclusión a la que llegué ayer tras pasarme todo el día metida bajo las ásperas sábanas de la cama del hostel dándole vueltas a todo lo ocurrido desde que el sábado me emborrachara como una inconsciente para acostarme con el primer tío que mostró interés por mí. Y es que, por mucho que trate de esforzarme y decir que hago esto por mí, la realidad subyace. Ya dije que yo me había rendido hace

tiempo, y no es algo que haya cambiado en las últimas horas.

—Lo que Úrsula asegura es que Eric es demasiado bueno para mí y no lo merezco. Que cantar no es lo mío y que soy una idiota por creer que tengo alguna oportunidad en el mundo de la música. Que mi padre nunca me quiso porque no era lo suficientemente buena. Y que estas sesiones no van a servir de nada.

—¿Qué más?

—Me alienta cuando voy a darme un atracón, me hace saber que eso me hará sentir mejor.

—¿Te hace sentir mejor?

—Por un rato.

—¿Cómo te hacen sentir sus palabras?

—No es que me llenen de alegría precisamente, pero me ayuda a ver la realidad. Una que yo creo me niego a ver en ocasiones.

—¿Dirías que, en cierta manera, aprecias lo que te dice? Con sinceridad, Ariel.

Mi primer impulso es gritar un «no» rotundo, pero pensándolo detenidamente...

—Sé que es extraño pero, aunque siempre pienso que la odio..., en realidad, no lo hago. Al fin y al cabo, siempre está conmigo, en lo bueno y en lo malo. Jodiendo, pero ahí está.

—Y debes quererla.

—¿A qué te refieres?

No sé si me sorprende más que yo haya reconocido que la aprecio o que Aurora me diga que, de hecho, debo quererla.

—Úrsula representa la parte instintiva de tu naturaleza, esa que trata de mantenerte protegida. Es lo que llamamos «miedo». Y todos tenemos esa voz, tú le has puesto nombre y no es malo, de ese modo puedes distinguirla mejor y así diseccionar lo que es útil de lo que no. Úrsula tiene una función aquí dentro, Ariel —asegura señalando con un dedo su propia sien.

—¿Qué función? ¿Dar por culo?

—Mantenerte en una confortable zona de confort. Esa voz a la que tú llamas Úrsula, no es más que tu propio instinto de supervivencia. Algo que todos tenemos.

—¿Tú también la tienes?

—Ajá —afirma asintiendo levemente—. Lo que necesitas es empezar a escucharla de un modo distinto, alíate con ella para sacar lo que vale la pena de lo que no.

—Creo que no hablamos de la misma Úrsula. —No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Dale las gracias. De algún modo lo que quiere es lo mejor para ti.

—¿Y cómo se supone que tengo que hacer eso? —inquiero arrugando la nariz.

—Cojamos una de esas cosas que te dice, por ejemplo, que no eres buena cantante. Lo que ella hace es mantenerte en la zona de comodidad, libre de dolor, si logra convencerte no te expondrás frente a nadie y, por lo tanto, evitarás sufrir en el caso de que las cosas no salgan como esperas. Puedes empezar por darle las gracias y un abrazo.

—¿Un abrazo? —repito incrédula.

—Eso es. Ahora que eres consciente estoy segura de que poco a poco serás capaz de discernir mejor las razones que le llevan a decirte esas cosas. Porque como te he dicho, tiene una razón, ella no está ahí porque sí, y ni mucho menos estás loca. Cada vez que te hable trata de descubrir de qué está tratando de protegerte, y después, simplemente dale las gracias por su aportación.

—Bien, le doy las gracias ¿y después? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Enfrentarte a eso que le ha dado oportunidad para opinar. Esto que te digo, además, te ayudará a actuar de una forma más reflexiva y a no dejarte llevar por los impulsos. Lo que a su vez conseguirá que la voz de Úrsula no suene tan alto, lo que te ayudará a adquirir más poder sobre ella. Le demostrarás que puedes hacer las cosas de otra manera, y que además funciona. Que tomas en cuenta su opinión, pero que la última decisión es tuya. Y nunca dejes de darle las gracias, porque ella es parte de ti, pero solo es eso, una parte. Una pequeña porción.

—Tiene sentido.

—¿Lo harás?

—¿Abrazar a Úrsula?

—Y quererte más de lo que lo haces.

—Son cosas distintas.

—Son exactamente lo mismo.

Una de las cosas que he descubierto de Aurora es que le gusta mucho jugar con los silencios, como ahora, permitiendo instalarse entre nosotras elocuentes espacios de tiempo que me permitan asimilar sus palabras y el peso que estas traen.

—¿Qué te hace feliz? —Vuelve a la carga con una pregunta que se aleja bastante de lo que estábamos hablando, lo que logra pillarme desprevenida—. Algo que hagas que sabes que siempre te hace sentir a gusto, tranquila... y que no implique a nadie más.

—Supongo que el surf, y la música.

Se instala un nuevo silencio, pero en esta ocasión no es intencionado, sus esbeltos dedos tamborileando sobre su muslo y su mirada perdida en algún punto tras de mí, son claro indicio de que hay algo que está sopesando.

—¡Vamos! —exclama poniéndose en pie de un salto.

—¿Adónde? —pregunto estupefacta ante ese repentino arranque viéndola ponerse el abrigo de un certero y elegante movimiento ya junto a la puerta.

—A hacerte feliz, al menos por un rato.

—¿Qué quieres tomar?

Opto por algo libre de alcohol, el sábado bebí para todo un año y creo que aún hoy me dura la resaca; además de las consecuencias, que son como un zumbido penetrante en el fondo de mi cabeza.

—Una Coca-Cola, por favor.

—¡Pues que sean dos! —exclama al camarero, que no puede evitar mirarla con cierta admiración.

Y no le culpo, porque Aurora es espectacular. Su abundante melena rubia, sus solemnes ojos oscuros y el lunar que tiene situado bajo su ojo derecho le aportan fuerza y personalidad. Vestida con un conjunto elegante y sofisticado, o quizá es ella la que hace que se vea de esa manera: falda lápiz y cinturón de piel en color marrón, conjuntado con un suéter de manga corta y cuello de pico en un bonito azul marino; y para rematar, unos buenos zapatos de tacón en color hueso. No es la clase de mujer que pase desapercibida, eso está claro. Y por lo poco que la conozco, tampoco tiene pinta de ser alguien que se deje manejar por cualquiera.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta pasándome el vaso de cola.

—Que aún me sorprende que sea un lunes a las nueve de la noche. La única música que puedes encontrar un lunes a esta hora en Tenerife es la que sale de los altavoces de una gasolinera.

—Esto es Madrid, y aquí todo es posible —arguye con una cálida sonrisa asomando en sus labios.

Aurora me ha traído al Intruso, un bar situado frente al antiguo mercado de Fuencarral en el que, por lo visto y según me ha contado, todos los días de la semana hay música en directo y, los lunes como hoy, toca *Freestyle Jam session*.

—¿Habías venido antes? —me intereso oteando el lugar, un local no demasiado grande, con ese algo que lo hace especial.

—Sí, solía venir a menudo, me gusta mucho la música en directo.

Cogemos nuestras bebidas y nos acercamos al escenario, en donde una banda liderada por una pelirroja de pelo muy corto y rizado, improvisa algo así como una *intro* antes de que la cantante se dirija al público con unas palabras. Tras ella, en la pared del fondo, la palabra «Intruso» en neón rojo brilla llameante.

—Bienvenidos a todos al Intruso, somos Groovin' Santa y este es vuestro escenario. Así que los que queráis subir estáis invitados, aquí no hay repertorio, no hay temas, es todo improvisado, como lo que acabamos de hacer. O sea, que podéis subir desde ya. Tenéis micros, teclas, podéis usar lo que queráis; menos el viento, que Arturo es un poquito escrupuloso —dice girándose para mirar al saxofonista de espesa barba y gruesas gafas de pasta que, tras ella, sonrío divertido—; es broma. Podéis bailar, podéis cantar,

podéis rapear, podéis hacer lo que os dé la gana aquí...

Antes incluso de que termine su discurso un par de personas suben al escenario ocupando los puestos en el teclado y la guitarra. Deduzco que no es la primera vez que lo hacen.

Instantáneamente me vienen a la mente Sebas, Darío, Roland, Mateo e incluso Caleb. Un pequeño cosquilleo en la boca del estómago despierta en mí: el recuerdo de algo que nunca más volverá a repetirse.

Me giro para mirar a Aurora, que para mi sorpresa (o no) tienes sus ojos clavados en mí de forma bastante... elocuente. Sé lo que está pensando.

—Oh, no. No, no, no —énfasis entrando casi en pánico acompañando la cabeza en la rotunda negativa— No. No pienso salir ahí, jamás he improvisado, y menos delante de tanta gente. Estás loca si de verdad piensas que voy a salir...

—¿Eres tú la que habla? —me interrumpe sin dejar de mirarme, poco antes de llevarse la copa a los labios para darle un pequeño sorbo.

Ok. Mensaje captado.

—¿Así que esto es algo así como una prueba?

—Prefiero que te lo tomes como un ejercicio de calentamiento antes de salir a jugar el gran partido. —Pongo los ojos en blanco—. Tan solo escucha lo que Úrsula tiene que decir al respecto, pero no olvides tener en cuenta también tu opinión. No le permitas a ella tomar la decisión.

Asiento centrando de nuevo mi atención en el escenario. Concretamente en los dos tipos que no han tenido que pensárselo demasiado cuando se les ha dado la oportunidad de, básicamente, ser ellos mismos. A ellos se le une un tercero, que por lo que parece... sí, lleva su propia harmónica. Y mientras prueban con algunas improvisaciones, mis pensamientos divagan saltando de un lado a otro, imitando la forma en la que lo hace la música: desde Úrsula, hasta mi madre pasando, como no, por Eric.

—Tenías razón —confieso sin apartar la vista del llameante neón, y lo suficientemente alto como para que Aurora pueda oírme sin problema. Y es que la música no está demasiado elevada, lo suficiente alta para poder disfrutar de la improvisación, y lo necesario para poder mantener una conversación sin tener que hacerlo a berridos—. Busco la aprobación de los

hombres. Y también considero a Eric demasiado bueno para mí. Más ahora.

Me giro al decir esto último.

—Eso no te hace peor persona, te hace humana, Ariel.

Sus palabras traen la imagen de Sebas a mi mente, ya que él solía decirme exactamente esa misma frase.

—El sábado, con todo lo de la primera sesión dándome vueltas y, bueno, simplemente porque sí, terminé haciendo algo... —Hago una pausa sacando la fuerza para decirlo en voz alta—. Entré en un bar, bebí lo necesario para poder hacerlo y me acosté en el baño del bar con el primer tío que puso interés en mí.

Mis ojos escrutan con detenimiento el impassible rostro de Aurora en busca de cualquier gesto, mueca o movimiento, que me dé una pista de lo que piensa, o que me diga al menos si me juzga por ello tanto como yo lo hago.

—¿Por qué crees que lo hiciste? —Nada en su rostro desvela lo que de verdad opina al respecto.

—Estaba enfadada.

—Estabas enfadada conmigo. —No es una pregunta, pero contesto como si lo fuera.

—Sí. No. No lo sé, es solo que..., ni siquiera lo sé con certeza. Y es que esa es la verdadera razón por la que hago esas cosas: no quiero averiguar qué me lleva a hacerlas. No quiero tener que lidiar con ello, porque no tengo ni idea de qué manera se supone que debo manejar ese tipo de emociones. Y ahora... Ahora me siento peor que antes de entrar en ese bar, porque no sé si Eric y yo estamos juntos, pero aunque la respuesta fuese negativa, le he engañado. La he cagado. Y yo no quiero perderle. Pero siento como si ya lo hubiese hecho.

No puedo negar que hacer este tipo de confesiones sobre un suave manto de música dispar, pero de ritmo sostenido, logra que me resulte mucho más fácil abrirme. La música consigue eso de mí. Y, sorprendentemente, no he derramado ni una lágrima, ni siquiera he sentido la necesidad, ni me he visto obligada a mantenerlas a raya, porque a pesar de la tristeza que siento al pensar sobre ello, el sentimiento de impotencia y el de rabia son mucho más dominantes que cualquier otro que pueda hallarse bajo este.

—Me alegra que hables sobre ello, es bueno que lo hagas, que expreses lo que sientes. Es un buen camino para comenzar.

—Quiero cambiar, de verdad que sí.

Me sorprendo a mí misma, por vez primera, con una real intención de dar este paso sin que tenga nada que ver con mi madre o con Sebas.

—Me alegra escucharte decir eso. ¿Sabes, Ariel? La realidad es que no cambiamos hasta que no nos duele lo suficiente. A pesar de que probablemente ha habido muchas ocasiones en las que seguro has dicho «ya no puedo más», siempre hay una que te dolerá lo suficiente para cambiar. Y atisbo a ver que ha llegado *ese* momento.

—Pues creo que nunca me había dolido tanto alcanzar ese punto. Y he estado en esta situación demasiadas veces, tantas, que no podría contarlas ni con los dedos de mis dos manos.

Aurora asiente, sonrío y regresa su atención al concierto que tenemos frente a nosotras. No añade nada más. Al parecer, está todo dicho. Al menos por el momento.

Imito su actitud clavando la vista en un chico, que no sé en qué momento ha subido al escenario. Alto, desgarrado y de actitud segura y confiada sujeta el micro con la mano izquierda y comienza a rapear en un francés de lo más fluido, captando rápidamente la atención de toda la sala gracias a su habilidad con las palabras.

El corazón se me acelera, la piel se me eriza y un conocido cosquilleo despierta en la boca de mi estómago. Casi había olvidado lo que la música provoca en mí, una emoción muy cercana a la de estar enamorada. ¿Cómo he podido dejar que eso ocurra? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo, un prestigioso productor musical de lo más maleducado tiene mucho que ver. Pero por mucho que yo me empeñe en apartar la música de mí, está ahí, porque es parte de mí, y eso es algo que no va a cambiar nunca. No me queda más que reconocer que echo de menos cantar, tanto como echo de menos a Eric.

—Nunca había visto sonreír tanto a nadie en la segunda sesión —murmura Aurora en cuanto termino de aplaudir enérgicamente—. ¿Qué te parecería retomar la música?

La amplia sonrisa que mantenía en mi cara desaparece al instante. Y no, no

ha sido por sus palabras, más bien por un pensamiento que ha cruzado mi mente.

—¿Te he decepcionado? Al no salir a cantar, quiero decir.

—La pregunta no se la estás haciendo a la persona correcta. No es a mí a quien deberías temer decepcionar, Ariel. Sino a ti. Comienza a escogerte a ti misma por encima de lo demás. Te aseguro que cuando empieces a hacerlo las cosas empezarán a cambiar.

Por alguna razón que desconozco, la creo.

La sonrisa regresa a mis labios y un atisbo de esperanza calienta mi cuerpo.

Acerco mi vaso al suyo para añadir, mientras golpeo suavemente ambos cristales:

—Por los cambios.

—Por ti.

# Marzo

Ten paciencia y confía en que la encontrarás, pero solo cuando ella  
esté preparada.

*Dios vuelve en una Harley*

JOAN BRADY

## Capítulo 23



Hola, cómo estás?

Gracias por el libro, la verdad que aún no lo he empezado

Ya llevo un mes aquí y... Pienso en ti

Constantemente

Te echo de menos. Mucho

Ojalá estuvieses aquí

Ojalá te hubiese dejado acompañarme

Ojalá no me hubieses hecho caso

Odio cómo te fuiste de mi casa

Me arrepiento

Piensas en mí?

Me echas de menos?

—¡No eres más patética ni entrenando! —exclamo golpeando con el dedo la flechita que me permite borrar el ridículo mensaje que, obviamente, no voy a mandarle a Eric jamás.

Todos los días me paso cerca de hora u hora y media, según el nivel de obsesión con el que me haya despertado ese día, con el teléfono en la mano escribiendo estupideces que, gracias a Dios, al final nunca envío.

Llevo un mes en Madrid y no sé absolutamente nada de él, desde que se

marchó de mi casa con un soberano cabreo. No se ha puesto en contacto conmigo de ningún modo, pero bueno, así es como quería que fuera ¿no? Si no, solo tenía que haberle dejado acompañarme. Él quería hacerlo. El problema es que yo no quería que lo hiciera. No me parecía buena idea y ahora no recuerdo ni el por qué.

Todos los mensajes que he escrito estos días los he terminado borrando, porque me hacían sentir como una estafadora. Escribirle como si nada después de lo que hice es ruin cuanto menos, por no decir algo más... grosero. Cuando en realidad, Eric solo necesita saber una cosa, y es que le he engañado.

La he cagado y no hay vuelta atrás

Ojalá pudieras perdonarme

Ojalá pudiera perdonarme a mí por haberlo estropeado todo

Dos veces

Lo borro.

Claramente no tengo el valor para decírselo, y verlo escrito hace que sea real. Jodidamente real.

No estoy preparada para hablar con él, porque sí, podría llamarle, pero si escucho su voz estaría perdida. Además, ¿y si no me coge el teléfono?

Mi conclusión de hoy es que si quiere algo que sea él el que se ponga en contacto conmigo. Porque algo quiere, ¿no? O, al menos, algo espera. ¿Por qué si no dejó el libro? ¿Y la foto?, ¿y lo que ponía en ella? Decía que no iba a rendirse.

¡Joder! Como siempre, Eric soltando miguitas de pan que no sé hacia dónde se supone que llevan. Es como un maldito asesino en serie, dejando pistas que no llevan a ningún lado y, que lo único que consiguen, es que todo se vuelva más complejo y siniestro. Lo reconozco, no es una comparación muy acertada, pero es que su manera de actuar siembra en mí una aterradora incertidumbre, porque nunca se sabe cuándo y cómo va a volver a actuar. Es odiosa esa ambigüedad con la que juega y a la que me empuja a enfrentarme me guste o no.

¡A la mierda! Me largo, necesito salir de estas cuatro paredes antes de que me vuelva loca. El frío aire de Madrid en la cara es lo que necesito. Pero antes... llevo varios días queriendo hacer esto.

Cojo el libro de la discordia, el que me regaló Eric, y con clara intención de darle un uso mucho más útil, calzo la mesa escritorio que hay junto a la puerta del baño y que desde que llegué me percaté de que cojeaba.

—¡Hecho! —exclamo con las palmas de las manos contra las caderas admirando mi «obra» con orgullo.

Una manera simbólica de apartar a Eric a un lado y de solucionar un problema con una mesa inestable.

Me dirijo al salón donde encuentro tirado sobre el respaldo del sofá el bolso y el abrigo, ese que me compré nada más llegar y que no me he quitado de encima. La temperatura no ha variado mucho en estas dos últimas semanas. Lo bueno es que son las doce y el día parece despejado, así que este paseo espontáneo igual resulta hasta agradable.

Llaves, cartera, móvil... ¡listo!

Una de las cosas que he cambiado desde que «vivo» en Madrid, bueno, en realidad no sé por qué lo entrecomillo, porque sí que estoy viviendo en esta ciudad, por muy raro que se me haga. Repito. Una de las cosas que he cambiado desde que vivo en Madrid, y especialmente desde que me mudé a la casa de Bella (era mi mejor opción y la que más se ajustaba a mi bolsillo), es que ahora siempre compruebo que tengo las llaves antes de salir: no me fío de dejar una copia bajo el felpudo. Además, no me apetece tener que estar molestando a Bella o Emma, para decirles que me he dejado las llaves dentro de casa. Deduzco que tienen mejores cosas que hacer, que socorrer a la reina del despiste. O séase a mí.

Ya en la calle echo a andar sin rumbo fijo, con la esperanza de que el barullo de la ciudad logre apaciguar el de mi cabeza. Teniendo en cuenta que la sesión de hoy con Aurora no es hasta las cinco, tengo tiempo de sobra para perderme por Madrid callejeando.

—¿Ariel?

Escucho una conocida voz de mujer llamarme, nada más abandonar un

pequeño bar en el que me he parado a tomar algo, tras mi pequeña incursión turística de hora y media. Sé de quién se trata antes de girarme y comprobar lo que ya temía. Una asombrada y sonriente Yaiza que no tarda en rodearme con sus brazos.

¡Joder! Ya es casualidad y grande Madrid, para que ella y yo nos encontremos entre sus calles.

—¿Cómo estás? ¡Qué alegría verte! Ay, perdona —se disculpa dirigiéndose a la mujer alta y grande que le acompaña—. Ella es Ariel, una amiga de Tenerife; Bárbara, mi compañera de trabajo.

—Encantada —añade esta tras tener que agacharse sobre sus buenos tacones y su metro ochenta para darme dos rápidos besos.

—Igualmente.

—Voy a ir subiendo —anuncia Bárbara dándole una última calada a su cigarro antes de aplastarlo con una de sus botas.

—Claro, yo voy ahora.

—Siento no haberte llamado —le digo en cuanto vuelve a poner la atención en mí.

—No te preocupes. ¿Cómo va todo?

—Está siendo complicado —confieso.

En realidad, no sé si conoce las razones que me han traído a la capital, teniendo en cuenta que yo no he tenido la oportunidad de contárselo, no obstante, Eric y ella tienen una relación muy estrecha, y por su respuesta, intuyo que sabe de qué va el asunto.

—No tienes que darme explicaciones, Ariel.

Tampoco es que me moleste que Eric le haya dicho la verdad.

—Pero quiero dártelas.

—De verdad, Ariel, no pasa nada. Lo entiendo.

Su honesta amabilidad hace que me sienta peor por no haberme puesto en contacto con ella. Me mandó un mensaje al poco de llegar a Madrid diciéndome que tenía muchas ganas de verme y que la llamara para vernos. Le contesté al mensaje, pero no la llamé. Y es que adaptarme ha sido complicado,

más con esas sesiones que no están siendo precisamente un camino de rosas: aún tengo mucho trabajo que hacer conmigo misma. Y qué puedo decir, es duro, pero estoy decidida a intentarlo; tal como le dije a Aurora, tal como se lo prometí a mi madre. A esto hay que sumarle el fuerte sentimiento de morriña que me embarga cuando me meto en la cama cada noche. Echo de menos Tenerife, estar en casa, el surf, la música (que sigo sin retomar) y a toda mi gente. Sin olvidar que haberme acostado con aquel tío, como la inconsciente que soy, no ayuda una mierda. Como que no he tenido yo muchas ganas de verla, está demasiado relacionada con Eric y... sencillamente, no estoy preparada. Terminaría preguntándole por él, me conozco, no soy tan fuerte y ese entendimiento con Úrsula por el que aboga Aurora va a llevar su tiempo. Y si hay algo que tengo claro, es que tener noticias de Eric en este momento no sería una ayuda en ningún sentido. Así que, no. Quedar con Yaiza nunca ha sido una opción.

—¿Cómo está Berto? —me intereso tratando quizá, de desviar un poco el tema.

—Muy bien, ayer mismo estuvo con Eric.

—¿Con Eric? ¿Está en Madrid? —Ni siquiera puedo ocultar mi asombro.

—Sí, lo siento, pensé que lo sabías. —Obviamente por mi reacción es fácil deducir que no tenía ni puta idea—. Ha estado unos días por...

—Yaiza —la interrumpo negando con la cabeza—, prefiero no saberlo. Déjalo, por favor.

—Bueno, creo que voy a volver. —Claramente lo hace más por huir de la situación (es consciente de que ha metido la pata), que porque realmente tenga que irse. Estas cosas se notan—. Y ya sabes, si te apetece que nos veamos un día. Si necesitas hablar... Bueno, eso. Dame un toque. Sin compromiso, Ariel.

—Vale, gracias.

—Me ha encantado verte.

—A mí también.

Me hubiese gustado más no haberme enterado de que Eric ha estado en Madrid, pero igualmente no puedo negar que me ha alegrado verla, porque, a pesar del momento de mierda por el que estoy pasando, me cae bien, muy bien de hecho.

Viendo cómo se aleja para meterse en un edificio de oficinas en mi cabeza suena como banda sonora, el mismo desagradable pitido que hace una olla exprés en pleno auge.

Eric ha estado en Madrid.

Eric ha estado aquí y no me ha llamado. Ni siquiera me ha mandado un mensaje. ¡Un puto mensaje!

Echo andar calle arriba a paso ligero, ahora mismo no sé dónde narices me encuentro y menos todavía hacia dónde me dirijo, pero lo único que quiero es alejarme y de paso, tratar de deshacer la ansiedad que esa confesión ha despertado en mí.

*«Fíjate, ya no tienes que preocuparte por haberte acostado con aquel tío del bar. Está claro que para Eric ya eres historia.»*

¿De verdad ha estado aquí? ¿En Madrid?

*«¡Mira que eres pesada! ¿Qué quieres, tatuártelo? ¡Sí, ha estado aquí, en Madrid! Ya lo has oído. Y no le ha dado la gana llamarte. ¿Qué parte no entiendes, niña?»*

*«Nada, no entiendo nada.»*

Justo cuando estoy a punto de mandar a Úrsula a ese lugar al que la despacho siempre (sí, a la mierda, vamos), las palabras de Aurora destellan en mi mente como el neón de aquel local al que me llevó a escuchar música en directo. «Enfréntate a eso que le ha dado la oportunidad a Úrsula para opinar. Le demostrarás que puedes hacer las cosas de otra manera y que, además, funciona. Que tomas en cuenta su opinión, pero que la última decisión es tuya. Y nunca dejes de darle las gracias, porque ella es parte de ti, pero solo es eso, una parte. Una pequeña porción.»

Está bien. Según Aurora, Úrsula en realidad lo que quiere es protegerme. Y me dice esas cosas de Eric..., porque si es cierto que pasa de mí, eso supondría que no quiere estar conmigo, por lo tanto, yo ya no tendría que enfrentarme a decirle la verdad, que al final es lo que más me aterra. Y la realidad es que no tengo toda la información al respecto, puede que este viaje tuviese que ver con la venta de la casa, por ejemplo, y haya sido algo exprés y de última hora. ¡Claro, es eso! Seguro que se trata de eso.

O no. ¿Y si de verdad soy historia para Eric? ¿De verdad ya no significo

nada para él?

*«Claro que eres historia. ¿Por qué si no, iba a venir a Madrid y no se molestaría en llamarte? Aunque hubiese venido tres miserables horas, lo normal habría sido ponerse en contacto contigo, ¿no crees? Olvídate de él.»*

*«Pero no piensa rendirse, lo decía en la foto.»*

¡Joder! Esto es muy difícil. ¿No sé qué narices pensar? Hay demasiado ruido en mi cabeza y los nervios en mi estómago no ayudan una mierda.

*«Olvídate de él y centrémonos mejor en una manera real de hacerlo. Puedo sentir tu ansiedad y la urgente necesidad de deshacerte de todo esto que te aflige. Incluso la fuerza que empleas para no pensar en él. Es demasiado intenso. Todavía tienes tiempo antes de la sesión. Para en cualquier supermercado, haremos que el dolor desaparezca. Te lo prometo. Eric no está aquí, niña, pero yo sí, y eso lo sabes.»*

## Capítulo 24



—¿Quieres que te lo suba yo?

—No, de ninguna manera. Demasiado estás haciendo ya. Tengo que aprender a hacer esto por mí misma. Suficiente que me has ayudado y convencido para que me abra una cuenta de Twitter, otra de Instagram y bueno, también la de YouTube, que era la única que realmente me importaba. Además, me has editado el vídeo.

Ciertamente no había nadie mejor, para echarme una mano con todo esto, que Darío.

—No me cuesta nada, y sabes que lo hago encantado. De hecho, estoy muy contento de que te hayas decidido a dar este paso. Y por supuesto, que retomes la música. Nunca debiste dejarla.

—Bueno, aún no estoy muy convencida de que vaya a ser algo permanente. Al igual, mañana me arrepiento y lo borro.

—No te adelantes a los acontecimientos... —me riñe—. ¿Ya has decidido el nombre que le vas a dar al canal?

—He pensado en «Cantos de una sirena». Lleva algo del grupo, pero al mismo tiempo habla de mí. ¿Qué te parece?

—Que me encanta. ¿Y la foto? ¿Te vas a quedar con la que hemos puesto para todas las redes?

—Sí.

—Me parece perfecto.

La imagen que he elegido como foto de perfil es una que me hizo Eric al poco de regalarme la cámara de fotos. Se trata de un primer plano sobre fondo negro en la que salgo con el pelo recogido sacando la lengua en una mueca divertida y desenfadada. Me gusta la idea de mostrar esa parte de mí; aunque en este instante exacto de mi vida no sea algo que saque a relucir demasiado. Por no decir nada.

—¿Seguro que no quieres que te ayude a subir el vídeo?

—No, en serio. Me he visto un par de tutoriales y no parece muy complicado. En cuanto esté listo te mando el enlace.

—Estoy muy orgulloso de ti, Ariel. Y no solo por esto, que sé cuánto te cuesta dar este paso, es por todo lo que estás haciendo. Sé que vas a conseguirlo.

—¿El qué voy a conseguir? —me burlo tratando de quitarle hierro al asunto, porque obviamente sé a lo que se refiere, y esa confianza plena que todo el mundo parece mostrar en mí, en vez de hacerme sentir bien, provoca el efecto contrario.

—Todo lo que te propongas.

—Gracias, eres un buen amigo.

Escucho un carraspeo al otro lado de la línea: mucha emoción se ha acumulado en unos segundos en esta llamada.

—Cualquier cosa que necesites llámame.

—Sabes que sí —aseguro.

—Adiós, pelirroja.

—Adiós. ¡Por cierto! Si ves a alguno de los chicos diles que me acuerdo mucho de ellos.

—Lo haré.

Seguro que os estaréis preguntando cómo he llegado a la decisión de retomar la música y, además, a hacerlo abriéndome un canal en YouTube. Ni yo misma lo hubiese creído hace unos meses, sencillamente ha sido algo que poco a poco ha ido tomando forma sin que apenas me haya dado cuenta de

ello; aunque quizá el momento clave fuera cuando estuve a punto de darme un atracón tras descubrir que Eric había estado en Madrid y no se había puesto en contacto conmigo. Ese día me di cuenta de varias cosas: una, estoy mucho tiempo sola y dos, que si no quiero recaer en los malos hábitos tengo que hacer algo de provecho con mi vida. Algo, que ya de paso, me ayude a canalizar esos momentos de bajón. No hay posibilidad de hacer surf aquí, así que no me queda otra que aferrarme a la música que, por otro lado, es una de las cosas que ha sido una constante a lo largo de mi vida, que me calma. Esta decisión me ayuda a matar dos pájaros de un tiro: enfrentarme a mis inseguridades y tener a mano un buen canalizador de emociones para los momentos de debilidad.

A Madrid me traje el portátil, la guitarra (a pesar de que llevo un largo tiempo sin tocarla) y la cámara de fotos. Así que, uno más uno más uno es igual a: momento idóneo para lanzarme al mundo y abrirme un canal en YouTube. Y tengo que reconocer que tal exposición acojona. Pero más me aterrera una vida en la que lo único a lo que aferrarme sea vomitar a escondidas o acostarme con un desconocido para desviar la atención de mi jodida cabeza, para la que, además, necesito beber hasta alcanzar el borde de la inconsciencia. Eso, sin duda, es mucho más escalofriante.

Tomar esta decisión no ha sido nada fácil, y encontrarme con una decena de vídeos y fotos con Eric en pleno sumun de felicidad de nuestra relación en la cámara que me regaló, no me lo ha puesto mucho más fácil. No obstante, ya está hecho y el primer vídeo de mi canal está colgado en la red.

En el rato que ha tardado este en subirse, he aprovechado para llamar a Sonia y a Sebas. La conversación con ambos ha sido... rara. Demasiado condescendientes. Y en Sonia hasta lo podría entender en cierta manera, pero en ¿Sebas? No es la clase de persona que le baile el agua a nadie, ni siquiera a mí. Y no solo eso, también parecía algo distante. Igual esa complacencia se debe a que saben que no estoy pasando por un buen momento, pero aun así... continúa pareciéndome extraño ese comportamiento. Me mosquea, y una parte de mí cree que hay algo que me están ocultando. Les he preguntado a los dos directamente, pero no han soltado prenda. Finalmente he optado por quedarme con esa afirmación tajante de que todo va bien, si ellos aseguran que no pasa nada, pues... no pasa nada. No voy a estar comiéndome la cabeza y montándome películas. ¡Vamos, estoy yo para añadir más preocupaciones a mi vida en este momento!

Cargo mi página de YouTube «Cantos de una sirena», mientras mis dedos tamborilean sobre el teclado del portátil. Percibo cierta inquietud, un cosquilleo en el estómago muy parecido al que siento cuando me subo a un escenario.

Inicio el vídeo al fin, y en cuanto mi voz comienza a escucharse lo detengo, cierro el portátil y lo dejo a un lado sobre el colchón con el corazón acelerado.

¡Qué horror!

No puedo verme, me incomoda. Mucho.

Lo intento de nuevo. Cojo el portátil, lo abro, le doy al *play*... y de nuevo lo detengo y lo alejo de mí.

Esta vez he aguantado un par de segundos más que antes, lo justo para verme tocar los primeros acordes y entonar la primera frase de la canción. El vídeo comienza así, conmigo directamente cantando. Intenté hacer una introducción presentándome y explicando qué es lo que iba a cantar, como he visto en otros *youtubers* que se dedican a hacer *covers* en sus canales, pero terminé por eliminarla. Me sentía como una completa estúpida hablando yo sola mientras miraba al objetivo de la cámara.

Asumiendo que no voy a ser capaz de visionarme, desde el móvil copio el enlace y se lo mando a Darío, únicamente a él. A pesar de que solo existe una persona a la que de verdad me gustaría enseñarle ese vídeo. Sí, hablo de Eric. Él fue el primero en animarme a hacer esto. De hecho, mi primer instinto es coger el teléfono para contárselo personalmente. Me encantaría decirle: «¡Lo he hecho, me he abierto un canal!». Lo que daría por escuchar su voz diciéndome lo orgulloso que está de mí, que pase lo que pase estará a mi lado apoyándome, y que me quiere. Especialmente esto último. ¡Cuánto daría por escucharle pronunciar ese *miña serea* junto a mi oído! Con qué facilidad puede hacer que me sienta segura. Y eso... no es bueno de ningún modo. A ver, no me entendáis mal. Sentirse segura con alguien a quien amas es el sumun de los estados románticos, pero en mi caso, especialmente en mi caso, tan solo se trata de un lugar en el que cobijarme del mundo real. Y esa es la razón por la que, a pesar de que Eric me esté llamando en este instante, a pesar de que me muera por escucharle decirme esas cosas, no voy a contestar al teléfono.

Y es que... sí, soy débil y finalmente le he mandado a él también el enlace.

Culpable. Mientras os soltaba ese rollazo lo he hecho. Pero en el mensaje únicamente iba el enlace. Sin saludos, besos ni despedidas.

Vuelve a llamar. Y yo sigo sin contestar, porque no pienso usarle para sentirme mejor, lo he hecho porque necesitaba compartirlo con él. Solo eso.

Estoy muerta de miedo, por la exposición que supone la apertura del canal, por la soledad que siento en esta enorme ciudad, porque echo de menos mi casa, a mi madre, a mis amigos, a Flounder, a Eric. Porque no está siendo nada fácil y nunca me había enfrentado a un reto como este, pero cada vez estoy más convencida de que era necesario que fuera así. Al fin y al cabo, y pase lo que pase, en la vida estamos solos, por mucha gente que tengamos alrededor lo estamos, y somos nosotros solos los que tenemos que enfrentarnos al mundo. Está bien tener apoyo, pero mi problema es que me refugio en él, y creo que ya es hora de que me enfrente a la vida real. Yo sola. Sin que nadie me resguarde bajo su ala, ni me haga creer que todo va a salir bien, porque puede que eso no suceda. Siempre existe esa posibilidad.

Dejo el móvil en la habitación y me voy a la cocina a prepararme algo de cenar, y mientras vuelco la bolsa de ensalada en un cuenco a ritmo de *Runnin' (Lose It All)* de Naughty Boy y Beyoncé, me doy un abrazo (mental) a mí misma, y también una palmadita en la espalda (¿por qué no?). Y es que, por primera vez desde que llegué y empecé la terapia hace ya un mes, siento que he avanzado, que estoy cambiando y que hay esperanza para mí.

Hay luz al final del túnel. Es pequeñita y parece estar aún demasiado lejos, pero la veo, es muy brillante y no parece tener intención de apagarse.

## Capítulo 25



—¡Vamos, Max!

Sin necesidad de que tenga que llamarle una segunda vez, trota hasta mí tras quedarse rezagado olisqueando a un pequeño yorkshire que no hace más que gruñirle; aunque a él eso no le detiene para seguir repasando con su hocico el pequeño cuerpo del otro perro: tiene una extraña fijación con esa raza en concreto. No me preguntéis por qué.

Son las doce del mediodía de un soleado domingo en La Laguna y la calle Herradores está a tope de gente domingueando. Cada vez que atravieso este lugar no puedo evitar acordarme de Ariel y de aquella noche después del último concierto que dio el grupo. Caminamos por este mismo lugar hablando por primera vez desde que me fuera de su casa tras descubrir su problema con la comida. Y bajo la suave luz de estas farolas se enfrentó a mí con plena honestidad. Es cierto que Ariel se guarda muchas cosas para ella y a veces le cuesta abrirse, pero también es brutalmente sincera cuando tiene que serlo. Como lo fue la última vez que la vi antes de que decidiera irse a Madrid y excluirme de sus planes y su vida sin que le temblara el pulso.

Los ladridos de Max al reconocer a Darío me extraen de esos pensamientos, aunque con cierta vaguedad, como si me costara dejarlos ir. Alejarme de Ariel siempre ha sido difícil y la punzada que siento en el pecho cuando pienso en ella y en aquel día en concreto, es un permanente desde que salí de su casa con un portazo tras sus duras palabras.

Me quito las gafas de sol enganchándolas con una patilla en el cuello de la camisa, en cuanto alcanzo la mesa en la que Darío disfruta una cerveza con su teléfono móvil en la mano.

—¿Qué pasa, tío? —me saluda poniéndose en pie dándome un rápido abrazo.

—¿Cómo estás?

—Genial. ¿Una garimba? —me pregunta viendo que se acerca el camarero a tomar nota.

—Sí, por favor —le digo directamente al camarero tomando asiento frente al teclista.

—Otra para mí.

—¡Menudo ritmo llevas!

Max se echa a mi lado con la cabeza apoyada sobre sus patas delanteras, probablemente acechando a nuevos yorkshires.

—Llegas tarde —refuta.

—Cierto. Últimamente la puntualidad no es una cualidad con la que pueda deslumbrar a nadie.

—Parece que el gallego está convirtiéndose en un isleño de verdad —se burla—. ¿En serio buscas deslumbrar a alguien con ese «don»?

Lo más preocupante es que ni siquiera me importa. Todo un hito en mí.

—Deduzco que no. Y, por cierto, hay isleños de lo más puntuales. Tú, por ejemplo, que para variar has llegado antes que yo.

—Tenía que haber una primera vez.

En los últimos meses he estrechado una muy buena relación con Darío, ya cuando Ariel y yo estábamos juntos quedábamos de vez en cuando a tomar unas cervezas, y en cuanto ella se ha ido a Madrid ha sido mi única tabla de salvación en esta isla, aparte del trabajo. Ya que Jonay, desde que se ha echado novia no hay quien le vea el pelo, que me alegro por él, de verdad que sí, pero creo que hace casi dos meses que no nos vemos.

—No sé si alguien ha tenido la honestidad de decírtelo, pero tienes una pinta de mierda —arguye mi nuevo mejor amigo siempre tan directo y sincero.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—¿Estás ligando conmigo? Porque siento decepcionarte, pero no me acuesto con los novios de mis amigas.

—Es bueno saberlo.

El camarero nos trae las cervezas y yo aprovecho para darle un buen trago.

—¿Y esa barba? ¿Te la estás dejando crecer para un concurso o algo?

—¿No te gusta? —pregunto pasándome la mano por ella repetidamente.

—No.

—Te pareces a mi exmujer.

—Si no fuera por la cara de asco, creería que me habías lanzado un piropo.

—Nada que tenga que ver con ella es un halago.

—Bueno, y tras estas bonitas palabras que nos hemos dedicado, ¿qué me cuentas?

—Poca cosa, estoy hasta arriba de curro.

—Pero habías contratado ayudante nuevo, ¿no?

—Sí, y la verdad es que no tengo queja, sorprendentemente.

Vaya, sí que estoy cambiando.

—¿Entonces?

—Entonces el curro es lo único interesante en mi vida. Básicamente porque es lo único que hago.

—Quedar contigo es una fiesta, ¿eh? Así tienes esa cara de acelga, tío.

—¿Y tú qué? ¿Cómo va el estudio?

—A pleno rendimiento, no me puedo quejar.

Mientras le escucho relatarme mil y una batallitas de un grupo nuevo al que está pensando representar, mi cabeza no puede parar de darle vueltas a una cosa, y teniendo en cuenta que él es mi única fuente fiable de información... Y es que las cosas entre Sebas y yo no han mejorado mucho, veo poco viable que lleguemos a tener una relación estrecha algún día, al menos ahora está más cerca de la cordialidad que antes, pero poco más que eso. Y en cuanto a Sonia, no la conozco lo suficiente como para estar avasallándola a preguntas sobre su amiga.

En cuanto Darío termina con su larga perorata me lanzo: de cabeza, cuesta abajo y sin frenos.

—¿Cómo está? —pregunto antes de llevarme la jarra de cerveza a los labios fingiendo desinterés. No hace falta que pronuncie su nombre, ambos sabemos de sobra a quien me refiero.

Darío sonrío, con amplitud, mostrándome toda la dentadura.

—Es una tía muy valiente.

La ambigüedad y cautela en su respuesta está más que calculada. Igual que lo ha estado mi pregunta.

—Eso ya lo sé, pero no es lo que te estoy preguntando y lo sabes.

—Esto es absurdo, Eric. Si quieres saber algo más pregúntaselo a ella.

—Ya lo he intentado.

—¿Cómo es eso?

—La he llamado —confieso—. Tres veces.

—¡Vaya, debes haberte arruinado! ¡Tres llamadas en mes y medio! —exclama burlándose de mí.

—Gilipollas.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada, porque no me ha cogido el teléfono. Ni siquiera me ha devuelto la llamada.

—Bueno, ¿y qué esperabas? —arguye retrepándose en la silla metálica con la cerveza en una mano.

—¿A qué te refieres?

Con premeditada lentitud deja la jarra en la mesa antes de preguntarme:

—¿Qué tal tu viaje a Madrid?

Touché .

A eso se refería.

—No era un buen momento —me defiendo.

—Bueno, igual para ella tampoco lo es ahora —añade arqueando una ceja elocuentemente.

¿A qué se refiere...? Espera, ¡no me jodas!

—Sabe que estuve en Madrid —afirmo.

Creo que el corazón va a salirseme del pecho.

—Se encontró con Yaiza y, por lo visto, se le escapó lo de tu viaje exprés a la capital.

—¡Joder!

—Eso mismo debió pensar ella.

Le lanzo una mirada asesina imaginando al mismo tiempo diferentes maneras de asesinar a Yaiza.

—¿Qué te ha dicho?

—Me preguntó si sabía lo de tu viaje y si conocía la razón del mismo. —Abro la boca para preguntarle, pero se me adelanta: debo ser como un libro abierto en este momento—. A lo que yo respondí que no tenía ni idea.

—Gracias.

—De gracias nada. Si no se lo he dicho es porque no me corresponde a mí hacerlo. No voy a volver a mentir a mi mejor amiga, le debo más lealtad a ella que a ti, Eric.

—Tienes toda la razón, lo siento. No vas a tener que hacerlo de nuevo. Te lo prometo.

—Por supuesto que no —arguye casi ofendido.

—Mejor cambiemos de tema...

—Sí, hasta que quieras saber más cosas de ella y vuelvas a sacarlo a relucir. ¿Por qué la llamaste, Eric? Quiero decir, ¿por qué ahora?

—Me mandó el enlace del canal que se ha abierto en YouTube.

Doy por hecho que él ya está al corriente.

—Ya entiendo —dice mostrando una sarcástica sonrisa.

—¿Qué entiendes?

—Por qué no ha contestado a tus llamadas —argumenta poniéndose en pie—. Voy al servicio.

Claro que lo entiende, hasta mi sobrino lo haría. ¿Ir a Madrid y no avisarla? ¿Que se tenga que enterar por un tercero? Honestamente, quién la culparía. Un solitario mensaje con un enlace por su parte no dice absolutamente nada.

Mi teléfono comienza a vibrar y por un instante la esperanza de que pueda ser ella regresa con más fuerza que nunca. Pero no lo es.

—Dime.

—¿Cómo estás? —El tono meloso de su voz me revuelve el estómago.

—Ocupado —contesto con cierta hosquedad.

—Te echo de menos.

—Nadia, ¿quieres algo?

—¡Parece que alguien tiene un mal día!

—¿Para qué me llamas exactamente?

—Si no quieres que te llame no me cojas el teléfono, Eric.

—En eso tienes toda la razón —escupo antes de colgar cabreado conmigo mismo.

Cada vez entiendo menos mi manera de actuar.

—Ariel seguro que no era —añade Darío de vuelta del servicio.

—Mejor no preguntes.

—¿Quieres un consejo?

—Alguien me dijo una vez que tus consejos valen oro.

—Chica lista —apunta haciendo clara referencia a la única «chica» que podría haberme dicho tales palabras—. Haz algo antes de que sea demasiado tarde. Y por favor, aféitate.

—Gracias, lo haré.

—¿Las dos cosas?

—No tendrás esa suerte.

Vuelvo a poner el vídeo desde el comienzo. Probablemente más de la mitad de las visualizaciones sean mías, además del primer me gusta y el primer comentario, un « miña serea » que no fui capaz de contener la primera vez que lo vi.

Está preciosa. Sentada en una silla de madera con un vaquero y una sencilla camiseta blanca, mientras sus manos repletas de anillos se ocupan con suavidad de las cuerdas de la guitarra. Su abundante melena rojiza cubriéndole parte de la cara al tiempo que entona un desgarrador Creep de Radiohead logra que el mundo deje de girar. La manera en la que cada palabra cobra sentido cuando sale de entre sus labios: hay tanta honestidad. Un nudo en la garganta y la piel de gallina es lo que me acompaña cada vez que la escucho, da igual las veces que lo haya hecho ya. La humedad en sus ojos cuando mira a la cámara, como si nunca nadie fuera a ser testigo de esa verdad, de ese sufrimiento. Resulta casi doloroso y tan íntimo..., que cuesta escucharla sin derramar una lágrima.

But I'm a creep,

I'm a weirdo.

What the hell am I doing here?

I don't belong here.

He aquí la respuesta a mi pregunta. Esa misma que le he hecho hace un rato a Darío: Ariel no está bien. Por supuesto que no lo está.

Y yo no puedo evitar sentir que la he abandonado, porque de alguna manera lo he hecho.

## Capítulo 26



—Ah, ya estás aquí, perfecto —dice levantando la vista del montón de papeles que hay sobre su mesa en cuanto entro a la consulta—. ¿Preparada?

—¿Preparada para qué? —digo viendo como coge el bolso y se lo cuelga del hombro.

—Nos vamos al cine.

—¿Al cine?

—Eso es.

—Es la terapia más atípica de la historia —refuto saliendo mientras atravieso la puerta de nuevo para salir.

—Gracias —responde halagada con una radiante sonrisa.

Salimos del edificio en dirección a la boca de metro más cercana para coger la línea cinco y bajarnos en Acacias. Pasamos los quince minutos de trayecto hablando sobre banalidades como cine y música. Jamás había tenido una relación tan cercana con mi terapeuta. A ver, tampoco es que seamos amigas, pero desde luego no tiene nada que ver con la relación que tenía con la doctora Marín. También puede que se deba a que es casi con la única persona que me relaciono en esta ciudad.

Apenas dos minutos a pie nos separan de nuestro destino: el Artistic Metropol, un cartel de aire retro, tipo años veinte, iluminado por tres focos así nos lo hace saber. Y por la cartelera exterior concluyo que se trata de una sala en la que pasan cintas independientes, de autor y, probablemente, también

clásicos.

—¿Qué te parece?

—Que me muero de curiosidad por saber qué vamos a ver.

Entramos y mientras Aurora habla con un hombre alto, con barba y la mar de sonriente al que parece conocer bastante bien, yo aprovecho para ir al servicio. Tras hacer un pis rápido y lavarme las manos, saco el móvil del bolso y lo miro con cierta decepción. Y es que desde que le mandé el mensaje a Eric con el enlace del vídeo, no hago más que comprobar con cierta obsesión (lo reconozco) si recibo noticias de él. Nunca le contesté a las llamadas, y sigo sin pensar hacerlo, pero una parte de mí aún espera que me mande un mensaje, algo como «te echo de menos». Nada de esto tiene sentido, lo sé, pero esta es una de esas mierdas que una prefiere fingir que no hace, cuando en realidad desea con todas sus fuerzas.

Guardo el teléfono de nuevo en el bolso con ese vacío perenne que se instaló dentro de mí el día que pisé esta ciudad, y que, cuanto más tiempo pasa, menos esperanza tengo de que desaparezca.

Entro en la sala que me había indicado Aurora, sorprendiéndome al descubrir que se encuentra completamente vacía.

—No hay nadie.

—He alquilado la sala.

—¡Anda! ¿Eso se puede hacer?

—Se puede.

—Entonces, ¿vamos a ver solas la película?

—Así es. ¿Dónde quieres sentarte? —pregunta levantándose de un asiento de la primera fila en el que estaba sentada.

—¿Qué tal en el medio? —digo dirigiéndome a la fila número cinco—. ¿Y qué película es? A lo mejor la he visto.

—Puede ser, es *Wild. Alma Salvaje* en español.

—Pues no me suena la verdad.

—Sale Reese Witherspoon.

—Ni idea.

—Por cierto, es en versión original subtitulada —susurra mientras las luces comienzan a atenuarse, como si acaso sus palabras pudieran perturbar a alguien—. Y está basada en hechos reales.

—Genial.

Tengo bastante curiosidad por saber de qué trata la película, mucho interés debe de tener Aurora de que saque algo de ella para alquilar una sala de cine solo para que la vea.

Las luces no se encienden hasta que ha salido el último crédito: el cine ideal para los amantes del séptimo arte.

—¿Qué te ha parecido?

—Dura, emotiva... Pero también inspiradora —confieso aún con una sonrisa en los labios.

Para ponerlos en situación, la película cuenta la historia de Cheryl Strayed, una mujer joven (de unos *ventitmuchos* a *treintaypocos*) que decide caminar más de mil kilómetros de la Pacific Crest Trail sola, como única manera de curarse a sí misma a raíz de su divorcio, la muerte de su madre y una conducta imprudente y autodestructiva envuelta en drogas y una decadente promiscuidad.

¿Os suena de algo...? Ya, yo también lo he pillado.

—¿Qué es lo que te resulta inspirador?

—Ella, su valentía. Jamás podría hacer lo que ella ha hecho. ¿Tres meses sola, acompañada únicamente de tus propios pensamientos?

—Hay cierto paralelismo entre ambas.

—¿Cuál? —miento, claro que he visto ese paralelismo.

—Para empezar, esa búsqueda incansable de formas para huir del dolor. Eludirlo a través del sexo con desconocidos o la comida, en tu caso.

—Bueno, si es en eso, estoy de acuerdo: nos parecemos.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—El viaje.

—No creo que se parezca mucho hacer dos mil kilómetros en avión a hacer mil caminando.

—No eres consciente del valor que tienes.

—¿Por venir a Madrid?

—Por haber dado este paso, sola y por no haberte rendido.

—No encuentro ningún valor.

—Porque lo estás comparando. Deja de compararte con todo lo que te rodea, no hay nada bueno ahí.

—Valor tiene el que se enfrenta a los problemas y no rehúye de ellos usando la comida o el sexo. El que no se esconde.

—«Si tu valor te rehúye, supera tu valor» —cita Aurora una frase que se escucha al comienzo de la película.

—¿Y cómo se supone que se hace eso?

—¿Cómo se hace una obra de arte? ¿Cómo se escribe un libro? ¿Cómo se compone una canción, Ariel? No hay una fórmula mágica ¿verdad? Quiero decir, tan solo hay que ponerse a ello. Existen mil maneras de componer música, igual que existen mil maneras de enfrentarse a las cosas, tantas, como personas habitan este planeta. Ese es tu camino ahora mismo, encontrar la manera. Ella necesitó recorrer mil kilómetros para encontrar la suya.

—¿Me estás diciendo que haga el Camino de Santiago o algo así?

—Te estoy diciendo que encuentres cuál es la vía para superar tu valor.

—¿Y si no la encuentro?

—La encontrarás.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque estás aquí, ahora. Porque no te has rendido.

—Me parece que me faltan muchos «kilómetros» aún.

—No se trata del número, sino de adónde quieres llegar.

Fijo la mirada en la pantalla pensativa que, aunque ya está apagada y las luces prendidas, me embauca como si aún se estuvieran proyectando imágenes en ellas, porque las estoy viendo y escuchando ahora mismo. Me estoy viendo y escuchando ahora mismo, pero a mí.

—He vuelto a cantar, y me he abierto un canal en YouTube.

—Eso es genial, Ariel. ¿Y cómo te sientes?

—Vulnerable. Estoy muerta de miedo. Pero también estoy feliz y entusiasmada. Echaba de menos cantar. Además, estoy componiendo de nuevo.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Ser juzgada, hacer el ridículo, darme cuenta de que en realidad no valgo para cantar ... De hecho, esa fue la razón por la que le mandé a Eric el enlace del canal en un mensaje. Una parte de mí quería que lo viese y se sintiese orgulloso, oírsele decir; pero por otro lado... El pánico a verme tan expuesta me impulsó a buscar cobijo en él.

—Que seas capaz de verlo es un paso muy grande.

—Me llamó y no contesté a su llamada.

—¿Por qué?

—No estoy preparada. Creo que todavía queda mucho trabajo por hacer. Es como Cheryl, la protagonista, necesito hacer esto sola. Tal como le dije a él antes de venir. Aún me quedan muchos kilómetros que recorrer.

—Estás más cerca de lo que crees, pero efectivamente, aún queda camino por andar.

# Abril

Jamás encontrarás el amor de tu vida, pues el amor no se encuentra,  
se construye.

ERICH FROMM

## Capítulo 27



—¿Quiénes son las personas más importantes de tu vida? Y me refiero a las que tú has elegido.

—Es decir, mi madre no cuenta.

—Exacto.

—Pues todos los del grupo: Darío, Mateo, Roland...

—Cierra más el círculo.

—Sebas y Sonia, entonces.

—¿Por qué te dejas a Eric? Es una persona importante y tú la elegiste. Pasara lo que pasara entre vosotros.

—Supongo que sí.

—¿Por qué no le has nombrado?

—Porque duele.

—Entonces tenemos a Sonia, Sebas y Eric, ¿no es así? —asiento en silencio—. ¿Por qué crees que elegiste a esas personas? No hablo ahora, sino en su momento. ¿Qué es lo que han hecho para estar dentro de este grupo?

—Bueno... pues... no sé. ¿Aparecer en el momento oportuno?

Esto va claramente por Sebas.

—Dale una vuelta más.

—Porque congeniamos bien, me hacen reír, están siempre ahí cuando lo necesito...

—¿Alguno lo elegiste por su aspecto físico? ¿Únicamente por su aspecto físico? Incluyendo a Eric.

—¡Por supuesto que no! —espeto ofendida.

Esboza una sonrisa antes de preguntar:

—¿Y ellos, crees que ellos te han elegido por tu aspecto físico, por cómo te ves? ¿Te han elegido porque eres pelirroja, por tus ojos azules? ¿Quizá por tu altura? ¿O puede que por tus cejas...?

—Vale, mensaje captado.

—No, Ariel —asevera—. Me temo que aún no lo has entendido. Cuando eras pequeña y los niños se metían con tu aspecto no era porque te pasara nada físicamente. La alta exigencia de tu padre ni siquiera tiene que ver con tus valías como estudiante o como hija: los niños son crueles y tu padre sencillamente estaba acojonado. Yo no puedo convencerte de lo preciosa que eres, porque hasta que tú no lo veas nadie hará que te lo creas; y no estoy hablando de tu físico. Y que, aunque alcances el peso y el cuerpo deseado vas a continuar sintiéndote como ahora, porque el problema no reside en la talla que tienes ni en el reflejo que te devuelve el espejo, eso solo es el resultado de algo más profundo. Quiero que hagas una cosa. Habla con Sonia, con Sebas y con Eric, y pídeles que te escriban en una carta todo lo que les gusta de ti. Y luego quiero que la leas, con conciencia. Estoy segura de que lo harán encantados.

—¿Incluso a Eric?

—Bueno, eso es decisión tuya.

## Capítulo 28



Te espero en el Palacio de Cristal

11:30

Estamos en plena Semana Santa y podría perfectamente haberme ido a Tenerife, teniendo en cuenta que voy a estar sin terapia un par de días, pero honestamente no me apetecía nada. Cada vez estoy más convencida de que volver a casa ahora sería dar un enorme paso atrás. Me estoy acostumbrando a la soledad, a escuchar a Úrsula y agradecer su aportación, a superar mis miedos irracionales al rechazo y a simplemente, sentirme cómoda con la soledad. Cierto es que la música está ayudando con el proceso. Subo un vídeo al canal cada semana, el que por cierto ya cuenta con cerca de quinientos suscriptores, lo que es un montón teniendo en cuenta el poco tiempo que llevo con él. Intuyo que Darío tiene mucho que ver con ese aumento, puesto que conoce a mucha gente.

También me he animado a salir un poco más de la cueva en que se ha convertido mi nueva casa, para relacionarme con la escasa gente que conozco en esta ciudad. Como Emma, la cuñada de Bella, por ejemplo, que tiene un restaurante en la capital al que me ha invitado a comer ya un par de veces, y en donde he podido conocer, además, a su marido, un atractivo encantador de serpientes de profundos ojos azules. En serio, ese hombre es una combinación de los siete pecados capitales juntos en carne y hueso: insano, pero también muy divertido y alguien imposible de olvidar.

Otra de esas personas con la que he comenzado a verme es Yaiza, la misma con la que he quedado esta radiante mañana de martes en el parque del Retiro; aunque no entiendo muy bien la razón de quedar aquí, y más concretamente en el Palacio de Cristal, que según parece es donde está esperándome. Las cosas con ella han ido mejor de lo que esperaba y ahora, con perspectiva, me cuesta creer que estuviera tan aterrada, teniendo en cuenta que conectamos a la perfección y que eso era algo que en realidad ya sabía. Aquello que en su momento me frenó: la estrecha relación que le une a Eric, finalmente no ha afectado de ninguna manera en nuestra relación: ella ha sido precavida y yo no he sentido la necesidad de preguntarle por él. Al menos, no con la intensidad que daba por seguro iba a sentir. Simplemente nos hemos limitado a disfrutar de nuestra amistad sin sumar a terceros.

Me desabotono la cazadora subiendo la escalera que da al palacio, sintiendo mientras me acerco, el calor que se percibe dentro de esta maravilla arquitectónica: inmensas y transparentes vidrieras sostenidas por jónicas columnas de hierro coronadas por una inmensa cúpula. Sencillamente espectacular y mágico. Sí, de eso tiene mucho. He visitado este lugar unas cuantas veces desde que me vine a Madrid y no deja de sorprenderme nunca la belleza de su sencillez. Tiene algo que te hace sentir por un momento como en un cuento de hadas, en el que, además, y como banda sonora, te acompaña el canto de los pájaros de fondo.

Hago un rápido barrido con la mirada buscando a Yaiza, pero no la veo. ¡Espera! ¡¿Qué?! ¡No, no puede ser! ¡Tiene que ser una broma!

El pulso se me acelera y tengo que llevarme la mano al pecho porque el corazón va a saltarme fuera de un momento a otro. Aunque no parece nada en comparación con las mariposas que revolotean en mi estomago y el nudo que apresa mi garganta.

Dos meses sin vernos, sin hablar, sin dirigirnos una mísera palabra y... está aquí. Eric está aquí. Con las manos dentro de los bolsillos delanteros de sus vaqueros, algo más delgado: reconozco esa chaqueta verde militar y le queda más grande que nunca. Su perfecta mandíbula masculina permanece escondida por una abundante barba, y sus ojos verdes están clavados en mí con profunda seriedad.

No se mueve, casi parece imperturbable estudiando mi respuesta a su repentina aparición, esforzándose por mantener sus reacciones a un lado, sea

cuáles sean esas.

Yo, sencillamente, me he quedado paralizada, hasta que algo dentro de mí se rompe. Dejo caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, rendida, permitiendo que las lágrimas salgan a borbotones. Hasta el punto en el que mi pecho comienza subir y bajar sacudiendo todo mi cuerpo al hacerlo.

Antes de que pueda retirar el mar que inunda mis ojos para comprobar que es real y no una mala jugada de mi mente, Eric me tiene entre sus brazos, rodeándome con firmeza.

Mis manos apresan su chaqueta en dos férreos puños, mientras mi cara se hunde en su pecho aspirando entre sollozos ese olor que todo mi ser reconoce al instante como un hogar: el mío. Sabía las ganas que tenía de verle, pero jamás imaginé que fueran tan intensas.

Siento sus labios sobre mi pelo, las palmas de sus manos acariciando mi espalda y el latir de su corazón agitado bajo mi mejilla.

—Estás aquí —sollozo contra su pecho—. ¿Estás aquí? —Lo repito una segunda vez asombrada e incrédula.

Me separo lo justo para levantar la vista y colarme en esos mágicos ojos verdes que ahora me miran de forma diferente: ¿dolor, tristeza, culpabilidad?

—Estoy aquí. Estoy aquí —repito limpiando mi cara con el dorso de sus manos.

—¿Qué... qué haces aquí?

—Hoy hace un año.

—¿Un año?

Mi cerebro en este momento es como una pasa remojada. Vamos, una masa de dudosa consistencia que ha perdido cualquier función para la que fuese inicialmente creada.

—Hoy hace un año que me salvaste la vida —susurra sujetando un mechón de mi pelo entre sus dedos, mientras me contempla con vaguedad largo rato—. Voy a besarte —pronuncia al fin.

La comisura de mis labios se eleva al instante y entonces lo percibo, cómo se levanta entre nosotros y dentro de este enclave, que no puede ser más

romántico, esa burbuja en la que únicamente existimos él y yo. Eric y Ariel.

—Me ofendería si no lo hicieras —pronuncio haciendo clara referencia a esa íntima broma nuestra.

Ambos sonreímos, aunque no con la dicha que este instante se merece: una especie de barrera invisible y algo espesa nos impide hacerlo con plenitud.

—No te haces una idea de cuánto te he echado de menos —asegura antes de enmarcar mi cara entre sus manos y posar sus labios sobre los míos con cuidado.

Cierro los ojos dejándome guiar plenamente por él, por la forma en que presiona primero su boca contra la mía, tomándose el tiempo que cree conveniente antes de acariciar con su lengua mi labio inferior, casi como si estuviera pidiendo permiso. ¿Desde cuándo Eric pide permiso?

Esa pregunta golpea en mi cabeza al mismo tiempo que lo hace el recuerdo de lo sucedido hace dos meses en el baño de ese mugriento local, casi puedo escuchar la música que sonaba mientras cometía uno de los mayores errores de mi vida. Uno que me perseguirá para siempre.

Me aparto de golpe dando un paso atrás con torpeza, esquivando además su mirada.

—Ariel, ¿estás bien?

—Yo... lo siento.

No se me ocurre mucho más que decir.

—Eh... cariño, no pasa nada. Soy yo el que lo siente —añade con un dedo bajo mi barbilla invitándome a que vea la disculpa asomada a sus ojos—. Hemos estado tiempo separados, sin hablarnos siquiera. La última vez que nos vimos me fui de tu casa de malas maneras. Es todo demasiado... raro.

¡¿Raro?! ¡No hay nada de raro en todo esto! ¡Estar entre sus brazos jamás podría ser raro! ¡Su boca sobre la mía no sería raro en ningún contexto! El problema es que la he cagado.

¡Dios, ¿qué voy a hacer ahora?! No estoy preparada para esto. No puedo decírselo. No...

—Ariel, cariño.

—Necesito aire. Necesito... salir de aquí.

Me doy la vuelta esperando escapar de esta atmosfera irreal, abandonando el palacio en dirección al lago que se extiende a sus pies. La balastrada que se eleva sobre el agua verdosa es la única que detiene mi huida unos pocos pasos después. Eric no tarda en aparecer y colocarse a mi lado: lo suficientemente lejos para cederme cierto espacio, y lo comedidamente cerca para que sepa que está aquí conmigo.

Nuestras miradas se pierden en los cipreses calvos que se elevan frente a nosotros con sus fuertes troncos enterrados bajo el agua.

—Había imaginado infinidad de veces cómo sería hacer este viaje contigo —confiesa rompiendo el silencio—. Llevarte a mi restaurante vegano favorito de Madrid, perdernos por sus calles, fotografiarte en los lugares típicos como dos turistas más, compartir un día contigo y con Berto en el Parque de Atracciones... Traerte aquí y pasear cogidos de la mano, alquilar una barca...

—Lo dices como si ya no fuera posible —refuto volviéndome para mirarle—. Como si hubieras perdido la oportunidad de hacer todo eso conmigo.

—¿La he perdido, Ariel? —pregunta mirándome con unos ojos verdes cargados de dudas.

—Eres tú el que prometiste no rendirte.

—Tienes razón. Es que he hecho las cosas mal y...

—Los dos las hemos hecho —le interrumpo con cierta severidad.

—Supongo que sí.

—¿Por qué estás aquí? ¿A qué has venido? —Mis palabras están teñidas de un claro reproche.

—He venido a recordarte que efectivamente no me he rendido, y que te quiero. He venido a pedirte perdón, por...

—Este no es lugar para hablar de esto —arguyo con sequedad enfriando rápidamente el ambiente alejándome del lago. Y de él.

—¿Qué narices te pasa, Ariel? —espeta agarrándome del brazo frenando mi huida.

—Viniste a Madrid —le recrimino obligándole a soltarme de un

movimiento.

Contemplo cómo suelta todo el aire rindiéndose a lo que le toca admitir.

—Sí, vine. —Y aunque no es una pregunta, él contesta como si lo fuera.

—¿Y no sé te ocurrió decírmelo?

—Apenas estuve día y medio y...

—¿Sabes qué? En realidad, no quiero saberlo —espeto restándole importancia con un aspavento en el aire—. Siempre tienes excusas. Para todo las tienes.

—¿Qué se supone que significa eso? Eras tú la que me apartó a un lado sin importarte una mierda mi opinión, Ariel.

Veo cómo está controlándose para no montar un numerito en medio del parque, la tensión de su mandíbula le aleja bastante de ese hombre paciente y tranquilo al que conocía.

—Sí que me importaba. Siempre me ha importado, Eric. El problema es que tú sigues sin entenderlo.

—¿El qué no entiendo? Explícamelo, porque de verdad que no me estoy enterando de nada. Deja de huir de una maldita vez y dímelo. Habla conmigo, por favor —me ruega suavizando el tono de voz con esa última petición.

Nos sostenemos la mirada expandiendo un tenso silencio, tan solo irrumpido por los sonidos propios del parque.

—Te creía demasiado bueno para mí.

—¿De qué estás hablando?

—Por eso no quería que vinieras, porque siempre he creído que te mereces algo mejor que yo, aunque no he sido consciente de ello hasta hace poco. Y la verdad, Eric, es que nunca nos he dado una oportunidad. En el fondo sabía que esto entre nosotros terminaría de algún u otro modo, y al final fui yo la que acabé saboteándolo, porque ver todo lo que estabas dispuesto a hacer por mí... Venir a Madrid, dejar tu vida a un lado por mí fue... demasiado. Me aterraba esa confianza tan plena en mí, en nosotros.

—¡Mierda, Ariel! —exclama pasándose la palma de la mano por la nuca compulsivamente—. No tenía ni idea.

—Bienvenido al club. —Esbozo una sonrisa cargada de sarcasmo.

Después de tragar varias veces, devolver los brazos a su lugar a ambos lados de su cuerpo y ya de vuelta a su estado de calma natural, Eric se detiene frente a mí y parece que con algo importante que decir.

—Escúchame. —Abro la boca para decir algo, pero Eric no me da oportunidad de pronunciarme—. ¡No! En serio, Ariel. Ahora quiero que me escuches. ¡Sí! Haría cualquier cosa por ti, lo que fuera. Y no es lástima, ni compasión, ni siquiera es miedo a perderte. Lo hago porque te amo, con todas las jodidas letras. Movería el mundo por ti si fuera necesario. Y lo que dije en su momento lo mantengo, solo tienes que decirlo y me plantaré en esta ciudad sin dudarlo ni un segundo. Cuando quieras. Así que, por favor, no vuelvas a decir ni a pensar nada como eso. Y permíteme que te diga que te mereces todo el amor que siento por ti, porque te mereces lo mejor que la vida pueda darte; y puede que yo no sea tu mejor opción, pero lo que sí te puedo asegurar es que haría cualquier cosa por ti. Lo que sea. Lo que me pidas. Porque te amo —asegura cogiendo mi mano para llevarla a su pecho junto al agitado latido de su corazón, con esa demostración imposible de fingir que me mostró la primera vez que nos acostamos juntos—. No sé cómo más quieres que te lo demuestre.

—Lo sé, ahora lo sé. Y no... no tienes que hacer nada para demostrarlo.

Esta vez soy yo la que voy en busca de su abrazo rodeándole con fuerza. Me permito apartar a un lado las palabras de Úrsula y la tenaz culpabilidad por un instante, para dejarme llevar por ese pellizco de felicidad que ya ni recordaba que existía, y que solo el amor más profundo y honesto que he tenido en mi vida podría traerme.

—Te quiero.

—Lo sé —asegura solapando sus labios sobre mi sien.

Antes de que acabe este día le habré contado la verdad sobre el sexo que tuve con un desconocido cinco días después de llegar a esta ciudad. Entonces, romperé su corazón, y todo entre nosotros habrá terminado. Pero esta vez de verdad.

—Entonces, ¿nunca lo habías hecho?

—No.

—¿Ni con Nadia?

La curiosidad me mata.

—Se lo propuse alguna vez, pero nunca quiso hacerlo.

A pesar de que habla de ello como si fuera agua pasada, no puede disimular que esa clase de recuerdos aún le afectan de alguna manera. Y no me lo tomo a mal, de verdad que no. Al fin y al cabo, ella ha formado parte de su vida, bien es cierto que lo que no puedo evitar es que me moleste verle así por ella, que no es que sea mi persona favorita en el mundo precisamente.

Siempre me ha costado entender qué fue lo que vio en esa mujer, además de su obvia e indiscutible belleza. También es cierto que no soy quien para juzgar a nadie, de la misma manera él podría opinar lo mismo sobre Hugo.

—Me gusta saber que tu primera vez es conmigo —reconozco arrancándole una sonrisa que hace me despierten cosquillas en el estómago.

—¿También es tu primera vez?

—*Nop*. —Respondo esquivando su mirada. Eric arquea una ceja—. Pero es la más especial.

Eso es completamente cierto.

—Sebas, ¿verdad? —adivina, poco contento, con la idea.

—Su hermana vive aquí en Madrid y hace unos años vinimos a visitarla. Aprovechamos para hacer algo de turismo convencional, como alquilar una barca en el estanque del Retiro.

—Aún me cuesta creer que no te dieras cuenta antes de lo colado que estaba por ti.

—Bueno, me da que ya no lo está.

—¿Por qué lo dices?

—Está un poco raro, demasiado condescendiente para ser él y... feliz —confieso mientras remo—. No sé explicarlo bien, pero me huele que hay alguien y por alguna razón que desconozco no quiere contármelo.

Creo que mi voz ha sonado algo triste, lo que puede interpretarse como lo

que no es. Sencillamente me apena que con la confianza que tenemos, no tenga el valor para contármelo. No obstante, es decisión suya, y supongo que lo hará cuando se sienta preparado.

—Pues yo le noto igual que siempre —arguye encogiéndose de hombros.

—¡Ah! ¿Pero que habláis?

—Lo hemos hecho un par de veces, lo justo y necesario en realidad, no te emociones mucho. Sinceramente, no creo que nunca llegemos a tener una buena relación.

—Pero bien que te aliaste con él para convencerme de que viniera aquí.

—Me parece que ya te he dejado claro antes, que haría cualquier cosa por ti, incluso tragarme mi orgullo.

—Lo sé. Por cierto, gracias.

—No me las des. ¡Y déjame remar un poco, venga! —me pide arrebatándome las palas de madera.

Me quedo embobada contemplándole mientras nos dirige lejos de la marabunta de barcas, hacia una parte más «tranquila».

—El domingo es tu cumpleaños —apunto, tratando de abordar el tema con la delicadeza que este se merece.

Puesto que ese mismo día, además, es el aniversario de la muerte de su hermano, y la norma para él es encerrarse los días previos a la fecha para desconectar del mundo, y de la realidad.

Asiente ligeramente frunciendo los labios, pero no dice nada.

—¿Cuándo te vas?

—¿Ya me estás echando? —bromea tratando de distender el ambiente, cosa que no consigue.

—En serio, Eric.

—Mañana a primera hora tengo el vuelo de vuelta a Tenerife.

«¿Tan pronto?» pienso, pero no lo digo.

Creía que, ya que había venido hasta aquí y esta vez sí, para verme, se quedaría algo más que un mísero día. Igualmente, después de lo que le voy a

contar no es que vaya a querer quedarse mucho más tiempo que eso, lo más probable es hasta que se vaya antes, así que tema zanjado. Él ha tomado su decisión y según parece yo también he tomado la mía.

Tratando de dejar la mente en blanco por un momento, con la sencilla intención de disfrutar de los pequeños detalles, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, en dirección al cielo y al radiante sol que domina el punto más alto del día. La fuerza de sus rayos sobre la piel de mi cara, la sólida presencia de Eric, el cantar de los pájaros, el chapoteo que hacen las palas al contacto con el agua, la ausencia de ruido en mi cabeza... Un instante que, sin pretenderlo, evoca imágenes de esos ratos compartidos con el Gaviota. Inevitablemente, esbozo una sonrisa repleta de nostalgia.

—Estás distinta. —Abro un ojo en dirección a Eric esperando una explicación a esa inesperada apreciación—. Pareces más calmada.

—Pues viendo la llorera que me he echado antes no estaría yo tan seguro de eso.

—Lo estás, créeme. Lo de antes ha sido totalmente normal, incluso esperable. No es fácil lo que estás haciendo.

—No, no lo es. —Decir lo contrario sería faltar a la verdad.

Lo curioso es que él también parece diferente y no me refiero al aspecto físico (que también), lo que más llama mi atención es que extrañamente parece haber perdido esa paz que siempre rezuma, no soy capaz de percibirla. Quizá se deba a que nos acercamos a una fecha complicada para él.

—Tengo nuevo ayudante y no te lo vas a creer, pero es bueno —expone repentinamente cambiando de tema.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Me alegro de que tengas a alguien que te ayude. ¿Cómo está Max, por cierto?

—Como siempre, aunque te echa de menos.

—Y yo a él.

Entre comentarios de uno y preguntas del otro los espacios se han ido alargando mucho más de lo que es habitual entre nosotros, enrareciendo el ambiente progresivamente. Casi parecemos dos amigos poniéndose al día, que después de tanto tiempo sin vernos es cuanto menos inquietante. A mí me

encantaría lanzarme sobre él, sin embargo, la carga de lo que he hecho pesa demasiado sobre mis hombros y el remordimiento de conciencia tampoco es que sea peso pluma. Me atrevería a decir que, de hecho, es mi esfuerzo por mantener distancia entre nosotros lo que a él parece retenerle.

—¿Todavía quieres llevarme a comer a ese vegano? —pregunto rompiendo la insólita tensión—. Porque me muero de hambre.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

Con una amplia sonrisa, de esas que evocan recuerdos compartidos, erizan mi piel e incluso prenden llamas que casi creía extinguidas, se afana por remar hasta alcanzar la orilla en donde un trabajador nos espera pacientemente. Pero Eric, con una destreza asombrosa y de un salto digno de un atleta olímpico, abandona la barca con la única intención de ser él, el único que me ayude a bajarme de ella.

—Gracias —susurro frente a él y pegada a su cuerpo, que es donde tan convenientemente me ha dejado.

Paralizada, hipnotizada y completamente colgada de su mirada; de la caricia lánguida de su mano subiendo por mi brazo derecho, de cómo sus ojos devoran mi boca y de ese instante previo a un beso en que el pulso se acelera. Una alarma en mi interior, que no es Úrsula (una más cuerda que ella), me grita que abandone este barco antes de que sea demasiado tarde.

«Esto no está bien». Me reprendo a mí misma.

—¿En dónde dices que está ese restaurante? —pregunto dando un paso atrás fingiendo que su cercanía no me ha hecho suspirar y menos aún ansiar sentirle más cerca de mí.

¡Qué digo cerca! ¡Dentro de mí! De esa manera es como quiero sentirle. Ha pasado demasiado tiempo.

—En... en Malasaña —responde tras un carraspeo que parece le ha ayudado a recomponerse.

Según parece, no era yo la única afectada.

Echamos a andar uno junto al otro, él es el que sabe adonde nos dirigimos, así que sencillamente sigo sus pasos. Veo sus intenciones antes siquiera de que las tenga y a pesar de que una parte de mí quiere evitarlo consciente del

desastre que se avecina, otra, la que ama cada célula de su ser, lo permite. Dejo que me coja la mano, entrelace nuestros dedos y por si no fuera suficiente, que deposite un beso en el dorso de la mía atravesándome con la mirada.

Durante el trayecto hasta el restaurante se ha mantenido la misma tónica: mucho silencio, una presente distancia y todo ello sin soltarnos de las manos, lo que lo ha hecho todo mucho más... espeluznante. Quince minutos en metro hasta San Bernardo que han parecido quince años. Por un momento me he visto sentada en su coche, reviviendo aquella primera cita de camino al Teide.

—Superchulo.

No digo que sea «superchulo» el sitio, que de hecho lo es, es que ese es el nombre del restaurante.

—¿Qué te parece? —pregunta soltándome la mano para sujetar la puerta de acceso al local pronunciando, además, sus primeras palabras desde que abandonamos el parque del Retiro.

—Es superchulo. —Esta vez sí, me refiero al lugar.

Muy luminoso, gracias a que toda la parte derecha está cubierta por cristalerías a modo de ventanas con mesas para dos pegadas a estas, separadas unas a otras por muros hechos con chapas de aglomerado. El pasillo central lo ocupan varias mesas para cuatro, intercalando tableros de madera con cristal, y todas las sillas son modelos de exterior, de materiales como el bambú o la rafia. Plantas colgando del techo, una larga barra desde la que se puede ver la cocina y sobre la que cuelgan diferentes cacerolas de cobre a modo de decoración. Un cartel, al fondo del todo, con una bonita ilustración de la cara de una mujer con una rosa roja en el pelo. El nombre del restaurante es visible en dos lugares distintos: en la pared tras la barra hecho con letras cubiertas de césped (intuyo que artificial) y en la del fondo, también en mayúsculas, y con un hashtag al inicio.

El lugar está bastante lleno, pero parece que hemos tenido suerte y dos chicas se van dejando una mesa libre junto a la ventana.

—Todo tiene una pinta buenísima —apunto viendo pasar un camarero con algún tipo de guiso humeante y una pizza de mil colores—. Creo que te voy a dejar elegir a ti, porque si es por mí pedimos toda la carta.

Nos acomodamos uno frente al otro y, después de que Eric realice nuestro pedido y nos traigan nuestro entrante de humus, guacamole y pesto de tomate acompañado de *crudités* de verdura, *focaccia*, pan deshidratado de semillas y totopos recién horneados, me sorprende con una confesión.

—Hemos vendido la casa.

—¿Cómo dices?

—Por eso vine a Madrid, tenía que firmar la venta de la casa.

—¿Ya?! ¿Qué rápido se ha vendido, no?

—La verdad es que sí, más de lo que esperábamos.

—Entonces, ¿ya no hay nada que te una a ella?

—Supongo que no.

—¿Estás bien? —pregunto estirando la mano para alcanzar la suya sobre la mesa, quizá mi pregunta ha sido poco oportuna, pero de verdad creía que tenía ganas de acabar con todo esto.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Me he quitado una hipoteca que iba a estar pagando hasta que me jubilara, soy veinte mil euros menos impuestos más rico y ya no hay nada que me ate a Nadia. No podría estar mejor.

—Pues tus palabras no suenan precisamente a alivio, Eric. —De verdad que no, tampoco lo hace su mirada algo mustia y apagada—. Igualmente es normal que te afecte, has cerrado una etapa importante de tu vida y bueno, necesitas pasar un periodo de luto.

—Pensaba que tú precisamente te alegrarías.

—A ver, me alegra que lo hayas hecho si eso es lo que te hace feliz. Pero no me alegra que tu matrimonio no saliera bien, a pesar de que eso te haya traído hasta mí.

—La verdad que no te entiendo, Ariel —espeta extrañamente ofendido—. Pensaba que era esto lo que querías.

—¿Lo qué quería yo? ¿Acaso me estás diciendo que esto lo has hecho por mí?

—Lo he hecho porque es lo correcto.

—¿Lo correcto para qué?

—Para estar contigo.

Espera, espera, espera... ¿qué?

—¿Acaso te he pedido yo que vendas esa puta casa? Porque si lo he hecho habrá sido en sueños o algo, porque no recuerdo haber pronunciado tales palabras en mi vida.

Me falta una colleja en el cogote para que los ojos me salten sobre la pizza como condimento. Estupefacta es un eufemismo con el que me voy a quedar de momento.

—De nuevo, te repito, que lo he hecho porque es lo correcto, y porque te quiero.

—Entonces, ¿tú no querías vender esa casa o cómo va la movida? Porque creo que no me estoy enterando de nada.

—¡Claro que quería!

—¡Menos mal! Pensaba que además de ser bulímica sufría de doble personalidad o algo por el estilo.

—El sarcasmo te lo puedes ahorrar.

—Y tú eso de hacer las cosas porque son lo correcto cuando nadie te lo ha pedido. De hecho, lo único que yo te he pedido es sinceridad. Solo eso. Me pregunto si alguna vez haces algo que no sea lo que se espera de ti.

—¿Eso es lo que crees?

—Eso es lo que demuestras. Una y otra vez, Eric.

—Ahora vuelvo —anuncia levantándose repentinamente evitando cruzar la mirada conmigo.

¿Alguien puede explicarme lo que acaba de ocurrir?

Le veo marcharse en dirección al servicio con la mayor cara de estupefacción que debo haber puesto en mi vida.

Si fuera otra, seguramente se le habrían quitado hasta las ganas de comer, pero hablamos de mí, y la ansiedad que crepita en mi interior como las llamas de una fogata me anima a acabar con todo lo que haya sobre la mesa, que en

realidad solo es una última porción de pizza; así que decido pedir un postre de chocolate, porque yo, a diferencia de don Moralista, no actúo pensando en lo «correcto», que sería esperar a que vuelva mi acompañante.

Eric regresa al mismo tiempo que mi «Brownie, que te quiero Brownie» al que no tardo en hincarle el diente.

—He pedido el postre, como puedes ver. No te he pedido nada porque no sabía si querías.

—Ariel, lo siento —se disculpa cogiendo mi mano sobre la mesa, la misma que acababa de pescar un enorme trozo de bizcocho y helado de vainilla: me quedo con las ganas de probarlo.

—En realidad no sé lo que sientes.

—Siento estropear este día con cosas que en realidad no me importan absolutamente nada.

Me ablando bajo su mirada y claudico. Total, en un rato, antes de que se marche, le habré contado la verdad y esta conversación y sus «lo siento» dejarán de tener sentido.

—No pasa nada —contesto con la misma honestidad de un político.

—¿Cómo está ese brownie?

—Toma, pruébalo.

Le acerco el bocado que acababa de abandonar sobre el plato, el cual engulle con una sensualidad y un gemidito final, que desentona con la pelea que acabamos de tener. Y no porque no me guste, más bien porque me han entrado ganas de pedir otro y frotarlo por todo su cuerpo y convertirlo en un verdadero «Brownie que te quiero Brownie».

—Me alegra que decidieras abrirte el canal de YouTube, la verdad es que me encanta —comenta tras limpiarse la boca.

—¿En serio?

—Estoy muy orgulloso de ti.

Ahí están, esas palabras que tanto deseaba escuchar, y claro que me agrada escucharlas, aunque ahora soy consciente de que no las necesitaba tanto como pensaba.

—Gracias. Siempre eres el primero en dejar un comentario.

—Y probablemente las primeras cien visualizaciones también sean las más —confiesa sin reparo.

Me sonrojo. No tiene ningún sentido, lo sé, pero lo hago.

También sonrío, con plenitud y, probablemente, con cara de tórtola enamorada.

—Casi había olvidado lo bonita que estás cuando sonrías. Haces que se me pare el corazón.

—Es decir, que te provooco un infarto —me burlo.

—Uno por el que estaría dispuesto a morir.

—Para.

—¿Por qué?

«Porque ahora me sentaría ahorrajadas y te comería toda la boca.»

—Porque sí y punto.

—Un argumento muy convincente, sí, señorita —añade juguetón obsequiándome con una de esas sonrisas por las que le daría mis bragas en ofrenda.

Momento de mover el culo.

—Voy al servicio. —Me levanto obligando a Eric a que me suelte la mano que aún mantenía cogida, pero antes de que pueda dar un paso para marcharme, su semblante, una mezcla incómoda entre preocupación y nerviosismo frena rápidamente mis intenciones. Vuelvo a sentarme. Sé lo que está pensando. —No voy a vomitar. —Esta vez soy yo la que busco su mano, que sujeto bajo la mía mientras me sincero—. Escucha, Eric. Aunque es cierto que he mejorado, tienes que saber que también he recaído en otros... malos hábitos.

Ya está, ya lo he soltado.

Bien es cierto que la información no es completa, pero la idea está ahí, ¿no? Y viendo como se deshace de mi mano para beberse su enorme vaso de agua de un trago y tras dejarlo sobre la mesa sin apartar la vista de él, deduzco que sabe perfectamente de qué estoy hablando. También están señales como la

rigidez de su rostro, la tensión en sus labios y la fuerza con la que aún mantiene apresado el cristal entre sus dedos.

Vuelvo a levantarme, sin añadir nada más, y esta vez nada me detiene. Mejor será darle algo de tiempo y espacio para que asimile la información. ¿Quién sabe? Puede que cuando vuelva del baño ya no le encuentre.

## Capítulo 29



—Es bonita y muy acogedora.

—Y además está en pleno centro —apunta Ariel desde la cocina sacando un par de tazas de un mueble alto—. Voy a hacer una infusión de frutos rojos, me he aficionado, y me bebo tres o cuatro tazas al día. ¿Te apuntas?

—Vale.

Se me hace raro verla tan desenvuelta en un lugar que no sea su casa o, la mía en su defecto. Parece cambiada, como más madura, más segura e incluso más calmada.

No me ha hablado apenas de la terapia, ha evitado el tema cada vez que he intentado sacarlo. Lo cierto es que ha evitado algo más que eso, a mí, por ejemplo. Entiendo lo difícil que tiene que estar siendo esto para ella, así que tampoco he querido agobiarla. Está claro que han pasado muchas cosas en este tiempo separados, sucesos que no me va a quedar más opción que masticar bien, aunque sean como afilados cristales en mi boca; porque necesito intentar digerirlos para evitar el mayor daño posible si queremos que esto funcione, igual que si fuera un faquir en pleno espectáculo. Y ya lo decía Freddie Mercury: Show must go on .

—Esta fotografía es de Chloe Pinaud.

Parado frente a ella contemplo con detalle la belleza de su talento.

—Sí, y la que sale es Bella, la dueña de la fundación. Resulta que Chloe y ella son muy buenas amigas.

—¿En serio?

—Ya ves, qué casualidad, ¿verdad?

—Esto me recuerda que hay algo que no te he contado.

—¿El qué?

Me acerco a la cocina para darle a conocer las novedades.

—Chloe me llamó hace unas semanas, parece ser que estuvo investigando después de que le firmara aquella foto, ya que le sonaba mucho mi apellido. Resulta que conoció a mi hermano hace tiempo, coincidieron en Nueva York y recordaba su trabajo del cual y, según parece, quedó fascinada en su momento. Resumiendo, quiere hacer una exposición con alguna de sus fotografías.

—¿En serio? —exclama tendiéndome una taza humeante pasando por mi lado—. Eso sí que es una casualidad, además de genial. ¿Y para cuándo sería?

La sigo hasta el sofá para sentarme junto a ella, que lo hace sobre sus piernas dobladas.

—En junio, en una de las galerías de Berrocal, aquí en Madrid, que para que lo sepas, es una de las más importantes de la ciudad.

—¡Me alegro muchísimo! Tu hermano era un gran fotógrafo y la gente debería saberlo —asegura antes de darle un pequeño sorbo a su infusión.

—Y todo gracias a ti.

—¿A mí?

—Fuiste tú la que me engañó con aquella cámara y la razón de que terminara fotografiando, mira tú por donde, a Chloe Pinaud y Víctor Berrocal.

—Culpable —reconoce mostrando la segunda sonrisa sincera del día y primera de la tarde.

Anida bajo mi pecho un profundo sentimiento de nostalgia que me obliga a respirar hondo.

—Sé que ya te lo he dicho, pero te he echado tanto de menos...

Estiro el brazo para alcanzar un mechón que cae sobre su pecho, pero antes de que llegue a rozarlo, Ariel se aparta levantándose con premura.

—Voy un momento al baño.

Ahí está, huyendo de nuevo. Y no solo eso, es inevitable que cada vez que desaparece con ese pretexto a mi mente acudan imágenes de ella arrodillada sobre la taza del váter.

Aparto esos pensamientos sustituyéndolos por otros, como el de su preciosa sonrisa o el de su cuerpo desnudo bajo el mío. Sí, eso está mejor. Mucho mejor.

Me inclino hacia delante dejando la taza sobre la mesita, en donde una hoja con la firma de Sebas capta rápidamente toda mi atención.

Lo que más me gusta de ti es que eres auténtica, y cualquiera que tenga la suerte de conocerte lo sabe. Además, los tienes bien puestos, eres la única capaz de enfrentarse a mí sin que le tiemble el pulso; no es fácil olvidar el bofetón que me diste en mi casa cuando te enteraste que iba a vender la moto por toda la mierda con mi padre. Eres compasiva y la persona más generosa que conozco.

También estás como una cabra (cosa que me encanta) y sin duda eres la tía más divertida con

la que me haya cruzado.

Podría escribir un glosario diciéndote todas las cosas buenas que tienes, lo maravillosa que eres y lo afortunado que soy por tenerte en mi vida. Si quieres que lo haga no tienes más que pedírmelo.

Ni siquiera voy a centrarme en tu físico, es obvio que eres preciosa, el puto sueño de cualquier hombre...

—¿Qué haces?

No había escuchado llegar a Ariel.

—¿Qué cojones es esto? —espeto agitando la hoja en su dirección.

—Eric, no es lo que piensas —arguye elevando la comisura de los labios con diversión.

—¿No es una carta de amor? ¿De qué narices te ríes?

—Me hacen gracia tus celos. Hay otra sobre la mesa, puedes leerla.

La cojo echándole un vistazo por encima, descubriendo que esta, a diferencia de la otra, está firmada por Sonia.

—¿De qué va esto?

—Aurora, mi terapeuta, me pidió que hablara con las personas que más quiero pidiéndoles que me escribieran una carta en la que expresaran qué es lo que les gusta de mí. Una chorrada para reforzar mi autoestima.

—A mí no me lo has pedido.

—Lo sé.

—¿Por qué?

—Porque llevamos tiempo sin hablarnos y se me hacía raro llamarte para pedirte... eso.

Demasiada distancia entre nosotros, y no solo ahora, durante estos meses.

Suelto las hojas sobre la mesa y de un movimiento siento a Ariel a horcajadas sobre mis piernas, pillándola completamente desprevenida.

—¡Eric!

Mi mano se cuela entre los mechones de su pelo hasta alcanzar su cuero cabelludo, en donde las yemas de mis dedos ejercen esa presión justa que consigue derribar sus defensas, al menos por un corto espacio de tiempo. Una deliciosa táctica de distracción que descubrí una de las pocas veces que estuve lo suficientemente atento para percibir que algo no iba bien en ella, que algo le pesaba.

—¿Por qué huyes de mí?

—Eric, yo no... —gime dejando caer los párpados al mismo tiempo que lo hace su cabeza hacia atrás sobre la palma de mi mano. La otra, celosa, sube por su pierna hasta anclarse en su cadera animándola a mecerse sin descaro sobre la erección que presiona mis pantalones.

Está tan bonita, con un ligero rubor sobre sus mejillas que enciende sus pecas deshaciéndose entre mis brazos que, sencillamente, no puedo contenerme mucho más. Acercó mi cara todo lo posible sin llegar a tocarla.

— Dime a verdate.

—¿Cómo? —pregunta mostrándome sus enormes ojos azules. Mi perdición.

— Miña serea ...

La guió hasta mi boca en donde un beso profundo cargado de ganas la recibe con entusiasmo. Mucho entusiasmo, el de ella y el mío. Sus manos apresando los mechones de mi pelo con fuerza así me lo hacen saber. Igual que la rapidez con la que comienza a dominar la situación.

Sus labios ahora descienden por mi cuello consiguiendo que el bulto bajo mi bragueta aumente de tamaño confinado casi dolorosamente. Con una mano rodeando su cintura la tumbo con la espalda sobre el sofá y sin perder el ritmo logro quitarme el jersey echándome una mano a la espalda para ello.

Atisbo a ver una sombra de duda en sus ojos. Antes de darle tiempo a que se convierta en algo más grande, que eclipse este instante, presiono mi boca contra la suya desabrochando uno a uno los botones de su enorme camisa blanca. Por un momento parece que funciona, que estamos juntos, que ha apartado a un lado lo que sea que le frena... ni mucho menos.

—Espera. Eric, para. Para, por favor —me pide empujándome con las palmas sobre mi pecho para apartarme.

Antes de que pueda darme cuenta está de pie tras la mesa de café abotonándose la camisa.

—No quiero estropear esto, pero... Hay algo que tengo que contarte.

—No es necesario —aseguro.

Esta vez soy yo el que se pelea con una prenda de ropa: con la bragueta de mis vaqueros concretamente.

—Lo es, y necesito que me escuches. Hasta el final.

Apoyando la espalda en el respaldo del sofá frente a ella me llevo la mano a la cara expeliendo un bufido.

«¡Joder! No lo hagas, Ariel. Por favor, no lo hagas.»

—Ariel...

—El día después de la primera sesión...

—De verdad, Ariel, no quiero oírlo. —Creo que mi voz nunca había sonado tan severa.

—Pero yo necesito decirlo. —Con una decisión que pocas veces he visto en ella, clava su mirada sobre la mía y comienza a hablar de nuevo—. Después tomarás tu decisión, y a mí no me quedará otra que aceptarla.

—Por favor, te lo ruego. —He pasado de exigir a suplicar.

—Sinceridad, Eric. Te la debo.

Me cruzo de brazos sin apartar la vista de su rostro, consciente de que puede que esas palabras, de

las que está tan dispuesta a desprenderse, vayan a cambiarlo todo entre nosotros.

—Hazlo —renuncio pinzándome el puente de la nariz con dos dedos—. Vamos, hazlo —exijo esta vez con dureza, la misma que presentan mis músculos en este instante.

—La primera sesión fue un puto golpe de realidad para el que no estaba preparada, me vi completamente sobrepasada. La comida no era suficiente para la ansiedad con la que tenía que lidiar; aunque lo más probable es que se debiera a que necesitaba demostrarle algo a Aurora, demostrármelo a mí misma.

—¿El qué? —me intereso cruzando los brazos sobre el pecho.

—Mierda, esto es más difícil de lo que pensada.

—¿Qué querías demostrar, Ariel? —insisto.

—Que no me acostaba con tíos porque necesitara su aprobación, porque necesitara sentirme querida tal como había asegurado Aurora. Siempre he dado por hecho que lo hacía porque, efectivamente, al igual que con la comida, me ayuda a huir del dolor. Mero entretenimiento.

—Continúa. ¿Qué pasó el día después de la primera sesión?

Ahora que ha empezado necesito saberlo todo, parece incluso que he recuperado esa serenidad tan mía: en realidad no es más que frialdad camuflada de falsa condescendencia.

—Pues... me fui a un bar, me emborraché y...

—¿Y qué, Ariel? ¡Suéltalo de una puta vez!

—Y me acosté con un tío.

Asiento apretando la mandíbula despertando en mi sien un doloroso latido.

—¿Allí mismo?

—Sí, en el baño.

—¿Qué más?

—¿Cómo que qué más? ¿Te parece poco? No hay nada más. Cuando llegué al hostel estuve vomitando tanto rato a causa del asco que sentía, de mi actitud, que...

—¿Se puso condón? —la interrumpo.

Mi pregunta le pilla desprevenida, igualmente contesta.

—Por supuesto.

—¿Cuántas veces lo hicisteis?

—Una. Solo una.

—¿Te gustó?

—Eric...

Me levanto para imponerme en apenas dos pasos frente a ella, sujetando su muñeca entre los dedos de mi mano derecha.

—¿Te folló contra la puerta del baño o fue sobre el lavabo, Ariel?

—Para, Eric.

—Eres tú la que has insistido, yo no necesitaba saberlo. Ya lo dejaste caer en el restaurante. ¿Acaso te crees que soy tan estúpido para no saber a lo que te referías?

—¿Y pensabas dejarlo pasar? —inquire con asombro.

—Sí.

—Corazón que no ve... ¿no? ¡Eres increíble!

—¿Yo?! ¡Eres tú la que lo ha jodido todo! ¿Ahora qué se supone que tengo que hacer?, ¿mirar para otro lado?, ¿fingir que no sé que mi novia se ha tirado a un tío cualquiera en un bar?

—Era mejor fingir que no había ocurrido nada, por supuesto.

—¡Sí, claro que era mejor! No era ideal, pero podía soportarlo. Y puesto que has insistido tanto vas a contármelo todo. Ahora quiero conocer cada puto detalle de esa noche. ¡Así que hazlo, vamos! ¿Cómo te folló? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Disfrutaste? ¿Cuántas veces te corriste?

—No hagas esto. Este..., este no eres tú —susurra al borde del llanto.

—Por supuesto que no soy yo —escupo soltándole el brazo—. Ni tú eres esa mujer que se tira al primero que se le pone a tiro.

—¡Sí que soy esa mujer! —exclama visiblemente ofendida—. ¡No quiero serlo, pero lo soy! Y que digas eso solo demuestra que después de todo este tiempo no me conoces una mierda. Porque sí, Eric, soy la clase de mujer que comete errores, que se equivoca; pero también soy la misma que se enfrenta a ellos o al menos, la que está empezando a hacerlo: esa es la razón de que lleve dos putos meses sola en esta ciudad. Así que no trates de separarme de esa mujer, porque somos la misma persona. Y, ¿sabes?, ese es el principal problema de esta relación, no me aceptas como soy, nunca lo has hecho y queda bastante claro que nunca lo harás: te empeñas en cambiarme. Constantemente.

Porque tú siempre estarás por encima de mí, porque Eric siempre hace lo correcto, lo que se espera de él, arrasando con todo a su paso con su exigente y moralista actitud de la que es incapaz de separarse un jodido momento. Te crees el puto hombre perfecto, pero tengo noticias para ti: no lo eres —pronuncia con desdén.

—Si tanto me importara la perfección no estaría aquí contigo —pronuncio con sosegada frialdad.

Mis palabras provocan la misma reacción que si la hubiera golpeado con mis propias manos. Da un paso atrás tambaleándose, visiblemente dolida; más aun, aterrada.

—Vete. Ahora mismo.

Nos sostenemos la mirada, y ni siquiera las gruesas lágrimas que ruedan por sus mejillas arrastrando la decepción que reflejan sus ojos, me detienen mientras cojo la chaqueta, el jersey y me largo sin titubear.

Una furia ya conocida abrasa mi interior.

Una furia demasiado peligrosa para no hacer caso de las palabras de Ariel y marcharme.

Una furia capaz de arrasar con todo a su paso.

La misma que mantengo alejada del mundo y que solo permito que aparezca cada trescientos sesenta y cinco días.

Según parece, este año se ha adelantado a la fecha.

## Capítulo 30



La luz parpadea un par de veces antes de prenderse definitivamente, acogiéndonos bajo un inquietante resplandor áureo al que mis ojos tardan en acostumbrarse. Afortunadamente el cálido cuerpo desnudo de Eric se mantiene pegado a mi espalda imprimándome la confianza y seguridad que necesito.

—Mírate, por favor —me pide con voz suave y paciente—. Vamos, Ariel.

El cariño que desprende su voz y sus fuertes manos sobre mis caderas me animan a intentarlo, a mirar directamente mi reflejo en el espejo. Alejando algunas dudas termino cediendo, aunque ladeando la cabeza para no hacerlo directamente, como el que mira a la luz del sol, como si acaso eso fuera a cambiar algo.

Ahí estoy.

Desnuda.

Vulnerable.

Aterrada.

—Eric, por favor —suplico jadeando estremecida por unos repentinos sudores fríos cerrando los ojos de nuevo.

Eric percibe mi inseguridad, pero no cesa. De hecho, continúa apremiándome a pesar de ello.

—Eres perfecta. Preciosa. ¿Acaso no lo ves? —insiste deslizando las palmas de sus grandes manos por mi cuerpo, con cuidado y con una ternura tan

íntima...

—No... —balbuceo.

—Perfecta —repite susurrando sobre la curva de mi cuello animándome a contemplarnos de nuevo, pero...

Ya no es mi cuerpo desnudo el que Eric estrecha entre sus brazos con veneración. Ni son mis labios los que Eric reclama con ternura. Ni siquiera es mi cabello en el que Eric entierra sus dedos, porque es... ¡Nadia!

Dichosa y afortunada sonrío con amplitud escuchándole dedicarle esas palabras al tiempo que sus miradas se encuentran cómplices frente al espejo.

—Preciosa. Perfecta —concluye esbozando una cómplice sonrisa.

Un puñal en el centro del pecho. Eso es exactamente lo que siento al mirarlos, al escucharle dedicarle a ella esas palabras que hace un momento estaban dirigidas a mí. Que un día estuvieron dirigidas a mí.

*«Nadia es la mujer perfecta para él.»*

Palabras de Úrsula, por supuesto.

—Perfecta —repite Eric retorciendo la cuchilla sin piedad.

Grito con todas mis fuerzas, pero mi voz no sale, porque... ya no estoy ahí. Soy testigo de la escena, pero no soy parte de ella.

No existo.

No soy nadie.

No soy nada.

Nada.

Me siento de golpe en la cama jadeando, cubierta en sudor, completamente desorientada con los dedos de una mano aferrando mi muñeca y los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué narices ha sido eso? —espeto sumida en la vaga penumbra del que se ha convertido en mi hogar los últimos meses.

Ahí está, de nuevo, un llanto arrollador y profundo que sacude todo mi cuerpo sin consuelo. Pensaba que después de caer dormida tras horas llorando no quedaría una gota más que derramar. Sin embargo, ese sueño ha sido

demasiado real, una mezcla entre uno de los recuerdos más íntimos que haya compartido nunca antes con nadie, hecho añicos por una recreación dolorosa de sus últimas palabras y mi mayor miedo: no ser suficiente para él. A lo que se suma una presión bajo el pecho demasiado intensa como para poder ignorarla.

¡Joder! Pensaba que empezaba a tener superada esa mierda de la inferioridad y la falta de confianza en mí misma. Claramente no era más que una cortina de humo que una sola frase ha conseguido, apenas sin esfuerzo, echar abajo y de un solo golpe ese falso telón. Si hasta Úrsula ha tenido su pedacito de protagonismo en esa odiosa pesadilla.

Recuperado levemente el resuello me giro sobre el colchón hacia la mesilla de noche en busca del teléfono móvil. Es la una y media, hace unas cuatro horas que Eric se marchó y menos de una que calculo me quedé dormida tras conseguir salir del estado de shock en el que me dejaron sus afiladas palabras en medio del salón: «Si tanto me importara la perfección no estaría aquí contigo».

Sabía que confesarle lo sucedido con aquel tío no iba a ser fácil, esperaba incluso una reacción del estilo, pero para lo que no estaba preparada era para la frialdad que vi en sus ojos antes de que se diera la vuelta para marcharse sin vacilar. Nunca había presenciado tal dolor en su mirada y no es algo que vaya a olvidar fácilmente. Más sabiendo que yo misma soy la causante de ello.

Abandono la cama de un salto para comenzar a dar vueltas por el piso con un nerviosismo que hacía tiempo no padecía. Úrsula está logrando imponerse, aseverando cosas referentes a Eric a las que ahora mismo no quiero enfrentarme. Había logrado esquivar toda esta marea de dolor quedándome dormida, pero las semillas de inseguridad que ha plantado ese sueño dentro de mí parecen haberse enraizado tan profundo, que empiezo a no ser capaz de ver otra salida que la habitual cuando me toca hacer frente a algo que no me gusta.

Mi primer instinto ahora mismo es recurrir a la comida, a ese placer instantáneo y al estado de evasión al que me arrastra, por un corto periodo de tiempo, pero lo consigue. No quiero hacerlo, pero es algo tan normalizado en mí... Ya sabemos, además, que cambiar de costumbres no es una tarea precisamente sencilla. Pero no estoy dispuesta a cometer otro error del que luego tenga que arrepentirme, porque lo haré, eso forma parte de la rutina. Odio con todas mis fuerzas el cúmulo de sensaciones que vienen después y a

los que sí o sí me va a tocar enfrentarme: os puedo asegurar que el sentimiento de decepción hacia uno mismo es de las peores cosas a las que a una le puede tocar enfrentarse, y, por si fuera poco, en una soledad para la que esta vez sí, ya no hay escapatoria alguna. Mi mente es una cárcel que convierte todo este proceso en un puto círculo vicioso del que, en momentos como este, resulta casi imposible escaparse.

En este estado no voy a conseguir dormirme, de eso estoy segura, lo mejor será que encuentre algo en lo que centrar mi atención, al menos hasta que pase la noche, porque irónicamente, la oscuridad hace que todo se vea más negro.

Me voy al salón y tras beber un enorme vaso de agua, con el que busco disolver, aunque sea ligeramente, todo ese cúmulo de emociones, me siento en el sofá y con la guitarra sobre mi regazo me pongo a tocar y canturrear lo primero que me viene a la mente, que curiosamente es *Miedo* de M-Clan. Deduzco que porque eso precisamente es la emoción que domina mi cuerpo en este momento. Ni siquiera voy a tratar de negarlo: estoy aterrada.

Para empezar  
diré que es el final.  
No es un final feliz,  
tan solo es un final,  
pero parece ser que ya no hay vuelta atrás.

Solo te di  
diamantes de carbón.  
Rompí tu mundo en dos,  
rompí tu corazón,  
y ahora tu mundo esta burlándose de mí.

Miedo  
de volver a los infiernos,

miedo a que me tengas miedo,  
a tenerte que olvidar.

Miedo  
de quererte sin quererlo,  
de encontrarte de repente,  
de no verte nunca más.

Me detengo aguzando el oído: juraría que he escuchado un ruido, algo así como un golpe.

Ahí está de nuevo, un leve toque en la puerta con el que mi corazón responde con varios latidos de más.

—Ariel, abre. —La voz de Eric amortiguada tras la madera me invita a ponerme en pie sopesando si quizá, no es una alucinación causada por el cansancio y el deseo aún mayor de verle—. Por favor, Ariel.

Un escalofrío sacude mi cuerpo con esa nueva petición. No es un invento de mi cabeza.

Me acerco descalza, tan solo cubierta por un camisón rosa de algodón con el dibujo de Bambi sobre el pecho y con mucha precaución, como si abrir esa puerta fuera como decidir qué cable hay que cortar para que la bomba no te estalle en la cara. Ya sabemos que Eric es un maestro en apariciones inesperadas, ya sea con su presencia o con objetos que utiliza para tal cometido.

Tras una larga exhalación abro soltando rápidamente el pomo apartándome varios pasos hacia atrás, protegiéndome de él y de su mirada atestada de culpa.

El peso de su cuerpo descansa sobre sus manos, que a su vez se mantienen aferradas al marco de la puerta con dureza. Muy quieto, casi estático.

No pronuncio una palabra, no pienso hacerlo.

Nos sostenemos la mirada en un tenso silencio durante varios largos

segundos, hasta que Eric toma la iniciativa soltándose de ese apoyo para entrar cerrando la puerta a su espalda.

Da un paso más hacia mí, yo doy uno hacia atrás. No voy a dejar que se acerque y mucho menos que me toque (en ese caso estaría perdida), al menos hasta saber qué es lo que le ha hecho regresar.

—Lo siento. —Su voz suena áspera, como si un cortacésped le hubiese atravesado la garganta—. No pienso lo que dije, de verdad que no.

Trata de acercarse alzando un brazo para tocarme, de nuevo me alejo cruzando los brazos sobre el pecho en una muestra más que figurativa de ese muro que ahora mismo nos separa. Mantengo las lágrimas a raya, porque una no es de piedra y su disculpa es lo suficientemente honesta para lograr afectarme, por mucho que trate de fingir lo contrario.

—Es lo peor que me podrías haber dicho —aseguro sin apartar la mirada.

—Soy consciente de ello.

Lo que en realidad me gustaría decirle es que me ha hecho daño, pero claro, yo también se lo he hecho a él: mi puñetero problema de descontrol emocional e impulsivo no me exculpa de haberme acostado con un tío: soy la primera en reconocerlo. Esa es la razón de que no me haya dejado llevar por el dolor obligándole a marcharse otra vez y haya terminado confesando media verdad. Al parecer estamos empatados.

—Siento haberme acostado con ese tío, Eric, pero no siento habértelo contado —reconozco—. No puedo sentir ser honesta contigo.

—Lo sé.

No me había percatado hasta este momento de lo enrojecido que tiene los ojos, no podría asegurar que ha llorado, quizá se deba a una mezcla de cansancio sumado a lo que ha ocurrido en las últimas horas entre los dos.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí, pensando —arguye esquivando mi mirada mientras se pasa la mano por el pelo.

—¿Y qué has pensado?

—Que no es así como quería que fueran las cosas —reconoce abatido—.

Que no es esto en lo que pensaba cuando vine a Madrid, lo que imaginaba mientras te esperaba en el parque...

—Siento que te sientas decepcionado, yo tampoco estoy muy feliz con lo ocurrido, pero así es la vida.

Se instaura un tirante silencio en el que nuestros recientes «lo siento», parecen haberse dicho hace años luz.

—Has estado llorando —afirma.

—¡Qué elocuente!

—¡Mierda, Ariel! ¿Puedes, por favor, dejar a un lado el sarcasmo y la frialdad?

—No me hables de frialdad —le advierto lanzándole una mirada furiosa —, porque aún no sé qué me ha dolido más: si las palabras que me has dedicado hace unas horas o la frialdad con la que me mirabas mientras las pronunciabas. Sé que me he equivocado y que te he hecho daño, pero ese desprecio... No creo que lo merezca. He sido completamente honesta contigo respecto a lo ocurrido.

—Cierto, no lo mereces. Es solo que tu confesión me ha pillado por sorpresa en un momento delicado para mí, Ariel.

¿Cómo que un momento delicado? Espera...

¡Claro! De eso se trata... ¡¿Cómo no había caído antes?!

—Es por la fecha —afirmo.

Él asiente, detrás voy yo, frunciendo los labios permitiendo a un nuevo nudo aposentarse en la boca de mi estómago. De repente, su comportamiento anterior pierde cierta relevancia, porque no solo se trata de mí y del daño que le he causado con mis actos, los apenas cinco días que nos separan del aniversario de la muerte de su hermano han tenido mucho que ver con su reacción. No por ello es menos malo, no obstante, es hasta entendible.

Tras varios segundos en el que ninguno de los dos parece saber qué decir, y en los que únicamente nos miramos esperando que la solución a nuestros problemas aparezca de dentro de una chistera, finalmente me lanzo a darle forma a nuestros temores a modo de pregunta y en tan solo tres palabras: alguno de los dos ha de hacerlo.

—¿Y ahora qué?

—Yo solo sé que te quiero —asegura clavándome sus mágicos ojos verdes con una intensidad arrolladora.

—A veces eso no es suficiente. No después de lo que hice. Ni siquiera sé cómo se supone que vamos a superar esto, Eric.

—Juntos, así es como vamos a superarlo —afianza esas palabras cogiéndome de las manos.

—¿Estás seguro de que puedes perdonarme?, ¿que puedes olvidarlo? ¿De verdad crees que eres capaz de confiar en mí de nuevo?

«Porque yo no estoy tan segura de que sea capaz de hacerlo.» Pienso, pero no se lo digo.

—Solo existe una opción, que es quedarme a tu lado y aceptar lo sucedido, porque lo contrario... sencillamente no es una posibilidad que me atreva siquiera a replantearme —asevera colocando la palma de mi mano sobre su pecho, reteniéndola allí con las suyas, obligándome, de ese modo, a sentir los pesados latidos de su corazón—. Quiero estar a tu lado, Ariel, y espero que aún tú quieras estarlo al mío. Yo no soy perfecto, aunque me empeñe en demostrar lo contrario.

—No he querido tanto a nadie en mi vida, Eric. Por ello, haberte hecho eso a ti, precisamente, ha sido jodido para mí también —reconozco haciendo un puño con la mano que aún mantiene con firmeza sobre su pecho—. Pero es algo que tuvo que ocurrir para que me diera cuenta de algo que necesitaba saber, una especie de aprendizaje para poder seguir adelante. Algo así como un punto de inflexión. He de reconocer que una parte de mí agradece lo sucedido.

Necesitaba que lo supiera, a pesar de que eso no cambia la realidad de lo que hice.

Eric asiente ante mi confesión, dando a entender que lo comprende, aunque obviamente no le resulte fácil aceptarlo.

—¿Estás segura de que podrás perdonarme?

—Te perdoné en el momento que entraste por esa puerta. —Porque sí, yo soy esa clase de persona a la que el enfado le dura cinco minutos. A pesar de

que sus palabras me hayan herido, no le guardo ningún rencor, sé que no piensa lo que dijo. Probablemente para mí lo más difícil de todo esto no sea si yo puedo perdonarle a él, más bien todo lo contrario; y así se lo hago saber—. Me preocupa más que seas tú el que no seas capaz de olvidar lo que hice.

—Si te dijera que no me importa te estaría engañando. —La rigidez en su mandíbula al pronunciar esas palabras es clara prueba de ello—. Pero todos cometemos errores y... simplemente acabaré por asumirlo.

—Lo entiendo, tampoco espero que lo hagas ahora mismo.

—En realidad —dice tirando de mí para acercarme más a él—, ya he comenzado a hacerlo.

El calor que emana de su cuerpo y esa confesión son suficientes para que, y sin que tenga que pensarlo demasiado, me arroje sobre sus labios alzándome sobre las puntas de mis pies descalzos, envolviendo a la vez su cuello con mis brazos.

Siento como si me hubiese quitado un enorme peso de encima y, además, hubiese salido indemne de ello; aunque si esto sale bien o no solo podrá decirlo el tiempo. Mientras, pienso aferrarme a este instante con todas mis fuerzas, porque ¿a quién trato de engañar?, la probabilidad de que Eric no hubiese querido saber nada más de mí era grande y, honestamente, en ese caso, aún no sé cómo lo habría superado sin recaer en ese agujero del que parece ya estoy empezando a asomar la cabeza.

Las ganas que nos tenemos el uno al otro han estado sobrevolando sobre nosotros desde que nos encontramos esta mañana, es por ello que, cuando quiero darme cuenta, me encuentro de espaldas sobre la cama con Eric cernido sobre mí, besándome con desesperación, pero también con cariño. Sí, de eso hay mucho, no cabe duda.

—¿Has estado bebiendo? —le pregunto tras romper el beso.

El sabor que degusto le delata y no puedo evitar el tono sorpresivo en mi voz, Eric no es de los que bebe en soledad, al menos no lo era hasta ahora.

—Necesitaba pensar —pronuncia con una evidente emoción atada a la garganta.

Instantáneamente sus palabras y la carga que veo en ellas a través de su mirada consiguen que vuelva a sentir el peso de mi error empujándome con

fuerza hacia abajo. Comienzo a ser consciente de que lo más difícil de todo esto no es si él podrá o no perdonarme, más bien si yo voy a ser capaz de hacerlo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No nos disculpemos más —me pide apartándome el pelo de la cara suavemente—, prefiero pasar el tiempo que nos queda haciéndote el amor.

—Pensé que no ibas a querer hacerlo nunca más —murmuro dándole voz a mi mayor temor.

—Tendría que estar muerto para no querer hacerlo, *serea*.

Escucharle llamarme de esa manera tan íntima, tan nuestra, termina por exterminar cualquier duda que aún pudiera albergar dentro de mí.

Me deshago de mi camisón dejándome únicamente unas bragas negras de algodón, contemplando a Eric hacer lo mismo hasta mostrarme su fibroso cuerpo tan solo cubierto por unos apretados bóxer también negros. Nos recorremos con la mirada despacio, reconociéndonos bajo la tibia luz que se cuele a través de la rendija de la puerta y que proviene del salón.

—Eres lo más bonito que he presenciado nunca.

Le creo, la manera de mirarme ratifica cada palabra; y el amor, el que él siente hacia mí se convierte en un hecho irrefutable.

—Acércate —le pido con la esperanza de que me ayude a lidiar con la intensa necesidad que ha despertado en mí, esa que empieza bajo mi pecho y que baja hasta concentrarse entre mis piernas.

Eric lo sabe, siempre ha sabido cómo manejárselas. Esa es la razón de que no solo mi corazón le pertenezca, mi cuerpo también lo hace. A partir de aquí todo comienza a tornarse borroso, y no a causa de nada malo, todo lo contrario, es debido al éxtasis de sus labios recorriendo mi piel y al de sus manos reafirmando un camino que solo él conoce a la perfección, probablemente porque él fue el primero en surcarlo de esa manera.

—Eric... —jadeo con la respiración acelerada y el pulso golpeando a prisa bajo mis venas.

—Solo acabo de empezar —asegura dejando escapar de entre sus dientes uno de mis pezones conteniendo cierta fiereza.

Tiro de él hasta tenerle de vuelta con su nariz rozando la mía: hay algo imperativo que necesito decirle.

—Te he echado mucho de menos.

—Estoy aquí. Ahora estoy aquí.

Lo está, atrapando entre sus labios y con sus pulgares las lágrimas que han cubierto mis mejillas tras expresar mis más honestos sentimientos.

—Te quiero.

—Y yo a ti, como no he querido a nadie.

Esa aclaración, después del sueño que he tenido justo antes de que llegara, actúa como un bálsamo tranquilizador para mi maltratado corazón; también para mi ego, he de reconocerlo.

Regresa con su lengua, que empieza a tomar protagonismo cuando parece que yo comienzo a calmarme, a sentirme segura bajos sus besos y, por supuesto, entre sus manos. Marcando un camino desde mi cuello hasta mi ombligo para el que se toma su tiempo, pero sin detenerse demasiado.

Ya en mis caderas me baja las braguitas lamiendo cada una de mis piernas en el recorrido, alzando la mirada a cada poco, no solo para contemplar con deleite mi respuesta a sus estímulos, también para asegurarse de que lo que me hace es exactamente lo que quiero. Y lo gracioso es que yo quiero cualquier cosa, siempre que venga de él.

Escasos segundos después su rostro desaparece entre el vértice de mis piernas obligándome a cerrar los ojos con fuerza, arqueándome en cuanto el calor de su boca hace contacto sobre mi punto más íntimo. Una sensación insuperable que casi había olvidado y que ahora, con el roce de su barba más larga que nunca, añade un nuevo estímulo al que siento que aún necesito acostumbrarme. Sin embargo, Eric no me da tregua, más cuando a la destreza de su lengua se unen sus habilidosos dedos, enzarzándose entre ellos en una pelea para ver quién consigue el punto de mayor placer, lanzándome directa a un orgasmo para el que no hay advertencia: en un instante estoy dejándome llevar por la pericia de Eric, en el siguiente me estoy retorciendo sobre sus labios y entre sus dedos.

No tarda en alzar la cabeza y lo que veo en su mirada contrae mi vientre de nuevo, una convicción erótica y poderosa que consigue arrastrarme a un nuevo

espectáculo repleto de luz y color, es algo casi fugaz, pero aún más intenso que el anterior.

Esto es más de lo que hubiese imaginado y muy generoso por su parte, pero lo que en realidad deseo es sentirlo más cerca, exactamente dentro de mí. Y según parece no voy a tener ni que pedírselo, leyéndome la mente reptada por mi cuerpo para situarse entre mis piernas ya completamente desnudo, con su latente erección a punto de... Me veo obligada a detenerle con una mano sobre su pecho agitado y ardiente.

—Espera, Eric. No he dejado de tomar la píldora, pero...

—Confía en mí —me pide apartando mi mano.

Yo confío en él, lo que me preocupan son sus soldaditos y que la píldora, como método anticonceptivo, en mis circunstancias no es que sea muy fiable. Igualmente asiento y me dejo llevar.

Me pilla desprevenida ese primer empujón, firme y profundo. No suele ser así como Eric hace sus entradas, lo que provoca un resquicio doloroso que sorprendentemente aumenta mi placer. Se desliza fuera, casi del todo, para entrar con una nueva embestida que abre la pauta que al parecer va a comenzar a tomar, incrementando la velocidad y la profundidad a cada nueva penetración.

Mis dedos arrasan con su espalda, al igual que sus embestidas lo hacen con nosotros. Eric se aferra con una mano al cabecero de la cama que le sirve de apoyo para mantener ese ritmo implacable y delicioso, mientras que la otra parece haberse atado a mi cadera; puedo sentir la fuerza de sus dedos sobre mi piel, probablemente vayan a quedarme unos bonitos cardenales, de los que, por cierto, no me oiréis quejarme en ningún momento.

No cabe duda de que hay muchas ganas acumuladas, pero esta muestra de vehemencia y pasión desde el inicio, y la manera en la que sus ojos buscan con urgencia los míos... Se cuele en mi mente una pregunta poco oportuna, pero que repentinamente me urge contestar: ¿estará Eric pensando en mí y en el tío del bar? ¿Es por ello la necesidad de darme placer una y otra vez?

El calor que emana de mis extremidades, que sube hasta mi cabeza y se incrementa entre mis piernas me ayuda a apartar ese pensamiento de un plumazo. Un claro aviso de que estoy a punto, pero esta vez quiero que Eric me acompañe.

—Córrete conmigo.

Dos palabras que arrastran a este semental a su propia caída. Y mientras yo me dejo arrastrar por un tercer orgasmo intenso, por el que creo he estado a punto de perder el conocimiento, Eric, ágil y certero sale de mi interior en el momento exacto para correrse sobre mi vientre.

Todavía recuperando el resuello, contemplo cómo comienza a esparcir el semen que ha derramado sobre mí con la palma de su mano por mi estómago hasta llegar a mis pechos.

—Eric, cariño.

Le acaricio la cara con los dedos, observando el elevado estado de concentración en el que se encuentra, casi parece que estuviese realizando algún tipo de ritual: uno cargado de intimidad.

Vale, ¿acaso me está marcando o algo así?, porque es exactamente lo que parece. Destierro la idea de la cabeza, especialmente cuando descubro que la comisura de mis labios se eleva mostrando más que una sonrisa, un estado de satisfacción del que sin duda yo soy la primera sorprendida. Esto no puede ser sano. Es una auténtica locura.

Sin añadir nada a esta extraña situación, Eric se acomoda a mi espalda atrayéndome hasta su pecho. Y que haya optado por una posición donde no podamos mirarnos a la cara no creo que sea fruto de la casualidad.

—¿Sabes que te quiero, verdad? —pronuncia al fin tras besar mi cuello con dulzura.

Asiento en silencio permitiéndole jugar con su nariz sobre mi pelo mientras me ciñe más a su cuerpo desde atrás.

—Quédate, no cojas ese avión mañana. Podríamos aprovechar para celebrar tu cumpleaños —le pido entrelazando los dedos de mi mano con la suya sobre mi estómago.

—Lo pensaré.

No quiero que se vaya. ¿Qué le quedan: un par de horas antes de que tenga que irse de vuelta a Tenerife? Apenas hemos podido disfrutar, un día es muy poco después de tanto tiempo sin vernos.

—Igual si pasas estos días conmigo no piensas tanto en ello y se te hace más llevadero —insisto.

—Cualquier día de mi vida en el que estés tú es un regalo.

—Excepto ese —vaticino.

—Me convierto en alguien poco agradable durante esos días, ya has sido testigo antes de la persona que llego a ser. Y no solo hoy.

Claro, hace un año, cuando fui a recoger a Flounder a la clínica, pero las circunstancias eran totalmente diferentes. Me doy la vuelta para mirarle directamente, esta conversación lo merece y lo que tengo que decirle también.

—¡Cómo si te sale un cuerno, un tercer ojo o echas fuego por la boca! No me importa, Eric.

—Pero a mí sí —puntualiza con severidad, aunque eso no me echa atrás.

—Igual si lo compartes conmigo el peso sea más ligero y...

—No es un tema a discusión, Ariel.

Esta vez sí, no hay lugar para la réplica. Lo ha dejado bastante claro, su rígido tono de voz al menos lo ha hecho.

—Está bien.

Me separo de él ahuecando la almohada, más bien pagando con ella mi enfado. Odio que se esconda de esa manera.

—¿Qué haces?

—Dormir, que es tarde. Buenas noches.

—No te enfades, por favor. Vamos, cariño no me hagas esto.

—¿Que no te haga el qué? Tú has sido testigo de la peor parte de mí, a pesar de que no me agrade en absoluto. En cambio, tú sí que puedes esconderte para que no sea testigo de ese supuesto lado tan horrible que tienes.

—Eso no es cierto, no me dejaste acompañarte en este viaje.

—Mira, está claro que no vamos a llegar a ningún punto en común —concluyo dándole de nuevo la espalda acomodándome para dormir. Sinceramente estoy agotada—. Que descanses.

Se pega tras de mí rodeándome con sus brazos sin añadir una palabra. Así pasamos varios minutos, y cuando estoy a punto de caer dormida le escucho susurrar sobre mi cuello:

—No quiero que me veas así, por favor, entiéndelo.

Antes de que pueda decidir si lo entiendo o no, son los brazos de Morfeo los que me acogen, y sus palabras se pierden entre la realidad y lo ilusorio.

La luz entra a raudales en la habitación, ya que anoche no bajé la persiana antes de acostarme, y ahora que empiezo a tomar conciencia del día de ayer... ¿Eric?

Me giro sobre el colchón sabiendo, incluso antes de hacerlo, lo que me voy a encontrar: nada. Su lado está frío y vacío. No se escucha ni un ruido, no me hace falta levantarme para saber que no está. Sabía que no se quedaría y sí, reconozco que me siento algo decepcionada.

—Espera, ¿qué...?

Sobre su almohada, la que ha usado esta noche para dormir hay un *post-it* de color rosa.

Tu perfecta imperfección.

Eso es lo que más me gusta de ti.

Reconozco que esperaba encontrar una disculpa, aunque quizá esta confesión me ha gustado un poco más.

# Mayo

Hazlo, y si te da miedo, hazlo con miedo.

ANÓNIMO

# Capítulo 31



Me seco las palmas de las manos contra la tela vaquera del pantalón, no sabía que de los nervios podían sudarme tanto. En realidad, es la primera vez que me sucede. Deduzco que, porque nunca antes en toda mi vida había estado tan nervioso, ni tan enamorado. Si es que hay grados en estas mierdas románticas.

Cuanto más pienso en ello más seguro estoy de que todo lo ocurrido durante el último año era un camino (con su pertinente aprendizaje) para traerme hasta aquí. He cometido la mayor locura de mi vida, y mira que he hecho estupideces, pero esta, dentro de todas ellas, es la que sin duda tiene más sentido. La incertidumbre por lo que pueda pasar es real, de ahí que la tensión llegue hasta mis pelotas: encogidas como dos diminutas pelotas de pin pon entre mis piernas. Igualmente, nunca me he sentido tan feliz, y eso que no sé qué va a pasar cuando la vea, cómo reaccionaré yo o como lo hará ella; pero lo tengo claro: esta era la única respuesta. Era esto lo que debía hacer.

Ariel se cuele sigilosa entre mis pensamientos. Normal, por otro lado, al fin y al cabo, todo empezó con ella, ya que fue la primera en empujarme de manera brutal fuera de mi zona de confort; y puede que, sin saberlo, me haya hecho el mejor de los favores. Me gustaría darle las gracias por ello, y no tardaré mucho en hacerlo.

Desde que se marchó a Madrid hemos mantenido el contacto a través de mensajes, correos y escuetas llamadas de teléfono para lo que somos (o hemos sido) nosotros. Reconozco que ha sido cosa de ambos, yo he estado pasando mi propio proceso de asimilación y aceptación a lo que ha estado sucediendo en mi vida; y en cuanto a Ariel, bueno, si normalmente no es precisamente como un libro abierto, ahora, enfrentándose de lleno a toda su mierda, no iba a ser diferente, y yo tampoco la he querido agobiar. Aun así, he percibido ciertos avances, además ella asegura que está mucho mejor y que se haya atrevido a abrirse un canal en YouTube habla mucho de su mejoría: la Ariel de antes no lo habría hecho ni aunque la estuvieran apuntando con una pistola en la sien. De lo cual, por supuesto, me alegro muchísimo y así se lo he hecho saber en una de nuestras últimas conversaciones. Lo último de lo que hablamos por WhatsApp, fue de eso y de la visita sorpresa que le hizo Eric. A pesar de que Ariel no suele darme muchos detalles de su relación con el susodicho (lo cual agradezco), sí que me dio a entender que justo antes de irse a Madrid las cosas entre ellos no quedaron muy bien.

Repentinamente soy consciente de que mi desagrado hacia a Eric ha pasado a convertirse en simple indiferencia. Tampoco digo que vayamos a ser mejores amigos, pero igual con el tiempo podríamos estar juntos en una misma habitación sin ganas de matarnos el uno al otro. ¡Joder! ¿Me habéis oído? Yo diría que estoy madurando. ¡Venga, dadme al menos el beneficio de la duda! Sé que la he cagado mucho en el pasado, pero he cambiado, en serio ¡estoy dejando mi jodido orgullo a un lado!

—¡Vamos allá! —pronuncio en voz alta tras abandonar el servicio echándome el macuto al hombro.

¿Quién me iba a decir que toda una vida entraría en una mochila de sesenta litros? Pues resulta que sí, porque lo realmente importante ocupa poco espacio.

Sin aminorar el paso sorteo a la marabunta de viajeros que van de aquí para allá arrastrando maletas, cansancio y jet lag. Al menos yo, estoy agotado, especialmente después de un vuelo de dos horas, una escala de tres, un vuelo de trece y cincuenta minutos de espera en el control de seguridad. Pero la adrenalina que corre aprisa por mis venas debido a esa intensa necesidad por volver a verla es como un chute extra de energía, y para qué negarlo, todo el tiempo de espera de este largo trayecto hasta llegar aquí da para recrear muchos posibles escenarios en los que por supuesto, todo sale perfecto. Reconozco que en mi imaginación soy como un Ryan Gosling que consigue a la chica; aunque en versión garrula, porque seamos honestos, soy lo opuesto a un galán de película. Y no hablo del atractivo, a lo que me refiero es a llevar a cabo y con éxito actos románticos. Mi experiencia en ese campo es completamente nula e incluso me atrevería a decir que desastrosa, teniendo en cuenta lo mal que lo hice con Ariel en su momento.

Estoy a punto de atravesar la puerta que va a cambiarlo todo, de un modo u otro va a hacerlo. Tras ella me espera Sonia con la errónea idea en la cabeza de que vengo a hacerle una visita, cuando la realidad es que he venido a quedarme, definitivamente. He conseguido un visado de trabajo gracias a que, casualidades de la vida (o no) Frank, un tipo con varias casas de subastas repartidas por el país (Florida, Nueva York, Texas) y con el que he tenido mucho contacto desde que me hice con el Antique Artiles, me comentó, hace cosa de mes y medio, que estaba pensando ampliar el negocio para cubrir la costa oeste del país; así que una cosa llevo a la otra y... ¡aquí estoy! Voy a encargarme de la nueva casa de subastas Wallace Auctioneers, que se abrirá en tan solo tres semanas aquí en California. Una locura, lo sé. He alquilado mi casa de Tenerife y he vendido la tienda de mi abuelo. Sí, la he vendido. Tanto tiempo luchando por ella contra mi padre, y ahora, voy y la vendo. Y es que después de meditarlo mucho me di cuenta de que me aferraba a ella por mi abuelo, porque era lo que él quería y de alguna manera me sentía «obligado» a hacerlo: no quería que se sintiera defraudado. Al menos no de mí.

Todo esto me ha dado mucho en qué pensar, como en eso que hacen nuestros padres y abuelos, probablemente sin ser plenamente conscientes de ello, proyectando en nosotros sus sueños, esperando que cumplamos esos deseos, dejándonos con una carga de la que muchas veces no somos ni conscientes y que nos afecta en la toma de decisiones a lo largo de toda de nuestra vida. Lo que provoca que terminemos cargando con una mochila que no nos pertenece: la hemos heredado, pero no hemos elegido lo que hay en su interior y, sin embargo, nos vemos soportando su peso por años. No me malinterpretéis, durante mucho tiempo el Antiques Artiles me ha hecho feliz, era algo que deseaba, pero también es cierto que estaba demasiado atado a ese lugar por mi abuelo, por su recuerdo, pero no por un deseo genuinamente propio.

Llevo años aferrándome a una vida cómoda y completamente predecible, y de alguna manera creo que eso también ha afectado a mi manera de relacionarme con las mujeres, porque en realidad estaba aterrado de amar a alguien de verdad, de permitir que otra persona me empujara fuera de ese lugar confortable en el que podía manejar todo a mi antojo, porque yo era el que tomaba las decisiones.

No tengo ni idea qué va a suceder a partir de ahora, y eso aterra, pero a la vez es gratificante, porque

sea lo que sea estaré haciendo lo que de verdad me pide el corazón.

Hace un par de meses que todas estas dudas existenciales comenzaron a brotar en mi cabeza y cuanto más pensaba en ello, más cuestiones a resolver se me presentaban. Fue entonces cuando llame a mi hermana Yurena que, aunque es la pequeña de los dos, también es la que ha tenido las ideas más claras y ha hecho siempre lo que le ha dado la real gana. «¿Qué harías si no tuvieras miedo, Sebas?». Y de todas las preguntas que me había hecho, esa jamás se me había pasado por la cabeza. La más importante de todas, fue mi hermana la que me la replanteó, la que dice que lleva haciéndose a sí misma desde muy jovencita. Tanto me impactó, que he terminado tatuándomela en el brazo. Me pareció demasiado relevante como para no tenerla en cuenta y esa, es una buena manera de no olvidarla.

Así que, aquí estoy, dándole una vuelta completa a mi vida, mejor aún, dándome la oportunidad a mí mismo de vivir la vida que en realidad me gustaría vivir. He hecho mi propia mochila, metiendo en ella todo lo que realmente me hace feliz, plenamente satisfecho, porque yo seré el único que cargue con ella hasta el final, porque yo decido lo que quiero llevar en ella.

Según se abren las puertas la veo, ella a mí no, lo que me otorga algo de tiempo para interiorizar lo que estoy a punto de hacer antes de que levante la vista del teléfono y me descubra caminando hacia ella. ¡Joder! ¿Es posible que me parezca todavía más guapa? ¡El puto corazón se me va a salir del pecho!

Pillado. ¡Mierda! Si creía que estaba jodido, después de esa sonrisa sencillamente acaba de aniquilarme. ¿A ver cómo cojones hago esto sin que me dé un infarto? Intuyo que no voy a tener mucho tiempo para pensar sobre ello, porque viene directa a por mí, corriendo literalmente hasta saltar entre mis brazos para quedarse colgada de mi cuello.

La recibo más que encantado, pero hay algo que necesito hacer antes de que se separe del todo, antes de que se dé cuenta de mis verdaderas intenciones y yo me eche atrás simplemente por miedo. Mis ojos van a parar rápidamente a esa frase, sabía que era buena decisión tatuármela «¿Qué haría si no tuviera miedo?».

Acojo su cara entre mis manos, mirándola con una extraña emoción atada al pecho y justo antes de que empiece a preguntarse a qué viene esta intimidad, me acerco despacio y la beso, con ternura, porque eso es lo que ha activado en mí: una cálida necesidad de amarla mucho y con cuidado.

—Vale, este no es un beso de te quiero follar contra la puerta en cuanto lleguemos —apunta sorprendida, porque eso era lo habitual en nosotros—; que tampoco sabía que estuviésemos en ese punto.

—No, es un beso que dice lo colgado que estoy por ti, con el que espero despertar aquello que tú sentías por mí antes de venirme hasta el otro puto lado del mundo.

—¿De qué estás hablando? —pregunta claramente confusa mostrando unas mini arrugas en la frente.

—Que te quiero, Sonia; y que he venido para quedarme.

—¿Qué?! —exclama perpleja.

—Que te quiero.

—¡No, si ya te he oído! Pero... Espera, espera, porque me va a dar un algo —dice alejándose para tomar asiento en una silla que queda unos pasos tras ella, mientras se abanica con la mano—. ¿Desde cuándo...? Es decir, ¿cómo ha...? ¿Has venido para quedarte dices?

Demasiada información, me temo que Ryan Gosling y yo tan solo compartimos el género.

—¿Qué tal si nos vamos y te cuento todo de camino? —digo tendiéndole la mano, aunque no sirve de nada, porque aún permanece en evidente estado de shock.

—¿Y la tienda? ¿Qué pasa con ella?

—¿Debería preocuparme que después de declarar mi amor por ti lo único que te preocupe sea qué ha pasado con la tienda? —inquiero divertido enarcando una ceja.

Al fin se pone en pie, frente a mí, muy cerca, escrutándome los ojos en silencio por largo rato, como si estuviera buscando algún indicio de... ¿de que no miento, quizá?

—¿Esto es en serio?

—Creo que me conoces mejor que nadie para saber que no me inventaría algo como esto. — Después de todo este tiempo en el que hemos llegado a llamarnos hasta seis veces en un día, apostaría mis tensas pelotas a que me conoce más incluso que Ariel—. ¿Me ves como el típico tío que va declarando su amor por ahí a cualqu...?

Mis palabras quedan sepultadas tras sus labios, y mi mochila, en la que sin duda voy a incluir a esta preciosa rubia, termina en el suelo, para que pueda sujetarla con firmeza mientras rodea mi cintura con sus piernas.

—¿Esto quiere decir que soy bienvenido?

—Quiere decir que eres un sinvergüenza muy atractivo que va a tener que darme muchas explicaciones.

—Puede ser mientras te follo contra la puerta.

—Puede ser incluso en la parte trasera de mi coche.

Ahora es ella la que enarca una ceja con diversión, provocándome una profunda y enorme carcajada, una de tantas que ha sabido sacarme durante estos largos meses separados.

Estaba tan aferrado a lo que sentía por Ariel, en encontrar la manera de deshacerme de ello, que no me había dado cuenta de que mi corazón ya latía por otra mujer. El día que me encontré a Ariel en el mirador y sonó la canción de Bryan Adams de fondo lo supe, pero en aquel momento no estaba preparado para reconocerlo. Ahora sí. Estoy enamorado. Como el puto Ryan Gosling en *El diario de Noah*.

# Junio

Aquello que no eres capaz de aceptar, es la única causa de tu sufrimiento.

GERARDO SHMEDLING

## Capítulo 32



—Reconozco que todavía me cuesta creerlo.

—¿Qué estemos juntos?

—Que Sebas esté viviendo en California, que estéis juntos me parece maravilloso.

—¿En serio?

—¿En serio te preocupaba que pudiera sentirme molesta?

—Un poco.

—Pues no entiendo por qué.

—A pesar de que sé perfectamente que nunca has estado enamorada de él, sois como uña y carne, Ariel.

—No en el último año.

—Bueno, tú ya me entiendes. Siempre habéis estado vosotros dos solos. Pensaba que al igual se te podía hacer raro, no sé...

—Pues ya era hora de que se emancipara, ¡qué quieres que te diga! — bromeo—. Y ya que estamos, ¿desde cuándo estáis juntos? Quiero decir, lo último que yo sabía es que tú estabas coladita por sus huesos y poco más.

—Sí, y el por los tuyos.

—Eso es pasado ya. Así que cuéntame, porque la verdad que aquí el amigo Sebas, más escueto no pudo ser cuando me llamó para contarme que lo

había dejado todo para irse a California a vivir contigo. Dijo que se había dado cuenta de que estaba enamorado de ti y punto. ¡Cómo si le cobraran el minuto de llamada a precio de oro!

—Creo que a él se le hace raro hablar de esto contigo, Ariel.

—Supongo. Entonces ¿qué, cómo fue?

—Ya sabes que cuando me vine a Estados Unidos mantuvimos el contacto, más aún cuando dejasteis de hablaros. Cada vez nos llamábamos más a menudo y nos sentíamos más cómodos, las últimas veces ni siquiera poníamos excusas para ponernos en contacto con el otro.

—Como dos colegiales: ¡cuelga tú; no tú! Creo que ya me imagino...

—La cosa empezó a subir de tono... y terminamos haciendo sexo telefónico casi cada día.

—Vale, no necesitaba esa información.

—Pues es una lástima, porque no sabes lo imaginativo que puede ser Sebas...

—¡Sonia! ¡Que no quiero saberlo!

Se parte la caja. Terminó acompañándola.

—¿Y tú qué? ¿Cómo van las cosas con el tío bueno de Eric?

—Teniendo en cuenta que no nos hemos visto desde hace un mes..., pues como tú y Sebas básicamente, mucho teléfono.

—¿También hacéis sexo telefónico?

Esta vez soy yo la que me río.

—Estoy muy sola aquí, *mi niña*, así que no me queda otra.

—¡No te hagas la mártir, anda! Lo haces porque te da la gana y punto.

—Tiene usted toda la razón.

—Lo bueno es que hoy ya le vas a ver y podrás hacer muchas *guarreridas* sexuales.

—Eso espero, porque le echo mucho de menos. Ha llegado esta mañana a Madrid, pero no hemos podido vernos. Ha estado a tope con la exposición.

—¿A qué hora es, por cierto?

—Pues... queda una hora —le informo separándome el teléfono de la oreja para comprobar la hora—, y yo aún estoy decidiendo qué narices ponerme.

—Está claro: algo que cuando te vea le dé un puto infarto.

—Empiezas a hablar igual de bonito que tu nuevo novio, ¿sabes?

—¡Eh, que tampoco es que tú tengas la prosa de la reina Letizia!

—En eso tienes razón. Bueno, te dejo que si no me arreglo voy a llegar tarde.

—¡Pásalo bien!

—Eso haré. Dile a Sebas que cuando su nuevo trabajo se lo permita, que me eche una llamada. Me gustaría saber directamente por su boca, y no por la de su novia, cómo le va todo; y que la haga a cobro revertido si es necesario —bromeo.

—Se lo haré saber.

Lanzo el móvil sobre el montón de ropa que hay encima de la cama, que básicamente es toda la que tengo. En realidad, no es mucha, a pesar de que me he comprado alguna cosa, ya que todo lo que traje era básicamente de invierno. No caí en la cuenta de que el tratamiento sería largo y llegaría al menos hasta verano. Bueno, siendo honesta no daba un duro por mí, estaba segura de que volvería antes de que los árboles comenzaran a florecer. Pero aquí estoy, cuatro meses después de la llegada a esta ciudad, decidiendo qué ponerme para la exposición de fotografía del hermano muerto de mi novio. Surrealista.

Desde la desastrosa visita de Eric en abril y tras su marcha a hurtadillas, hemos mantenido el contacto a diario, recuperando rápidamente la normalidad; aunque desde entonces no ha vuelto a Madrid y yo tampoco he salido de esta ciudad. Ya lo dije una vez, aún no estoy preparada para moverme de aquí. Es cierto que las cosas van cada vez a mejor, sin embargo, la sola idea de salir de esta cotidianidad despierta en mí una extraña e inquietante sensación de pánico, como si todo lo logrado hasta ahora se fuera a ir por la borda. Aún no me siento suficientemente fuerte para abandonar este lugar.

El vuelo de Eric ha llegado esta mañana a primera hora, pero entre que yo tenía terapia esta mañana y él ha estado ocupado todo el día con Chloe y Víctor, no hemos tenido ocasión de vernos. Ambos estamos ilusionados con este nuevo encuentro, no solo por las ganas que nos tenemos, existe también una necesidad casi vital de sustituir el recuerdo del último encuentro con uno que se acerque más a la normalidad de una pareja que lleva tiempo sin verse y que solo quiere pasar tiempo juntos apartando, por un momento, lo que no sea disfrutar el uno del otro en todos los sentidos posibles.

Un dulce cosquilleo vibra en mi estómago de anticipación, así que, con esa emoción oscilando dentro de mí, imaginando el esperado reencuentro, alargó el brazo con decisión y cojo un vestido que, en cuanto lo vi en un escaparate hará un par de semanas, me hizo pensar en Eric de forma instantánea. No es espectacular ni nada por el estilo, en realidad es bastante sencillo, con cierto aire hippie, como toda mi ropa. De finos tirantes, largo hasta los tobillos, abotonado en la parte frontal de arriba abajo y ceñido a la cintura con una pequeña cuerda. Lo realmente relevante y lo que hizo que entrara a la tienda a comprarlo fue que, además de gustarme muchísimo, es de un brillante verde esmeralda, y Eric siempre dice que ese color realza mi belleza.

Está decidido, un mensaje que, aunque sutil, Eric sabrá interpretar a la perfección en cuanto me vea. Y es que no solo tengo esperanza en que esto pueda funcionar, además apuesto por nosotros, tanto como lo ha hecho él desde el inicio.

Cuarenta minutos más tarde estoy subida en un taxi de camino a la galería. He tenido que coger uno porque iba con el tiempo pegado al culo puesto que me he entretenido más de lo que esperaba en arreglarme. Primero con un tutorial rápido en YouTube para aprender a sacarse partido con cuatro potingues del neceser; y más tarde con el pelo, ya que se me ha ocurrido la genial idea de hacerme tirabuzones con las tenacillas y con mi abundante melena casi no acabo. Poco más y hubiese estado lista para fin de año.

No haber llegado temprano, que era mi intención inicial, es la razón de mi creciente inquietud interior. Quería haberme encontrado con Eric antes de que comenzara oficialmente el acto de inauguración, pero no ha podido ser y el *contouring* es el único culpable. Ese intrínseco juego de sombras y luces no es para mí, eso está clarinete. A las Kardashian les funcionará, pero a mí me ha costado la vida dar con la manera de no parecer un oso panda. En fin...

He entrado en el momento exacto en el que Víctor Berrocal abría la exposición con unas palabras elogiando el trabajo de Berto. Tras él, ha ido Chloe, relatando de forma anecdótica y divertida cómo había conocido a Berto hace años en Nueva York, y cómo, tiempo después, había sucedido lo mismo con su hermano Eric, al que además ha agradecido abiertamente su predisposición a que se realizara esta exposición en honor a su talentoso hermano. Entretanto y escuchándola despedirse para dar por inaugurado el acto, yo no he podido dejar de pensar por qué Eric no ha dicho absolutamente nada, ni siquiera una escueta mención a Berto, ni tampoco un mísero «gracias» a Víctor y Chloe por hacer esto posible. Básicamente ha permanecido en un segundo plano con los brazos cruzados sobre el pecho y un rictus demasiado adusto para lo que requiere la ocasión.

Apartando eso a un lado (ya indagaré más tarde), mi misión en este momento es llegar hasta mi novio, pero teniendo en cuenta la gran cantidad de gente que hay (más de la que hubiese imaginado), me está costando lo suyo; creo haber visto incluso a algún que otro famoso, además de prensa y televisión. Deduzco que esto será cosa de Víctor, ya que según tengo entendido es una eminencia en esto del arte y su galería es de las más relevantes de la ciudad, si no la que más.

—¡Ariel!

Reacciono a mi nombre descubriendo a una guapísima Bella enfundada en un ceñido vestido negro y unos tacones de infarto. Exactamente como esperaba encontrármela la primera vez que nos vimos.

—¡Hola, Bella!

Reconozco que no me sorprende verla aquí, teniendo en cuenta la estrecha relación que le une a Chloe, aunque tampoco esperaba que viniera.

—¡Qué guapa estás! —dice dándome dos besos con cariño.

—Gracias, tú también.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, la verdad.

—Me alegra verte tan bien. ¿Y qué haces aquí?

—Bueno..., Eric es mi novio. —Doy por sentado, y a pesar de que no haya

dicho ni una palabra, que sabe quién es Eric.

—¡Así que tú eres esa chica!

—¿Esa chica? —pregunto con curiosidad.

—La que se acercó en Tenerife a darle una foto a Chloe y a Víctor.

—Ah... sí, esa soy yo, supongo.

—¡Qué casualidad!

—La verdad que sí.

Un camarero se detiene a nuestro lado con una bandeja repleta de copas de cava, ambas denegamos la oferta amablemente.

—El hermano de tu chico tenía mucho talento, es una lástima lo que le ocurrió.

—Lo es —reconozco con tristeza.

—Por cierto, ¿qué tal con Aurora?

—Confieso que mejor de lo que pensaba. Tiene una manera muy particular de hacer la terapia, pero sin duda, estoy contenta de haberme quedado.

—No sabes cuanto me alegra escucharte decir eso. En serio, Ariel.

—Y a mí de reconocerlo.

Ambas nos sonreímos con mucho de amabilidad y algo de aprecio en el momento exacto que su imponente marido de metro noventa (centímetro arriba, centímetro abajo) vestido con un bonito traje azul, hace acto de aparición rodeando la cintura de su mujer con un brazo.

—¿Te acuerdas de Ariel, cariño?

—Por supuesto —contesta sorprendiéndome al coger mi mano para darle un beso en el dorso.

Madre mía... ¿y esto?

Debe haberse notado el color bermellón de mi cara, más que nada porque Bella ha salido a mi rescate con rapidez.

—Es que es de la vieja escuela. A mí también me sacaba los colores al principio.

—Todavía lo hago —susurra Daniel en su oído demasiado alto como para que, a pesar de la música ambiental y el ruido, yo haya sido capaz de escucharlo. Para mi desgracia. Demasiado íntimo y personal.

—¡Tu novio te está buscando como un loco, pelirroja! —exclama la vivaz Chloe, saliendo de quién sabe dónde tras darme dos rápidos besos en las mejillas.

—Sí, de hecho voy a ir a buscarle, gracias —digo a modo de despedida temporal.

—Claro, nos vemos —añade Bella.

—Está justo detrás de la columna, le están haciendo unas preguntas para algún periódico.

Sorteo a la gente bajo la tenue luz del vestíbulo apreciando, de camino a donde Chloe me ha indicado, el estilo moderno y distinguido de la galería con paredes blancas, techos altos y suelo de cemento pulido que le aportan una sensación de amplitud.

Bien, ya le veo, acaba de terminar de hablar con una periodista y se está despidiendo. Importándome bien poco donde nos encontramos, corro hasta él que me recibe con los brazos abiertos y con esa perfecta sonrisa logrando que todo a nuestro alrededor se disipe con facilidad.

Nos recibimos con un beso profundo, pero corto. Demasiado escueto para lo que me hubiese gustado. No obstante, entiendo que las circunstancias así lo requieren.

—Cariño, estás preciosa —asegura separándose para mirarme mejor.

Y él está para comérselo con una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos, pantalones de pinzas verdes y brillantes zapatos negros con cordones. ¡Zapatos?! Jamás pensé que le vería llevando nada en los pies que no fueran unos tenis.

—Pues yo si pudiera te comería de arriba abajo ahora mismo —murmuro pícaro mordiéndome el labio inferior.

—Estás loca.

—Bueno, eso no es nada nuevo.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclama antes de darme otro beso rápido en los labios—. Ven, que te voy a presentar a unos amigos.

Cogidos de la mano y dedicándonos prometedoras miradas, recorreremos la galería mientras Eric me va presentando a toda esa gente que conoce a mi chico mucho antes que yo, teniendo en cuenta todos los años que vivió en esta ciudad antes de mudarse a Tenerife.

—¿Y Yaiza? No la he visto —caigo repentinamente en la cuenta.

—Me ha mandado un mensaje diciendo que finalmente no iba a venir.

—¿Finalmente?

—Digamos que no se sentía preparada.

—Claro. No había pensado en ello. Hablamos un par de veces sobre la exposición, no entiendo cómo no me di cuenta.

—No te fustigues, Yaiza es buena actriz cuando quiere.

—Ya, pero no sé, somos amigas... Debí darme cuenta de lo difícil que era esto para ella.

—No debiste nada —refuta tratando de hacerme sentir mejor.

Agradezco sus palabras, pero no hacen que cambie de opinión. Mañana voy a verla sin falta.

—Por cierto, ¿de dónde han salido esos zapatos? —me intereso cambiando de tema.

Y es que me conozco su armario al dedillo y jamás se los había visto y aunque se ve que han tenido poco uso, también puede apreciarse que no son nuevos: las arrugas de la parte superior son clara evidencia.

—Ya los tenía —asegura esquivando mi mirada de manera... extraña.

Igualmente lo dejo pasar, no me voy a volver paranoica por unos zapatos de los cuales, simplemente, no me acuerdo.

Pasamos la siguiente hora hablando con gente que Eric continúa presentándome, disfrutando al mismo tiempo de la exposición con tranquilidad. Muchas de las fotografías yo nunca las había visto, tanto Eric como Chloe se han pasado los últimos meses recopilando, del mundo entero, cada una de ellas. Me detengo cuando pasamos a una colección de retratos y

llegamos a uno, que, al instante, inunda mis ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa?

—¡Es el Gaviota!

Eric no lo conoce, pero le ha hablado mucho de él y llevo tanto tiempo sin verle que, sencillamente, no puedo aguantar la emoción. Además, que la fotografía es preciosa, única y especial. Su alma capturada en una imagen.

—¿Cuándo hizo esta fotografía?

Eric se queda un instante en silencio reflexivo.

—Cuando estuvimos juntos en Tenerife, el mismo día que te vi a ti por primera vez.

—¿En serio?

—Si mal no recuerdo... sí, fue esa misma mañana.

Nos quedamos callados envueltos por la honestidad que desprende esa imagen: yo totalmente cautivada, Eric puede que reviviendo aquel día.

—¿Qué pasa? —pregunto pasado un rato, viendo cómo Eric cambia la mirada de la fotografía a mí una y otra vez.

—No sé, es extraño... Es como... Tenéis exactamente el mismo color de ojos. Bueno, en realidad no sé si es el color, o la mirada en sí.

—Perdonad, chicos —se disculpa Víctor—. Necesito robarte a tu chico un momento.

—Claro.

—Vuelvo enseguida —añade Eric dándome un beso en la mejilla antes de alejarse.

Vuelvo a clavar la mirada en la del Gaviota dándole vueltas a las palabras de Eric. Probablemente es una tontería, pero eso que ha dicho es algo con lo que yo alguna vez he divagado. No tiene ninguna clase de sentido, lo sé.

—Parece que cuando la ocasión lo requiere sabes vestirte con cierta decencia.

Se me eriza la piel al instante y un grueso nudo me aprieta la garganta en cuanto esa irritante voz se cuela en mis oídos sin haber sido invitada. ¡¿Qué

coño hace esta tipeja aquí?!

Me vuelvo, esperando que sea un sueño, pero no lo es. Claro que no. Una Nadia radiante (como no podía ser de otra manera), me escruta sobre sus tacones de quince centímetros, que sumados a su metro ochenta es una buena distancia, enfundando su perfecto cuerpo de diosa en un nada apropiado (ni siendo modelo) vestido blanco de transparencias y encaje.

—¿Qué coño haces aquí?

Creo que he tenido mucha paciencia con ella desde que tuve la desgracia de conocerla, no obstante, he llegado a mi límite.

—¡Menuda boquita tienes! Para que lo sepas, Eric me ha invitado. Y, por cierto, ¿sabes dónde está? —pregunta mirando a nuestro alrededor mientras posa sus carnosos labios pintados de un intenso burdeos sobre la fina copa de cava—. Es que acabo de llegar y aún no le he visto.

—Eric no te ha invitado —espeto con toda la certeza del mundo.

Una seguridad que se va disolviendo en mi cabeza en cuanto Úrsula comienza a hacer acto de presencia murmurando su mierda habitual, para la que ahora no tengo tiempo.

—No solo me ha invitado, sino que hemos comido juntos hoy mismo: necesitaba unos zapatos y me ha llamado para pedírmelos.

—¡¿Qué?!

Todo comienza a darme vueltas revolviéndome el estómago, hasta el punto de sentir unas incómodas náuseas. No podría tratar de fingir que sus palabras no me han afectado ni aunque lo intentara. Estoy a punto de salir corriendo en busca de un servicio, pero antes de que pueda poner pies en polvorosa, una conocida voz (bastante más agradable) me detiene, y por un instante, consigue que me olvide de mi huida, la compañía y que hasta se me pase levemente el malestar.

—¿Ariel?

—¿Yurena?

Nos damos un abrazo, que sin darme cuenta alargo más de lo esperado, pero me importa una mierda.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces aquí?

—Alberto Estrada era el hermano de mi novio. —La última palabra se me atasca entre los labios y como acompañamiento, Nadia realiza algún tipo de carraspeo desaprobatorio.

«¡¿Qué te jodan?!»

—Es cierto que mi hermano me dijo que estabas saliendo con alguien.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Me han mandado a hacer un reportaje para una revista digital, así que si me presentas a tu novio sería genial —arguye giñándome un ojo.

—Si quieres yo te puedo ayudar, soy su mujer.

—*Ex* mujer —corrijo.

¡¿Y por qué narices sigue aquí y no se va a buscar a Eric y sus brillantes zapatos mágicos?! Aunque parece que no voy a tardar en averiguarlo. La razón, al parecer, es la acompañante de Yurena, a la que mira fijamente con cierta admiración.

—¿Eres Monika Li, verdad? —Se dirige Nadia a la morena de rasgos orientales con pinta también de modelo—. Soy una gran admiradora de tu trabajo. De hecho, creo que hemos coincidido en la semana de la moda de París, soy Nadia Vázquez y...

—Lo siento, pero no te recuerdo —responde educada pero muy cortante. Y algo me dice que en realidad sí que sabe quién es, y por la reacción, deduzco que no deben ser muy buenas las referencias que tiene de Miss Nadia Vázquez.

—¿Seguro? Nos presentó... —insiste la petarda, consiguiendo que regresen mis náuseas.

—Ya te ha dicho que no, ¿acaso estás sorda?

Nadia se queda patidifusa, con los ojos como platos por mi intromisión. De reojo veo cómo Yurena y la guapa morena que se une al club de *haters* de Nadia, sonríen con diversión.

—Ariel, ella es Monika, mi novia. —Nos presenta Yurena al fin.

¿Novia? Eso sí que es una sorpresa..., y no porque no sepa que le gustan las mujeres, sino porque, como su hermano, nunca ha sido de relaciones

serias. Hasta ahora. Parece que se han puesto de acuerdo aquí los hermanos Artiles.

—¿Y tú eres? —me pregunta directamente Monika tras darme dos besos.

—La mejor amiga de su hermano.

—Encantada.

—Igualmente.

—¡Mira, por ahí viene Eric! —exclama Nadia.

De verdad, ¿esta mujer no sabe cuándo sobra?

Levanto la vista en dirección al punto en el que parece mirar la modelo, encontrándome de lleno con la culpable mirada de Eric. Todo vuelve sin contención y empeora en cuanto me fijo en sus brillantes zapatos o en el hecho de que no lleva barba (tal como le gusta a su exmujer), algo a lo que no le habría puesto ninguna importancia, si no fuera por la presencia de Nadia. Además de por su confesión sobre la reciente comida compartida entre ambos.

Con la rapidez de un chasquido de dedos todo comienza a cobrar sentido, al tiempo que un enorme agujero va tomando cada vez más presencia en el centro de mi estómago. Trago con fuerza, haciéndome incluso daño en el proceso, porque todo lo que necesito dejar pasar por el estrecho hueco de mi garganta no solo ocupa un puto campo de fútbol, además es tan sutilmente punzante como las espinas de un cactus. Sin embargo, no me queda otra opción más que fingir y apartar a un lado todo lo que ya comienza a cocerse en mi cabeza, esta noche es en homenaje a Berto, y aunque nunca haya tenido el placer de conocerle, le respeto lo suficiente como para no montar ninguna escena.

Alcanzo una copa de cava gracias a la conveniente aparición de una camarera que pasa por mi lado, y, echando la cabeza hacia atrás en un rápido movimiento, permito que el burbujeante líquido anestesia la abundante ira, el latente dolor y más que nada, la penetrante desilusión.

Como la actriz que descubro puedo llegar a ser, hago las presentaciones pertinentes en cuanto Eric llega hasta nosotros, dejando que Yurena le haga una escueta entrevista para el periódico en el que trabaja. Mientras, Monika y yo aprovechamos para conocernos más profundamente. Y Nadia, que al fin parece darse por cuenta de que no pinta nada aquí, tras varios patéticos intentos más

por llamar la atención de la diseñadora de moda, decide desaparecer, pero algo me dice que no será por mucho rato.

El resto de la noche la paso recordando historias con Yurena, poniéndola en evidencia delante de su novia y pasando, sin lugar a dudas, uno de los mejores ratos desde que me vine a vivir a esta ciudad. Mientas Eric, durante todo este tiempo y cuando no están requiriendo de su presencia, se acerca a mí cariñoso, pero también con cautela, ya que mi comportamiento con él ha pasado a ser más bien frío y distante, además de esquivo.

—Lo siento, pensaba que no vendría —se disculpa en cuanto nos quedamos solos.

—¿Qué?

—Estás así por Nadia —asegura—, no pensaba que fuera a venir.

—Bueno, la has invitado, ¿qué esperabas, Eric? —Mi respuesta le deja sin palabras y como no tengo ganas de escuchar excusas absurdas decido desaparecer—. Me marcho.

—¿Ya? —pregunta comprobando la hora en su reloj de muñeca—. Espera un momento que me despida y nos vamos juntos.

—Me voy sola, Eric.

—¿Sola?

No digo nada más, me doy la vuelta perdiéndome entre la gente sin mirar atrás.

—Ariel, espera.

Cada paso que doy se hace más pesado y las siluetas de la gente se difuminan a mi alrededor. La imagen de Nadia y Eric comiendo juntos despierta de nuevo una potente y peligrosa rabia dentro de mí; y al salir al exterior la cosa no mejora. El aire caliente de este mes de junio resulta asfixiante, casi tanto como la realidad que oprime la boca de mi estómago, obligándome a llevar las manos a ese punto tratando de aliviar la presión. Ni siquiera oigo a Úrsula, esta es una de esas veces en las que mi voz suena más alto que la suya.

Es irónico que cuanto más me alejo de Eric, más rápido siento que necesito hacerlo.

Alcanzo el borde de la acera viendo un taxi acercarse a lo lejos con la luz verde prendida: es mi oportunidad.

—¡Ariel, espera! ¡Ariel!

Acelero el paso, pero no me sirve de nada, Eric tiene las piernas más largas, además de una clara intención de detenerme. Y así lo hace, agarrándome del brazo para ello. Obligándome a enfrentarle.

El taxi pasa de largo.

—Ariel, ¿qué sucede?

—Yo... quiero irme a casa.

—¿Es por Nadia?

—Has comido con ella —le acuso—, llevas esos zapatos por ella e incluso te has afeitado tal y como a ella le gusta. —Todos esos «ella» los pronuncio con un desprecio que me veo incapaz de evitar.

—La llamé para saber si estaba aquí, porque necesitaba unos zapatos para hoy. Sabía que había guardado ropa mía cuando vendimos la casa, simplemente...

—¿Sabes qué? —le corto soltándome de un tirón de la mano que aún me mantiene sujeta—. En realidad, no me importa, Eric. Da igual lo que digas, no es que vaya a cambiar nada.

—No es lo que piensas, Ariel, cariño... —suplica con una honesta disculpa asomando en sus ojos.

—Es exactamente lo que pienso, Eric. Quizá el que aún no se ha dado cuenta eres tú.

—¿Que no me he dado cuenta de qué?

—Dime una cosa, ¿por qué no le has dedicado unas palabras a tu hermano? Esta noche era para él, y no has sido capaz de salir y decir absolutamente nada de Berto.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Todo, tiene que verlo todo, Eric.

—Mira, Ariel, no sé qué narices te ha dicho Nadia, pero...

—Ahora lo sé —le interrumpo con cierta tristeza—, no entiendo cómo no he podido darme cuenta antes.

—¿Qué sabes qué?

—¿Quieres saber por qué no eres capaz de sacar a Nadia de tu vida? Porque eso lo haría real, Eric. Mantenerla a tu lado hace que creas que él sigue en algún lugar recóndito del mundo tirándose de un paracaídas o nadando entre tiburones, y que simplemente, seguís sin hablaros. En realidad, sé que no quieres a Nadia, sé con certeza que no estás enamorado de ella, y por mucho que me cueste decir esto... no se lo merece, Eric. Estás jugando con ella. De hecho, estás jugando con los sentimientos de las dos, porque a mí también me haces daño. Me parece que estás tan perdido como lo estaba yo hace unos meses, y ni siquiera eres consciente de ello.

La ausencia de respuesta a mis palabras es clara muestra de ello.

—Si de verdad quieres que las cosas cambien, empieza por hablar con tu madre, que te cuente todo lo que necesites saber. Y continúa con tu padre, pídele las explicaciones que sean necesarias; porque de verdad, hasta que no arregles eso, no vas a salir del pozo de mierda en el que estás metido. —Como es lógico, mi brutal honestidad tiene un claro efecto en él: se ha quedado mudo—. Me compadezco de ti, pero más aún lo hago de mí misma, porque me he pasado cuatro meses luchando contra mis propios demonios para convertirme en la mujer que consideraba se merecía a ese hombre del que estoy locamente enamorada. Mientras tú, simplemente no has hecho nada. Nada por ti, y absolutamente nada por nosotros. Deja de intentar cambiar todo a tu alrededor, Eric, y empieza por centrarte en ti.

Me quedo en silencio, permitiendo que asimile las palabras. Bueno, en realidad los hechos que son los que me han llevado a mí hasta esta conclusión. Contemplo como poco a poco, sus mágicos ojos verdes con motas amarillas se van rayando al ir digiriendo la realidad que acabo de exponerle y que él, simplemente no ha querido ver, probablemente porque no estaba preparado para hacerlo, y quién sabe, al igual va a seguir sin estarlo.

—Eres el tío adecuado, pero claramente no es nuestro momento —confieso con cierta nostalgia, recordando aquella primera vez que mencioné estas palabras—. Puede que nuestro momento fuera hace diez años o puede que nunca lo haya sido. Igualmente, nunca lo sabremos.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta alarmado dando un paso hacia mí conteniendo las lágrimas que se acumulan en sus ojos.

—Si algo he aprendido estos meses es que necesito quererme más y mejor. Y la realidad, Eric, es que me merezco a alguien que me respete, pero también que se respete a sí mismo. Alguien que sea capaz de enfrentarse a su pasado como lo estoy haciendo yo. Te quiero, como no he querido nunca a nadie. Pero sabes qué, me quiero más a mí misma.

—Ariel...

—Aún me queda camino por recorrer para estar del todo bien, para estar sana. Para estar segura de que no acudiré a la comida o al sexo con desconocidos para sentirme mejor. No quiero volver a hacerme eso, no puedo volver a hacértelo: no me lo perdonaría. Pero para ello necesito estabilidad, al menos hasta que me sienta lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a cualquier cosa. Aún no estoy en ese punto. No puedo ayudarte si yo no estoy bien, y menos todavía si tú no aceptas lo que te sucede y, en consecuencia, actúas haciéndome daño, ambos nos lo hacemos. Así que, por favor, no me llames, ni me mandes mensajes. Nunca más. Te pido que no vuelvas a hablarme, porque para poder superar esto voy a necesitar sacarte de mi vida. De raíz.

—No me estás pidiendo eso de verdad.

—Si pudiste hacerlo con tu hermano, no te costará mucho hacerlo conmigo.

—Ariel, no me pidas eso, por favor —ruega alargando los dedos de su mano hacia mí, con tal pánico en su mirada, que me veo obligada a esquivarla clavando los ojos en el suelo para no terminar echándome atrás—. Tienes razón, en todo. Dame tiempo: hablaré con mi madre, incluso con mi padre, le dejaré las cosas claras a Nadia. Pero te lo ruego, no me pidas que haga como si no existieras. Eso no puedo hacerlo. Simplemente no puedo.

—Que te vaya bien, Eric —me despido dando varios pasos atrás—. Ojalá algún día seas capaz de enfrentarte a la realidad. A la tuya, concretamente.

—No me hagas esto, por favor...

No le veo cuando pronuncia esas palabras, mis pasos van en dirección contraria a él, pero justo antes de girarme, juraría haberle visto caer sobre sus rodillas.

*«Has hecho lo correcto.»*

No sé si debería preocuparme que Úrsula me dé la razón o por el contrario deba alegrarme, quizá esté dando un paso adelante en mi recuperación.

«He hecho lo correcto.»

# Julio

No crecemos cuando las cosas son fáciles.  
Crecemos cuando enfrentamos retos.

ANÓNIMO

## Capítulo 33



*Acabas de destrozar un clásico, puta mierda de versión!!! Haz un favor a la música y bórrate el canal*

Un único comentario negativo y ya quiero cerrar el canal y no volver a coger una guitarra en lo que me queda de vida.

Los comentarios en mis vídeos crecen al mismo ritmo que los seguidores y las visitas, y con ellos vienen también los *haters*, los *dislikes* y las faltas de respeto hacia mí y hacia el contenido que subo. Cierto es que abundan más los «me gusta», las felicitaciones y las palabras de ánimo; pero una, como es así, en lo único en lo que se fija es en lo malo, en lo que hace más daño. Puede que también se deba a que este último mes, desde que lo dejé con Eric, he retrocedido en mi recuperación. Y la amarga sensación de haberme decepcionado a mí misma (de nuevo) no me permite levantar cabeza: es la pescadilla que se muerde la cola, lo sé. Tantos meses de progreso para terminar... como al principio. Hay momentos en los que culpo a Eric y siento unas inmensas ganas de coger el teléfono, marcar su número y decirle de todo; y no precisamente bonito. Afortunadamente estos instantes de demencia duran poco, la lucidez no tarda en regresar para recordarme que la única culpable de acabar metida de nuevo en el fango soy yo, y solo yo.

No he salido a emborracharme y a tirarme al primero que pase, ya que he centrado toda mi atención en la comida, en las pastillas adelgazantes y en el ejercicio físico: salgo a correr todos los días hasta casi rozar el desmayo. Vuelve a incomodarme mi aspecto físico, a pesar de que soy plenamente

consciente de que eso es tan solo la punta del iceberg del problema. Me concentro en el envoltorio, porque no me siento preparada para enfrentar lo que hay bajo este, estoy jugando al despiste: si pongo todo mi empeño en lo de fuera, simplemente no tengo tiempo en ponérselo a lo que sé que realmente importa, que es lo de dentro. La teoría me la sé, pero la práctica... es otra cosa bien distinta. ¡Putra fuerza de voluntad!

Eric ha cumplido lo que le pedí y no me ha llamado ni escrito un solo mensaje, ni siquiera ha vuelto a dejar un comentario en mis vídeos. ¿No sé en qué puto momento creí que iba a superar lo de Eric? Porque no os voy a engañar, no hago más que preguntarme si quizá no he cometido un error, si a lo mejor no me he precipitado. ¿Acaso no podía haberle acompañado en su proceso, como él prometió hacerlo en el mío? En realidad..., la respuesta sigue siendo la misma. No hubiese podido hacer mucho por él, tan solo hay que verme, cuatro semanas y media después peso diez kilos menos y mi media de vómito en la última semana es de cinco veces al día. ¿A quién narices voy a ayudar yo en estas circunstancias?

Me reafirmo: he hecho lo correcto.

Aurora está al corriente de todo: de lo sucedido con Eric y de mi reciente recaída, y si soy sincera, últimamente siento que la terapia no tiene ninguna clase de sentido, que no me está ayudando en nada y que voy a tener que convivir con este puto trastorno hasta que acabe conmigo algún día. Últimamente esta clase de pensamientos son de lo más recurrentes, los de acabar con todo de una maldita vez, porque sencillamente no puedo más. Me siento agotada de luchar a contracorriente una y otra vez, una y otra vez... Si tuviera agallas suficientes para terminar con todo lo haría yo misma, pero admitámoslo, no soy tan valiente.

Cierro el portátil con tanta fuerza que es bastante probable que haya reventado la pantalla y tampoco es que me importe demasiado. Con el bolso colgando del hombro salgo de casa haciéndome creer a mí misma que simplemente voy a dar una vuelta para calmarme y pensar con tranquilidad (¡con tranquilidad!); nada más lejos de la realidad. No tardaré mucho en volver con un par de bolsas hasta arriba de comida, para así cumplir un nuevo récord. Antes he dicho que la media estaba en cinco veces, eso era porque no había mencionado el día, una década atrás, en que lo llevé al extremo provocándome el vómito hasta nueve veces en menos de veinticuatro horas.

No obstante, después de hoy, el diez se va a convertir en el número más alto de veces en el que puedo llegar a herirme y despreciarme. La realidad es que no me importa lo más mínimo.

Bella me ha llamado esta misma mañana preguntándome si todavía estaba en pie aquella oferta que le hice de colaborar con la fundación. La respuesta por mi parte ha sido claramente afirmativa, a pesar de que lo más probable es que el día de ayer haya sido de los peores en mi vida como bulímica y lo que menos me apetecía era relacionarme con nadie y fingir que no me estoy pudriendo por dentro; pero Bella ha hecho mucho por mí y, además, en su momento me mostré entusiasmada con la idea.

Exactamente me ha pedido si no me importaba acudir hoy a las doce al centro de reinserción de mujeres maltratadas, ya que una de las cocineras había tenido una urgencia y necesitaban a alguien para cubrirla. Afortunadamente no he tenido que cocinar, más que nada porque no es que tenga yo mucho arte en técnicas culinarias, ya sabemos que mi especialidad son las fajitas, y no precisamente gourmet. Mis tareas han pasado por la de pinche; pelando papas, entre otras verduras, y más tarde de lavaplatos. Y yo encantada de poder echar una mano y hacerlo, además, acompañada de tres estupendas mujeres que he tenido el placer de conocer, y que no solo han sido un completo amor conmigo, también me han hecho reír y olvidarme de todo por un rato. Lo que es de agradecer.

María, que es la directora técnica del centro, me ha tratado también con mucha amabilidad desde que he llegado, enseñándome el lugar y explicándome detenidamente la labor que hacen aquí. El centro tiene capacidad para treinta unidades familiares en un espacio amplio, abierto y luminoso, que le aporta cierta sensación de libertad, alejando de ese modo presiones y agobios, que entiendo era ese precisamente el propósito: construir un hogar lleno de luz y esperanza para esas mujeres que, lo más probable, es que hayan vivido mucho tiempo de su vida sintiéndose encarceladas. Según me ha contado María, las intervenciones suelen hacerse de urgencia, por lo que tienen las habitaciones previstas para que ingrese la mujer, y si es necesario,

los niños que haga falta, con las camas ya adaptadas y todo preparado. Dichas habitaciones se encuentran en las plantas segunda y tercera. En la baja, es donde se sitúa el comedor con autoservicio, además de distintos lugares para el ocio, que disfrutan con las diferentes actividades que promueve el propio centro. Dispone también de patio, guardería, y una zona para los niños en la que pasan el tiempo cuando salen del cole, acompañados por unos educadores que les ayudan con la tarea, para que así las madres puedan tener algo de tiempo para ellas y para las terapias de grupo que se realizan. El periodo medio de estancia es de unos dieciocho meses, que es lo que se estima se necesita, tal y como me ha explicado María, para trabajar todas las secuelas psicológicas y ayudarlas con la reinserción tanto social como laboral.

Ya cuando estaba a punto de irme, tras terminar en la cocina, me crucé con Aurora, que varias veces por semana acude al centro a realizar diferentes terapias, y en cuanto me vio, me invitó a quedarme a una grupal que estaba a punto de comenzar: ha sido probablemente la hora más impactante de mi vida, y dura, especialmente dura. He escuchado historias que parecían sacadas de una película de auténtico terror, y lo más terrible es que no había nada de ficción en ellas.

Tras la intensa sesión me pidieron que cantara algo, no tarde mucho en decir que sí y menos aún en decidirme por la canción: *La puerta violeta* de Rozalén, me pareció perfecta. Un himno con un trasfondo que ellas, más que nadie, iban a entender. Elegí, además, este tema por el mensaje positivo del mismo, que al final es lo que estas mujeres necesitan, un atisbo de esperanza.

Una niña triste en el espejo me mira prudente y no quiere hablar,

hay un monstruo gris en la cocina

que lo rompe todo,

que no para de gritar.

Tengo una mano en el cuello  
que con sutileza me impide respirar.

Una venda me tapa los ojos,  
puedo oler el miedo y se acerca.

Tengo un nudo en las cuerdas que ensucia mi voz al cantar,  
tengo una culpa que me aprieta,  
se posa en mis hombros y me cuesta andar.  
Pero dibujé una puerta violeta en la pared  
y al entrar me liberé  
como se despliega la vela de un barco.  
Desperté en un prado verde muy lejos de aquí.  
Corrí, grité, reí,  
sé lo que no quiero,  
ahora estoy a salvo.

Muchas de esas mujeres vinieron a agradecerme que cantara para ellas con palabras repletas de cariño, pero fue Marga la que despertó en mí una conexión difícil de explicar.

«Gracias por este regalo» me dijo con sus enormes ojos negros cargados de emoción. Me confesó, mostrándome el pequeño tatuaje de una clave de sol en su pálida muñeca, que la música era una tabla de salvación para ella, lo único que la ayudaba a escapar de su realidad.

En ese momento creí entender a qué venía esa extraña conexión entre nosotras, diría que ambas lo sentimos. En realidad, iba mucho más allá de la música: dos horas después descubriría lo que de verdad nos unía.

Pasamos el resto de la tarde juntas y frente a un café me confesó que tan solo llevaba dos semanas en el centro y que, tras nueve años de malos tratos por parte de su marido, estaba segura de que su vida iba a ser así para siempre. Hasta que su hija, Natalia, de ocho años, le dijo «vámonos, mami». Brutal, literalmente. Fue entonces cuando acudió al centro buscando ayuda, al parecer alguien le había hablado de la fundación, cogió una pequeña maleta, metió cuatro cosas y se fue de casa. Tras esta confesión me animé a cantar algo más, pidiéndole que me acompañara. Lo hizo, dejándome impresionada con su preciosa voz.

Rato después terminamos en su habitación, quería que le firmara algo,

porque está segura de que en un futuro seré una cantante famosa, así que en una libreta de flores de la pequeña Natalia dejé mi primer autógrafo. Tras ese momento surrealista, Marga comenzó a interesarse por mí y a preguntarme todo lo que se le pasaba por la cabeza, sin filtro. Y yo me sentí tan cómoda, que le conté toda la verdad, confesándole las razones que me habían traído a Madrid. Le hablé de la terapia que estaba recibiendo por mi trastorno y también que acababa de perder al amor de mi vida. Y en ese rato que pasamos, sentí como si Marga pudiera comprenderme como nunca antes nadie lo había hecho, me escuchaba con mucha atención, de una forma única y completamente genuina. No tardé mucho más en averiguar por qué esa empatía tan fuerte entre nosotras.

Tras dos tazas de café descafeinado y un vaso de agua, tenía una fuerte necesidad de ir al baño, tenía uno privado en su habitación y allí acudí.

Cuatro segundos exactos tras cerrar la puerta tras de mí, fue lo que tardé en leer aquella frase y dos segundos más, en entenderlo todo.

Pegado sobre la taza del váter, había un papel pegado que decía: «Te mereces algo mejor que esto».

Marga no solo había sufrido una pesadilla inimaginable con el que creía era el amor de su vida y padre de su hija, además era bulímica. Al igual que yo.

Comencé a sentir como un millar de emociones iban camino a desbordarse emanando de todo mi cuerpo.

Me derrumbé, literalmente. Terminé en el suelo del baño llorando como no recuerdo haberlo hecho nunca antes. Aún no sé si fue por mí o por ella, pero la profundidad de aquel llanto, era tan fuerte y real, que simplemente no pude contenerlo.

Esa mujer con nombre de flor, bella y delicada como una a primera vista, pero fuerte como nadie que haya conocido antes, entró en el cuarto de baño (al escucharme probablemente) y, sin decir una palabra, se arrodilló a mi lado rodeándome con sus brazos con entereza.

«Te mereces algo mejor. Te mereces algo mucho mejor.» Aseguré, en cuanto fui capaz de pronunciar algo que no fueran vagos balbuceos. «Las dos lo merecemos.» Consolidó con palabras lo que ya reconocía con hechos.

Hace tres horas de esto y... necesitaba escribirlo. Y así he hecho, retomando este diario que tenía ya más que abandonado. La última vez que escribí en él lo hice en un momento tan malo como el que probablemente estoy viviendo ahora.

«Tengo un recuerdo difuso de la primera vez que lo hice, de cómo me sentí y de cuáles fueron las razones que me llevaron a provocarme el vómito en aquella ocasión.

No sé si era un día de diario o un fin de semana, no sé cómo me sentí y tampoco sabría decir en qué estaba pensando para encerrarme en el baño, abrir el grifo del agua e inclinarme con dos dedos en el interior de la boca hasta sentir las primeras arcadas.

Todo fue rápido, borroso y confuso.

Lo único que tuve claro mientras me miraba al espejo escuchando aún el sonido del agua correr, quizá buscando alguna diferencia en mí, es que aquello no estaba bien: era un error. Pero también supe, dicen que por la adrenalina que segregas al purgarte, que no sería la primera vez que lo haría. Ni mucho menos la última.»

Y la verdad es que no quiero que esas palabras cargadas de pesimismo sean lo último que haya escrito entre estas hojas, prefiero quedarme con el recuerdo del día de hoy, además de con una pregunta a la que pueda acudir cuando las cosas se pongan feas como ahora, porque lo harán, no es un camino fácil, pero voy a seguir luchando.

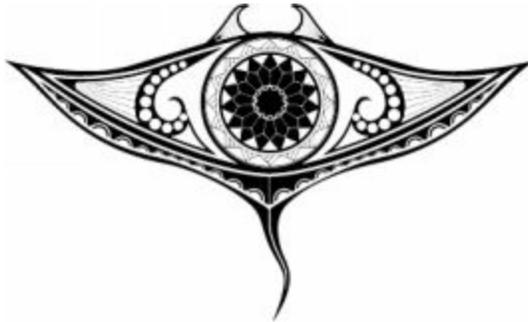
¿Qué harías si te quisieras de verdad, Ariel?

# Agosto

Si tu valor te rehúye, supera tu valor.

EMILY DICKINSON

## Capítulo 34



—¿Salto base?! ¿En qué narices estás pensando? ¿Acaso las múltiples conmociones cerebrales, romperte la parte posterior del cráneo o estar a punto de palmarla en el buceo ese en las cavernas no fue suficiente? No voy a permitir que lo hagas —arguyo arrugando sin quererlo y de la rabia, la invitación que ya ni recordaba que tenía en la mano.

—¿Que no vas a permitirlo? Eso sí que es gracioso, en serio, deberías dedicarte al humor y dejar la veterinaria.

Me da la espalda para sacar de la nevera una lata de cerveza, apoyándose de nuevo sobre la encimera frente a mí, mientras le da un largo trago sin dejar de mirarme.

—¿Acaso quieres morir? ¿De eso se trata, Berto?

—Es mi vida, Eric. Yo no te digo a ti qué hacer con la tuya.

—Puedes decir lo que quieras, no soy yo el que se encierra días en casa sin querer ver a nadie —refuto señalando la evidencia que muestra su desastroso salón—, y además luego busca nuevas y excitantes maneras de encontrarse con la muerte.

—No, lo tuyo es hacer lo que todos esperan de ti, aunque eso no te haga feliz. Y si esto va de opinar sobre la vida del otro... ¿qué demonios haces con Nadia?

—¿Qué pinta Nadia en todo esto? —espeto sorprendido.

—Exactamente eso: nada. Igual que en tu vida.

Eso ha dolido, por mucho que trate de fingir que no, lo ha hecho. Supongo que es el momento de darle la noticia que me ha hecho venir hasta aquí.

—Me voy a casar con ella —anuncio tendiéndole la invitación la cual mira con desagrado varios segundos sin inmutarse, obligándome a lanzarla sobre la encimera junto a él—. ¿No vas siquiera a darme la enhorabuena?

—Más bien el pésame si de verdad piensas casarte con esa bruja.

Ardiendo por dentro, aunque mostrándome muy tranquilo, doy un paso al frente para dejarle clara una cosa desde ahora mismo.

—Te estás pasando, es de mi prometida de quien hablas.

—No voy a asistir a esa boda, probablemente estaré ocupado jugándome la vida en algún recóndito lugar del planeta —añade con claro sarcasmo.

—¿En serio me estás diciendo que no vas a ir?

—No pienso asistir a esa estafa.

—¿Me pregunto si madurarás algún día y dejarás de comportarte como el niño egoísta y caprichoso que siempre has sido?

—Lo siento, hermano, no todos tenemos la suerte de ser tan perfectos como tú —añade dándome una nada afectuosa palmada en el hombro.

—Si no apareces, olvídate de que una vez tuviste un hermano —mascullo apartándole la mano con cierta brusquedad para poder darme la vuelta y marcharme.

—Estás cometiendo un error —le escucho decir a mi espalda en el instante que agarro el picaporte de la puerta para salir—. Nadia no se acerca ni lo más mínimo a la mujer de tu vida; ni mucho menos a la que te mereces.

Me largo, muy cabreado, pero también decepcionado y triste. Espero que no lo diga en serio y que aparezca el día de mi boda, porque probablemente sería la segunda decepción más grande de mi vida, después de la de mi padre.

Esta conversación, la última que tuve con mi hermano, lleva repitiéndose en mi cabeza una y otra vez desde que Ariel me abrió los ojos y me hizo ver la realidad, esa que yo me he negado a ver durante tanto tiempo.

Tras la exposición volví a Tenerife arrastrando una inquietante sensación de somnolencia, como si lo ocurrido tan solo fuera una pesadilla, pasé un proceso en el que me costaba discernir si lo sucedido tan solo había sido un horrible sueño o, por el contrario, había sido real. Nada de fantasías, Ariel me había dejado. Más que eso, me había pedido que dejara de hablarle, que hiciera como si no existiera. ¡Cómo si nunca la hubiese conocido! Eso sí que es irreal.

No obstante, hubo algo de lo que dijo que era completamente cierto, y es que tengo que solucionar cosas de mi pasado, más si pretendo recuperarla que, por supuesto, es lo que pienso hacer. Estoy respetando su decisión de no contacto de ningún tipo, pero no voy a rendirme, de ninguna manera. Ya se lo dije una vez, y mantengo mi palabra. Esa es la razón que me llevó una semana después hasta Ferrol para pasar unos días con mi madre y hablar, principalmente, sobre mi padre. Tengo intención de solucionar todo eso, asimilarlo de la mejor manera posible y seguir para adelante hasta que Ariel esté de nuevo junto a mí y, por supuesto, que me deje estar junto a ella, de nuevo.

En cuanto a mi madre, lo cierto es que estuvo muy abierta y receptiva a hablar sobre el tema, más de lo que yo hubiese esperado. Como ya imaginaba, mi padre acudió a mi madre para pedirle el divorcio un año después de desaparecer.

—Papá tenía una razón para marcharse, pero es él el que debe contártela.

—¿Acaso existe una razón válida para abandonar a tu mujer y a sus hijos?

—No he dicho que sea válida, solo digo que existe una.

Sus palabras me dejaron helado.

—¿Acaso le has perdonado? —pregunté, porque realmente parecía haberlo hecho y algo en eso me descolocaba profundamente.

—Hace muchos años —aseguró.

Todavía en pleno proceso de digestión de esa nueva información, llamé a mi padre con clara intención de resolver todos esos enigmas.

Es curioso cómo, en todos estos años, no he sentido ningún interés relevante por saber nada de mi padre, es como si hubiese asimilado hace tiempo que se fue y no volvería, para mí, sencillamente es como si hubiera muerto. Creo que por eso fue tan chocante verle aparecer aquel día en la clínica. Fue, literalmente como ver un fantasma. En mi fuero interno le había enterrado hacía muchos años. Lo más irónico de todo esto, es que tal y como aseguraba Ariel, he hecho todo lo contrario con Berto, lo he mantenido vivo en alguna clase de juego macabro que ni yo mismo me siento capaz de explicar.

Así que aquí estoy, desenterrando a mi padre, esperándole en un bar perdido de un pequeño pueblo de Granada, lugar en el que vive en la actualidad con su familia, esa que formó poco después de abandonar a la primera. Algo más nervioso que de costumbre, le doy un sorbo a la manzanilla en el momento exacto en que le veo cruzar la puerta del local. Nuestras miradas, prácticamente idénticas, se encuentran en un punto entre mi necesidad de conocer la verdad y su deseo de deshacerse de ella de una vez. Podría decirse que, de alguna enrevesada manera, se trata de un punto en común. Y yo solo tengo una pregunta que de verdad necesita ser resuelta, esa que me hice tantas veces de niño, antes de darme cuenta de que nunca más volvería a verle.

«¿Por qué nos dejaste, papá?»

El vibrante sonido del móvil sobre la mesa de madera espanta por un instante todo este hilo de pensamientos, especialmente cuando veo el nombre de «Sebas» reclamándome en la pantalla. Una repentina inquietud burbujea dentro de mí: algo sucede y tiene que ser algo malo para que sea mi archienemigo el que me llame.

—¿Eric?

Descuelgo el teléfono y no me da tiempo a decir nada, en el instante que escucho el urgente y severo tono de voz de Sebas me quedo paralizado, a pesar de que aún no ha pronunciado una palabra que explique la razón de su llamada. Pero algo sucede. Lo sé.

—Sí, ¿qué pasa, Sebas?

—¿Estás en Madrid?

—No —respondo con rotundidad—. ¿Ariel está bien?

—En realidad no, está hospitalizada.

—¿De qué estás hablando? —exclamo poniéndome en pie dispuesto a salir de este lugar ahora mismo para reunirme con Ariel, donde sea que esté—. ¿Es por...?

—Le ha atropellado un coche. Cruzó por donde no debía y...

El teléfono se resbala de entre mis dedos y dejo de escuchar. Todo comienza a darme vueltas y se me nubla la vista, siento que estoy a punto de caerme cuando noto una calidez levemente conocida aportándome apoyo, es mi padre el que me ayuda a tomar asiento de nuevo.

La sensación de dejá vù es angustiosamente desagradable, porque la historia se repite de nuevo: primero con Berto, y ahora con Ariel. Mi Ariel. Miña serea .

«No me hagas esto, Ariel. Tú, no.»

## Capítulo 35



—¡Au, au, au, au!

—¡Cuidado, Ariel!

—¿Mamá? ¿Qué...? Auuu...

—No te muevas, cariño.

Claramente estoy en un hospital, un hotel de cinco estrellas desde luego no es. A no ser que hayan cambiado el ambientador «Rosas silvestres del Tíbet», por el de «Aséptico y esterilizado». Apenas puedo moverme sin sentir que me ha pasado un camión por encima.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Nos hemos llevado un buen susto, hija. Gracias a Dios estás bien, aunque te has llevado un buen golpe en la cabeza.

—¿Pero... qué ha pasado?

Efectivamente una fuerte punzada que se reparte por diferentes puntos de mi cabeza atestigua las palabras de mi madre.

—¿No lo recuerdas? —pregunta cogiéndome la mano mirándome con cierta preocupación.

Lo último de lo que me acuerdo es que había salido a dar una vuelta para despejarme un poco y... espera.

—¿Dónde está el diario? —pregunto recorriendo con la mirada cada

rincón de la habitación.

—¿Qué diario?

—El de la tía Clara. Lo llevaba cuando..., cuando ese coche se me echó encima.

—¡No se te echó encima, Ariel! —me reprende—. Cruzaste sin mirar, como de costumbre y casi te cuesta la vida, hija.

En eso tiene toda la razón.

—Lo siento, mamá —digo abriendo mis pesados brazos lo poco que puedo, fingiendo que no me está matando el dolor, con la esperanza de que esa acción y mi cara de cachorro apaleado ablanden el corazoncito de mi madre.

—Tienes que tener más cuidado —asevera, aunque con cariño, abrazándome con delicadeza—. ¿Sabes el susto que me he llevado? Parecía estar reviviendo el día en que a tu tía Clara...

—Tienes razón —la detengo antes de que acabe esa frase: ninguna de las dos necesita recordar ese momento—, lo siento mucho. De verdad, mamá.

—Voy a avisar al médico —anuncia separándose de mí, tratando de ocultar la lágrima que he visto escaparse de su ojo izquierdo.

—¿Mamá?

—Dime, cariño. —Se gira ya junto a la puerta.

—¿Podrías enterarte de qué han hecho con mis cosas? Bueno, no sé si alguien se habrá preocupado por recogerlas, la verdad.

—Claro, ahora vuelvo.

Necesito recuperar ese diario, más después de lo que descubrí en él y que como bien dice mi madre, casi me cuesta la vida.

Trato de «acomodarme», pero es como si estuviera echada sobre una cama de clavos y lascas afiladas. ¡Me duele hasta la uña del meñique, joder! Con paciencia y resoplando consigo levantar las mantas para echar un vistazo bajo el camisón y hacer así un rápido reconocimiento. Bien, la mayor parte de mi cuerpo parece un arcoíris, en especial la cadera y la pierna izquierda, que se llevan la peor parte. Creo que podría servir como bandera para el Orgullo del año que viene.

Me inclino con cuidado hasta alcanzar el vaso de agua que hay sobre la mesita y junto a la cama, estoy muerta de sed, así que me la bebo de un trago y apenas sin respirar, agradeciendo que alguien haya tenido el detalle de dejarla ahí y además hace poco.

—Mi madre siempre me contaba que cuando mi hermano estuvo ingresado, agradecía encontrarse agua fresca junto a la cama.

—¡Eric! —exclamo con el vaso aún en la mano—. ¿Has sido tú?

Pregunta estúpida, pero su repentina aparición ha frito las pocas neuronas que me quedaban y que el golpe contra el asfalto no ha logrado aniquilar.

—¿Puedo pasar?

—Técnicamente ya estás dentro.

Bajo el umbral de la puerta en realidad.

Se acerca y el corazón me late tan rápido que temo me vaya a dar un infarto. Menos mal que estoy en un hospital y me pueden atender rápido si se diera el caso.

Quizá es por el golpe, pero le veo más guapo que de costumbre. Se muestra sereno, a pesar de las líneas que muestra su frente, y cauto, como si temiera decir algo que fuera a echarlo todo a perder.

¿Todo a perder? En realidad, ya no queda nada de lo que preocuparse, ¿no? Lo nuestro terminó hace meses, aunque lo único en lo que pueda pensar ahora que le tengo aquí delante, es en qué demonios estaba pensando para acabar con todo, si Eric es el amor de mi vida. Una vida que casi pierdo, dicho sea de paso.

—¿Cómo estás?

Su fantástico olor masculino, propio e inconfundible, me embriaga evocando un preciado recuerdo de un recóndito rincón de mi memoria, por el que termino dejándome arrastrar.

—Nunca me había reído tanto en mi vida —pronuncio con cierta añoranza y la mirada perdida, como si pudiera sentir en este mismo instante, el peso de la manta que Eric colocó sobre mis hombros bajo aquella penetrante y densa oscuridad.

—¿Cómo?

—La noche que subimos al Teide —le aclaro buscando su mirada—, cuando comenzamos a escuchar aquel extraño ruido, el que parecía una aspiradora.

Mis palabras despiertan en él una sonrisa tan entrañable como triste. ¿Cómo algo tan bonito puede resultar al mismo tiempo tan... lúgubre?

—¿Por qué te has acordado de eso ahora?

Obviamente le ha descolocado, y no le culpo, pero... hay algo que me preocupa más, como...

—¿Qué haces aquí, Eric? —espeto con brusquedad ignorando su pregunta—. Teníamos un acuerdo.

—Un acuerdo que he cumplido.

—Hasta ahora.

—Mira, Ariel, esto es ridículo. ¡Te ha atropellado un coche!

—Sí, ya me he dado cuenta. Gracias por la información.

—¿Sabes cómo me he sentido? Estaba ocurriendo de nuevo, pero esta vez eras tú. Tú, Ariel —repite como si todavía le costase hacerse a la idea.

—Bueno, como ves estoy bien, así que ya puedes irte.

—¡No pienso irme a ninguna parte!

—No grites —le chisto—. Estamos en un hospital.

—¡Me importa una mierda! Y no pienso moverme de aquí hasta que me escuches. La última vez no pude decir ni una palabra.

—Porque no quisiste.

Básicamente se quedó mudo.

—Pues no quise, pero ahora tengo algo que decir.

—Está bien, habla. ¿Qué es eso tan importante?

Se acerca a la cama, un par de pasos, como si lo que fuera a revelarme necesitara de toda mi atención. La que, por supuesto, ha conseguido. Desde que ha entrado en la habitación, a pesar de mi fingido desinterés.

—Tenías razón. Con lo de Nadia, mi hermano, mi padre..., tenías razón en todo. No me he comportado bien con ella, pero contigo tampoco, y eso que eres la persona más importante de mi vida. He hablado con mi padre, lo he hecho con Nadia y lo de mi hermano va a llevar su tiempo, pero estoy en ello. Y... me siento extrañamente liberado.

No sé qué opinar al respecto, probablemente porque no me esperaba que enfrentara todo y menos tan rápido.

—¿No vas a decir nada?

—Me parece bien, deseo que seas feliz y estoy segura que ese es el camino para lograrlo.

—¿Por qué esa frialdad, Ariel?

Ni yo misma lo sé, la verdad. Terminó encogiéndome de hombros y esquivando su mirada para perderla en la opacidad del cristal de la ventana.

—¿Por qué has mencionado aquella noche, la que pasamos en el Teide? —pregunta con cautela pasados unos segundos.

—Porque es un bonito recuerdo.

—Fue una noche especial.

—Lo fue —admito incapaz de girarme para mirarle.

—¿Te digo yo por qué te has acordado? —pregunta alargando el brazo hasta rozar con sus dedos mi mejilla, apartando con dulzura un mechón de pelo, obligándome a enfrentarme a su mirada, además de al roce de su piel—. Porque nuestra conexión no es algo que se pueda ignorar. Porque hace muchos años que existe entre nosotros. Y lo más importante de todo, porque me quieres y no puedes evitarlo por mucho que te esfuerces.

Tiene toda la razón, le quiero, tanto que fingirlo no me ha valido de nada, eso es lo que he tratado de hacer estos meses sin él, creyendo que terminaría pasándoseme, como si tan solo se tratara de un estúpido capricho.

¿Qué más pruebas de amor necesito?

Aunque la realidad es que no se trata de él, sino de mí. Es cierto que hay cosas que no ha gestionado de la manera correcta, (bonita estoy yo para decir esto ¿verdad?). A lo que me refiero es a que, todo lo que haya hecho o dejado

de hacer, tan solo ha sido una excusa a la que me he aferrado para tener razones de peso para apartarlo de mi vida porque, sencillamente, he seguido creyendo que no me merezco a alguien como él, como Eric. Alguien capaz de dejarlo todo: su trabajo, su casa y su vida únicamente para acompañarme en mi recuperación. Ese hombre que desprende toda esa serenidad que a mí me hace falta, que me complementa: la pieza perfecta para este puzle desperfecto que soy yo. Acojonada, así me he sentido, y así me siento después de verle aparecer por la puerta de este hospital reclamando nuestra historia, reclamándome a mí. Un hombre que está cuando le necesitas sin necesidad de que tenga que pedírselo, está porque quiere, porque me quiere.

No estoy acostumbrada a esto. No sé si algún día lo estaré.

Eric es el hombre que me merezco, porque tal y como aseguró Marga, me merezco lo mejor y Eric lo es. El problema es que yo aún me siento mal por lo que le hice a él y la idea de que igual soy yo la que no le merezca, ha permanecido fuertemente arraigada dentro de mí. Y es que cometí un error, y como ya vaticiné, perdonarme a mí misma iba a ser el paso más complicado.

—Tienes razón: te quiero.

—¿Pero?

—Pero aún no me he perdonado a mí misma por lo que te hice.

—Yo lo he hecho.

Mi respuesta le llega con una mirada cargada de escepticismo.

—Has estado a punto de morir, eso ahora mismo me importa una mierda, Ariel.

—¿De verdad, Eric?

—De verdad, Ariel.

—Te importa poco ahora, pero ¿y cuando tengamos una discusión? Los trapos sucios siempre salen a relucir.

—Mira, yo tampoco he hecho las cosas bien.

—No es comparable.

—No me refiero a eso. Yo... besé a Nadia.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—En navidad, después de que te encontraras con ella viajó a Madrid y nos vimos. No sé por qué permití que sucediera. Bueno en realidad sí, quería asegurarme que no sentía nada por ella.

—¿Tenías dudas?

—No entendía por qué no la podía sacar del todo de mi vida, pero ahora lo sé, gracias a ti.

—Pues qué bien.

No se me ocurre más que decir, no es que esté yo en posición de echar nada en cara precisamente.

—Suéltalo —me anima cubriendo mis manos que estaban a punto de comenzar a frotarse compulsivamente.

—No tengo nada que decir.

—Vamos, Ariel, di lo que piensas. Si queremos que esto funcione, será mejor que no nos guardemos nada.

Yo quiero que funcione, si es que aún es posible.

—¿Pensaste alguna vez en contármelo?

—La verdad es que no, pero —remarca con clara intención—, si algo he aprendido de todo esto es que ocultarnos cosas el uno al otro, aun creyendo que estamos haciendo lo mejor, no es la mejor de las decisiones.

—Es bueno saber que has sacado algo en claro de nuestra historia.

—He sacado muchas cosas, un gran aprendizaje que te debo a ti, Ariel — asegura clavándome sus honestos ojos verdes—. También te debo una disculpa, porque no estuve cuando más me necesitabas, sabía que estabas mal y simplemente no quise verlo.

—Gracias.

Agradezco esa sinceridad, porque obviamente la eché en falta en aquel momento, aunque tampoco le culpo, pero no puedo negar que sí él hubiese estado más presente, igual las cosas se hubieran dado de otra manera. Igualmente, eso ya no importa.

—¿Qué haces? —pregunto viéndole acercarse con sigilo.

—Voy a besarte. ¿Tienes alguna objeción?

Niego meneando la cabeza sin pronunciar una palabra, sumergida en sus grandes ojos verdes de motas amarillas, ya con la respiración entrecortada a causa de la sonrisa de medio lado repleta de orgullo que no puede contener y que precede, probablemente, al beso que más he deseado en mi vida; más incluso al que me dio en el Palacio de Cristal tras meses sin vernos. Aquella vez existía la probabilidad de haberlo perdido, ahora tenía la certeza de que ya lo había hecho y de que, además, era lo mejor para los dos. Estaba equivocada. Tremendamente equivocada.

—Te dije que no pensaba rendirme, y yo no fallo a mi palabra.

—Gracias por no hacerlo.

—Nunca.

Creo que nunca me había pasado tanto tiempo pegada al teléfono hablando y contestando mensajes. Sebas y Sonia han sido los primeros con los que he hablado, mi madre me ha pasado la llamada, ya que desde el accidente mi amigo ha estado continuamente en contacto con mi madre; de hecho, fue él quien avisó a Eric de lo ocurrido. Después han ido desfilando el resto: Darío, Roland, María, además de Daura y Mateo, que se casan pasado mañana en Tenerife y, a pesar de que ya tenía comprado el billete para asistir, aún me quedan un par de días aquí metida, así que, con toda la pena del mundo me va a ser imposible acudir a la boda.

Entre tanta llamada han venido a verme tanto Bella con Chloe y Emma, como Aurora: se me ha hecho raro presentarle a Eric después de todo lo que le he contado sobre nosotros. Ha sido una situación de lo más extraña, de repente me he sentido como cuando le presentas a una amiga el chico que te gusta después de haberle estado hablando largo y tendido de él, como si acaso esperara su visto bueno.

Durante todo este largo día, Eric no se ha separado ni un segundo de mí. Excepto cuando ha venido el médico que ha tenido que hacerlo obligado y a regañadientes, el resto del tiempo ha estado sentado en la cama junto a mí, no ha querido moverse desde que se sentó, y yo más que encantada. Además, me ha presentado a su padre, un hombre de lo más encantador. Por lo visto, cuando Sebas le llamó para contarle lo que me había ocurrido estaba con él.

Irónico, ¿verdad? Yo empujándole a que hablara con su padre y cuando al fin va a hacerlo, dejo que un choche me atropelle (me merezco un GIF de aplausos bien efusivo). Afortunadamente han tenido tiempo para hablar largo y tendido, exactamente los dos días que he permanecido en el hospital. Su padre insistió en acompañarle y el camino en coche de Granda hasta Madrid, aparte de largo y algo raro, según me ha confesado Eric, ha sido de lo más interesante y sumamente revelador.

—Mi padre tenía una razón para macharse.

—¿Y era...?

—Era bipolar. Bueno, era y es.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con su marcha?

—En aquella época no sabía lo que padecía y sufría enormemente, porque no entendía esas oscilaciones emocionales tan intensas, que iban desde la euforia hasta llegar a la depresión.

—Debió ser horrible para él.

Yo, que a veces me vuelvo loca con mi trastorno, no puedo imaginar lo que tuvo que ser para él vivir con el suyo sin saber además que lo sufría.

—¿Tú nunca fuiste consciente? Quiero decir, ¿no notaste nada en tu padre?

—No hasta que me lo ha dicho, entonces me puse a pensar sobre ello y... he comenzado a recordar ciertas cosas que, si no es por su confesión, probablemente nunca le habría dado mayor importancia. He recordado cómo, a veces, mi padre se levantaba pletórico de energía y sumamente feliz: supongo que por eso me chocó más aun su repentina desaparición. El caso es que dándole vueltas caí en la cuenta de que también pasaba mucho tiempo encerrado en su despacho, yo creía que trabajando, mi madre, además, insistía con vehemencia para que no le molestáramos. Y tal como él me ha confesado, se escondía allí cuando le daban esos bajones que no entendía. Se sentía sumamente deprimido, desesperanzado y con ganas de acabar con todo. No quería ver a nadie, ni tan siquiera a mi madre. En una ocasión, mi hermano entró en el despacho y mi padre le echó de allí a gritos y de muy malas maneras, jamás le había hablado de ese modo. No quería que su familia le recordara de esa forma, así que al día siguiente se marchó de casa.

—¡Qué fuerte!

—Yo no tenía ni idea de lo que había pasado el día antes de que se fuera de casa, Berto nunca me lo contó, pero eso me ayuda a entender muchas cosas, y es que mi hermano siempre se sintió culpable de la marcha de nuestro padre y nunca entendí por qué.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

—¿Cuándo se enteró tu padre que sufría trastorno bipolar?

—Un compañero de trabajo le habló de una psiquiatra que le ayudó a él con no sé qué problema. Ella fue quien le realizó el diagnóstico y le trató. La intención de mi padre al descubrir que lo que le sucedía tenía nombre y era algo que se podía tratar, era curarse y regresar a casa, pero se enamoró de ella.

—¿De la psiquiatra?

—Ajá. Ella se vio obligada a dejar su trabajo cuando se enteraron de la relación que había entre ellos, así que decidieron empezar una nueva vida en Granada, la tierra natal de ella.

—La historia de mi padre al lado de esta parece un capítulo de Pepa Pig, ¡menudo culebrón! Supongo que fue entonces cuando le pidió el divorcio a tu madre.

—Antes de mudarse a la otra punta del país, sí.

Permanecemos callados unos segundos, si yo necesito tiempo para asimilar toda esta información, no puedo ni imaginar cómo ha tenido que ser para él.

—¿No te recuerda a alguien?

—¿A mí?

—No, boba. A mi hermano.

—¿Tu hermano sufría bipolaridad?

—Probablemente, nunca fue diagnosticado pero por los síntomas todo apunta a que lo más seguro es que también lo padeciera. Además, existían antecedentes... y eso aumenta las posibilidades.

—Supongo que eso explicaría muchas cosas.

Cada uno se queda colgado en sus propios pensamientos, hasta que Eric decide romper el silencio con una nueva confesión.

—Mi padre fue a ver a mi hermano al hospital, pudo despedirse de él. De hecho, hacía años que mi padre se había puesto en contacto con él y habían retomado la relación.

—¿En serio?

—Como no me hablaba con Berto nunca lo supe —reconoce con pesar—. Si no es por ti, Ariel, igual nunca me hubiese enterado de nada de esto y la verdad es que lo necesitaba.

—Pero aún falta algo, creo que aún tienes que hacer una cosa más para cerrar todo este capítulo.

—¿Ah sí? —pregunta curioso.

—Una cosa solamente. ¿Cuándo vuelves a Tenerife?

—Cuando lo hagas tú, porque esta vez no pienso volver sin ti.

—Me encanta esa idea —reconozco sonriendo sin reparo.

—Me encanta que te encante.

—Como he dicho, te queda una cosa —retomo el tema que nos concierne tras este instante empalagoso, aunque maravilloso.

—¿Y qué es?

—Tienes que escribirle una carta de despedida a Berto.

—¿De despedida?

—Diciéndole todas esas cosas que te hubiese gustado, pero que no pudiste.

—Está bien.

—Yo también voy a hacerlo, una a mi padre y otra a mi tía Clara. Cuando los dos las tengamos listas haremos... algo que nos ayudará en el proceso de luto.

—Lo que mandes.

—Fue algo que me propuso Aurora y que, la verdad, no he hecho más que

posponer y posponer. No cabe duda de que ha llegado el momento.

—Hagámoslo, sea lo que sea. No hay nada que no quisiera hacer contigo.

—¿Eso es una invitación?

—En otro momento seguro, ahora ni loco. ¡Te acaba de atropellar un coche, Ariel!

—Gracias de nuevo por recordármelo.

—A ver si a modo de repetición te acostumbras a mirar antes de cruzar.

—Estaba leyendo una cosa y me despisté.

—¿En el móvil?

—No, otra cosa. Ya te lo contaré, ahora estoy cansada —bostezo—. Y quiero dormir.

—Claro, descansa.

—¿Vas a dormir aquí?

—¿Lo dudabas?

—No, al fin se acabaron las dudas.

# Septiembre

No somos responsables de las emociones, pero sí de lo que  
hacemos con ellas.

JORGE BUCAY

## Capítulo 36



—Enciende el fuego, vamos.

Lanzo la cerilla al cubo metálico contemplando prenderse una llama viva y brillante bajo esta radiante noche de septiembre en Madrid. Hemos decidido hacerlo en la azotea de la casa en la que Ariel ha estado viviendo estos últimos meses, la misma que hemos compartido las últimas dos semanas tras su alta hospitalaria. La intención es llevar acabo aquello que dijo necesitábamos hacer para cerrar capítulo: despedirnos de nuestros seres queridos, esos que ya nos dejaron hace tiempo.

Ariel, ya casi recuperada del accidente, sujeta dos cartas en la mano, una dirigida a su tía, la otra a su padre. Sin pensarlo demasiado lanza una en silencio, observando cómo el fuego la hace desaparecer casi con elegancia, aunque crepitando a su alrededor. Segundos después, deja caer la segunda con la mirada perdida, permitiendo que algunas lágrimas humedezcan sus mejillas al tiempo que una tenue sonrisa ilumina su pecoso y fascinante rostro.

La contemplo en silencio, no quiero interrumpir las palabras de despedida que sé está pronunciando por primera y última vez hacia esas dos personas que se marcharon de su vida de forma repentina.

—¿Estás preparado? —pregunta buscando mi mirada, además de la palma de mi mano.

—Ahora sí.

Miro los tres folios manuscritos por ambas caras en las que me he abierto en canal para sacar ese dolor que tenía enquistado desde hacía ya demasiado tiempo. He dejado constancia en ellas de mi enfado hacia Berto por haberse marchado de manera tan abrupta, y también mi rabia hacia la vida por arrebatarme tan pronto a mi mejor amigo. Consciente al fin, de que ese cabreo me ha llevado a vivir los últimos años en un estado de hastío permanente, encerrado en mí mismo y en mi propia desgracia. Alejándome de todo, hasta de mí mismo.

Pero también ha habido un hueco para dar las gracias por todos esos momentos inolvidables juntos, y por supuesto, que haya dejado un pedacito de él con nosotros haciéndome tío de un niño maravilloso.

Y una última parte para pedir perdón: por no haber llegado a tiempo y, más aún, por haber desperdiciado tantos años por mi jodido orgullo. Espero haber aprendido algo de todo esto.

«Te quiero», pronuncio tras echar la carta sobre las llamas, permitiendo que estas consuman todas esas palabras que llevaba tanto tiempo guardando.

Dejándome embriagar por la calidez de la hoguera y mientras asumo la realidad: Berto no está, en ningún lugar de este mundo, me llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar la segunda carta que he traído, ya ajada y desgastada por los años.

—Es la carta de tu hermano —añade Ariel con cierto asombro.

—No tiene ningún sentido seguir guardándola —reconozco antes de cerrar esta «ceremonia» con unas palabras dirigidas directamente a Berto tras lanzar esta también a la lumbre—. Hasta siempre, hermano.

Justo antes de que desaparezca por completo, contemplando cómo las últimas palabras de mi hermano son engullidas por las llamas, un fuerte chispazo quiebra este solemne silencio, evocando instantáneamente en mí, un recuerdo al que hacía mucho no acudía.

Berto y yo éramos muy jóvenes, de apenas dieciséis y veinte años, pasando una noche de viernes frente a una hoguera con los colegas en la playa Doniños, después de un relajado día de surf y, por primera vez (y última) hablamos de papá. Nunca tocábamos ese tema, aquella noche lo hicimos, hipnotizados mirando el crepitar del fuego.

—¿Crees que se acuerda de nosotros? —Berto fue el que abrió la veda.

—Hace tiempo que dejé de hacerme preguntas.

—Yo creo que hay una razón detrás de su marcha.

—Sí, la razón es que era un egoísta.

—Nunca te lo he dicho, pero yo tuve algo que ver...

—¡Qué clase de gilipollez es esa! ¡Éramos unos críos! —le corté invadido por la rabia, sin saber que, probablemente, aquel día fuera a confesarme que entró en el despacho de papá saltándose la única prohibición que existía en casa, un día antes de que este decidiera desaparecer para siempre—. No entiendo por qué te sientes culpable por algo que no tiene nada que ver contigo. Se marchó y punto, olvídale ya. Para mí papá está muerto.

En el momento exacto que pronuncié esa última palabra cargada de rencor, la hoguera dio un petardazo tan fuerte que todos saltaron y blasfemaron del susto, todos menos Berto y yo. La probabilidad de que fuera cierto lo que yo acababa de decir sobre nuestro padre daba más miedo que cualquier estrépito inesperado.

—Quizá lo esté —pronunció Berto con tristeza, a pesar de que no lo creía de verdad.

Siempre guardó la esperanza de que fuera a regresar. Nunca me lo dijo, pero era obvio que lo hacía.

Ahora, ese recuerdo ha hecho que vea este repentino estallido como algo más que una simple casualidad. Dejé de creer que las cosas pasaban porque sí cuando conocí a Ariel, bueno, cuando me reencontré con ella diez años después. Si el Eric de entonces escuchara al de ahora, tengo claro que le tomaría por loco cuanto menos, no obstante, estoy prácticamente seguro de que Berto acaba de mandarme un mensaje desde el más allá.

«Yo también te quiero, hermano.»

Ariel se abraza a mi cintura escondiéndose bajo mi brazo, como si hubiera escuchado mis palabras, más que eso, es como si hubiese sentido ese dolor desgarrador abandonándome al pronunciarlas.

—Gracias —susurro con los labios sobre su pelo.

Pasamos largo rato así, contemplando la manera sosegada en la que el fuego va extinguiéndose hasta que solo quedan unas pocas cenizas en el fondo del cubo.

—Cuánto nos cuesta entender que la muerte es parte de la vida —murmura Ariel aún con la mirada perdida.

—Y qué bien se nos da desperdiciar el tiempo que estamos en ella.

—Eso también —asiente.

—¿Ariel?

—Dime.

—¿Te gustaría casarte?

Se separa mirándome incrédula y con el ceño fruncido.

—¿Me estás preguntando si quiero casarme contigo?

—Te estoy preguntando si te gustaría casarte en un futuro.

—¿Así en general... o contigo?

—Así, en general.

—Así en general no, pero contigo sí.

—De acuerdo —asiento satisfecho tratando de atraerla de nuevo junto a mí, cosa que no consigo.

—¿Cómo que de acuerdo? ¿Acaso quieres casarte otra vez?

—Solo una vez más, miña serea .

Muy callada, demasiado, vuelve a acomodarse bajo mi brazo.

—¿No me lo estabas pidiendo, verdad?

—No.

—Ah, vale.

—Cuando lo haga te aseguro que vas a ser consciente de que lo estoy haciendo.

—Igual te lo pido yo antes.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque en realidad quieres que lo haga yo —aseguro con cierta chulería, lo reconozco.

—Tienes razón —confiesa—, así que no tardes mucho.

—Vaya, sí que estás ansiosa.

—¿Por pasar el resto de mi vida contigo? Por supuesto.

—Tranquila, llegará cuando menos te lo esperes.

—Eso no me hace estar más tranquila.

—Se me ocurre una manera de hacer que te relajés... —Acompaño mis palabras con descendentes besos a lo largo de su cuello.

—¿Eso quiere decir que al fin vas a tocarme?

Su reacción provoca en mí una profunda carcajada.

—¡Lo dices como si de verdad no lo hiciera!

—¡Es que no lo haces!

—Acaso no te he abrazado, te he acariciado...

—Sí, todo muy bonito, pero llevas tratándome como si fuera de cristal desde que salí del hospital, y de eso hace ya más de dos semanas —espeta visiblemente molesta.

—Te atropelló un coche, Ariel.

—Estoy perfectamente.

—Las múltiples contusiones de tu cuerpo no opinan lo mismo. Además, yo solo he seguido las recomendaciones del médico.

—Ya... ¿Acaso te dijo que no podías follarme?

—Me encanta cuando me dices esas cosas tan bonitas —bromeo.

—Imbécil.

—¿Me dejas compensarte este tiempo perdido? —inquiero regalándole esa sonrisa con la que sé que puedo conseguir (casi) todo lo que me proponga.

—No es que te deje, es que estás obligado.

—¡Cómo te gusta ponerme presión!

—Pues ya sabes, no la cagues, hombretón —arguye dándome una palmada en el pecho.

—Haré lo que pueda —aseguro cogiéndola en brazos.

—Empiezas bien.

—Gracias.

—Pero no cantes victoria tan temprano.

Y así, con la tontería, bajamos las plantas que nos separan de casa despojándonos de la ropa entre prometedores besos y caricias que están cerca de arder sobre nuestra piel.

—¿Voy por buen camino? —le pregunto lamiendo la parte interna de su muslo.

—Vas... Vas...

Así es como he recorrido todo su cuerpo, tomándome mi tiempo con calma y reverencia, aumentando su excitación hasta conseguir ese punto en el que comience a suplicar, porque sí, así es como me gusta, y a ella también, aunque se niegue a reconocerlo.

—Eric, vamos...

¿Qué decía?

No voy a torturarla más, ni a ella ni a mí, porque admitámoslo, no es la única que ha echado de menos esta intimidad entre nosotros y, lamentando que tenga que ser de esta manera, pero ambos estamos de acuerdo en que no queremos arriesgar, me enfundo un condón que Ariel me pasa con premura, aprovechando para darme eróticos besos por el pecho arrodillada frente a mí.

—Como sigas así esto no va a durar mucho.

—¿No vas cumplir lo prometido entonces?

—Yo siempre cumplo.

—Eso habrá que verlo.

—Y lo vas a ver.

Cuelo la mano tras su rodilla y de un rápido movimiento la tumbo de espaldas sobre la cama y me cuelo en su interior con precisión y sin piedad. La sorpresa se traduce rápidamente en excitación y en deliciosos gemidos que acompañan cada movimiento de mi cadera. Trato de tomármelo con calma, pero las manos de Ariel apretando mis nalgas no me lo ponen nada fácil. Se las aparto sujetando ambas con una de las mías sobre su cabeza, mientras reduzco el ritmo como castigo. Ella gruñe como respuesta, alzando a su vez la cadera, la cual inmovilizo con mi otra mano negando con la cabeza en silencio por varios segundos mientras nos retamos con la mirada.

—Eric... ¡vamos! —Es una exigencia más que una petición. Yo ni me inmuta, lo que hace que se impacienta más y comience a luchar contra mí sin éxito—. Dijiste que ibas a compensarme.

Me acerco lentamente, sin soltarla, hasta alcanzar su oído izquierdo.

—Eso mismo es lo que estoy haciendo, serea.

Claro que lo estoy haciendo, porque esto es lo que nos va, ella siempre quiere mostrar que es ella la que lleva las riendas, ordenándome que lo haga más rápido, más fuerte... Cuando en realidad, lo que de verdad le gusta, es que las lleve yo. Esa lucha de poderes nos excita a ambos, yo no sabía cuánto me gustaba este juego hasta que la conocí. Entonces el sexo se convirtió en un autodescubrimiento de lo más sexi, íntimo, romántico, único, y casi tan fascinante, como lo ha sido Ariel siempre para mí. Antes nunca había sido yo mismo en este aspecto. Sí, con Nadia el sexo era bueno, pero nunca había tenido la conexión que tengo con Ariel, nunca había peleado por dominar; y es que nunca había sido tan imperativo para mí mostrar a la otra persona todo lo que me hace sentir por dentro. Con Ariel deseo compartirlo todo, todo lo que nunca antes me había permitido mostrar. Con ella soy más yo mismo que nunca. Con ella me siento más vivo que nunca.

—Te amo —aseguro contra sus labios justo antes de darle un beso en el que trato de reunir todo eso que me hace sentir.

—Te amo —responde inundándome con la profundidad de sus honestos ojos azules.

Suelto al fin sus manos permitiendo que se aferre a mi espalda para que, de ese modo, pueda recibir cada una de mis nuevas e implacables embestidas en su completa totalidad. Me rodea la cadera con sus piernas, lo que ayuda a aumentar la profundidad de mis penetraciones y así mismo el placer para ambos. No tardo en sentir a Ariel palpitando a mi alrededor, lo que ya termina por lanzarme a un delicioso orgasmo, en el que lo último que sale de mi boca es su nombre. Y es que ella es la única culpable de que mi corazón aún deje de latir por un instante y vuelva a hacerlo con prisa cuando me sonrío de esa manera, con ese tibio rubor sombreando sus pecas, despeinada y satisfecha, mirándome como si no solo fuera el único hombre en esta habitación, también en su mundo; y qué afortunado me siento de pertenecer a él.

## Capítulo 37



Mi tía Clara sufría bulimia, igual que yo.

Eso fue lo que descubrí un segundo antes de que aquel coche me atropellara. Bueno, más bien, un segundo antes de que me lanzara a la carretera sin mirar, ya que estaba demasiado impactada con esa nueva información como para comprobar que no venían coches antes de bajarme de la acera.

Probablemente os estaréis preguntando cómo llegó ese diario a mis manos, y también cómo es que no me ha atropellado antes un coche viendo mi tendencia suicida. Esto último ha sido simple suerte, a la que por cierto no pienso tentar más. En cuanto al diario, lo encontré justo antes de venirme a Madrid en esa habitación de casa a la que nunca entro, pero lo tuve que hacer para hacerme con una maleta, y bajándola del armario este íntimo cuaderno cayó sobre mi cabeza. Leí lo justo en aquel momento para saber de qué se trataba: reflexiones y pensamientos de mi querida tía Clara. Ni siquiera sé por qué, pero algo me llevó a traerlo conmigo de viaje, y ni me había acercado a él hasta ese día, el mismo en el casi no lo cuento. Afortunadamente salí prácticamente ilesa y el señor que conducía el coche y que frenó antes de pasarme por encima, tuvo el detalle de recoger todas mis cosas (entre ellas el diario) y entregárselo a los sanitarios de la ambulancia.

Ya recuperada y fuera del hospital pude, con tranquilidad y en soledad, leer toda su historia, la que conocía y la que no. Obviamente la que más me sorprendió era esa de la que no tenía ninguna constancia. Lo que me ha hecho verla de otra manera, ni buena ni mala, tan solo desde una perspectiva distinta,

teniendo en cuenta que yo la recuerdo como una mujer vibrante, especial y siempre muy segura de sí misma. Y al parecer, eso no había sido siempre así, de ahí que haya encontrado cierto paralelismo entre nosotras.

He podido ser testigo, a través de su puño y letra, de cómo sufrió por su enfermedad por más de ocho años, y de qué manera luchó para recuperarse durante ese largo proceso. Un viaje de lo más fascinante y revelador que, a través de su experiencia, me ha ayudado a comprenderme más a mí misma, al ver mi mismo dolor en palabras de otra persona. Como si alguien le hubiera puesto nombre a todas aquellas cosas que yo no he sabido identificar y, por lo tanto, no me he atrevido a enfrentar. Cada vez estoy más convencida de que era ahora cuando tenía que descubrir todo esto, antes no hubiese estado preparada, no lo habría entendido, no al menos como lo he hecho ahora, después de seis largos e intensos meses de terapia. Como si se tratara del cierre perfecto para este proceso de aprendizaje y autoconocimiento que comenzó tras esa primera sesión. Jamás me sentiré orgullosa de cómo me comporté aquel día, pero estoy claramente convencida de que aquella situación tuvo que darse para que la realidad sobre mí misma fuera tan evidente que no me quedara otra que enfrentarme a ella y comenzar a asumirla. A nadie le gusta estar cara a cara con la parte más fea de sí mismo, eso está claro, pero ahora y en perspectiva, no puedo estar más agradecida de que las cosas se hayan dado de ese modo.

Además de enterarme de los problemas de mi tía con la alimentación, pude leer las razones que le habían llevado a hacerse vegana; ya dije una vez que me quedé con las ganas de saber por qué había tomado esa decisión. Pues bien, este misterio ha quedado aclarado tras leerme su diario al completo. De hecho, hubo una frase a la que no he parado de darle vueltas, y que bueno, no me ha dejado para nada indiferente, dándome mucho en lo que pensar: «El día que decidí dejar de alimentarme del sufrimiento de otros animales, parte del dolor que sentía en mi interior desapareció». Tan impactada me dejaron esas palabras, que enseguida me animé a darle, al fin, una oportunidad al libro que me regaló Eric. Y la realidad es que cuanto más he ido sumergiéndome en el tema, mayor ha sido mi necesidad de saber. Comenzando por razones de salud, pasando por el enorme desconocimiento que tenemos respecto a lo que consumimos, sin olvidar el impacto que nuestra dieta actual tiene sobre el medio ambiente y el planeta; y, por supuesto, toda la crueldad que se esconde tras la industria alimentaria. Ha sido como quitarme una venda de los ojos, enseguida me di cuenta de que ya no había vuelta atrás, no podría mirar a otro

lado de nuevo. Es cierto que dejé de consumir carne años atrás, pero ahora, el resto de productos de origen animal han dejado de formar parte de mi dieta ipso facto. Y es que he sido consciente de que la forma de voto más efectiva que existe en la actualidad es el dinero, ya que cuando compramos estamos votando y apoyando la política de esa marca o empresa.

Así que, estas últimas semanas he estado plenamente sumergida en un profundo proceso de cambio, pero a diferencia de otras veces, he querido comenzar a hacer las cosas bien. He acudido a un médico para que me ayudara a replantear la dieta adecuadamente, aunque claro, teniendo un novio que es vegano desde hace la tira de años y que cocina de lujo, el proceso de cambio está resultando mucho más sencillo. Y lo curioso es que me siento mejor que nunca, hasta noto la mente más despejada y todo, esto es lo que acabo de contarle a Aurora en este almuerzo al que me ha invitado en el restaurante de Emma como nuestra última sesión de terapia.

—Has hecho un gran trabajo, Ariel. De verdad, ha habido un cambio en ti muy grande.

—Gracias, aunque estoy segura de que no hubiese sido posible sin ti: eres la mejor terapeuta que he tenido. También la de los métodos menos comunes, pero supongo que eso es lo que hace que seas tan buena.

Tal y como me hizo saber Bella en su momento.

—¿Qué tal, cómo estaba todo?

Emma, vestida con una chaquetilla de cocinero estampada en corazones azules sobre fondo verde, muy a lo Alberto Chicote, se acerca a nuestra mesa con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—Los ñoquis con salsa de calabaza estaban insuperables, en serio —aseguro contemplando mi plato limpio como una patena.

—Estoy con Ariel —ratifica Aurora.

—¡Cuánto me alegro! Hace poco que introdujimos esa receta a la carta, y la verdad que está teniendo mucho éxito.

—No es de extrañar. Es genial que tengáis opciones veganas —reconozco con sinceridad.

—Cada vez hay más demanda y a mí me encanta probar cosas nuevas —

explica guiñándome un ojo—. Ahora mando a alguno de los chicos para que os tomen nota del postre.

Tanto Aurora como yo le damos las gracias antes de que se marche de nuevo para meterse en la cocina.

—Tengo una curiosidad.

—Pregunta —me anima Aurora.

—¿Por qué me preguntaste el primer día de terapia si quería vivir? Quiero decir, fue algo... impactante. En especial para ser la primera pregunta.

—Porque esa era la intención precisamente, no dejarte indiferente, es especialmente importante en casos de personas que, como tú, ya han pasado por varias terapias. Y también porque tu respuesta me diría mucho del punto en que el que te encontrabas.

—Está claro que imposible no me dejaste.

—¡Ay, casi se me olvida! —exclama repentinamente buscando algo en su bolso—. Toma.

Abro la palma de la mano recogiendo lo que me tiende con gran curiosidad. En cuanto descubro lo que es, la comisura de mis labios se estira en una mezcla de diversión y cierta emoción.

—Para que nunca te olvides de abrazar a Úrsula. Y bueno, para que tampoco te olvides de mí.

—No lo haré, no podría aunque quisiera, has cambiado mi vida, Aurora. Muchas gracias, es... precioso —reconozco emocionada con lágrimas en los ojos contemplando el pin de Ariel, la Sirenita, que abraza con fuerza a una pequeña Úrsula, como si se tratara de su muñeca favorita.

—Lo has hecho tú, Ariel —asegura cogiendo sobre la mesa y con cariño la mano que no sujeta su regalo—. Puedes conseguir todo lo que te propongas.

Lo sé, por primera vez en toda mi vida confío en mí.

Creo en mí.

# Octubre

Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro si la tormenta habrá terminado realmente. Pero una cosa sí es segura, cuando salgas de esa tormenta no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata esa tormenta.

HARUKI MURAKAMI

## Capítulo 38



Levanto la vista con ese gusanillo placentero atado a la boca del estómago, cruzando la mirada con esas personas que en su momento me arropaban y me hacían sentir segura sobre un escenario. Lo curioso es que, por vez primera, no siento que los necesite, agradezco que estén aquí, apoyándome, pero soy plenamente consciente de que puedo hacerlo sin ellos; que, de hecho, quiero hacer esto sin ellos.

Con una amplia sonrisa me acerco al micrófono a la vez que los vítores y los aplausos amainan, tras la canción con la que acabo de abrir el concierto.

—¡Buenas noches! Gracias a todos por esta calurosa bienvenida y, por supuesto, gracias por acompañarme en mi primer concierto en solitario. Aprovecho también para recordaros, que parte de lo recaudado esta noche irá destinado a la Fundación Princesas Valientes. He sido testigo de primera mano del trabajo que hacen y os aseguro que es impresionante, así que gracias por ese granito de arena que estáis aportando a una causa tan honesta como esta. Y, por supuesto, gracias también a la sala Moby Dick por darme una oportunidad como esta.

Entre el público alcanzo a ver a Bella y Daniel, a Aurora con una sonrisa repleta de orgullo, a Emma con su guapísimo marido y a todos y cada uno de mis amigos: Darío, Mateo, Daura, Roland, e incluso Sebas y Sonia han podido estar aquí hoy acompañándome y ya oficialmente como pareja. También Yurena y Monika, además de Yaiza e Ignacio, sin olvidarnos de Eric, que está junto a mi madre, que por supuesto, no ha querido perderse este día tan especial.

Esta locura, la de actuar en una sala de Madrid, una tan reconocida como lo es esta, ha sido posible gracias principalmente a Darío. Cuando abandoné el hospital y el trabajo se lo permitió vino a la capital a verme. Aproveché uno de esos días para leerle un poema que había escrito, porque quería que me ayudara a convertirlo en una canción, sin embargo, a él se le ocurrió una idea mucho mejor.

Me invitó al estudio que tiene un amigo suyo aquí en Madrid, y me animó a recitarlo, mientras él me acompañaba al piano y su amigo nos grababa en vídeo. El resultado fue mejor de lo que esperaba, deduzco que gracias a lo cómoda que me sentí, provocando que la honestidad de lo que contaba a través de esa pequeña historia con forma de poema, llegara, tal y como afirmó Darío, a ser «dura, pero brutalmente inspiradora».

Una semana más tarde, animada por él y por Eric (el nuevo dúo inseparable), subí el vídeo de aquella grabación a mi canal. Cinco días más tarde, se había viralizado gracias a que una *youtuber* bastante conocida, dio con mi video (aún no sé cómo) y estuvo hablando sobre él en sus redes sociales, ya que se sintió completamente identificada con la historia que ahí recitaba. Aquello tuvo tal impacto, que apenas unos días después, el vídeo había alcanzado las cien mil visitas, y yo los sesenta mil seguidores.

Debido a esto, un par de salas se pusieron en contacto conmigo proponiéndome dar algún concierto. Enseguida llamé a Darío para que me echara una mano, puesto que se ha convertido en algo así como mi representante. Él ha sido el que lo ha organizado todo, incluyendo que parte del importe de la entrada fuera a parar a la fundación de Bella, tal y como yo deseaba.

El repertorio que he elegido para esta noche, es básicamente una mezcla entre las canciones más visionadas de mi canal de YouTube, incluyendo versiones y temas propios, y alguno de los «éxitos» de Cantos de sirena. El público se muestra encantado con la selección que he hecho, así lo demuestran acompañándome en cada canción sin perder un ápice de entusiasmo en ningún momento. No podría estar más agradecida.

—Para la siguiente canción, voy a necesitar la ayuda de un amigo, compañero de batallas y una de las personas que ha apostado por mí desde el principio. Darío, por favor. —La gente aplaude y este sube encantado situándose diligentemente tras el teclado—. Lo que viene a continuación en

realidad no es una canción, se trata de algo que escribí porque simplemente necesitaba soltarlo. Una carta de despedida titulada *Mía*. Va a ser la primera vez que recite este texto en público, así que espero que le deis mucho cariño.

Hace ya una década que apareciste en mi vida,  
arrasando con todo, todo lo que tenía.  
Eran momentos difíciles, una edad complicada,  
no sabía quién era, lo que de mí se esperaba.  
Ellos minaban mi fuerza y me arrebatában las ganas,  
de seguir adelante, con lo que el mundo me daba.  
Y apareciste tú, una tarde cualquiera, no te vi aparecer,  
te plantaste a mi lado y ya no supe qué hacer.  
Me sedujiste con gran facilidad,  
con tus muchos encantos, con tu forma de hablar.  
Había algo sensual en tu sencilla mirada,  
con un simple guiño, me condujiste a un mundo de nada.  
Esto es lo que soy, esto es lo que te puedo dar,  
acude a mis encuentros y prometo que lo que desees se hará realidad.  
Cerrando los ojos no miré atrás,  
me creí tus promesas, me agarré de tu mano y me dejé guiar.  
Las primeras caricias no fueron sutiles,  
y aunque no me agradaban, serían las primeras de muchas miles.  
Nuestra primera vez fue en un baño oscuro,  
te adentraste en mí sin mucho cuidado,  
no importaban las formas, solo el fin era válido.  
¡No lo tomes por costumbre, no se va a repetir!,  
gritaba a oscuras, sabiendo que me mentía a mí misma, al creerlo así.

Encuentros a diario, cada vez más a menudo,  
a escondidas en el baño o en el inframundo.

¡Qué ingenua era, se lo daba todo,  
mi hambre, mi ansia, mi vida y mi mundo!  
¿En qué me he convertido? ¿Adónde he llegado?

Me decía a mí misma, escondida en el baño.  
Esto es una mentira, ¿por qué me he arrastrado?

Va pasando el tiempo y nada ha cambiado.

A lo largo de los años caí en un agujero  
intentando hacerme daño: ira, odio, malestar,  
pena, tristeza, miedo y sin ganas de hablar.

Todos me acompañaron durante mucho tiempo,  
iban variando, según el momento.

No se lo conté a nadie, este infierno era mi decisión,  
si deseo dejarte me enfrentaré sola y con valor.

Decidí romper, lo nuestro ya no podía ser.

Te equivocabas, siempre estaré ahí,  
me repetías, cada vez que volvía a ti.

Tantas recaídas, como una droga eras para mí,  
pero llegaré a ser libre y te lo volveré a repetir.

Llegaré a ser libre, lucharé con fervor,  
por sacarte de mi vida, fuiste mi peor error.  
Fuiste tú, me dijiste, la que me vino a buscar,  
yo seguía mi camino y me atrapaste al pasar.

Querida Bulimia, esta relación terminó,  
búscate a otra a la que infringir dolor.

Ya pronuncio tu nombre, sin ningún temor,  
te he superado y ya no te guardo rencor.

Ya es pasado, ya no está,  
ya se ha ido y no volverá.

Repito esta plegaria a diario en mi mente,  
es la única forma de tenerlo presente.

El local se queda en silencio, puede percibirse en el ambiente el clima que se ha creado: oídos abiertos y ojos cerrados empatizando con mi historia y con el dolor que se esconde tras ella.

Varios segundos después de esa última palabra pronunciada y de que el sonido de la última nota del piano se haya desvanecido, el público reacciona, emocionado, completamente entregado, aplaudiendo con fuerza por largo rato, gritando palabras repletas de admiración. Pero no solo ellos demuestran entusiasmo, mis amigos y familia también lo hacen, con una intensidad arrolladora.

Los ojos se me llenan de lágrimas y la felicidad más grande que haya sentido en mi vida me invade por completo. La sensación es casi de euforia, porque jamás me había sentido tan querida.

Eso se debe a que, como dijo el Gaviota, he comenzado a hacer algo que era imperativo, he comenzado a quererme: «No puedes esperar que nadie te ame, si tú no te quieres como realmente te mereces». Me merezco a este público, a Eric, a todos y cada uno de mis amigos, a mi madre e incluso a mi tía Clara y mi padre que, aunque no están aquí físicamente, sé que me están acompañando. Percibo el orgullo de papá, por primera vez, casi como si me lo estuviera susurrando al oído.

Con ese maravilloso cúmulo de emociones calentando mi estómago frente a toda esta gente, repentinamente, escenas pasadas de mi vida, de todas aquellas veces que se rieron de mí, me despreciaron, insultaron o humillaron, pasan una a una como diapositivas por mi mente. Antes de que ese «¿por qué?», llegué a formularse en mi cabeza, la respuesta se muestra clara ante mis ojos. Tuve que sufrir todo eso para convertirme en la persona que soy en este

momento, de otra manera, no sabría valorar todo este cariño. Ni sabría qué es lo que sucede cuando superas los miedos, los «no puedo», «no voy a conseguirlo», y los «no soy suficiente».

Hoy soy una mujer valiente, que es plenamente consciente de que aún le queda mucho por aprender, pero que se siente preparada para enfrentar lo que venga. Y todo porque he vuelto a creer en mí, como nunca debí dejar de hacerlo.

Cierro el concierto con *Creep* aprovechando toda esta crepitante emoción para usarla como combustible y dar lo mejor de mí, porque es lo que este público se merece. Disfrutando de uno de los momentos más especiales que haya vivido nunca.

Al poco de entonar la última nota y en cuanto el barullo parece que comienza a calmarse, una voz masculina que sale de los altavoces me detiene justo antes de que pueda despedirme. Es Eric y está en el escenario.

Artículo un «¿qué haces?» sintiendo cómo se me acelera el corazón, mientras contemplo con sorpresa la soldadura con la que se mueve por el espacio, acercándose para quitarme la guitarra que rápidamente le tiende a Darío, que aparece convenientemente a recogerla, mientras comienza a sonar de fondo una canción suave con cierto aire romántico.

—Perdón por la interrupción, pero hay algo muy importante que tengo que preguntarle a Ariel —informa Eric con el micrófono en una mano dirigiéndose al público, aunque mirándome a mí de reojo.

Esa confesión por parte de mi intrépido novio provoca las risas, vítores y aplausos de la gente aquí congregada.

—¿Estás de coña? —pregunto temblando como una hoja de papel.

—Te dije que cuando lo hiciera, ibas a tener claro que te lo estaba pidiendo —argumenta alejándose esta vez del micrófono para que solo yo le escuche, con esa sonrisa especial dibujada en los labios, visiblemente satisfecho con su jugada—. Nos unió una playa hace diez años, pero tuve que esperar una década para encontrarte de nuevo en ese mismo lugar, porque aquel, no era nuestro momento. No cabe duda de que eres la casualidad más bonita de mi vida y no pienso volver a dejarte escapar —asegura hincando una rodilla en el suelo a la vez que saca (de no sé dónde) y mantiene entre sus dedos, un precioso anillo con una bonita esmeralda coronando el centro y

pequeños diamantes rodeando el aro—. Cásate conmigo.

Eric no tiene que esperar mucho para conocer mi respuesta, con una mano cubriendo mi boca, tratando de sostener una avalancha de emociones, asiento varias veces seguidas y, en un instante, el anillo está en mi dedo, los labios de Eric presionan los míos con ímpetu y el local parece que va a hundirse del griterío.

—A qué no te lo esperabas, ¿eh? —pregunta divertido alzando ambas cejas al mismo tiempo.

—Sabes que no. Madre mía, aún no me lo creo... Estoy temblando, mira.

Le muestro la mano que lleva el anillo, que tiritita como una hoja seca. Él la coge con firmeza y se la lleva a los labios, dejando un beso firme en el dorso.

—Ya está, ¿ves?

—Siempre sabes cómo calmarme.

—Y tú cómo volverme loco.

Finalizado el concierto y tras hacerme algunas fotos y firmar algún que otro autógrafo; había gente que tenía incluso discos de Cantos de sirena (he alucinado), nos hemos reunido todos en varias mesas del local para celebrar el éxito del concierto y bueno, también mi reciente compromiso con Eric. Todos los del grupo, juntos después de mucho tiempo: Darío, Roland, María, Mateo, Daura, Sebas, y Sonia. Yurena, la hermana de Sebas y su novia Monika también han querido acompañarnos. Yaiza e Ignacio, vestido este último con una peculiar (y nada discreta) camisa blanca con amapolas y con un humor que desconocía completamente, no ha dejado indiferente a nadie. Bella, cercana y amable como siempre, acompañada de su impresionante marido Daniel y de sus cuñados Emma y Kurt. Aurora, que ha sido de las primeras en acercarse para felicitarme y decirme cuánto le ha gustado el concierto. Y por supuesto, mi madre y Eric, que este, desde que me ha puesto el anillo en el dedo, no ha borrado su preciosa sonrisa de la cara.

—¡Quiero hacer un brindis! —exclama Mateo algo perjudicado poniéndose en pie—. Todos conocíamos tu talento y lo grande que eres, así que ahora que ya lo sabe el resto del mundo, por favor, no te olvides de nosotros, porque si algo tenemos claro, es que vas a llegar muy lejos.

—¡No digas tonterías! —espeto casi molesta por esa insinuación.

—¡Por Ariel! —exclama levantando su copa e ignorándome por completo. Segundos después todos le imitan añadiendo algo bonito sobre mí.

Yo me llevo mi vaso de ron a los labios tratando de ahogarme en él, esperando que no se me note lo colorada que me he puesto con tanto halago.

Bella, sentada a mi lado junto con su marido, se acerca para decirme algo.

—Daniel y yo queríamos darte las gracias en nombre de la fundación, es muy generoso por tu parte.

—No es nada en comparación con la labor que hacéis vosotros.

—Perdonad —se disculpa Eric por la interrupción de vuelta del baño—. Cariño, hay una chica que quiere hablar contigo.

—Ah, gracias.

Me levanto de la silla para acercarme adonde me ha indicado Eric, pero, dos pasos antes de llegar al lugar freno en seco, demasiado sorprendida para seguir caminando.

—Hola, Ariel.

Es ella, mi hermana, la que termina por acortar la distancia que nos separa.

—¿Ana?

Apenas la he visto un par de veces en alguna foto en Facebook, y eso fue hace años, cuando murió papá y le mandé aquella carta. Está visiblemente más cambiada, no obstante, tenemos la misma nariz respingona que tenía nuestro padre. Por lo demás no nos parecemos en nada.

—¿Qué... qué haces aquí?

—Te sigo en tu canal, me enteré de tu concierto y aprovechando que vivo en Madrid... vine a verte. Lo he disfrutado mucho, eres realmente buena —arguye mostrando una amable sonrisa—. Ah, y enhorabuena por tu compromiso, ha sido muy bonito.

—Muchas gracias.

Soy consciente de que mis respuestas son escuetas y quizá algo secas, pero es que me ha pillado tan de sopetón...

—Tienes los mismos ojos que él —añade de repente escrutándome con curiosidad.

—¿Qué quién?

—Que el abuelo. Bueno, que el abuelo de papá quiero decir. Aunque es nuestro bisabuelo, para todos en la familia siempre ha sido «abuelo». Espera, creo que tengo una foto por aquí... —añade rebuscando en su bolso hasta dar con su cartera y sacar una pequeña fotografía algo desgastada de ella.

Y yo que pensaba que ya nadie llevaba fotos encima.

Me la tiende y antes de que mis dedos se hagan con ella, reconozco a la persona que aparece en esa instantánea.

—¡Gaviota!

—Sí, le llamaban así. Pero tú... ¿le conocías? —pregunta extrañada.

—Papá me habló de él muchas veces, pero... ¿el Gaviota? ¡Eso es imposible! —exclamo incapaz de apartar la vista de esos ojos tan parecidos a los míos.

«¿El Gaviota es mi bisabuelo?». ¡No puede ser! Esto no tiene ningún sentido, ¡el abuelo de papá murió hace años!

—Puedes quedarte con la foto.

—Muchas gracias —contesto por inercia.

—Bueno, yo ya me voy. Si quieres algún día quedar para tomar algo... no dudes en llamarme.

Me tiende ahora una tarjeta en la que supongo estará su número de teléfono y, de nuevo, la cojo incapaz de creer que esto esté sucediendo de verdad, mientras veo a mi hermanastra desaparecer entre la gente.

Bajo la mirada hasta mi mano, la que mantiene la foto, y un único pensamiento cruza mi cabeza.

«Gracias, abuelo.»

## Capítulo 39



—Supongo que os tengo que dar la enhorabuena.

Aprovecho ahora que nos hemos quedado los cuatro solos (Ariel, Eric, Sonia y yo) para hablar un rato con ellos y claro está, felicitarles por su compromiso recién salido del horno. Tengo que reconocer que Eric sí que se ha marcado un Ryan Gosling con esa pedida sobre el escenario.

—Gracias, Sebas —añade este tendiéndome la mano para que se la estreche.

Lo hago y, por primera vez, con una sonrisa honesta en la cara. Admito que Eric es buen tío, aunque esto jamás me oiréis decirlo en voz alta.

—Ya puedes cuidarla bien —le advierto dándole una palmada en el hombro con la otra mano.

—¡Yo no necesito que nadie me cuide! —refuta Ariel claramente ofendida—. De verdad, ¿nunca vas a abandonar ese lado tuyo cromañón?

—Pues a mí me gusta —asegura Sonia colando su brazo por mi cintura mostrando una pícaro sonrisa.

—Ya, ya sé yo dónde y cuándo te gusta a ti... —se burla Ariel.

Sonia me besa el cuello solo para provocarla, y yo no puedo más que reírme viendo a Ariel poner los ojos en blanco, justo antes de coger a Eric para mandarse a mudar. Viéndolos alejarse, con esa complicidad y tan felices... una idea pasa por mi cabeza. Una que, en realidad, no es la primera vez que hace acto de presencia.

—¿En qué piensas? —me pregunta la provocadora de Sonia.

—¿Tú quieres casarte?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero.

—A nosotros no nos va el matrimonio —asegura.

—Ves, por eso te quiero tanto.

—¿Y si llego a decir que sí? —pregunta realmente intrigada.

—Me vería obligado a hacerte cambiar de idea usando para ello mi parte de hombre de las cavernas.

—Pues ahora que lo mencionas..., creo que he visto un vestido que me quedaría perfecto para...

Le estampo los labios haciéndola callar, dejando que crea que me desagrada tanto como a ella la idea de una boda, aunque en realidad, hace tiempo que llevo dándole vueltas al asunto. Pero ese es otro secreto que espero también quede entre nosotros, ya me encargaré yo de hacer que cambie de idea, soy muy persuasivo cuando me interesa. Y si no, me haré un Ryan Gosling, que si a Eric le ha funcionado, igual a mí también.

Estábamos juntos.

Olvidé el resto.

WALT WHITMAN

# Epílogo

No existe mejor lugar para casarnos que en el mar, al fin y al cabo, fue este el que nos unió, dos veces. Hemos optado por una boda sencilla y nada convencional, empezando por el lugar: un barco en alta mar; pasando por nuestra ropa: de blanco, tanto nosotros como los invitados, nuestros amigos y familiares más cercanos: mi madre, la de Ariel, Berto, Yaiza, Ignacio, Jonay, Sonia, Sebas y todo el reparto de Cantos de sirena. Y, por supuesto, Max, no podíamos olvidarnos de él. Aunque sin duda la más radiante es mi mujer. ¡Madre mía! Tengo que reconocer que se me llena la boca al llamarla así. Curioso, porque a pesar de haber estado casado, es la primera vez que me siento verdaderamente feliz de estarlo.

Hace ya meses que Ariel y yo vivimos juntos, decidimos establecernos finalmente en su casa, y mudarnos de dormitorio, al más grande, al que pertenecía a su tía Clara. Ariel, Eric, Flounder y Max, esa es nuestra familia, la que a ambos nos hace feliz.

Ella vive haciendo lo que le gusta, compone, canta y continúa con su canal que está creciendo a un ritmo brutal. Y, en este momento, está trabajando además en su primer disco en solitario junto con Darío, establecido ya como representante y manager de la artista. En cuanto a mí, ya no trabajo a destajo en la clínica como antes, he aprendido a delegar y confiar en las capacidades de otras personas, eso me da la libertad de poder estar con Ariel y visitar a mi sobrino cada vez que me apetezca.

«Estoy viviendo la historia que me gustaría contar, hermano. Lo prometí y lo estoy cumpliendo.»

Aprovechando que nuestros invitados están de lo más entretenidos dándole todo en la pista de baile, me voy en busca de mi esposa que, a solas en un rincón, parece estar hablando con...

—¿Hablabas con esa gaviota? —pregunto contemplando a la susodicha alzar el vuelo en cuanto llego.

—La verdad es que sí —responde con una radiante sonrisa.

—¿Y qué te decía?

—Nos desea que seamos muy felices.

—Vaya, ¡qué gaviota tan simpática! —exclamo siguiéndole la broma.

—Mucho, en realidad —responde mirando al mar, casi con cierta nostalgia.

—¿Te ha gustado la ceremonia?

—Ha sido preciosa, Eric. Tal y como había imaginado —asegura.

La acerco a mí rodeando su cintura con un brazo, para poder así depositar un pausado beso sobre su sien.

—¿En qué piensas? Te noto muy reflexiva.

—En cómo ha cambiado mi vida. Hace un año pensaba que la bulimia acabaría por consumirme y que jamás saldría de esa pesadilla. Hoy, estoy completamente recuperada, me dedico a lo que más me gusta y acabo de casarme con el hombre más maravilloso del mundo. Estoy orgullosa de mí —concluye plenamente satisfecha con una amplia sonrisa.

—Yo también, eres una princesa de lo más valiente.

—Sabes, ya no me suena tan mal eso de «princesa», cuando le añades ese «valiente» cobra otro significado.

—Y eso que no conoces la definición completa de «princesa valiente».

—Anda, ¿y cuál es? —pregunta curiosa.

—Una princesa valiente es una mujer que no es perfecta —susurro apartando un mechón de pelo de su hombro, para poder deslizar los dedos en su nuca, estableciendo allí mi mano—, porque no necesita serlo. Una princesa valiente a veces sabe lo que quiere y otras no, pero no importa, porque si hay algo que tiene claro es que es la princesa de su propio cuento y, por lo tanto, escribe su propia historia sin necesidad de ser salvada por ningún príncipe.

—Entonces sí, soy una princesa valiente —asegura plantando la palma de sus manos sobre mi pecho—. Creo que estaría bien que difundiéramos ese diccionario tuyo, porque hay muchas princesas valientes por ahí que aún no saben que lo son.

—Lo saben, pero como tú, necesitan su tiempo para darse cuenta —arguyo acercándome a ella lentamente.

—¿Qué haces?

—Voy a besarte —anuncio deteniéndome al borde de sus labios pacientemente, esperando que pronuncie las palabras mágicas.

—Me ofendería si no lo hicieras.

# Agradecimientos

He de reconocer que me ha costado soltar esta historia, mucho, más que ninguna otra. Probablemente, el hecho de que sea tan personal tiene gran culpa de ello, y que me haya encontrado con mi propia Úrsula dando por saco durante el proceso también. Ha habido momentos en los que quería abandonar la historia, porque temía que nadie la fuera a entender y me fuera a ver igual de sola que los diez largos años que sufrí esta enfermedad. Finalmente, he contado lo que quería, con completa honestidad, porque así es como lo he sentido y creo que esa es la mejor manera de contar una historia. Espero de corazón que la hayáis hecho tan vuestra, como mía ha sido.

Quiero comenzar dando las gracias a todas las que después de leer la primera parte de esta historia, me habéis escrito para decirme lo valiente que soy por haberme abierto en canal de esta manera. La verdad es que las gracias os la tengo que dar yo a vosotras, por el cariño que le habéis dado, que me habéis dado a mí; porque vuestras palabras me dan una razón para seguir escribiendo, como cuando me decís que de alguna manera os he ayudado. Eso, sin duda, es lo que hace que lo que hago merezca la pena. Y todas aquellas que también me habéis escrito porque aún estáis pasando por ello, recordad que de todo se sale, incluso de esto.

Ariel me ha dado ya muchas alegrías, mucho antes de que esta segunda parte viera la luz, porque me ha permitido vivir experiencias únicas e inolvidables, como la de acudir a diferentes centros de educación secundaria y, a través de mi historia personal, acercar a los jóvenes algo que todavía sigue siendo un tema tabú: los trastornos de la conducta alimentaria. Y es que los trastornos psicológicos aún incomodan a mucha gente, lo que quiere decir que todavía queda mucho trabajo que hacer ahí. Gracias, Jaqueline, por confiar en mí y acompañarme en el proceso.

Gracias a todos los librereros de Canarias por acoger la colección Princesas

Valientes, y hacerlo además con tanto mimo. Por darle visibilidad y por seguir recomendando a estas princesas, logrando que se vendan miles de ejemplares cada año en vuestro pequeño y caluroso hogar.

Gracias a todas las Princesas Valientes que hacéis que el Reino se haga cada día más grande. Nada de esto tendría sentido sin vosotras. Sin vuestro apoyo, vuestro cariño, sin vuestras ganas de conocer al resto de princesas que aún están por llegar. Ojalá esto siga siendo así por mucho tiempo.

Por último, y no menos importante, gracias a mi marido, por estar siempre ahí, creyendo en mí cuando a veces a mí me cuesta hacerlo.

GRACIAS.

## Sobre la autora



RACHEL BELS es una apasionada de la novela romántica y el desarrollo personal, en 2015 decidió fusionar esas dos grandes pasiones para crear la «Colección Princesas Valientes», en donde mujeres reales, y no de cuento de hadas, se enamoran, luchan y buscan su lugar en este mundo sin esperar a ser salvadas por ningún príncipe. Se estrenó con la trilogía *Tiger Rose* cosechando gran éxito, llegando a convertirse en *best seller* en apenas unas semanas.

De madre canaria y padre granadino, actualmente vive en Tenerife con su marido y su perra Vilma.

Puedes encontrarla en:

Web: [www.rachelbels.com](http://www.rachelbels.com)

Facebook: [@RachelBelsWriter](https://www.facebook.com/RachelBelsWriter)

Twitter: [@RachelBels](https://twitter.com/RachelBels)

Instagram: [@rachelbels](https://www.instagram.com/rachelbels)

Youtube: [Rachel Bels](https://www.youtube.com/RachelBels)

Correo: [contacto.rachelbels@gmail.com](mailto:contacto.rachelbels@gmail.com)

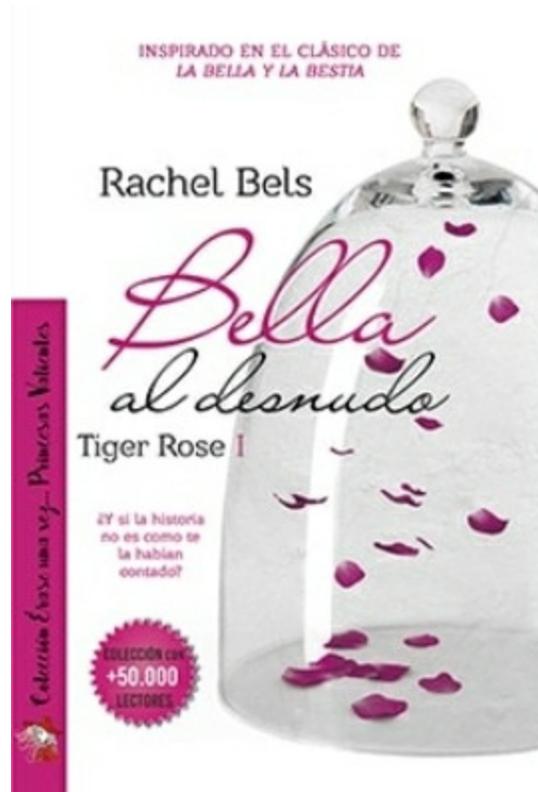
Muchas gracias por leer este libro y espero que hayas disfrutado tanto de él como lo hice yo al escribirlo.

Solo te pido un pequeño favor, deja tu opinión en Amazon, solo te llevará 1 minuto y así me ayudas enormemente a seguir escribiendo y a llegar a más personas.

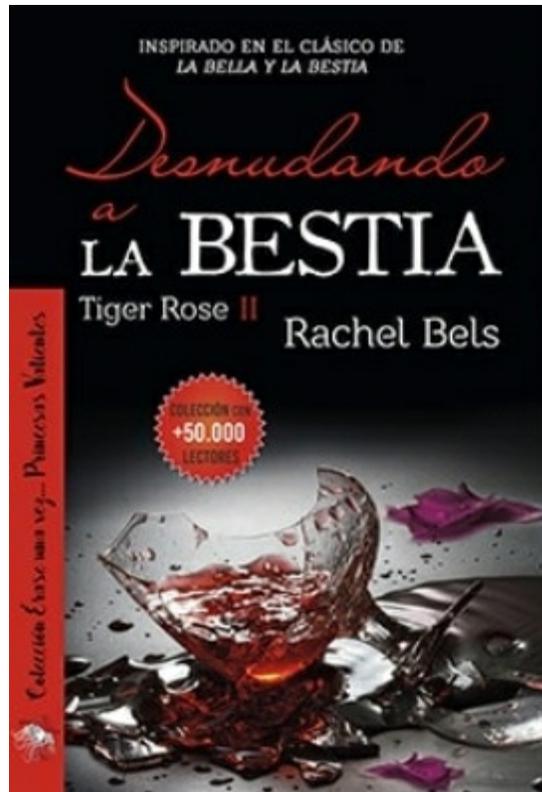
Un beso enorme.

[Pincha aquí para dejar tu opinión](#)

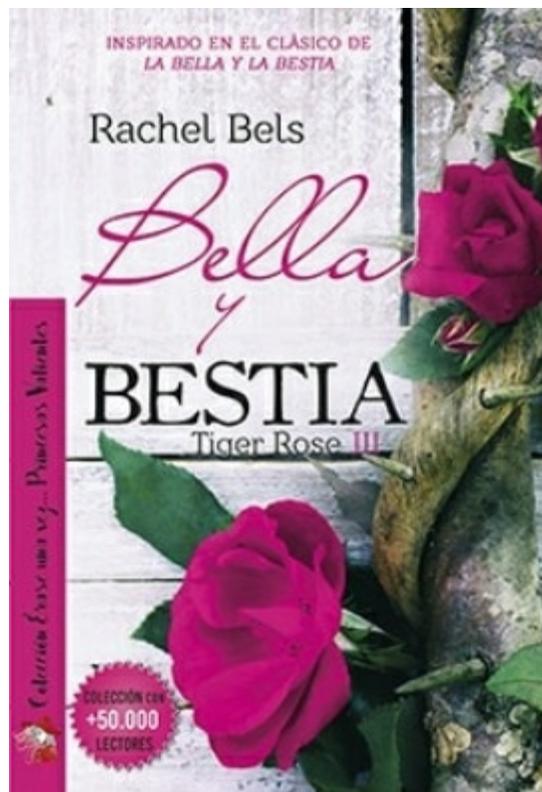
## Todos los libros de la autora



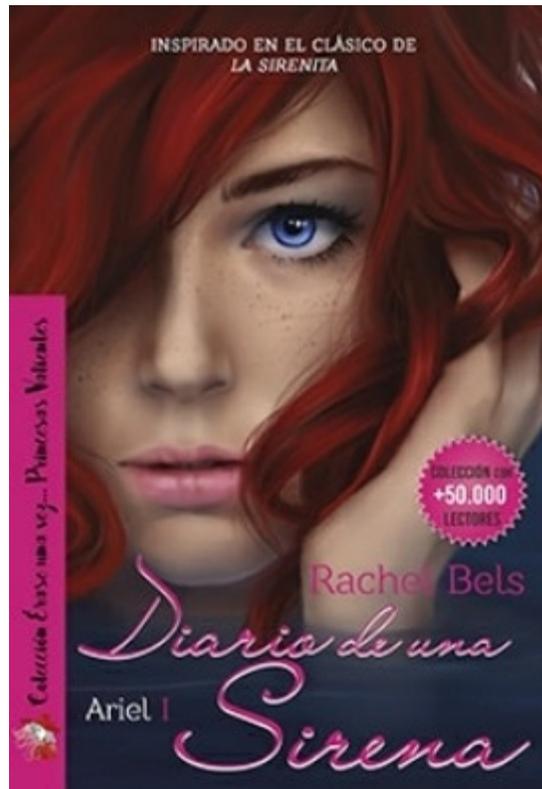
[Bella al desnudo Tiger Rose I](#)



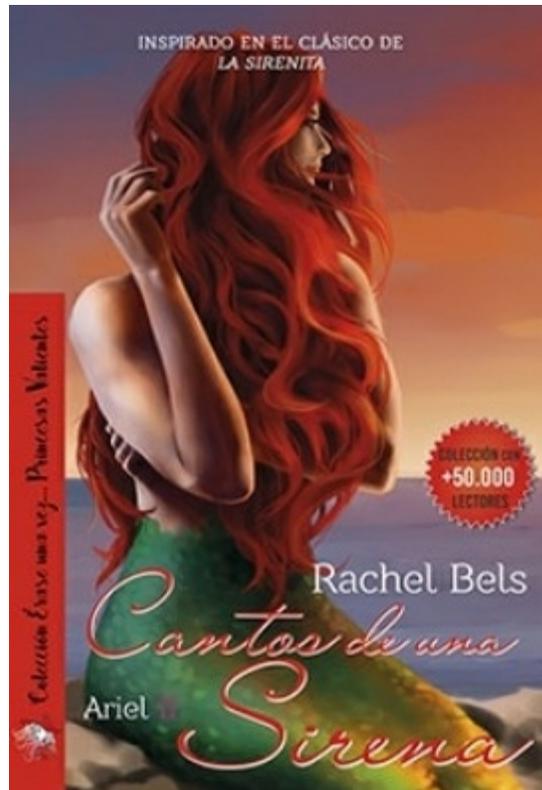
[Desnudando a La Bestia Tiger Rose II](#)



## Bella y Bestia Tiger Rose III



## Diario de una sirena Ariel I



## Cantos de una sirena Ariel II

---

[1] Del léxico canario. Juguete o monigote, generalmente con forma humanoide. Sin embargo, su uso más común es como insulto equivalente a «pelele o payaso».

[2] N.Del A.: Alimento hecho a base de cereales tostados y molidos. Es uno de los productos más emblemáticos dentro de la dieta canaria.

[3] En el habla canaria: pendiente pronunciada.